

T HOMPSON

La Formación de la Clase Obrera  
en Inglaterra

Vol. 1

## 1. INNUMERABLES MIEMBROS

«Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.» Esta es la primera de las «reglas fundamentales» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, tal y como la transcribió su secretario cuando empezó a mantener correspondencia con una sociedad similar de Sheffield, en marzo de 1792.<sup>1</sup> La primera reunión de la Sociedad de Londres había tenido lugar dos meses antes en una taberna del Strand (La Campana, que estaba en la calle Exeter) y a ella asistieron nueve «hombres bien-intencionados, juiciosos y laboriosos». El fundador y primer secretario, Thomas Hardy, recordaba más tarde ese encuentro:

Después de haber comido su pan con queso y cerveza negra, como era habitual, y luego fumado sus pipas, conversando un poco sobre la dificultad de los tiempos y la carestía de los productos de primera necesidad ... se abordó el asunto para el que se habían reunido —*La Reforma Parlamentaria*— un tema importante para que aquella clase de hombres meditara sobre él y lo afrontara.

Ocho de los nueve que estaban presentes se convirtieron aquella noche en miembros fundadores (el noveno reflexionó sobre ello y se incorporó a la semana siguiente) y pagaron su primera/cuota semanal de un penique. Hardy (que también era el tesorero) regresó a su casa, en el número 9 de Piccadilly, con todos los fondos de la organización en su bolsillo: 8d. destinados a papel para establecer correspondencia con los grupos del país que pensarán como ellos.

En 15 días se habían inscrito 25 miembros, y la suma que estaba en manos del tesorero era de 4s. 1d. (6 meses más tarde se declaraban más

1. *Memoir of Thomas Hardy ... Written by Himself*, 1832, p. 16.

de 2.000 miembros). La admisión en calidad de miembro era simple, la prueba era la respuesta afirmativa a tres preguntas, la más importante de las cuales era:

¿Está usted completamente convencido de que la prosperidad de estos reinos requiere que toda persona adulta, en posesión de sus facultades mentales, y que no esté incapacitada por delitos, tenga derecho a votar para escoger a Miembros del Parlamento?

En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta —¿Tenemos derecho nosotros, hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales a conseguir una reforma parlamentaria?— considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que podamos ser capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho.

Dos años más tarde, el 12 de mayo de 1794, el enviado del rey, dos agentes de Bow Street, el secretario particular del ministro del Interior, Dundas, y otros dignatarios llegaron al número 9 de Piccadilly para detener a Thomas Hardy, zapatero, bajo una acusación de alta traición. Los Hardy vigilaban mientras los funcionarios registraban la habitación, rompían un escritorio abierto, rebuscaban entre las ropas de la señora Hardy (que estaba embarazada y guardaba cama), llenaban cuatro grandes pañuelos de seda con cartas y un saco con folletos, libros y manuscritos. El mismo día se llevó a la Cámara de los Comunes un mensaje especial del rey acerca de las prácticas sediciosas de las Sociedades de Correspondencia; y dos días más tarde se nombró una Comisión de materia reservada de la Cámara para examinar los papeles del zapatero.

El zapatero fue interrogado varias veces por el propio Consejo Privado. Hardy dejó poca información sobre esos encuentros; pero uno de sus compañeros de prisión amenizó a sus lectores con una dramática reconstrucción de su propio interrogatorio por parte del más alto consejo de la región. «Me hicieron entrar —narraba John Thelwall— y contemplé a todo el *Dramatis Personae* atrincherado, con la barbilla hundida en lecturas y manuscritos ... todo disperso en la mayor confusión.» Todos estaban presentes, el presidente de la Cámara de los Lores, el ministro del Interior y el primer ministro (Pitt):

FISCAL DE LA CORONA (*despacio*): Señor Thelwall, ¿cuál es su nombre de pila?

THELWALL (*un tanto de mal humor*): John.

FIS. COR. (*todavía despacio*): ... ¿Con dos eles al final o con una?

T.: Con dos, pero eso no importa. (*Descuidadamente, pero más bien hosco, o algo parecido.*) No es necesario que se preocupe. No tengo intención de responder a ninguna pregunta.

PITT: ¿Qué dice? (*Precipitándose, muy ferozmente, desde el otro lado de la habitación y sentándose al lado del presidente de la Cámara de los Lores.*)

PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS LORES (*con elocuente suavidad, casi fundida en un susurro*): Que no piensa contestar preguntas.

PITT: ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué? (*ferozmente*) ...<sup>2</sup>

Entonces John Thelwall volvió la espalda a la augusta compañía y «empezó a contemplar un dibujo pintado con acuarelas». El primer ministro le despidió y llamó a un muchacho de 14 años para interrogarle: era Henry Eaton, que había estado viviendo con los Thelwall. Pero el chico se mantuvo firme y «empezó una arenga política, en la que utilizó un lenguaje muy duro contra el señor Pitt; censurándole que hubiera hecho pagar tan enormes contribuciones a la población ...»<sup>3</sup>

Si nos atenemos a los criterios de los siguientes cien años, los adversarios parecen ser extrañamente inexpertos e inseguros de sus papeles, ensayando en confrontaciones curiosamente personales las confrontaciones impersonales y masivas del futuro.<sup>4</sup> La cortesía y la virulencia están mezcladas; todavía hay lugar para actos de amabilidad personal al lado de la malevolencia del odio de clase. Thelwall, Hardy y otros diez prisioneros fueron encarcelados en la Torre y más tarde en Newgate. Mientras tanto, Thelwall fue recluido durante un tiempo en el osario; y la señora Hardy murió de parto debido a la conmoción que sufrió cuando fue asediada por una muchedumbre favorable a la

2. *Tribune* (4 de abril de 1795). Compárese el registro del propio Consejo Privado del interrogatorio de Thelwall: «Al ser preguntado por el secretario del Consejo acerca de cómo se deletreaba su nombre, respondió que lo podía deletrear como mejor le pareciese, porque no contestaría preguntas de ningún tipo...» T.S. II.3509 f. 83.

3. *Morning Post* (16 de mayo de 1794).

4. Más tarde, cuando John Binns, el jacobino, fue encarcelado sin juicio en el castillo de Gloucester, el ministro del Interior, su esposa y dos hijas le hicieron una visita de cortesía.

«Iglesia y la Corona». El Consejo Privado decidió completar su presión con la acusación de alta traición; y la pena máxima para un traidor era ser colgado por el cuello, cortado mientras aún estuviera vivo, desentrañado (y sus entrañas quemadas ante él) y luego decapitado y descuartizado. Un Gran Jurado de ciudadanos respetables no fue capaz de resistirlo. Después de unos nueve días de proceso, Hardy fue absuelto (el día de Guy Fawkes de 1794). El presidente del jurado se desmayó después de comunicar su «Inocente», mientras la muchedumbre de Londres iba, loca de entusiasmo, y arrastraba a Hardy triunfalmente a través de las calles. Siguieron las absoluciones de Horne Tooke y Thelwall (y el sobreesimiento de los otros casos). Pero las celebraciones de la multitud eran prematuras. Porque al año siguiente se reanudó la dura represión contra los reformadores, o «jacobinos». Y, hacia el final de la década, parecía que toda la agitación había sido disgregada. La Sociedad de Correspondencia de Londres había sido declarada ilegal. Los derechos del hombre de Tom Paine fueron proscritos. Las reuniones fueron prohibidas. Hardy regentaba una zapatería cerca del Covent Garden, y suplicaba a los viejos reformadores que fueran parroquianos suyos como pago a sus anteriores servicios. John Thelwall se había retirado a una granja aislada en Gales del Sur. Después de todo, parecía que los «hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales» no tenían derecho a obtener una reforma parlamentaria.

Se ha reivindicado a menudo a la Sociedad de Correspondencia de Londres como la primera organización política claramente obrera que se formó en Inglaterra. Pedantería aparte (las sociedades de Sheffield, Derby y Manchester se formaron antes que la Sociedad de Londres), esta afirmación requiere aclaración. Por una parte, desde la época de la guerra norteamericana, existieron en Londres, esporádicamente, sociedades de discusión en donde participaban los trabajadores. Por otra parte, quizás es más preciso pensar en la Sociedad de Correspondencia de Londres (SCL) como una sociedad «popular radical», que como una sociedad «obrero».

Hardy, desde luego, era un artesano. Nacido en 1752, había sido aprendiz de zapatero en Stirlingshire; había visto algo del nuevo industrialismo cuando trabajaba como albañil en el Carron Iron Works (casi murió cuando se derrumbó el andamio mientras trabajaba en casa del herrero Roebuck) y tuvo que ir a Londres de joven, poco tiempo antes de la guerra norteamericana. Allí trabajó en uno de esos numero-

sos oficios en los que un oficial se prometía llegar a ser independiente y, con suerte, llegar él mismo a ser maestro; como lo fue Hardy finalmente. Se casó con la hija de un carpintero y maestro de obras. Uno de sus colegas, un presidente de la SCL, era Francis Place, que estaba en camino de llegar a ser maestro en sastrería. La línea entre los oficiales y los pequeños maestros se cruzaba a menudo; los oficiales que hacían botas y los zapateros se enfrentaron con Hardy en su nuevo papel de pequeño patrón, en 1795, mientras que Francis Place, antes de convertirse en sastrero, ayudó a organizar una huelga de oficiales pantaleros en 1793. Y la línea de separación entre el artesano de condición independiente (cuyo taller era a su vez su «tienda») y los pequeños tenderos u hombres de oficio era incluso más borrosa. De ahí al mundo de los grabadores que trabajaban por cuenta propia, como William Sharp y William Blake, de los impresores y los boticarios, los maestros y los periodistas, los cirujanos y el clero disidente, había otro paso.

Así, en un extremo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba en contacto con los cafés, las tabernas y las iglesias disidentes de Piccadilly, Fleet Street y el Strand, donde los oficiales autodidactas se podían codear con el impresor, el tendero, el grabador o el abogado joven. En el otro extremo, al este y sur del río, se relacionaba con aquellas viejas comunidades obreras: los trabajadores ribereños de Wapping, los tejedores de seda de Spitalfields, el viejo baluarte disidente de Southwark. Durante 200 años el «Londres radical» siempre ha sido más heterogéneo y fluido, en cuanto a su definición social y ocupacional, que los núcleos de las Midlands o del norte agrupados alrededor de dos o tres industrias principales. Los movimientos populares de Londres a menudo han carecido de la coherencia y la fuerza que se deriva de la participación de toda una comunidad en tensiones laborales y sociales comunes. Por otra parte, han sido más propensos, en general, a las motivaciones intelectuales e «ideales». Una propaganda de ideas ha tenido mayor público que en el norte. El radicalismo londinense alcanzó pronto una mayor complejidad a partir de la necesidad de unir diversas agitaciones en un movimiento común. En general, las nuevas teorías, los nuevos debates han conectado primero con el movimiento popular en Londres, y se han extendido desde Londres hacia fuera, a los núcleos de provincia.

La SCL era un punto de contacto de esa clase. Y debemos recordar que su primer organizador vivía en Piccadilly, no en Wapping o en

Southwark. Pero hay rasgos, incluso en la breve descripción de sus primeros encuentros, que indican que había nacido un nuevo tipo de organización; rasgos que nos ayudan a especificar (en el contexto del período 1790-1850) la naturaleza de una «organización de la clase obrera». Hay un trabajador como secretario. Hay una cuota semanal baja. Hay mezcla de temas económicos y políticos: «La dificultad de los tiempos» y la reforma parlamentaria. Hay la función del encuentro, a la vez, como acontecimiento social y como centro de actividad política. Hay atención auténtica a las ceremonias de procedimiento. Y sobre todo, hay voluntad de propagar opiniones y de organizar a los convertidos, expresada en el lema: «Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.»

Hoy en día, podríamos omitir un lema como éste considerándolo una prerogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propiedad. La aprobación de este lema significaba que la SCL rechazaba la identificación, que se había hecho durante siglos, de la política y los derechos de propiedad; y rechazaba también el radicalismo de la época de «Wilkes y Libertad», en la que «la multitud» no se organizaba a sí misma con arreglo a sus propios fines, sino que un grupo —incluso un grupo radical— la convocaba a una acción intermitente para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma «ilimitada» suponía una nueva noción de la democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos de movilización y organización de sí misma que existían entre la población. Un desafío revolucionario como éste tenía que desembocar, forzosamente, en la acusación de alta traición.

Este desafío, naturalmente, lo habían expresado con anterioridad los *levellers*\* del siglo xvii. Y la cuestión había sido discutida entre los oficiales de Cromwell y el ejército de agitadores en términos que anticipan lo que serían los conflictos de la década de 1790. En el debate

*Levellers*: miembros del partido republicano y democrático que existió en Inglaterra durante la guerra civil y el período de la Commonwealth. Este es el nombre que le dieron sus enemigos para dar a entender que sus miembros aspiraban a la igualdad social. (N. de la t.)

decisivo, en Putney,<sup>5</sup> los representantes de los soldados sostenían que, puesto que habían conquistado la victoria, debían beneficiarse mediante el reconocimiento de un derecho popular al voto mucho más ampliado. Es bien conocida la petición del *leveller* coronel Rainborough:

Porque pienso, verdaderamente, que el más pobre de Inglaterra tiene una vida que vivir, igual que el más rico; y por lo tanto, señor, pienso con sinceridad que está claro que todo hombre que debe vivir bajo un gobierno debería, en primer lugar, ponerse bajo ese gobierno por propio consentimiento ... yo debería dudar de que fuese inglés, quien dudara acerca de eso.

La respuesta del yerno de Cromwell, el general Ireton —portavoz de los «grandes»— fue que «nadie tiene derecho a influir o participar en el control de los asuntos del reino ... que no tenga un interés fijo permanente, en este reino». Cuando Rainborough le presionó, Ireton se acaloró a su vez:

Todo lo que defiende como fundamental es porque creo que hay que saber apreciar la propiedad. Espero que no llegaremos a disputar por la victoria; pero dejad que todo hombre estime por sí mismo que no escoge aquel camino que lleva a la destrucción de toda propiedad. Porque tenemos ante nosotros el punto más importante de la constitución del reino, desaparecido el cual, todo desaparece.

«Si reconocéis a cualquier hombre que respire y exista —continuó— podría resultar elegida una mayoría de los Comunes que no tuviera «interés local y permanente». ¿No podrían estos hombres votar contra toda propiedad? ... Mostradme dónde os detendréis; en qué aspecto protegeréis a cualquier hombre que tenga propiedad, de acuerdo con esa regla.»

Esta identificación incondicional de los derechos políticos y de propiedad ocasionó protestas enojadas. Por parte de Sexby:

5. A. S. P. Woodhouse, *Puritanism and Liberty*, 1938, pp. 53 y siguientes. [En octubre de 1647 tuvieron lugar los debates de Putney, en los que un consejo del ejército —que incluía tanto a activistas influidos por los *levellers* como a oficiales— discutió el *Agreement of the People*, presentado por los *levellers* como un nuevo contrato social para refundar el Estado después de la guerra civil. (N. de la t.)]

Muchos miles de nosotros, soldados, hemos arriesgado nuestras vidas; hemos tenido poca propiedad en el reino por lo que se refiere a hacienda, sin embargo hemos tenido un derecho por nacimiento. Pero ahora parece que a no ser que un hombre posea una hacienda determinada, no tiene derecho ... me sorprende que nos engañaran tanto.

Y Rainborough interpuso irónicamente:

Señor, yo creo que es imposible tener libertad a menos que toda propiedad desaparezca. Si se tiene que abandonar como norma ... que se haga. Pero me gustaría saber ¿para qué ha estado luchando el soldado durante este tiempo? Ha luchado para esclavizarse a sí mismo, para darles poder a los hombres ricos, a los hacendados, para hacer de sí mismo un perpetuo esclavo.

A lo que Ireton y Cromwell respondieron con razones, que parecen disculpas prescientes por el compromiso de 1688. El soldado corriente había luchado por tres cosas: la limitación de la prerrogativa de la corona, de violar sus derechos personales y su libertad de conciencia; el derecho a ser gobernado por representantes, aun cuando no participara al escogerlos; y la «libertad de negociar para obtener dinero, para conseguir hacienda» y, de ese modo, tomar posesión de los derechos políticos. En esos términos, «se puede tener libertad y no destruir la propiedad».

Este compromiso —la oligarquía de los terratenientes y la propiedad comercial— permaneció incontestado durante 100 años después de 1688, aunque con un tejido de corrupción, soborno e interés que se iba enmarañando y cuyas complejidades han sido cariñosamente descritas por sir Lewis Namier y su escuela. La amenaza *leveller* fue dispersada en su conjunto, aunque a menudo se hacía aparecer el fantasma de un resurgimiento *leveller*, como la Escila para la Caribdis de los papistas y los jacobitas, entre los cuales la buena nave de la Constitución debe dirigir su curso. Pero hasta el último cuarto del siglo XVIII, los impulsos republicanos moderados y libertarios del «hombre de la Commonwealth \* del siglo XVIII» parecen estar paralizados dentro de

\* Commonwealth es el término que los escritores del siglo XVII utilizaban para referirse al concepto de comunidad política organizada. También se utilizó este término para denominar de manera específica el régimen de Cromwell en Gran Bretaña (1649-1660). (*N. de la t.*)

los límites de la definición de Ireton.<sup>6</sup> Leer las controversias entre los reformistas y la autoridad, y entre los diferentes grupos reformistas, en la década de 1790, es ver resucitar de nuevo los debates de Putney. ¡El «más pobre» de Inglaterra, el hombre con un «derecho por nacimiento», se convierte en *Los derechos del hombre*; mientras que la agitación de «innumerables» miembros se ve, por parte de Burke, como la amenaza de la «multitud canallesca». El gran cauce semioficial para intimidar a los reformadores se llamaba la Asociación para «proteger la libertad y la propiedad contra los republicanos y los *levellers*». El reformador moderado de Yorkshire, el reverendo Christopher Wyvill, con respecto a cuya lealtad no puede haber duda, creía sin embargo que una reforma según el principio del sufragio universal «no se podía llevar a cabo sin una guerra civil»:

En momentos de debate político acalorado, la concesión del Derecho de Sufragio a un populacho ignorante y feroz, conduciría al tumulto y a la confusión ... Después de una serie de elecciones deshonradas por la corrupción más vergonzosa, o perturbadas por los disturbios más furiosos, es de esperar que la turbulencia o la venalidad del populacho inglés inspiraría al fin una aversión tan grande a la Nación, que para evitar los males intolerables de una Democracia libertina, se refugiarían ... bajo la protección de un poder despótico.<sup>7</sup>

«En caso de que el señor Paine sea capaz de levantar a las clases más bajas —escribió en 1792— su intervención se caracterizará probablemente por la actuación salvaje, y todo lo que ahora poseemos, tanto en propiedad privada como en libertad pública, estará a merced de una chusma violenta y furiosa.»<sup>8</sup>

El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Demasiado a menudo, puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, vemos sólo las cosas nuevas. Empe-

6. Véase Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealthman*, Harward, 1959.

7. C. Wyvill a John Cartwright, 16 de diciembre de 1797, en Wyvill, *Political Papers*, York, 1804, pp. 381-382.

8. *Ibid.*, p. 23.

zamos en 1789, y el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la Revolución francesa. O, empezamos en 1819 y con Peterloo,\* y el radicalismo inglés parece que sea una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva, y es cierto que esta agitación arraigó entre la población obrera, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero sigue planteada la pregunta: ¿Cuáles fueron los elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menu peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense.<sup>9</sup> Algo podemos atisbar de las complejidades de esas tradiciones, que se mantienen, si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses; y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables.

\* Peterloo, o masacre de Manchester, es el nombre que recibe el mitin realizado el 16 de agosto de 1819 en St. Peter's Fields, Manchester. Fue uno de los mítines que tuvieron lugar en aquel año de depresión industrial. Además de mostrar el descontento por el elevado precio de los alimentos, el mitin tenía como objetivo pedir la reforma del Parlamento. Asistieron unas sesenta mil personas. Los magistrados ordenaron detener a los oradores poco después de que empezara el mitin, a pesar del comportamiento pacífico de la multitud. Pero no sólo se detuvo a los líderes, sino que se atacó al público. El resultado fueron unos quinientos heridos y once muertos. (N. de la t.)

9. Véase G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, 1959. (Hay trad. cast.: *La multitud en la historia*, SXXI de España Editores, 1979.)

## 2. EL CRISTIANO Y LUCIFER

El término disidencia es equívoco. Abarca muchas sectas, muchas tendencias intelectuales y teológicas en conflicto, tropieza con muchas formas diferentes en medios sociales distintos. Los antiguos grupos disidentes, los cuáqueros y los baptistas, presentan algunas semejanzas en su evolución después de la Gloriosa Revolución. A medida que la persecución dejó paso a una mayor tolerancia, las congregaciones se volvieron menos celosas y más prósperas. Donde los pañeros y los granjeros del valle de Spens se habían reunido, en 1670, en secreto y por la noche, en una granja llamada Ye Closes o «en el granero cercano a la capilla Fold», 100 años más tarde encontramos una robusta iglesia con un próspero diácono, Joseph Priestley, que consignaba en su diario piadoso apuntes como éste:

El mundo sonrío. Con el correo recibí algunos compromisos agradables. Cuando iba a Leeds, me decía, qué puedo ofrecerle a mi Señor. Decidí entregarles cuatro o cinco cargas de trigo a los pobres de Cristo. Mucha razón tenía para quejarme el día que no tuve a Dios presente en todos mis pensamientos. Me es difícil con las prisas de las obligaciones ...

Y la semana siguiente:

Esta mañana he ... comido con una compañía de oficiales que parecían, todos ellos, desconocer el camino de la salvación. Tuve algún placer al leer Isaias, 45 ... Ordené al hermano Obadiah que repartiera una carga de trigo entre los pobres de Cristo.<sup>1</sup>

1. Frank Peel, *Nonconformity in Spens Valley*, Heckmondwike, 1891, p. 136.

Este Priestley era todavía calvinista, aunque con algún sentido de culpa. (Sin duda, el «hermano Obadiah» también era calvinista.) Pero su primo menor, también Joseph Priestley, en esta época estudiaba en la Daventry Academy, donde defraudaba tristemente a sus parientes y a su iglesia al ser alcanzado por el espíritu de la ilustración racional, convirtiéndose en unitarista, científico y partidario de la reforma política. De este doctor Priestley eran los libros y el laboratorio que una multitud partidaria de «la Iglesia y el Rey» destruyó en Birmingham, en 1791.

Esta es una breve descripción de una parte de la tradición disidente. Los disidentes, cuya libertad de conciencia se toleraba, pero que aún estaban desautorizados en la vida pública por las *Test and Corporations Acts*,\* siguieron trabajando a lo largo del siglo en favor de las libertades civiles y religiosas. Hacia mediados del siglo, muchos de los pastores instruidos más jóvenes se enorgullecían de su teología liberal y racional. La rectitud calvinista no siguió la mística de las sectas perseguidas y tendió, a través de la «herejía» arriana y sociniana, hacia el unitarismo. Del unitarismo al deísmo sólo había un paso más, aunque pocos dieron este paso hasta la década de 1790; y todavía eran menos los que, en la segunda mitad del siglo XVIII, deseaban o se atrevían a hacer una declaración pública de escepticismo: en 1763, Peter Annet, profesor de 70 años, fue encarcelado y se le puso el cepo por traducir a Voltaire y por publicar folletos «librepensadores» accesibles al público, mientras que un poco después fue clausurada la escéptica sociedad de debate Robin Hood. Los principios liberales se sostenían desde posiciones socinianas o unitarias. Las figuras famosas son: el doctor Price, cuya obra *Observations on Civil Liberty* (1776), durante la guerra norteamericana, alcanzó la notable cifra de ventas de 60.000 ejemplares en pocos meses, y que vivió para enfurecer a Burke con su sermón de saludo a la Revolución francesa; el propio doctor Priestley; y una veintena de figuras menores, algunas de las cuales —Thomas Cooper de Bolton y William Frend de Cambridge— participaron activamente en la agitación por la reforma, de la década de 1790.<sup>2</sup>

\* Leyes que establecían que sólo quienes profesaban la religión oficial de Inglaterra podían ser elegidos para los cargos públicos. (N. de la t.)

2. Véase Anthony Lincoln, *Social and Political Ideas of English Dissent, 1763-1830*, Cambridge, 1938, y R. V. Holt, *The Unitarian Contribution to Social Progress in England*, 1938. Para descripciones más breves, véase Robbins, *op. cit.*, cap. 7, y H. W. Carr-Saunders, *The Age of Grey and Peel*, Oxford, 1929, pp. 49-58.

Hasta aquí la historia parece clara, pero es engañosa. Esas ideas liberales predominaron ampliamente entre el clero disidente, los profesores y las comunidades urbanas educadas. Pero muchos de los pastores habían abandonado sus congregaciones. La iglesia presbiteriana, en donde se sintió una mayor presión hacia el unitarismo, fue la que perdió fuerza de manera más notable, en relación con otros grupos disidentes. A mediados del siglo XVIII, los presbiterianos y los independientes (conjuntamente) eran los más fuertes en el sudoeste (Devonshire, Dorset, Gloucestershire, Hampshire, Somerset, Wiltshire), en el norte industrial (señaladamente Lancashire, Northumberland y Yorkshire), en Londres y en East Anglia (particularmente Essex y Suffolk). Los baptistas disputaban algunos de esos baluartes y estaban asimismo bien arraigados en Bedfordshire, Buckinghamshire, Kent, Leicestershire y Northamptonshire. Así, los presbiterianos y los independientes parecerían haber sido más fuertes en los centros comerciales y de manufactura de la lana, mientras que los baptistas predominaban en áreas en las que pequeños agricultores, hombres de oficio y trabajadores rurales debieron de componer una parte de sus congregaciones.<sup>3</sup> En el mayor de los viejos centros laneros, el West Country, fue donde la religión liberal, «racional», que se inclinaba hacia la negación de la divinidad de Cristo y hacia el unitarismo, hizo a la vez sus avances más rápidos y perdió la lealtad de sus congregaciones. Hacia el final del siglo XVIII, se habían cerrado en Devonshire más de veinte templos presbiterianos, y los historiadores de la disidencia, que escribían en 1809, declaraban: «Devonshire, la cuna del arrianismo, ha sido la sepultura de los disidentes arrianos; y no queda, en aquel populoso condado, ni una veintena de los presbiterianos que había en la época de su nacimiento.»<sup>4</sup>

Pero en otros sitios la historia fue distinta. En las cuestiones de organización de la iglesia, las sectas disidentes llevaban a menudo los principios de autogobierno y de autonomía local al borde de la anarquía. Cualquier autoridad centralizada —incluso la consulta y la aso-

3. D. Bogue y J. Bennett, *History of Dissenters*, 1809, III, p. 333, estiman que, en 1760, la «fuerza principal» de todas las variedades de disidencia se encontraba entre los hombres de oficio y en algunos granjeros de los condados, mientras que «una gran parte de sus congregaciones las componían trabajadores manuales de todo tipo en las ciudades, y trabajadores agrícolas en los pueblos rurales».

4. *Ibid.*, IV, p. 319.



ciación entre iglesias— se veía como «tendente a la gran apostasía anticristiana»:

Una apostasía tan funesta para las libertades civiles y religiosas de la humanidad, y en particular las de los valerosos puritanos viejos y los inconformistas, que las meras palabras sínodo y sesión, concilio y canon, todavía hacen zumbir los oídos de un firme Disidente Protestante.<sup>5</sup>

Donde la tradición calvinista era fuerte, como en zonas del Lancashire y el Yorkshire, las congregaciones se defendían contra la tendencia hacia el unitarismo; y testarudos diáconos, administradores y Obadiahs atormentaban las vidas de sus pastores, investigando sus herejías, expulsándoles o separándose para formar sectas más virtuosas. (Thomas Hardy adquirió algunas de sus primeras experiencias de organización, en las luchas faccionales de la congregación presbiteriana de Crown Court, en Russell Street.) Pero, ¿qué ocurría con los «pobres de Cristo» a los que el doctor Price ofrecía ilustración y el diácono Priestley cargas de trigo? El valle de Spen estaba en el centro de un distrito manufacturero densamente poblado y en expansión; ahí se podría haber esperado que las iglesias disidentes cosecharan, al menos, la recompensa a su resistencia durante los años de persecución. Y sin embargo, tanto la Iglesia oficial como los antiguos disidentes parecían hacer poca mella en los «pobres de Cristo». «Nunca vi una gente más fiera en Inglaterra —anotó John Wesley en su *Diario*, cuando cabalgaba por las cercanías de Huddersfield en 1757—. Los hombres, las mujeres y los niños abarrotaban las calles mientras las atravesábamos a caballo, y parecían estar a punto de devorarnos.»

El cristianismo racional de los unitarios, con su preferencia por la «sinceridad» y su recelo por el «entusiasmo», atraía a algunos de los hombres de oficio y los tenderos de Londres, y a grupos semejantes de las grandes ciudades. Pero parecía demasiado frío, demasiado distante, demasiado fino, y demasiado asociado a los cómodos valores de una clase floreciente, para atraer a los pobres de la ciudad o del pueblo. Su mismo lenguaje y tono constituían una barrera: «Ninguna predicación ayudará al Yorkshire —decía John Nelson a Wesley—, sino es la de vie-

5. J. Ivimey, *History of the English Baptists*, 1830, IV, p. 40.

jo tipo que cae sobre la conciencia como un tronido. Aquí la buena predicación hace más mal que bien». Y sin embargo, el viejo calvinismo había levantado sus propias barreras que impidían cualquier entusiasmo evangélico. La secta perseguida no hizo más que convertir, con demasiada facilidad, su propia exclusividad en virtud, y esto, en contrapartida, reforzó los principios más firmes del dogma calvinista. «La elección —rezaba un artículo de la Confesión de Savoy (1658)— no estaba prevista para la masa corrupta o la mayor parte de la humanidad.» Por supuesto, los «pobres de Cristo» y la «masa corrupta» eran la misma gente: desde otro punto de vista, la «ferocidad» de los pobres era una señal de que vivían fuera de los límites de la gracia. Los calvinistas elegidos tendían a reducirse a un grupo de parentesco.

Y había otras razones para que se diera este proceso. Algunos retroceden directamente hasta la derrota de los *levellers* en la Commonwealth. Cuando se derrumbaron las milenarias esperanzas de un gobierno de los santos, a continuación se produjo una aguda disociación entre las aspiraciones temporales y espirituales del puritanismo de los pobres. Ya en 1654, antes de la Restauración, la Asociación General de los Baptistas Generales hizo público un manifiesto (dirigido a los hombres de la Quinta Monarquía que había entre ellos) declarando que «no conocían razón alguna por la que los santos esperasen, por ejemplo, que el Mando y el Gobierno del Mundo se pusieran en sus manos», hasta el juicio final. Hasta aquel momento su parte era «sufrir con paciencia el mundo... en lugar de alcanzar el Mando del Gobierno en todas partes». Al final de la Commonwealth, la tradición rebelde del antinomianismo «renunció a todas sus demandas» (Donde los sectarios apasionados habían sido celosos —verdaderamente despiadados— jardineros sociales, ahora, estaban satisfechos con decir: «dejad que la cizaña (si es que lo es) crezca sola con el trigo...»<sup>7</sup> Gerrard Winstanley, el *Digger*,\* nos ayuda a entender la mudanza de sentimiento, que se desplaza del «reino exterior» al «reino interior»:

6. A. C. Underwood, *History of the English Baptists*, 1947, pp. 84-85.

7. G. Huehns, *Antinomianism in English History*, 1951, p. 146.

\* *Diggers* era el nombre de un grupo de comunistas agrarios dirigidos por Gerrard Winstanley y William Everard. Sostenían que la guerra civil se había hecho contra el rey y los grandes terratenientes, y que, una vez ejecutado Carlos I, la tierra debía estar a disposición de los pobres para que éstos la cultivaran. (N. de la t.)



El ser viviente y el espíritu creador no son uno solo, sino que están divididos, uno se ocupa de un reino exterior a él, y el otro le arrastra a buscar y esperar un reino en su interior, que no sea corrompido por la polilla ni el óxido y en el que los ladrones no puedan penetrar y robar. Este es un reino que permanecerá; debes despojarte del reino externo.<sup>8</sup>

Entender esa retirada —y lo que se conservaba a pesar de la retirada— es crucial para comprender el siglo XVIII y el elemento de continuidad en la posterior política de la clase obrera. En un sentido, el cambio se puede ver en las diferentes asociaciones de ideas que sugieren dos palabras: la energía positiva del *Puritanismo*; el retraimiento, para la propia continuidad, de la *Disidencia*. Pero también podemos ver la forma en que la resolución de las sectas, de «sufrir con paciencia el mundo» mientras se abstendían de la esperanza de alcanzar su «Mando y Gobierno», les permitía combinar el quietismo político con una especie de radicalismo adormecido —que se conservaba en las metáforas de los sermones y los folletos, y en las formas democráticas de organización— que podría, en cualquier situación más esperanzadora, hacer estallar el incendio una vez más. Podríamos esperar que esto fuera muy perceptible entre los cuáqueros y los baptistas. Sin embargo, en la década de 1790, los cuáqueros —que eran menos de 20.000 en el Reino Unido— se parecen poco a la secta que, en otro tiempo, encuadró a hombres como Lilbourne, Fox y Penn. Habían prosperado demasiado; habían perdido algunos de sus espíritus más activos, en sucesivas emigraciones hacia Norteamérica; su hostilidad hacia el Estado y la autoridad se habían reducido a símbolos formales, la negativa a prestar juramento o a descubrirse la cabeza; la tradición que se mantuvo, en el mejor de los casos, contribuyó más a la conciencia social de la clase media que al movimiento popular. A mediados de siglo había todavía congregaciones humildes como la que se reunía en el templo de Cage Lane, Thetford —contigua a la cárcel, con su picota y sus cepos—, donde el joven Tom Paine recibió (según su propia afirmación) «una educación moral sumamente buena». Pero parece que pocos cuáqueros cambiaron cuando Paine, en 1791, conjugó algunas de sus propias ideas sobre el servicio a la humanidad con el tono intransigente de

8. *Fire in the Bush* en *Selections ... from Gerrard Winstanley*, compilado por L. Hamilton, 1944, pp. 30-31.

*Los derechos del hombre*. En el año 1792, la Reunión Trimestral de Amigos del Yorkshire recomendaba encarecidamente a todos sus miembros que tuvieran «verdadera quietud de espíritu» en el «estado de perturbación que existe actualmente en nuestra nación». No debían unirse a asociaciones políticas, no debían fomentar «un espíritu de descontento hacia el Rey y el Gobierno bajo el cual vivimos y disfrutamos de muchos privilegios y favores que merecen nuestra sumisión agradecida a ellos».<sup>9</sup>

Sus antepasados no habían aceptado la *sumisión*, tampoco hubieran admitido la palabra *agradecida*. La tensión entre los reinos «exterior» e «interior» suponía un *rechazo* de los poderes dominantes, excepto en los aspectos en que la coexistencia era inevitable; y una muy buena razón había decidido, hacía tiempo, lo que era «lícito» para la conciencia y lo que no lo era. Quizá los baptistas eran los que presentaban la mayor coherencia: seguían siendo los más calvinistas en cuanto a su teología y los más plebeyos en cuanto a sus seguidores. Y sobre todo en Bunyan encontramos el radicalismo adormecido que se conservó a través del siglo XVIII y que estalla una y otra vez en el siglo XIX. *Pilgrim's Progress* es, junto con *Los derechos del hombre*, uno de los dos textos fundamentales del movimiento obrero inglés: Bunyan y Paine, con Cobbett y Owen, contribuyeron mucho a la provisión de ideas y actitudes que constituyen la materia prima del movimiento desde 1790 a 1850. Miles de jóvenes encontraron en *Pilgrim's Progress* su primer relato de aventuras, y hubieran convenido con Thomas Cooper, el carlista, en que era su «libro de libros».<sup>10</sup>

«Ambiciono una herencia incorruptible, inmaculada y que no se desvanezca ... custodiada en el cielo y fuera de peligro ... para que se ofrezca, en el momento señalado, a los que la buscan de manera perseverante. Léelo así, si lo deseas, en mi libro.» Ahí está el reino de Winstanley que no es «corrompido por la polilla ni el óxido», ahí está el reino espiritual milenarista de los santos, quienes deben «sufrir con paciencia» este mundo. Ahí está el «grito lamentable» —¿qué puedo hacer?— de los que perdieron en Putney, y que no tuvieron parte en el pacto de 1688. Ahí está el viejo papa, de quien el cristiano piensa que sus antepasados le han domesticado, y que ahora se le han «vuelto tan

9. Rufus M. Jones, *The Later Periods of Quakerism*, 1921, I, p. 315.

10. Véase Q. D. Leavis, *Fiction and the Reading Public*, 1932, cap. 2.

desquiciadas y rígidas las articulaciones», que puede hacer poco menos que sentarse en la boca de su cueva y decirles a los peregrinos: «Nunca os reformaréis hasta que muchos de vosotros hayáis sido quemados»; «sonriendo ... mientras pasan, y mordiéndose las uñas porque no puede atacarles». Ahí está el íntimo paisaje espiritual de la disidencia del pobre: de los «sastres, vendedores de pieles, jaboneros, cervecedores, tejedores y caldereros» que se encontraban entre los predicadores bautistas;<sup>11</sup> un paisaje que parece tanto más misterioso, bañado de ardiente energía y conflicto, por cuanto que proviene de la frustración de esas pasiones en el mundo exterior: el castillo de Belcebú, los gigantes sanguinarios, destrozador, asesinar el bien, la colina de la dificultad, el castillo de la duda, la feria de vanidades, la tierra encantada; un camino «lleno de engaños, fosos, lazos y trampas». Ahí están los aristocráticos enemigos del cristiano: «el señor Placer Carnal, el señor Ostentoso, el señor Deseo de Gloria Vana, mi viejo señor Lujuria, el señor Tener Codicia, junto con el resto de nuestra nobleza». Y ahí está el Valle de la Humillación en el que los lectores de Bunyan se debían encontrar: «un Valle en el que nadie entra, sino aquellos a los que les gusta una vida de peregrino». Es la MISERICORDIA quien dice:

Me gusta estar en aquellos lugares donde no hay traqueteo de carrozas, ni retumbar de ruedas; me parece que ahí uno puede pensar, sin que le importunen mucho, qué es, de dónde viene, qué ha hecho ... ahí uno puede pensar, y abrir el corazón, y fundirse en su propio espíritu, hasta que los ojos se conviertan en «el vivero de Heshbon».

Y GRAN CORAZÓN le responde, con el orgullo espiritual de los perseguidos y fracasados: «Es cierto ... Yo he atravesado muchas veces ese valle, y nunca estuve mejor que allí».

Pero el mundo del espíritu —de la virtud y la libertad espiritual— está bajo una constante amenaza que proviene del otro mundo. En primer lugar, está amenazado por los poderes del Estado; cuando nos encontramos con LUCIFER, nos parece estar en un mundo de fantasía: «Estaba recubierto de escamas, como un pez (ellas son su orgullo), tenía alas como un dragón, patas como un oso, y de su vientre salía fuego y humo ...»

11. R. M. Jones, *Studies in Mystical Religion*, 1923, p. 418. Véase también J. Lindsay, *John Bunyan*, 1937.

Pero cuando ese monstruo ataca al CRISTIANO («con un semblante desdeñoso») resulta ser muy parecido a los perplejos jueces del país que intentaban, mediante razones y amenazas alternativamente, que Bunyan prometiese desistir en el campo de la predicación. LUCIFER abre su boca —que era «como la boca de un león»— para emitir un rugido apagado: «Si todavía ahora cambiaseis y retrocedieseis, estoy dispuesto a pasarlo todo por alto». Sólo cuando ha fracasado la persuasión, se atraviesa «a todo lo ancho del camino» y declara: Juro por el infierno que tú no seguirás adelante». Y es la sutileza de LUCIFER la que le permite encontrar aliados entre la propia colectividad CRISTIANA y los compañeros peregrinos. Ésos —y son con mucho los más numerosos y engañosos— constituyen la segunda fuente de amenaza a la incorruptible herencia del CRISTIANO; uno por uno, Bunyan presenta los escudriños argumentos de aliento y pacto que preparan el camino para una contemporización entre LUCIFER y la disidencia. Está el señor Bajo Mano del Pico de Oro; y el señor Domina el Mundo, el señor Amor al Dinero, y el señor Ahorralotodo, todos ellos alumnos de «un maestro de Amor a la ganancia, que es una ciudad de mercado del condado de Codicia, en el Norte». El señor Bajo Mano condena a aquellos «que son demasiado virtuosos»:

BAJO MANO: Porque, ellos ... en su viaje se lanzan a la intemperie; y yo soy partidario de esperar el viento y la marea. Ellos son partidarios de arriesgarlo todo por Dios en una descarga; y yo soy partidario de aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mi hacienda. Ellos son partidarios de mantener sus ideas aunque todos los demás estén en su contra; pero yo soy partidario de la religión en la medida que, y durante el tiempo que, mi seguridad la resista. Ellos son partidarios de la religión cuando está harapienta y despreciada; pero yo la apruebo cuando anda con sus babuchas doradas, al sol, entre aplausos.

SEÑOR DOMINA EL MUNDO: Sí, y manténgase ahí firme, buen señor Bajo Mano ... Vamos a ser prudentes como serpientes; es mejor hacer el agosto...

SEÑOR AHORRALOTODO: Creo que estamos todos de acuerdo en este punto, y por lo tanto no es necesario hablar más.

SEÑOR AMOR AL DINERO: No, no hacen falta más palabras acerca de este asunto, por supuesto; porque él, que no cree ni en la Escritura ni en la razón (y ya veis que las tenemos a ambas de nuestro lado), tampoco conoce su propia libertad, ni busca su propia seguridad.

Es un espléndido pasaje, que prefigura mucho el desarrollo de la disidencia del siglo XVIII. Bunyan sabía que, en un sentido, los amigos del señor Bajo Mano tenían a ambas, la Escritura y la razón, de su lado; él introdujo en su disculpa los argumentos de la seguridad, el consuelo, la ilustración y la libertad. Lo que han perdido es su integridad moral y su piedad; la herencia incorruptible del espíritu, según parece, no se podía preservar si se olvidaba la herencia de la lucha.

Esto no es todo lo que trata *Pilgrim's Progress*. Como observó Weber, la «atmósfera primordial» del libro denota que «la vida futura no sólo es más importante, sino más cierta, de diversos modos, que todos los intereses de la vida en este mundo». <sup>12</sup> Y esto nos recuerda que la fe en una vida futura era útil, no sólo como consuelo para los pobres, sino además como cierta compensación emocional por los sufrimientos y las injusticias actuales; era posible no sólo imaginar la «recompensa» de los humildes, sino además gozar de alguna venganza sobre sus opresores imaginando sus tormentos futuros. Por otra parte, al subrayar los aspectos positivos de la metáfora de Bunyan hemos dicho poco acerca de los aspectos manifiestamente negativos —el fervor, la sumisión temporal, la búsqueda egocéntrica de la salvación personal— con los que aquéllos están inseparablemente entremezclados, y esta ambivalencia continúa existiendo entrado el siglo XVIII, en el lenguaje del inconformismo humilde. A Bamford la historia le parecía «tristemente tranquilizadora, como la de una luz que proviene de un sol eclipsado». Cuando el contexto es esperanzador y surge la agitación de masas, las energías activas de la tradición son más visibles: el Cristiano se bate con Lucifer en el mundo real. En los tiempos de derrota y apatía que viven las masas, predomina el quietismo, reforzando el fatalismo de los pobres: el Cristiano sufre en el Valle de la Humillación, lejos del traqueteo de las carrozas, volviendo la espalda a la Ciudad de la Destrucción y buscando el camino hacia una Ciudad espiritual de Sión.

Por otra parte, Bunyan, con su miedo a la erosión de la herencia debida a la transigencia, añadió a la lúgubre tristeza puritana su propia descripción figurada del «recto y estrecho» camino, que acentúa el celoso sectarismo de los calvinistas elegidos. Hacia 1750, aquellas mis-

12. M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, 1930, pp. 109-110, 227. (Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.) Véase también A. Kettle, *Introduction to the English Novel*, 1951, pp. 44-45.

mas sectas, que habían pretendido ser sumamente leales a los «pobres de Cristo», acogían con menos entusiasmo a los nuevos conversos y tenían una disposición menos evangelizadora. La disidencia estaba atrapada en la tensión entre dos tendencias opuestas, que, tanto una como otra, se apartaban de cualquier interés popular: por una parte, la tendencia hacia un humanitarismo racional y una predicación selecta, demasiado intelectual y elegante para los pobres; por otra, los estrictos elegidos, que no se podían casar fuera de la iglesia, que expulsaban a todos los reincidentes y herejes, y que se mantenían aparte de la «mesa corrupta» predestinada a la condenación. «El calvinismo de la primera —observó Halévy— experimentaba descomposición, el calvinismo de la última, petrificación.» <sup>13</sup>

Incluso los baptistas de Bunyan estaban profundamente divididos: los baptistas generales «arminianos» que perdían terreno ante los entusiastas baptistas particulares calvinistas (con sus baluartes en Northamptonshire, Bedfordshire, Lincolnshire), cuyo propio calvinismo, sin embargo, les impediría la propagación de la secta. <sup>14</sup> No fue hasta 1770 que los baptistas particulares empezaron a salir de la trampa de su propio dogma, haciendo pública una carta circular (proveniente de Northamptonshire) que ofrecía una fórmula mediante la cual podían reconciliarse el evangelismo y la idea de elección: «Toda alma que llega a Cristo para ser salvada... debe ser alentada... El alma que llega no debe temer no ser elegida, porque ninguna sino aquélla querría llegar.» Pero el resurgimiento era lento, y fue la competición con los metodistas, más que una dinámica interna, la que condujo a los baptistas de vuelta hacia los pobres. Cuando Dan Taylor, un minero del carbón de Yorkshire que había trabajado en la mina desde la edad de 5 años y a quien los metodistas habían convertido, miró a su alrededor, en la década de 1760, en busca de una secta baptista con disposición evangelizadora, no encontró nada que le gustara. Construyó su propio templo extrayendo la piedra de los páramos de más arriba del puente de Hebden y acarreándola en su propia espalda; <sup>15</sup> luego bajó desde el municipio tejedor de Heptonstall (un baluarte puritano durante la guerra ci-

13. Véase el excelente compendio de Halévy, *A History of the English People in 1815*, Penguin, III, pp. 28-32, 40-48.

14. Bogue y Bennett, *op. cit.*, III, pp. 332-333; Ivimey, *op. cit.*, III, p. 160.

15. John Wesley anota en su *Diario* (31 de julio de 1766) que «metodistas renegados, que primero se han vuelto calvinistas, y luego anabaptistas, han provocado confusión en Heptonstall».

vil) hasta Lincolnshire y Northamptonshire, entrando en contacto con grupos baptistas inquietos, y formando finalmente (en 1770) la Nueva Conexión Baptista. En los siguientes años, recorrió 25.000 millas y predicó 20.000 sermones. Este es un hombre que debe ser recordado al lado de Wesley y Whitefield; pero no provenía ni de la sociedad de los baptistas particulares ni de la de los generales: quizá espiritualmente provenía de la herencia de Bunyan, pero materialmente salió sencillamente de la tierra.

Deberíamos recordar tanto al doctor Price como a Dan Taylor; y deberíamos tener presente que *gozaban* de libertad de conciencia, que no estaban amenazados por la Inquisición o la mazmorra de la «Prostituta Escarlata de Babilonia». <sup>16</sup> La misma anarquía de la vieja disidencia, con sus iglesias autónomas y sus cismas, hacía que, de pronto, pudieran aparecer las ideas más inesperadas y poco ortodoxas, en una aldea de Lincolnshire, en una ciudad mercado de las Midlands, en una mina de Yorkshire. En la ciudad lanera de Frome (anotó Wesley en su *Diario*, en 1768) había «una mezcla de hombres de todas las opiniones, anabaptistas, cuáqueros, presbiterianos, arrianos, antinomianos, moravos y qué sé yo qué más». Los comerciantes y los artesanos escoceses introdujeron otras sectas en Inglaterra; en las últimas décadas del siglo XVIII, los glasitas o sandemanianos hicieron un pequeño progreso gracias a su entusiasta disciplina de iglesia, su creencia de que las «distinciones de la vida civil (estaban) eliminadas en la iglesia» y de que la pertenencia suponía cierta comunidad de bienes, y —en opinión de los críticos— su desmesurado orgullo espiritual y «abandono de la multitud pobre, ignorante y maldita». <sup>17</sup> Hacia finales del siglo, había sociedades sandemanianas en Londres, Nottingham, Liverpool, Whitehaven y Newcastle.

[La historia intelectual de la disidencia se compone de colisiones, cismas, mutaciones; y a menudo se tiene la sensación de que las semillas,

16. Término de la disidencia para denominar el erastianismo; en primer lugar el Papado y la Iglesia Romana, pero atribuido también a la Iglesia de Inglaterra o a *cualquier* iglesia acusada de prostituir su virtud espiritual debido a razones de Estado y de poder mundano. Cobbett recordaba: «Cuando era un muchacho, creía firmemente que el Papa era una mujer prodigiosa vestida con una capa terrorífica, que era roja porque había sido teñida con la sangre de los protestantes.» *Political Register* (13 de enero de 1821).

17. Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 107-124. A pesar de su severidad, los sandemanianos eran menos intolerantes que otros disidentes acerca de algunas normas sociales y aprobaban el teatro.

en estado latente, del radicalismo político se encuentran en su seno, dispuestas a germinar siempre que se siembren en un contexto social benéfico y esperanzador. Thomas Spence, que se educó en una familia sandemaniana, pronunció una conferencia en la Sociedad Filosófica de Newcastle, en 1775, que en términos generales contenía su doctrina completa del socialismo agrario; y sin embargo, hasta la década de 1790 no empezó su propaganda pública formal. Tom Paine, con su educación cuáquera, había dado pocas muestras de sus puntos de vista políticos, terriblemente heterodoxos, durante su monótona vida como recaudador de impuestos en Lewes; la situación era desesperada, la política parecía una simple especie de «artimaña». A menos de un año de su llegada a Norteamérica (noviembre de 1774) había publicado *Sentido común y Crisis*, artículos que contienen todos los supuestos de *Los derechos del hombre*. Escribió: «Aborrezco la monarquía porque es demasiado degradante para la dignidad del hombre.» «Pero nunca molesté a los demás con mis ideas hasta hace muy poco tiempo, ni publiqué jamás en mi vida una sílaba en Inglaterra.» Lo que ha cambiado no es Paine, sino la situación en la que Paine escribía. La semilla de *Los derechos del hombre* era inglesa, pero solamente la esperanza que despertaron las revoluciones norteamericana y francesa le permitió arraigar.

[Si alguna secta de la vieja disidencia hubiese marcado el paso del resurgimiento evangélico —en lugar de John Wesley—, el inconformismo del siglo XIX podría haber adoptado una forma más intelectual y democrática. Pero fue Wesley —gran conservador en política, sacerdotal en su enfoque de la organización— el primero que tendió la mano a los «pobres de Cristo», rompiendo el tabú calvinista con el sencillo mensaje:] «Lo único que tenéis que hacer es salvar almas.»

A vosotros os llamo, proscritos por los hombres,  
¡Rameras, y taberneros, y ladrones!  
Él tiende sus brazos para abrazaros a todos;  
Sólo a los pecadores acoge su gracia:  
Los virtuosos no tienen necesidad de él;  
Él vino a buscar y a salvar a los perdidos.

Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid,  
¡Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!  
Su corazón sangrante os acogerá.

Su costado abierto os recibirá;  
 Ahora os llama, os invita a su casa:  
 Venid, ¡Oh! mis culpables hermanos, venid.\*

Por supuesto, habría una cierta lógica en el hecho de que el resurgimiento evangélico hubiera venido del seno de la Iglesia oficial. El acento puritano sobre una «vocación» se ajustaba, como han mostrado Weber y Tawney, particularmente bien a la experiencia de los grupos de clase media floreciente y laboriosa o de pequeña burguesía. Las tradiciones más luteranas del protestantismo anglicano estaban menos adaptadas a las doctrinas exclusivistas de la «elección»; aunque como Iglesia oficial tenía una responsabilidad particular sobre las almas de los pobres; y, desde luego, el deber de inculcarles las virtudes de la obediencia y la laboriosidad. [El letargo y el materialismo de la Iglesia del siglo XVIII eran tales que al final, y contra los deseos de Wesley, el resurgimiento evangélico dio lugar a la Iglesia Metodista diferenciada.] Pero con todo, el metodismo estuvo profundamente marcado por su origen; mientras que la disidencia del hombre pobre de Bunyan, de Dan Taylor y —más adelante— de los metodistas primitivos (era una religión de el pobre, el wesleyanismo continuó siendo, tal como había empezado, una religión para los pobres.]

Como predicadores y evangelistas, Whitefield y otros primeros predicadores que lo hacían al aire libre eran más impresionantes que Wesley. Pero Wesley (era activo en grado sumo y un diestro organizador, administrador y legislador.) Logró conjugar con precisión las justas proporciones de democracia y disciplina, doctrina y sentimentalismo. Su éxito no residió tanto en las históricas reuniones de partidarios del resurgimiento (que no eran extrañas en el siglo de Tyburn) \*\* como en la organización del mantenimiento de las asociaciones metodistas en los centros comerciales y los mercados, y en las comunidades mineras, de tejedores y obreras, la participación democrática de cuyos miembros en la vida de la Iglesia estaba a la vez catalogada, estrictamente diri-

\* Outcasts of men, to you I call / Harlots, and publicans, and thieves! / He spreads his arms to embrace you all; / Sinners alone His grace receives: / No need for him the righteous have; / He come the lost to seek and save. / Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in; / He calls you now, invites you home: / Come, O my guilty brethren, come.

\*\* Tyburn fue el lugar de ejecución pública del Middlesex hasta 1783. (N. de la t.)

gida y disciplinada. [Facilitaba el ingreso a esas asociaciones eliminando todas las barreras de las doctrinas sectarias.] Con el fin de aumentar la incorporación, escribió: los metodistas

no imponen ... opiniones cualesquiera que éstas sean. Que sostengan la redención particular o general, los decretos absolutos o condicionales; que sean eclesiásticos o disidentes, presbiterianos o independientes, no es impedimento ... Los independientes o anabaptistas [pueden] utilizar sus propias formas de culto; lo mismo podrá hacer el cuáquero, y nadie discutirá con él acerca de eso ... Una condición, y una sola, se requiere: un deseo auténtico de salvar sus almas.<sup>18</sup>

[Pero una vez dentro de las asociaciones metodistas, los convertidos estaban sujetos a una disciplina que no tenía nada que envidiar a las sectas calvinistas más fanáticas. Wesley deseaba que los metodistas fueran una «gente singular»; que se abstuvieran de casarse fuera de las asociaciones; que se distinguieran por su forma de vestir y por la solemnidad de su lenguaje y su conducta; que evitaran la compañía incluso de los familiares que todavía estaban en «el reino de Satán». Se expulsaba a sus miembros por frivolidad, por blasfemia y juramento, por asistencia negligente a las reuniones de clase.\* Las asociaciones, con sus encuentros musicales, clases, vigiliias nocturnas y visitas, componían un orden seglar en el que, como observó Southey, había una «policía espiritual» que estaba en una alerta constante para cualquier signo de recaída.<sup>19</sup>] La democracia de «raíces populares», gracias a la cual los hombres de oficio y los obreros dirigían las asociaciones, no se extendía en absoluto a las cuestiones de doctrina o gobierno de la Iglesia. En ninguna otra cosa rompió Wesley tan severamente con las tradiciones de la disidencia como en su oposición a la autonomía local, y en su propio dominio autoritario y el de los ministros nombrados por él.

Y sin embargo, el progreso más rápido del metodismo entre los pobres se dio a menudo en áreas con una larga tradición de disidencia como Bristol, el West Riding, Manchester, Newcastle. En la década de

18. R. Southey, *Life of Wesley and the Rise of Methodism*, edición de 1890, p. 545.

\* La clase era una subdivisión de las congregaciones o asociaciones metodistas. En cada una de sus reuniones había un dirigente de clase con fines religiosos. A las propias reuniones también se les llama, simplemente, clases. (N. de la t.)

19. *Ibid.*, pp. 382, 545.

1760, a dos millas de Heckmondwike, donde el diácono Priestley y Obadiah mantenían todavía una iglesia de calvinistas independientes, John Nelson, un cantero de Birstall, estaba ya atrayendo grandes reuniones de pañeros y mineros para oír el nuevo mensaje de la salvación personal. En su camino hacia la cantera, Nelson debía pasar por delante de la casa del viejo pastor disidente, intercambiar textos y discutir las doctrinas del pecado, la redención mediante la gracia y la predestinación. (Tales discusiones se volvieron más escasas en los últimos años a medida que la teología metodista ortodoxa se convertía en más oportunista, antiintelectual y ociosa.) Nelson se había convertido mientras estaba en Londres, cuando oyó predicar a John Wesley en Moorfields. Su *Diario* es muy distinto al del diácono Priestley:

Una noche ... soñé que estaba en Yorkshire, yendo a casa en mi ropa de trabajo; y cuando iba por Paul Champion's, oí un potente grito, como de una multitud de gente afligida. ... De pronto empezaron a chillar y a revolcarse uno sobre otro; pregunté qué ocurría y me dijeron que Satán andaba suelto entre ellos. ... Luego pensé que le veía en forma de toro rojo pasando entre la gente, como una bestia pasa entre el trigo que crece, no hizo ademán de cornear a nadie, pero se encaró hacia mí como si quisiera clavar sus cuernos en mi corazón. Entonces grité: «¡Señor, ayúdame!» e inmediatamente le cogí por los cuernos y le giré sobre su espalda, poniendo mi pie derecho sobre su pescuezo, en presencia de un millar de personas ...

Despertó de este sueño sudoroso y agotado. Otra noche, «mi alma se llenó con una sensación tal de amor Divino, que me hizo llorar delante de él»:

Soñé que estaba en Yorkshire, yendo desde Gomersal-Hill-Top hasta Cleckheaton, y hacia la mitad del camino, creí ver a Satán que venía a mi encuentro en forma de un hombre alto, negro y con los cabellos como serpientes. ... Pero seguí, desgarré mis vestidos y le enseñé mi pecho desnudo, diciendo: «Mira, aquí está la sangre de Cristo». Entonces me pareció que huía de mí tan rápido como lo haría una liebre.

John Nelson hablaba muy en serio. Fue enrolado en el ejército, se negó a servir, él y su esposa fueron acosados y apedreados en su trabajo. Sin embargo, se me ocurre que el Satán de Nelson pertenece más a un mundo de fantasía que el Lucifer de Bunyan, a pesar del fuego y las esca-

mas del último. Y la fantasía tiene unos matices de histeria y de sexualidad deteriorada o frustrada que —junto con el paroxismo que a menudo acompañaba la conversión—<sup>20</sup> son algunos de los contrastes del resurgimiento metodista. Mientras Bunyan revelaba el desafío del Diablo en un mundo de magistrados, excusas reincidentes y mundanas para la transigencia, este Satán metodista es una fuerza incorpórea localizada en algún lugar de la psique, que se descubre a través de la introspección o surge delante como imagen fálica opuesta a la imagen femenina del amor de Cristo, en las ráfagas de histeria masiva que culminaban las campañas del resurgimiento.

En un sentido, se puede ver a ese Satán como una emanación de la miseria y la desesperación de los pobres del siglo XVIII; en otro, podemos ver las energías de una efectiva salida en la vida social, frustradas y constreñidas por los principios del puritanismo que niegan la vida, vengándose en el espíritu humano. Podemos ver al metodismo como una mutación de aquella tradición que se remonta a los *ranter*s\* del siglo XVII, cuyos primos, los moravos, tan profundamente influenciaron a Wesley. Pero el culto al «Amor» fue conducido a un punto de equilibrio entre las afirmaciones de la «religión social» y las aberraciones patológicas de los impulsos sociales y sexuales frustrados. Por un lado, verdadera compasión por «las ramerías, los taberneros y ladrones»; por el otro, una preocupación enfermiza por el pecado y el confesionario del pecador. Por una parte, auténtico arrepentimiento de infamias auténticas; por otro, exuberantes refinamientos de culpabilidad introspectiva. Por un lado, una religión que cedía un lugar a los humildes, como predicadores locales y jefes de clase, que les enseñaba a leer y les daba dignidad y experiencia en la expresión oral y la organización; por otro, una religión hostil a la investigación intelectual y a los valores artísticos, y que abusaba tristemente de la fidelidad intelectual de aquéllos. Era un culto al «Amor» que temía la verdadera expresión del amor, ya fuese como amor sexual o en cualquier otra forma social que pudiera entorpecer las relaciones con la Autoridad. Su auténtico lenguaje de devoción era el de la sublimación sexual entreverada de masoquismo: el «amor sangrante», el costado herido, la sangre del cordero,

20. Véase W. E. H. Lecky, *History of the English People in the 18th Century*, 1891, III, pp. 582-588. A pesar de todo lo que se ha escrito en este siglo sobre el tema del metodismo, los relatos de Lecky y Southey continúan siendo lecturas esenciales.

\* Secta de antinomianos que surgió en 1645. (N. de la t.)



De todas las trampas agradables, enséñame  
A guardar los asuntos de mi corazón.  
¡Sé Tú mi Amor, mi Alegría, mi Temor!  
Tú mi arte de Eterno Destino.  
Sé Tú mi Amigo incondicional,  
Y ámame, ¡Oh! ámame hasta el fin.\*

En Londres, un grabador jacobino fue al «Jardín del Amor» y encontró «una capilla ... construida en medio, / Donde solía jugar sobre la hierba»:

Las puertas de esa capilla estaban cerradas,  
Y «No pases» escrito sobre la puerta.\*\*

En el jardín había «lápidas sepulcrales donde debería de haber flores»:

Y paseaban sacerdotes con vestidos negros,  
Ciñendo de espinas mis alegrías y deseos.\*\*\*

En los últimos años, se han dicho tantas cosas acerca de la contribución positiva del metodismo al movimiento obrero, que es necesario que recordemos que Blake y Cobbett, Leigh Hunt y Hazlitt veían la cuestión de distinta forma. A partir de algunos relatos populares, podríamos suponer que el metodismo no fue más que un terreno abonado para los radicales y los organizadores sindicales, todos ellos formados a la imagen del mártir de Tolpuddle, George Loveless, con su «pequeña biblioteca de teología» y su firme independencia. La cuestión es mucho más compleja. A un nivel se puede establecer, sin la más mínima dificultad, el carácter reaccionario —en verdad, detestablemente servil— del wesleyanismo oficial. [Las pocas intervenciones activas de Wesley en la política contuvieron propaganda contra el doctor Price y los colonos norteamericanos.] Pocas veces dejaba escapar cualquier oportu-

\* Teach me from every pleasing anare / To keep the issues of my heart. / Be Thou my Love, my Joy, my Fear! / Thou my Eternal Portion art. / Be Thou my never-failing Friend, / And love, O love me to the end.

\*\* And de gates of this Chapel were shut, / And «Thou shalt not» writ over the door ...

\*\*\* And Priests in black gowns were walking their rounds, / And binding with briars my joys & desires.

nidad de inculcar a sus seguidores las doctrinas de la sumisión, expresadas menos a nivel de ideas que de superstición.<sup>21</sup> Su muerte (1791) coincidió con el primer entusiasmo por la Revolución francesa; pero consecutivas conferencias metodistas continuaron la tradición de su fundador, reafirmando su «verdadera lealtad al Rey y su sincera adhesión a la Constitución» (Conferencia de Leeds, 1793). Los estatutos que se redactaron el año anterior a la muerte de Wesley eran explícitos: «Ninguno de nosotros puede hablar del gobierno, ya sea por escrito o en conversación, con ligereza o sin el debido respeto.»<sup>22</sup>

[Así, el metodismo aparece, a este nivel, como una influencia políticamente regresiva o «estabilizadora»] y encontramos cierta confirmación de la famosa tesis de Halévy, según la cual el metodismo evitó la revolución en Inglaterra durante la década de 1790. [Pero a otro nivel, nos es conocido el argumento de que el metodismo fue responsable, de forma indirecta, de un incremento de la confianza en sí misma y la capacidad de organización de la población obrera. Este argumento fue formulado por Southey, en fecha tan temprana como 1820:

Quizá entre los males accesorios que ha producido el metodismo, se pueda contar la forma en que éste ha dado a conocer a las clases bajas la labor de organizarse en asociaciones, estableciendo reglas para su propio gobierno, reuniendo fondos y comunicándose de una parte a otra del reino ...

Y, más recientemente, esto ha sido documentado en los interesantes libros del doctor Wearmouth. Pero sus lectores harán bien en recordar la importante matización de Southey: «mas, por lo que a eso se refiere, sólo ha facilitado un proceso que ha tenido lugar por otras cau-

21. Para una descripción breve y concisa de los prejuicios políticos de Wesley, véase Maldwyn Edwards, *John Wesley and the Eighteenth Century*, 1933.

22. Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 49. Halévy añade el comentario: «Una conducta como aquella garantizaba que ... la impopularidad de los principios jacobinos no perjudicaba la propaganda metodista.» Sin embargo, como los principios jacobinos ganaban en popularidad en 1792 (véanse pp. 99-119 más adelante), es más cierto que la propaganda metodista estaba pensada para hacer impopulares estos principios, y que esto fue perjudicial para las libertades de la población inglesa. Véase también la crítica a Halévy hecha por Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution» *History Today*, febrero de 1957. (Hay trad. cast. en E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 36-48.)



sas». <sup>23</sup> [La mayor parte de las «aportaciones» del metodismo al movimiento de la clase obrera lo fueron a pesar de, y no gracias a, la conferencia wesleyana.]

Es cierto que en toda la historia primitiva del metodismo podemos ver un prometedor espíritu democrático que luchaba contra las doctrinas y las formas organizativas que imponía Wesley. Los predicadores seculares, la ruptura con la Iglesia oficial, las formas autónomas en las sociedades; en todas esas cuestiones Wesley opuso resistencia, contemporizó o fue a remolque de los hechos. Wesley no pudo escapar a las consecuencias de su propio igualitarismo espiritual. Si los pobres de Cristo llegaban a creer que sus almas eran como las almas de los aristócratas o los burgueses, esto podría llevarles a los argumentos de *Los derechos del hombre*. La duquesa de Buckingham lo descubrió con rapidez y dijo a la condesa de Huntingdon, metodista:

Señoría, le agradezco la información acerca de los predicadores metodistas; sus doctrinas son muy repugnantes y están intensamente teñidas de impertinencia y falta de respeto hacia sus superiores, en un continuo intento de nivelar todas las categorías y de poner fin a todas las distinciones. Es monstruoso enterarse de que vos tenéis un corazón tan pecador como los vulgares infelices que se arrastran sobre la tierra. <sup>24</sup>

Smollett ha señalado casi lo mismo en una comedia en que un cochero, Humphrey Clinker, predica a la chusma de Londres. Y —por su parte— cientos de predicadores seculares, que siguieron los pasos de John Nelson, lo aprendían de forma muy diferente. Una y otra vez los escritores del sistema establecido expresan este temor. Un escritor de folletos antijacobino, en 1800, daba la culpa a los «muchachos imberbes, y los trabajadores manuales u obreros» que predicaban en Spa Fields, Hackney e Islington Green. Entre los predicadores de las sectas encontró a un comerciante de ropa vieja, un molendero, un vendedor de cabezas de oveja, un pintor de carruajes, un constructor de exprimidores de ropa, un lacayo, un dentista, un peluquero y sangrador, un pantalonero y un cargador de carbón. El obispo de Lincoln veía en eso una amenaza más oscura: «se podrían emplear los mismos medios,

23. Southey, *op. cit.*, p. 571.

24. Citado en J. H. Whiteley, *Wesley's England*, 1938, p. 328.

con la misma eficacia, para socavar y derrocar el estado, al igual que la iglesia». <sup>25</sup>

Y de la predicación a la organización. Aquí hay dos aspectos: la penetración transitoria del metodismo por parte de algunas de las tradiciones autonomistas de la disidencia, y la transmisión a las asociaciones de la clase obrera de formas de organización características de la Conexión Metodista. En cuanto a la primera, Wesley no sólo (como se ha supuesto algunas veces) llevaba su mensaje a los «paganos» que estaban fuera de las iglesias existentes; también ofrecía una salida a los sentimientos cautivos de la vieja disidencia. Pastores disidentes y congregaciones enteras se incorporaron a los metodistas. Algunos sufrieron el resurgimiento, sólo para reincorporarse a sus propias sectas, en desacuerdo con la autoritaria dirección de Wesley; a la vez que, hacia la década de 1790, la disidencia disfrutaba de su propio resurgimiento evangélico. Pero otros conservaban una especie de participación inquieta, en la que sus viejas tradiciones luchaban en el seno de las formas sacerdotales wesleyanas. En cuanto a la segunda, el metodismo proporcionaba no sólo las formas de las reuniones de clase, la recaudación sistemática de cuotas de un penique y el «cupón», adoptados con tanta frecuencia por las organizaciones radicales y sindicales, sino también una experiencia de organización centralizada eficiente —tanto a nivel de distrito como a nivel nacional— de la que la disidencia había carecido. (Aquellas Conferencias Wesleyanas Anuales, con su «programa», sus camarillas trabajando en el orden del día, y su cuidadosa dirección, desgraciadamente parecen otra «contribución» al movimiento laborista de épocas más recientes.)

Así, el metodismo de finales del siglo XVIII estuvo agitado por tendencias democráticas ajenas a él, mientras que al mismo tiempo servía de modelo, a pesar suyo, de otras formas organizativas. Durante la última década de la vida de Wesley, las presiones democráticas internas sólo se contuvieron en consideración a la elevada edad del fundador, y con el convencimiento de que el viejo autócrata no podría estar muy lejos de tomar posesión de su «gran recompensa». Las sociedades disidentes expresaban diversas demandas: una Conferencia elegida, una mayor autonomía local, una ruptura definitiva con la Iglesia, participación secolar en las reuniones de distrito y en las trimestrales. La muer-

25. W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of the Metropolis*, 1800, pp. 45-48.

te de Wesley, cuando la marea radical general estaba subiendo, fue como un «detonante». Se sometieron a discusión los planes de organización rivales, con un acaloramiento que es tan significativo como lo eran los problemas puestos a discusión. «Detestamos a los Nerones perseguidores, y todas las acciones sangrientas de la Prostituta de Babilonia, y sin embargo, a nuestro nivel, seguimos sus pasos», declaró Alexander Kilham en un folleto titulado *The Progress of Liberty*.<sup>26</sup> Y propuso proyectos de autonomía de largo alcance, que fueron sometidos a discusión en toda la conexión mediante folletos, en las reuniones de clase y en las reuniones de los predicadores locales, y cuya discusión debió de ser una parte importante del proceso de educación democrática.<sup>27</sup>

En 1797, Kilham encabezó la primera separación wesleyana importante, la Nueva Conexión Metodista, que adoptó muchas de sus propuestas de estructura más democrática. La conexión tuvo su mayor fuerza en los centros manufactureros, y (probablemente) entre los artesanos y los tejedores teñidos de jacobinismo.<sup>28</sup> El mismo Kilham comprendía a los reformadores, y aunque mantenía sus convicciones políticas en un último término, sus oponentes de la conexión ortodoxa se esforzaron por mostrarlas. «Perderemos a todos los alborotadores revoltosos de nuestra Sión», la Conferencia se dirigía a los miembros de la iglesia en Irlanda, al darles cuenta de la separación: «todos los que se han adherido al sentir de Paine ... » En Huddersfield, los miembros de la Nueva Conexión eran conocidos como «los metodistas de Tom Paine». Podemos conjeturar el aspecto de sus partidarios a partir de una descripción del principal templo kilhamita de Leeds; con una congregación de quinientos «en medio de una gente dura de mollera, pobre e ingobernable, en lo alto de Ebenezer Street donde, razonablemente, no se podía esperar que fueran forasteros de la clase media». Y en diversos lugares, el vínculo entre la Nueva Conexión y la organización jacobina auténtica es más que una cuestión de deducción. En Halifax,

26. *The Progress of Liberty Amongst the People Called Methodist*, Alnwick, 1795.

27. Véase *An Appeal to the Members of the Methodist Connexion*, Manchester, 1796; E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1851*, Cambridge, 1935, cap. 2; W. J. Warner, *The Wesleyan Movement in the Industrial Revolution*, 1930, pp. 128-131.

28. El apoyo a Kilham era fuerte en Sheffield, Nottingham, Manchester, Leeds, Huddersfield, Plymouth Dock, Liverpool, Bristol, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Bolton, Wigan, Blackburn, Oldham, Darlington, Newcastle, Alnwick, Sunderland, Ripon, Otley, Epworth, Chester y Banbury. Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 81; J. Blackwell, *Life of Alexander Kilham*, 1838, pp. 290, 343.

en el templo Bradshaw, se formó un club de lectura y una sociedad de debate. La gente de este pueblo tejedor no sólo discutía el *Progress of Liberty* de Kilham en sus reuniones de clase, sino también *Los derechos del hombre* de Paine. El historiador del metodismo de Halifax, que escribía cuarenta años más tarde, todavía no pudo reprimir su asco hacia «aquel detestable grupo de escorpiones» que, al final, tomaron el templo, expulsaron al pastor ortodoxo del circuito,\* compraron el local y continuaron como un templo «jacobino» para ellos.<sup>29</sup>

El progreso de la Nueva Conexión no fue impresionante. El propio Kilham murió en 1798, y sus partidarios se debilitaron debido a la reacción política general de los últimos años de la década de 1790. Hacia 1811, la Nueva Conexión sólo podía declarar 8.000 miembros. Pero su existencia nos hace dudar de la tesis de Halévy. A la muerte de Wesley, se estimaba que las sociedades metodistas tenían unas 80.000 personas. Incluso suponiendo que todos ellos compartieran los principios conservadores de su fundador, apenas eran suficientes para haber detenido una marea revolucionaria. De hecho, acordaron lo que acordasen las Conferencias Anuales, hay pruebas de que el mar de fondo radical de 1792 y 1793 se extendía por toda la disidencia, de forma general, y en la mayor parte de las sociedades metodistas. El alcalde de Liverpool hacía seguramente una observación acertada, cuando escribió al Ministerio del Interior en 1792:

En todos estos lugares sólo hay locales de reunión metodistas y algunos otros y ... de ese modo la Juventud del Condado se está formando bajo la Enseñanza de un Grupo de Hombres no sólo Ignorantes, sino de quienes, creo, tenemos Demasiada Razón, últimamente, para imaginar que son contrarios a nuestra Afortunada Constitución.<sup>30</sup>

Fue durante los años contrarrevolucionarios, *después* de 1795, cuando el metodismo hizo su mayor progreso entre la población obrera y actuó de la manera más evidente como una fuerza social estabilizadora o regresiva. Privado de sus elementos más demócratas e intelectua-

\* El circuito era un distrito de iglesias metodistas atendido por una serie de predicadores itinerantes. (*N. de la t.*)

29. J. Blackwell, *op. cit.*, p. 339; E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 85; J. Wray, «Facta Illustrative of Methodism in Leeds», c. 1835, MS. de la Biblioteca de Consulta de Leeds; J. U. Wlaker, *Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, pp. 216-223.

30. Citado en J. L. Hammond, *The Town Labourer*, 2ª ed., 1925, p. 270.

les debido a la separación kilhamita, y sujeto a formas de disciplina más severas, casi parece un fenómeno nuevo durante esos años; un fenómeno que se puede contemplar, a la vez, como consecuencia de la reacción política y como su causa.<sup>31</sup>

A lo largo de todo el período de la Revolución industrial, el metodismo nunca superó esta tensión entre las tendencias autoritaria y democrática. El segundo impulso se sintió con mucha fuerza en las sectas secesionistas: la Nueva Conexión y (después de 1806) los metodistas primitivos. Además, como ha señalado el doctor Hobsbawm, dondequiera que se hallase, el metodismo realizó, con su ruptura con la Iglesia oficial, las funciones del anticlericalismo del siglo XIX en Francia.<sup>32</sup> En los pueblos agrícolas o mineros, la polarización del templo y la Iglesia pudo facilitar una polarización que adoptó formas políticas o industriales. Durante años pareció que la tensión estaba contenida; pero cuando estalló, a veces estaba cargada de una pasión moral — en la que el viejo Dios Puritano de las Batallas levantó una vez más su estandarte— que los líderes seculares difícilmente podían alcanzar. Con tal que Satán continuase siendo algo indefinido y que no tuviese un domicilio de clase fijo, el metodismo sometía a la población trabajadora a una especie de guerra civil moral: entre el templo y la taberna, el malvado y el redimido, el perdido y el rescatado. Samuel Bamford, en su *Early Days*, relataba con qué entusiasmo misionero él y sus compañeros estaban dispuestos a ir a las reuniones de plegaria de los pueblos vecinos «donde Satán tenía, hasta ahora, muchos baluartes». «Esas plegarias se veían como tantos otros ataques contra los poderes del Príncipe del Aire.» (Un entusiasmo similar despertaba, al otro lado de los Peninos, el memorable himno: «En Bradford, asimismo, mira hacia abajo, donde Satán permanece sentado.») Sólo algunos años más tarde, Cobbet les había enseñado a los tejedores de las tierras altas del Lancashire a buscar a Satán, no en las cervecerías de un pueblo rival, sino en «*the Thing*» \* y en la Vieja Corrupción. Precisamente, fue la rápida identificación de Lucifer con Lord Liverpool y Oliver el Espía lo que condujo a los tejedores a Peterloo.

31. Véase más adelante, cap. 11.

32. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, 1959, p. 146. (Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983.)

\* En los países escandinavos o en asentamientos, como en zonas de Inglaterra antes de la conquista, se denominaba así una reunión o asamblea pública y especialmente un consejo legislativo, un parlamento o un tribunal de justicia. (*N. de la t.*)

Deberíamos destacar otras dos características de la tradición de la disidencia. Aunque ninguna de las dos tuvo gran influencia en el siglo XVIII, ambas adquirieron un nuevo significado después de 1790. En primer lugar, existe un hilo continuo de ideas y ensayos comunitarios asociados con los cuáqueros, los camisardos y, en particular, los moravos. En Bolton y en Manchester, un fermento en un pequeño grupo de cuáqueros disidentes culminó en la partida, en 1774, de «Madre Ann» y un pequeño séquito para ir en busca de las primeras comunidades de *shakers* \* en los Estados Unidos; 40 años más tarde, Robert Owen encontraría aliento en el éxito de los shakers, cuyas ideas popularizó en forma secular.<sup>33</sup> Los moravos, a quienes Wesley debía su conversión, nunca llegaron a estar completamente consolidados en la Inglaterra del siglo XVIII. Aunque mucha población inglesa ingresó en sus comunidades de Fulneck (Pudsey), y Dukinfield y Fairfiels (cerca de Manchester), así como en la congregación morava de Londres, las sociedades continuaron dependiendo de predicadores y administradores alemanes. Aunque las primeras sociedades metodistas surgieron en relación con la Fraternidad Morava, la última se distinguía de las primeras por su «inmovilidad», su evitación del «entusiasmo», y sus valores comunitarios prácticos; «el carácter sosegado, suave, regular, amable e impresionante del servicio (en Fulneck) era, tal como aparecía, como una especie de censura a la firmeza, el ruido y el tumulto de una reunión [metodista] del resurgimiento». La influencia de los moravos fue triple: primero, a través de sus actividades educacionales: Richard Oastler y James Montgomery (el poeta radical y editor del *Iris* de Sheffield) fueron educados en Fulneck; segundo, a través del éxito evidente de sus comunidades, que —junto con las de los shakers— eran a menudo citadas por los owenitas de principios del siglo XIX; y tercero, a través de la persistencia, en el seno de las sociedades metodistas —mucho después de que Wesley hubiese renegado de la conexión morava—, del anhelo de ideales comunitarios expresados en el lenguaje de la «fraternidad».<sup>34</sup>

\* Secta religiosa norteamericana que se denominaba a sí misma «Sociedad de los que creen en el Segundo Advenimiento de Cristo», tenían comunidades mixtas de mujeres y hombres que vivían practicando el celibato, (*N. de la t.*)

33. W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, 1961, I, caps. 3 y 5.

34. Véase C. W. Towison, *Moravian and Methodist*, 1957; Armytage, *op. cit.*, I, cap. 6; J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, cap. 15; C. Driever, *Tory Radical*, Oxford, 1946, pp. 15-17.

La tradición comunitaria se hallaba a veces asociada a otra tradición subterránea, la del milenarismo. Los miembros más apasionados de las sectas de la Revolución inglesa —los ranters y los Hombres de la quinta monarquía—, con sus interpretaciones literales del Libro de la Revelación y sus expectativas de una Nueva Jerusalén que descendería desde arriba, nunca se extinguieron totalmente. Los mugletonianos (o seguidores de Ludovic Muggleton) todavía predicaban en los campos y los parques de Londres, a finales del siglo XVIII. La sociedad Bolton, a partir de la cual surgieron los shakers, estaba presidida por la Madre Jane Wardley que se paseaba por la sala de reuniones, «con una fuerte agitación», declamando:

Arrepiéntete. Porque el Reino de Dios está Cerca. El nuevo cielo y la tierra nueva profetizados antaño están a punto de llegar .... Y cuando Cristo aparezca de nuevo, y se alce la verdadera iglesia en plena y superior gloria, entonces todas las confesiones anticristianas —los sacerdotes, la iglesia, el papa— serán eliminadas.<sup>35</sup>

Cualquier suceso dramático, como el terremoto de Lisboa de 1755, daba lugar a expectativas apocalípticas. Ciertamente, existía una inestabilidad milenarista en el corazón del propio metodismo. Wesley, que era sumamente crédulo acerca de brujas, posesión satánica y bibliomanía (búsqueda de consejo en los textos hallados abriendo la Biblia al azar), a veces expresaba presentimientos referidos a la inminencia del Día del Juicio. Un primitivo himno de los Wesley, utiliza la acostumbrada metáfora milenarista:

Erige aquí Tu tabernáculo,  
Haz bajar la Nueva Jerusalén,  
Aparece Tú mismo en medio de Tus santos,  
Y siéntanos en Tu trono destumbrador.

Empieza el gran día milenario;  
Ahora, Salvador, desciende con clamor,  
Despliega Tu estandarte en los cielos,  
Y trae el júbilo que nunca acabará.\*

35. E. D. Andrews, *The People Called Shakers*, Nueva York, 1953, p. 6.

\* Erect Thy tabernacle here, / The New Jerusalem send down, / Thyself amidst Thy saints appear, / And seat us on Thy dazzling throne. / Begin the great millennial day; / Now, Saviour, with a shout descend, / Thy standard in the heavens display. / And bring the joy which ne'er shall end.

Aunque se desalentaba la creencia literal en el milenio, la forma apocalíptica de las reuniones del resurgimiento metodista encendía la imaginación y preparaba el camino para la aceptación de los profetas quiliastas, después de 1790. En Londres, Bristol y Birmingham, pequeñas congregaciones de la iglesia swedenborgista de la Nueva Jerusalén, preparaban a algunos artesanos para creencias milenaristas más intelectuales y místicas.<sup>36</sup>

Si bien los historiadores y los sociólogos han prestado recientemente más atención a los movimientos y a las fantasías milenaristas, en parte su significado se ha oscurecido a causa de la tendencia a tratarlos en términos de inadaptación y «paranoia». Así el profesor Cohn, en su interesante estudio *The Pursuit of the Millennium*, puede hacer generalizaciones —gracias a una selección de las pruebas un tanto insólita— como que «los Elegidos» tenían una idea paranoica y megalómana, y que los movimientos de mentalidad «quiliástica» tenían el «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Cuando los movimientos mesiánicos obtienen un apoyo de masas; «Es como si unidades de paranoia hasta entonces diluidas entre la población, de pronto se fundieran para formar una nueva unidad: un fanatismo paranoico colectivo.»<sup>37</sup>

Un proceso de «fusión» como éste ofrece dudas. Sin embargo, dado tal fenómeno, el problema histórico continúa existiendo, ¿por qué los agravios, las aspiraciones, o incluso los trastornos psicóticos deberían «fundirse» en movimientos influyentes, sólo en determinados momentos y en formas particulares?

Lo que no debemos hacer es confundir los puros «caprichos» y las aberraciones fanáticas con la metáfora —de Babilonia y del exilio egipcio y la Ciudad Celestial y la contienda con Satán— en donde grupos minoritarios han articulado su experiencia y han proyectado sus aspiraciones durante cientos de años. Además, la extravagante metáfora que determinados grupos han utilizado, no siempre revela sus motivacio-

36. Por lo que se refiere al wesleyanismo, véase Southey, *op. cit.*, p. 367; Joseph Nightingale, *Portrait of Methodism*, 1807, pp. 443 y siguientes; J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 249. Para el swedenborgismo, Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 126-134; R. Southey, *Letters from England*, 1808, III, 113 y siguientes. En relación al fin del milenarismo del siglo XVII, véase Christopher Hill, «John Mason and the End of the World», en *Puritanism and Revolution*, 1958. Para algunas indicaciones sobre la tradición del siglo XVIII, véase W. H. G. Armytage, *op. cit.*, I, cap. 4.

37. N. Cohn, *The Pursuit of the Millennium*, 1957, p. 312. (Hay trad. cast.: *En pos del milenio*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.)

nes objetivas ni sus convicciones reales. Este es un problema difícil; cuando hablamos de «metáfora» queremos decir mucho más que figuras del lenguaje con las que se «revisten» ulteriores motivos. La metáfora es, en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente «real» como su objeto, completamente efectiva, como vemos repetidamente en la historia del puritanismo, en su intervención histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y odiaban, y cómo conservaban determinados valores en el propio entramado de su lenguaje. Pero el hecho de que la exuberante metáfora apunte a veces hacia metas que son claramente ilusorias no significa que podamos concluir a la ligera que indica un «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Es más, una «adaptación» servil al sufrimiento y a la carencia puede denotar a veces un sentido de la realidad tan deteriorado como el del quiliasta. Siempre que encontremos un fenómeno como éste, debemos intentar distinguir entre la energía psíquica acumulada —y liberada— en el lenguaje, por muy apocalíptico que sea, y el trastorno psicótico real.

A lo largo de la Revolución industrial podemos ver esa tensión entre el «reino exterior» y el «reino interior» en la disidencia de los pobres, con el quiliismo en un polo y el quietismo en el otro. Durante generaciones la educación más comúnmente asequible llegaba a través del púlpito y la escuela del domingo, el Antiguo Testamento y el *Pilgrim's Progress*. Entre este mundo simbólico y aquella experiencia social había un continuo intercambio; un diálogo entre actitudes y realidad que a veces era fructífero, a veces árido, a veces masoquista en su resignación, pero pocas veces «paranoico». La historia del metodismo indica que las deformaciones morbosas de la «exaltación» son las aberraciones más comunes de los pobres, en períodos de reacción social; mientras que las fantasías paranoicas corresponden más a los períodos en los que se liberan los entusiasmos revolucionarios. La corriente milenarista, subterránea durante tanto tiempo, irrumpió en la superficie con una inesperada fuerza, como resultado inmediato de la Revolución francesa: «Para el quiliasta auténtico, el presente se convierte en la brecha a través de la cual lo que antes estuvo oculto sale de pronto, se apodera del mundo exterior y lo transforma.»<sup>38</sup>

De nuevo, la imagen y la realidad llegaban a confundirse. El qui-

38. Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, ed. de 1960, p. 193. Véase más adelante, pp. 115-119 y 426-431.

lismo rozó a Blake con su aliento: se paseaba, no sólo entre los jacobinos y los disidentes del Londres artesano, sino también por las poblaciones mineras y de tejedores de las Midlands, por el norte y los pueblos del suroeste.

Pero en muchos espíritus se mantenía un equilibrio entre la experiencia exterior y el reino interior, al que los poderes del mundo no podían influir y que se conservaba con el evocador lenguaje del Antiguo Testamento. Thomas Hardy era un hombre sensato, incluso prosaico, con una atención meticulosa a los detalles prácticos de organización. Pero cuando rememoraba su proceso por alta traición, parecía lo más natural del mundo que se inspirase en el Libro de los Reyes para utilizar un lenguaje que entendiesen la mayor parte de los ingleses; «El pueblo dijo: “¿Qué porción tenemos nosotros en David? Tampoco tenemos herencia en el hijo de Jesé. A vuestras tiendas, Oh Israel. ... De este modo Israel se rebeló contra la Casa de David hasta nuestros días.”»

Por lo que se refiere a la tradición de la disidencia, que fue uno de los elementos que desencadenaron la agitación jacobina inglesa, no se puede ofrecer un resumen sencillo. Tiene una diversidad que escapa a cualquier generalización y que, sin embargo, es, en sí misma, su característica más importante. En la complejidad de las sectas que competían y los templos que se segregaban tenemos un substrato para la pluralidad de la cultura de la clase obrera del siglo XIX. Están los unitaristas o independientes, con un séquito de artesanos pequeño pero influyente, sustentado en una vigorosa tradición intelectual. Están los sandemanianos, de los que el padre de William Godwin fue pastor; los moravos con su patrimonio comunitario; las sectas de los inghamitas, los mugletonianos, los swedenborgistas que surgieron en una peluquería apartada de Cold Bath Fields, y que publicaban un *Magazine of Heaven and Hell*. Están los dos viejos pastores disidentes de quienes Hazlitt dijo que llenaban sus pipas con hojas de frambuesa, con la esperanza de derribar la Vieja Corrupción mediante el boicot a todos los productos gravados con impuestos. Están los inmigrantes calvinistas metodistas que provienen de Gales y los inmigrantes educados en las sectas de covenantarios escoceses; Alexander Somerville, que se convirtió en famoso propagandista contra las *Corn Laws*,\* se educó en una estricta fa-

\* Leyes que regulaban el comercio del grano en Inglaterra, y que fueron derogadas en 1846, después de una agitación considerable. (*N. de la t.*)

milia antiburgher de campesinos del Berwickshire. Está el impresor Zachariah Coleman, el héroe maravillosamente recreado de *The Revolution in Tanner's Lane*, con sus retratos de Burdett, Cartwright, y el Bunyan de Sadler en la pared: «no era un *ranter* o un partidario del resurgimiento, sino lo que se llamaba un calvinista moderado; es decir, se atenía al calvinismo como su credo indudable, pero cuando llegó el momento decisivo, lo modificó en su práctica real». Y están las sociedades curiosas, como los viejos deístas de Hoxton, que hablaban de sueños y (como Blake) de conversaciones con almas difuntas y ángeles, y que (como Blake) «cedieron casi inmediatamente al impulso más fuerte de la Revolución francesa» y se convirtieron en «*políticos*».<sup>39</sup>

La libertad de conciencia fue el único gran valor que la gente común conservó desde la Commonwealth. El campo estaba dominado por la *gentry*,\* las ciudades por ayuntamientos corruptos, la nación por la corporación más corrupta de todas: pero el templo, la taberna y el hogar les pertenecían sólo a ellos. En los lugares de culto «que no tenían campanario» había espacio para una vida intelectual libre y para experimentos democráticos con «innumerables miembros». Sobre el fondo de la disidencia de Londres, con su franja de deístas y de místicos fervorosos, William Blake ya no parece el genio estrafalario y poco instruido que les debe parecer a aquellos que sólo conocen la cultura elegante de la época.<sup>40</sup> Por el contrario, es la voz original, y sin embargo auténtica, de una larga tradición popular. Si algunos de los jacobinos de Londres permanecieron extrañamente impertérritos ante la ejecución de Luis y María Antonieta, se debió a que recordaban que sus propios antepasados habían ejecutado una vez a un rey. Nadie que tuviese a Bunyan profundamente arraigado podía encontrar extraños muchos de los aforismos de Blake:

El mayor veneno que jamás se ha conocido  
Provino de la corona de laurel del César.\*\*

39. W. H. Reid, *op. cit.*, p. 90.

\* *Gentry* designa a los miembros de la pequeña nobleza rural o urbana inglesa. (N. de la t.)

40. David V. Erdman, en su Blake, *Prophet against Empire*, Princeton, 1954, nos ha ayudado a ver a Blake en este contexto y —al hacerlo— ha clarificado muchas cosas sobre la vida intelectual del Londres jacobino. Véase también (para los antepasados de Blake, *ranter*s y mugletonianos) A. L. Morton, *The Everlasting Gospel*, 1958.

\*\* The strongest poison ever known / Came from Caesar's laurel crown.

Y muchos, como Blake, se sentían desgarrados entre el deísmo racional y los valores espirituales alimentados durante un siglo en el «reino interior». Cuando en los años de represión se publicó *La edad de la razón* de Paine, muchos debieron de sentir como Blake cuando anotó en la última página de *Apology for the Bible*, del obispo de Llandaff (escrito en réplica a Paine): «Ahora me parece que Tom Paine es mejor Cristiano que el Obispo».

Cuando vemos la disidencia de este modo, estamos viéndola como una tradición intelectual: de esta tradición salieron muchas ideas originales y hombres originales. Pero no deberíamos dar por supuesto que los «viejos disidentes» estaban dispuestos, como un conjunto, a tomar el partido popular. Thomas Walker, el reformador de Manchester, que —siendo él mismo eclesiástico— había trabajado mucho en favor de la revocación de las *Test and Corporation Acts*, menospreciaba su timidez:

Los disidentes ... como conjunto han faltado constantemente a sus propios principios ... debido al miedo o a algún otro motivo, han sido tan firmes partidarios de una Moderación Excesiva, que más bien han sido los enemigos que los amigos de aquellos que lo han arriesgado todo y hecho todo en favor de los derechos del pueblo.<sup>41</sup>

Aquí vemos, quizá, una tensión entre Londres y los centros industriales. Los disidentes de Manchester, los miembros del Viejo Encuentro de Birmingham o el Gran Encuentro en Leicester, incluían algunos de los patronos más importantes del distrito. Su apego a la libertad civil y religiosa iba de la mano con su apego a los dogmas del libre comercio. Contribuyeron bastante —especialmente en las décadas de 1770 y 1780— en las formas de agitación extraparlamentaria y los grupos de presión política que anticipaban el modelo de política de la clase media del siglo XIX. Pero su entusiasmo por la libertad civil se desvaneció con la publicación de *Los derechos del hombre* y en muy pocos de ellos sobrevivieron los procesos y las persecuciones de los primeros años de la década de 1790. En Londres y en algunas bolsas en las grandes ciudades, muchos de los artesanos disidentes pasaron gradualmente, en el mismo período, desde el deísmo a una ideología secular. «La secularización», ha escrito el doctor Hobsbawm,

41. T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794. p. 125.



es el hilo ideológico que une en un conjunto la historia del laborismo londinense, desde los jacobinos de Londres y Place, pasando por los antirreligiosos owenitas y sus colaboradores, periodistas y librerías anti-religiosos, y los radicales librepensadores que seguían a Holyoake y se congregaban en el Bradlaugh Hall of Science, hasta la Federación Social Demócrata y los Fabianos de Londres con su ostensible disgusto hacia la retórica del templo.<sup>42</sup>

Casi todos los teóricos del movimiento obrero se encuentran en esa tradición de Londres; si no, como Bray el impresor de Leeds, son análogos a los obreros cualificados de Londres.

Pero el propio catálogo revela una dimensión que está ausente: la fuerza moral de los ludistas, de Brandreth y el joven Bamford, de los Hombres de las Diez Horas, de los cartistas del norte y las ILP.\* Y algunas de esas diferencias en las tradiciones pueden retrotraerse a las formaciones religiosas del siglo XVIII. Cuando en los últimos años del siglo llegó el resurgimiento democrático, la vieja disidencia había perdido a muchos de sus seguidores populares, y aquellos artesanos que todavía se adherían a ella estaban impregnados por los valores del individualismo ilustrado que conducía, a hombres como Francis Place, a aceptar una filosofía utilitaria limitada. Pero en todas aquellas grandes áreas de provincias, donde el metodismo triunfó en ausencia de la disidencia, prácticamente destruyó los elementos democráticos y antiautoritarios de la tradición más antigua, interponiendo entre la gente y su herencia revolucionaria un sentimentalismo inexperto que sirvió como auxiliar de la Iglesia oficial. Y sin embargo, el metodismo rebelde estuvo caracterizado por una especial seriedad y energía de inquietud moral. El sur y el norte, el intelecto y el entusiasmo, los argumentos de la secularización y la retórica del amor; la tensión se mantiene en el siglo XIX. Y cada tradición parece que se debilita sin el complemento de la otra.

42. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 128.

\* ILP: Independent Labour Party. (*N. de la t.*)

### 3. «LOS BALUARTE DE SATÁN»

¿Qué decir de los «baluartes de Satán», las «rameras, taberneros y ladrones» por cuyas almas luchaban los evangelizadores? Si nos preocupa el cambio histórico, debemos prestar atención a las minorías articuladas. Pero esas minorías surgen de una mayoría menos articulada cuya conciencia se puede describir, en ese momento, como «subpolítica»; compuesta de superstición o irreligiosidad pasiva, prejuicio y patriotismo.

Lo inarticulado, por definición, deja pocos recuerdos de sus pensamientos. Los vislumbramos en momentos de crisis, como los motines Gordon, y sin embargo, la crisis no es una situación característica. Estamos tentados de seguirles en los archivos del delito. Pero antes de hacerlo debemos prevenirnos contra el supuesto de que, a finales del siglo XVIII, los «pobres de Cristo» pueden dividirse en pecadores arrepentidos por un lado, y asesinos, ladrones y borrachos por el otro.

En la Revolución industrial, es fácil hacer una división falsa de la población entre los organizados, o que van al templo, buenos, y los disolutos, malos, puesto que las fuentes nos empujan, por lo menos desde cuatro direcciones, hacia esa conclusión. Tal y como llegan a nuestras manos, aquellos hechos se presentaban de forma sensacional y manipulados con un propósito peyorativo. Si hemos de creer a uno de los investigadores más laboriosos, Patrick Colquhoun, sólo en las metrópolis había, en el momento del cambio de siglo, 50.000 rameras, más de 5.000 taberneros y 10.000 ladrones. Sus estimaciones más generalizadas de las clases delincuentes, que abarcan a los receptores de propiedad robada, falsificadores de moneda, jugadores, agentes de lotería, vendedores fraudulentos, sablistas ribereños, y pintorescos caracteres como los galopines, camorristas, hombres de la cachiporra, marroquíes, cocheros relámpago, carpantas, domadores de osos y cómicos ambu-



lantes suman (junto con los primeros grupos) 115.000 de una población metropolitana de menos de un millón. Su estimación de las mismas clases para todo el país, incluyendo un millón de personas en la lista de la beneficencia parroquial, suma 1.320.716. Pero esas estimaciones agrupan de manera indiscriminada a los gitanos, vagabundos, desempleados y buhoneros y a los abuelos de Mayhew, que eran vendedores callejeros; mientras que sus prostitutas resultan ser, en un examen más minucioso, «mujeres impúdicas e inmorales», incluyendo «el extraordinario número que, entre las clases bajas, cohabitan sin casarse» (y eso en una época en la que el divorcio era absolutamente imposible para los pobres).<sup>1</sup>

Así pues, las cifras son estimaciones impresionistas. Son tan reveladoras acerca de la mentalidad de las clases propietarias (que daban por supuesto —no sin razón— que cualquier persona sin empleo fijo y que no tuviese propiedad se debía mantener por medios ilegales) como lo son acerca del comportamiento delictivo real de los sin propiedad. Y la fecha de las investigaciones de Colquhoun es tan relevante como sus conclusiones, ya que se llevaron a cabo en la atmósfera de pánico del desenlace de la Revolución francesa. (Durante las dos décadas anteriores a este hecho, hubo un importante arrebató de preocupación humanitaria entre las clases altas; lo podemos ver en la obra de Howard, Hanway, Clarkson, sir Frederick Eden, y en la preocupación creciente, entre la pequeña *gentry* y los hombres de oficio disidentes, por las libertades civiles y las religiosas.) Pero, «el despertar de las clases trabajadoras, después de las primeras sacudidas de la Revolución francesa, hizo temblar a las clases altas»; Frances, lady Shelley, anotó en su *Diario*: «Todo hombre sentía la necesidad de poner su casa en orden...».<sup>2</sup>

Para ser más exactos, la mayor parte de los hombres y mujeres con propiedad sentían la necesidad de poner en orden las casas de los pobres. Los remedios que se proponían podían diferir; pero la idea que había detrás de Colquhoun, con su defensa de una policía más eficaz, de Hannah More, con sus folletos de medio penique y sus escuelas dominicales, de los metodistas con su renovado acento en el orden y la sumisión, de la más humana Sociedad para mejorar las Condiciones de

1. Patrick Colquhoun, *Treatise on the Police of the Metropolis*, 1797, pp. vii-xi; *Observations and Facts Relative to Public Houses*, 1796, Apéndice; *Treatise of Indigence*, 1806, pp. 38-43.

2. *The Diary of Frances Lady Shelley, 1787-1817*, compilado por R. Edgumbe, 1912, pp. 8-9.

los Pobres, del obispo Barrington, y de William Wilberforce y el doctor John Bowdler, con su Sociedad para la Supresión del Vicio y el Fomento de la Religión, era más o menos la misma. El mensaje que se debía dar a los pobres obreros era simple; Burke lo resumió en el año de carestía de 1795: «Se les debería recomendar paciencia, trabajo, moderación, frugalidad y religión; todo lo demás es un engaño indiscutible.» «No conozco nada mejor calculado para llenar un país de bárbaros dispuestos a cualquier maldad —escribió Arthur Young, el propagandista agrícola— que los bienes comunales extensos y el servicio religioso sólo una vez al mes. ... ¿Tan lento es el progreso de las ideas francesas que debéis prestarles tal ayuda?»<sup>3</sup> En la década de 1790, la sensibilidad de la clase media victoriana era alimentada por una *gentry* asustada que había visto cómo los mineros, los alfareros y los cuchilleros leían *Los derechos del hombre*, y sus padres adoptivos eran William Wilberforce y Hannah More. Durante esas décadas contrarrevolucionarias la tradición humanitaria se pervirtió de tal modo que resultó irreconocible. Los malos tratos en las prisiones de las décadas de 1770 y 1780, que Howard había revelado, retrocedieron lentamente en las décadas de 1790 y 1800; y sir Samuel Romilly encontró, en los primeros 10 años del siglo XIX, que sus esfuerzos para reformar la ley penal eran recibidos con hostilidad y timidez; la Revolución francesa había producido (recordaba) «entre los órdenes más elevados ... un horror hacia todo tipo de innovación». «Todo sonaba y se conectaba con la Revolución en Francia —recordaba lord Cockburn (de su juventud escocesa)—. Todo, no esto o lo otro, sino literalmente todo, estaba impregnado por este acontecimiento.» Era la capa de ambigüedad moral que se asentaba en Gran Bretaña durante esos años, lo que hizo montar en cólera a Blake:

Por causa de los Opresores de Albión en toda Ciudad y Pueblo...  
Obligan a los Pobres a alimentarse de un mendrugo de pan por medio de artes suaves y persuasivas.

Reducen al hombre a la indigencia, luego donan con pompa y ceremonia;

La alabanza de Jehová la cantan labios hambrientos y sedientos.<sup>4</sup>

3. *General View of the Agriculture of the County of Lincoln*, 1799, p. 439.

4. Véase también el estimulante análisis de V. Kiernan, «Evangelicalism and the French Revolution», *Past and Present*, I (febrero de 1952).

Una disposición como ésta por parte de las clases propietarias no favorecía (como hemos visto en el caso de Colquhoun) la observación social precisa. Y reforzaban la tendencia natural de la autoridad a mirar las tabernas, las ferias y cualquier congregación grande de gente, como una molestia: una fuente de ociosidad, pependencias, sedición o contagio. Esa disposición general a «falsear» los hechos, a finales del siglo XVIII, se veía instigada desde otras tres direcciones. En primer lugar tenemos la actitud utilitaria de la nueva clase de los fabricantes, cuya necesidad de imponer una disciplina de trabajo en las ciudades fabriles se oponía a muchas diversiones e informalidades tradicionales. En segundo lugar, está la propia presión metodista, con su infinita procesión de pecadores golpeándose el pecho, divulgando biografías provenientes de la confesión, desde la prensa. «Padre Todopoderoso, ¿por qué fuiste indulgente con un rebelde como yo?», pregunta uno de esos penitentes, un marinero redimido. Él, en su disoluta juventud:

no sólo asistía a las carreras de caballos, vigiliás, bailes, ferias, frecuentaba la casa de juego, sino que además, tan pronto como había olvidado el miedo de su Hacedor y el consejo de su madre, se emborrachó varias veces con licor. Era aficionado a cantar canciones profanas, contar chistes groseros y a hacer comentarios para mofarse y ridiculizar ...

Y por lo que se refiere al marinero común:

Su canción, su vaso rebosante de vino y su amada (quizá una prostituta de la calle) constituyen su trío de placer. Piensa pocas veces, lee raramente y nunca reza ... Háblale de la llamada de Dios, te dice que bastante tiene con oír la llamada del contramaestre. ... Si le hablas del Cielo, contesta que espera tener una buena litera en la arboladura; ¿se menciona el infierno? bromea acerca de estar bajo la escotilla.

«¡Oh, hijos míos, qué milagro si una víctima del pecado como ésta se convirtiera en predicador de la salvación!»<sup>5</sup>

Una literatura como ésta debemos exponerla a una luz satánica y leerla para atrás, si queremos captar lo que el «Alegre Marinero» o el aprendiz o la chica de Sandgate pensaban acerca de la autoridad o de

5. Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor ...*, Hull, sin fecha (¿1812?); para una visión diferente del marinero del siglo XVIII, véase R. B. Rose, «A Liverpool Sailor's Strike in the 18th Century». *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, LXVIII (1958).

los predicadores metodistas. Si esto no se hace, el historiador se puede inclinar a juzgar con mucha dureza el siglo XVIII, por algunas de las cosas que hacían soportable la vida para la gente común. Y, cuando valoramos el movimiento obrero primitivo, ese tipo de hechos se complementan desde una tercera dirección. Algunos de los primeros líderes y cronistas del movimiento eran trabajadores autodidactos, que se hicieron a ellos mismos mediante esfuerzos de autodisciplina que les obligaron a volver la espalda al despreocupado mundo de la taberna. «No puedo ir a una taberna, como muchos otros —escribía Francis Place—. Detesto las tabernas y la gente de las tabernas. No puedo beber, no puedo consentir, ni por un minuto, en hablar con necios.»<sup>6</sup> Las virtudes de la propia dignidad llevaban a menudo consigo actitudes estrechas en correspondencia; en el caso de Place le conducían a la aceptación de las doctrinas utilitaristas y malthusianas. Y aunque Place fuera el mayor archivista del movimiento primitivo, su propia abominación de la imprevisión, la ignorancia y la licencia de los pobres, por fuerza tiene que teñir el registro. Además, la lucha de los reformadores era en favor de la ilustración, el orden y la moderación en sus propias esferas; hasta tal punto que, en 1802, Windham pudo afirmar, con algún viso de verdad, que los metodistas y los jacobinos se habían confabulado para acabar con las diversiones del pueblo:

Según los primeros ... todo lo que fuera alegre debía ser prohibido, para preparar al pueblo a recibir sus fanáticas doctrinas. Según los jacobinos, por otra parte, una cuestión importante a tener en cuenta era dar un carácter de mayor seriedad y solemnidad al temperamento de los órdenes más bajos, como medio para facilitar la recepción de sus principios.<sup>7</sup>

Los que han querido subrayar la juiciosa ascendencia constitucional del movimiento obrero han minimizado algunas veces sus características más vigorosas y abigarradas. Lo máximo que podemos hacer es estar alerta. Necesitamos más estudios de las actitudes sociales de los delincuentes, los soldados y los marineros, de la vida de la taberna; y deberíamos examinar los hechos, no con una visión moralizante

6. Graham Wallas, *Life of Francis Place*, 1918, p. 195.

7. Windham hablaba en un debate sobre la diversión de acosar a los toros con perros, y sobre este tema, sin duda, la mayoría de los metodistas y los jacobinos estaban de acuerdo. Véase L. Radzinowicz, *History of the English Criminal Law*, 1948-1956, III, pp. 205-206.

(«los pobres de Cristo» no siempre eran buenos), sino sabiendo apreciar los valores brechtianos: el fatalismo, la ironía frente a los sermones del poder, la tenacidad de la propia supervivencia. Y debemos recordar también el «substrato» del cantor de baladas y del recinto de la feria, que legaron tradiciones al siglo XIX (al teatro de variedades, o a la *troupe* de los Dickens, o a los buhoneros y charlatanes de Hardy); porque por esos caminos lo «inarticulado» conservó ciertos valores —una espontaneidad y capacidad para el placer y las lealtades mutuas— a pesar de las presiones disuasorias de los magistrados, los propietarios de las factorías y los metodistas.

Podemos aislar dos formas de incidencia de esas tradiciones «subpolíticas» en el movimiento obrero primitivo; los fenómenos del *motín* y la muchedumbre, y las ideas populares de un «derecho por nacimiento» del ciudadano inglés. En cuanto al primero, debemos advertir que siempre persistieron actitudes populares con respecto al delito, que a veces eran equivalentes a un código no escrito completamente diferente a las leyes del país. Ciertos delitos eran proscritos por ambos códigos: el asesino de una esposa o un hijo sería apedreado y execrado en su camino hacia Tyburn. Los piratas y los salteadores de caminos pertenecían a las baladas populares, en parte como mito heroico, en parte como advertencia a los jóvenes. Pero comunidades enteras perdonaban decididamente otros delitos: la acuñación de moneda, la caza furtiva, la evasión de impuestos (el impuesto sobre las ventanas y los diezmos) o de los derechos sobre el consumo interior \* o del *press-gang*. \*\* Las comunidades de contrabandistas vivían en un estado de guerra permanente con la autoridad, cuyas reglas no escritas se sobreentendían por ambas partes; las autoridades podrían prender un barco o atacar el pueblo, y los contrabandistas podrían resistirse a la detención: «pero no formaba parte de las tácticas del contrabando llevar la lucha más allá de la defensa, o a veces el rescate, debido a las represalias que, seguro, se sucederían ...». <sup>8</sup> Por otro lado, otros delitos, que se cometían con facilidad y sin embargo afectaban al sustento de

\* En inglés *excise*; era un impuesto que gravaba los productos del país, ya fuera en el proceso de su fabricación o antes de la venta a los consumidores ingleses. Algunos equivalentes del *excise* serían: alcabalas, cientos y millones en la corona de Castilla; la *bolla* y las *generalitats* en la corona de Aragón, etc. (N. de la t.)

\*\* Cuerpo de hombres que, bajo la dirección de un oficial, tenía la función de apremiar a los hombres para el servicio en el ejército o la armada. (N. de la t.)

8. Serjeant Paul Swanston. *Memoirs of ... a Soldier's Life*, sin fecha.

determinadas comunidades —como el robo de ovejas o de telas de los tendedores en los campos abiertos—, suscitaban la condena popular.<sup>9</sup>

Esta distinción entre el código legal y el código popular no escrito es frecuente en cualquier época. Pero pocas veces los dos códigos se han diferenciado más agudamente el uno del otro que en la segunda mitad del siglo XVIII. Incluso se pueden ver esos años como aquellos en que el enfrentamiento de clase se decidía luchando en los términos de Tyburn, las galeras y los correccionales de un lado; y el delito, el motín y la acción de la muchedumbre del otro. Las investigaciones del profesor Radzinowicz en *History of English Criminal Law* han añadido un deprimente peso de evidencia a la imagen que Goldsmith dio a conocer hace tiempo:

Cada juez caprichoso hace nuevas leyes más gravosas  
Las leyes oprimen al pobre y el rico las dispone ... \*

No era el juez (una salvedad importante), sino el cuerpo legislativo el responsable de promulgar siempre más penas capitales por los delitos contra la propiedad: en los años que van desde la Restauración a la muerte de Jorge III, el número de delitos que fueron penados con la muerte aumentó en cerca de 190; o sea más de uno por año, y de ellos, se agregaron no menos de 73 en los años 1760-1810. Iban a ser castigados con la muerte, no sólo los pequeños hurtos, sino también las primeras formas de rebelión industrial: destruir un telar de seda, derribar vallas cuando se cercaban las tierras comunales, y prender fuego a los almares de cereales. Es cierto que el cuerpo de policía era completamente ineficaz y que la administración de «justicia» funcionaba de cualquier modo. También es cierto que, en los últimos años del siglo XVIII, mientras se multiplicaban los delitos penados con la muerte, algunos jurados se volvieron reacios a condenar, y la proporción de infractores condenados que realmente llegaban a ser ejecutados descendió.<sup>10</sup> Pero

9. Para formarse una idea de las tradiciones no escritas de los deportados, véase Russell Ward, *The Australian Legend*, Melbourne, 1958, cap. 2.

\* Each wanton judge new penal statutes draw. / Laws grind the poor, and rich men rule the law ...

10. Véase Radzinowicz, *op. cit.*, I, Partes 1 y 2. El doctor Radzinowicz demuestra que de 527 condenados a muerte en Londres y el Middlesex, entre 1749 y 1758, fueron ejecutados 365; mientras que entre 1790 y 1799, se condenó a 745 y sólo se ejecutó a 220. Así, la proporción de ejecutados en relación con la de condenados desciende, más o menos, de dos de cada tres a uno de cada tres; y continúa descendiendo en la década de 1800. Por

si la sentencia de muerte se aplazaba, era conmutada por la terrible vida de las galeras o la deportación, que era peor que la muerte. El desfile hacia Tyburn (más tarde al cadalso en el exterior de Newgate) era una ceremonia central del Londres del siglo XVIII. Los condenados en las carretas —los hombres con un atavío llamativo, las mujeres de blanco, con canastas de flores y naranjas que lanzaban al gentío—, los cantores de baladas y los vendedores ambulantes, con sus «últimas palabras» (que se vendían incluso antes de que las víctimas hubiesen dejado caer el pañuelo, señal para que el verdugo hiciera su trabajo): todo el simbolismo de la «Feria de Tyburn» era un ritual en el corazón de la cultura popular de Londres.

La expansión comercial, el proceso de cercado de campos, los primeros años de la Revolución industrial: todo tuvo lugar a la sombra de la horca. Los esclavos blancos abandonaban nuestras costas para ir a las plantaciones norteamericanas y, más tarde, a Tasmania, mientras Bristol y Liverpool se enriquecían con los beneficios de la esclavitud negra; y los propietarios de esclavos de las plantaciones de las Indias Occidentales injertaban su riqueza en antiguos linajes, en el mercado matrimonial de Bath. No es una imagen agradable. En los bajos fondos, los policías y los carceleros rozaban el campo del delito: dinero manchado de sangre, dinero fruto de la extorsión, y venta de alcohol a sus víctimas. El sistema de recompensas escalonadas para los capturadores de ladrones les incitaba a agrandar el delito del acusado. Los pobres perdían los derechos que tenían en el país, y su pobreza más las ineficaces medidas de prevención les inducían a delinquir; el pequeño hombre de oficio o el maestro tenían la tentación de falsificar o hacer transacciones ilícitas por miedo a la prisión que se aplicaba a los deudores. Cuando no se podía probar delito alguno, los *J.P.s* \* tenían amplios poderes para enviar al vagabundo, al pícaro renuente o a la madre soltera, al Bridewell (o «Casa de Corrección»); aquel lugar funesto, invadido por la enfermedad, dirigido por funcionarios corruptos, cu-

otra parte, la mayoría de condenas son por delitos contra la propiedad; por ejemplo, de 97 ejecuciones en Londres y el Middlesex en 1785, sólo una lo fue por asesinato, 43 fueron por robo en domicilios y las restantes por delitos contra la propiedad (falsificación, robo de caballos, etc.). Radzinowicz concluye que estas cifras indican tendencias nacionales, y que «en 1785 la pena de muerte se imponía casi exclusivamente por delitos económicos».

\* *J.P.s* son las siglas que corresponden a *Justice(s) of Peace*, es decir, jueces que estaban encargados de mantener la paz en la jurisdicción para la que habían sido nombrados. (*N. de la r.*)

yas condiciones escandalizaron a John Howard, más que las de las peores prisiones. La mayor ofensa contra la propiedad era no tener ninguna.

La ley era detestada, pero también se la despreciaba. Sólo los delincuentes habituales merecían tanto odio popular como los delatores que llevaban a los hombres a la horca. Y el movimiento de resistencia a las leyes de los propietarios no sólo tomaba la forma de actos delictivos individuales, también se materializaba en acciones insurreccionales esporádicas y fragmentarias, en las que el número proporcionaba cierta inmunidad. Cuando Wyvill previno al comandante Cartwright del peligro de la «acción desenfrenada» de la «chusma furiosa e ingobernable», no estaba poniendo dificultades imaginarias. Al pueblo británico se le conocía en toda Europa por su turbulencia, y la población de Londres asombraba a los visitantes extranjeros por su falta de respeto hacia ellos. El siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX están salpicados por el motín, ocasionado por los precios del pan, los portazgos y peajes, los derechos sobre el consumo interior, el «rescate», las huelgas, la nueva maquinaria, los cercados, los *press-gangs* y muchísimos agravios más. La acción directa contra determinadas injusticias se diluye, por una parte, en las grandes rebeliones políticas de la «muchedumbre»: la agitación de Wilkes de las décadas de 1760 y 1770, los motines Gordon (1780), los tumultos del Rey en las calles de Londres (1795 y 1820), los motines de Bristol (1831) y los motines Bull Ring de Birmingham (1839). Por otro lado, se mezcla con formas organizadas de acción ilegal ininterrumpida o casi insurrección: el ludismo (1811-1813), los motines de East Anglia (1816), la «Última revuelta de los trabajadores» (1830), los motines Rebecca (1839 y 1842) y los motines Plug (1842).

Esta segunda forma, casi insurreccional, debemos analizarla más atentamente cuando pasemos a considerar el ludismo. Era una forma de acción directa que surgía en unas condiciones específicas, que a menudo estaba muy organizada y se encontraba bajo la protección de la comunidad local; y con respecto a la cual deberíamos ser cautelosos por lo que hace a la generalización. La primera forma está recibiendo la atención de los historiadores sólo desde hace poco tiempo. El doctor Rudé, en su estudio de *The Crowd in the French Revolution*, sugiere que «el término "muchedumbres" en el sentido de cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos... debería ser utilizado con prudencia y sólo cuando esté justificado en un caso determinado».

Los historiadores han utilizado el término demasiado a menudo de forma remisa, para eludir un análisis más detenido, o (con la sugerencia de la existencia de elementos delincuentes motivados por el deseo de botín) como un gesto de prejuicio. El doctor Rudé indica que el término «multitud revolucionaria» puede ser de mayor utilidad cuando se trate del motín de finales del siglo XVIII en Inglaterra, del mismo modo que en la Francia revolucionaria.

La distinción es útil. En Gran Bretaña, en el siglo XVIII, las acciones de amotinamiento adoptaban dos formas distintas: la de la acción directa más o menos espontánea; y la de la utilización deliberada de la multitud como instrumento de presión, por parte de personas situadas por encima o al margen de ella. La primera forma no ha recibido la atención que merece. Se fundamentaba en legitimidades populares más articuladas, y estaba sancionada por tradiciones más complejas de lo que la palabra «motín» indica. El ejemplo más común es el motín del pan o de subsistencia, del que podemos encontrar repetidos casos en casi todas las ciudades y condados, desde la década de 1840.<sup>11</sup> Pocas veces era un tumulto que culminara en la apertura por la fuerza de los graneros o el saqueo de tiendas. Estaba legitimado por los principios de una economía moral más antigua, que establecía la inmoralidad de cualquier método desleal de hacer subir el precio de las provisiones especulando con las necesidades de la población.

Tanto en las comunidades urbanas como rurales, la conciencia de consumidor precedió a otras formas de enfrentamiento político o industrial. El indicador más sensible del descontento popular no eran los salarios, sino el coste del pan. Los artesanos, los menestrales que trabajaban por cuenta propia, o grupos como los mineros del estaño de Cornualles (donde las tradiciones del minero «libre» tiñeron las reacciones de la población hasta el siglo XIX),<sup>12</sup> tenían la concepción de que sus salarios se regulaban por la costumbre o gracias a su propio re-

11. Para la frecuencia de los motines, véase R. F. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century*, 1946.

12. Los *tributers* o *tut-workers* de Cornualles eran trabajadores por contrato directo, una minoría de los cuales todavía a finales del siglo XVIII diversificaban su trabajo con la pesca del arenque, las pequeñas tenencias (como hacían algunos mineros del plomo del Yorkshire), etc.; véase J. Rowe, *Cornwall in the Age of the Industrial Revolution*, Liverpool, 1953, pp. 26-27. [To work on tribute o upon tut es un sistema de contratación, utilizado en las minas y también en agricultura, en el que el pago se realiza con una parte proporcional del producto. En España se utiliza en el sector pesquero y se denomina «pescar a la parte». (N. de la t.)]

gateo. Esperaban comprar sus provisiones en el mercado al aire libre, e incluso en las épocas de escasez esperaban que los precios se regularan también por costumbre. (Las «leyes» divinas de la oferta y la demanda, según las cuales la escasez provocaba inevitablemente un vertiginoso aumento de los precios, no habían ganado aceptación de ningún modo en la mentalidad popular, en la que todavía persistían las viejas nociones del regateo cara a cara.) Cualquier aumento repentino de los precios provocaba el motín. El *Assize of Bread*,\* el tamaño y la calidad de la hogaza, se regulaban mediante un intrincado tejido de legislación y costumbre.<sup>13</sup> Incluso el intento de imponer la medida patrón de Winchester para la venta de trigo, frente a algunas medidas acostumbradas, podía acabar en motines. Cuando la Sociedad Agrícola de North Devon impuso el *bushel*\*\* patrón de Winchester en el mercado de Bideford, en 1812, uno de sus principales miembros recibió una carta que helaba la sangre:

... las Noches de Invierno no han pasado, por esta razón tu persona no irá viva a casa; o si tienes la suerte de escapar de la mano que guía esta pluma, un Fósforo encendido realizará la misma ejecución. No sé, pero tu familia entera se verá envuelta en llamas, tu Cadáver, si es que se encontrara algo parecido, se tirará a los Perros si Contiene algún Humor para que los Animales lo devoren ...<sup>14</sup>

Los motines de subsistencias eran a veces tumultuosos, como el «Gran Motín del Queso» en la feria de los gansos de Nottingham, en 1764, en la que quesos enteros se hicieron resbalar rodando por las calles; o el motín de la misma ciudad, en 1788, a causa del elevado precio de la carne, en el que se arrancaron y se quemaron las puertas y las contraventanas de las carnicerías, junto con los libros de cuentas de los carniceros, en la plaza del mercado.<sup>15</sup> Pero incluso esa violencia revela un motivo más complejo que el hambre: se castigaba a los detallistas a causa de sus precios y de la baja calidad de la carne. Más a menudo, las «muchedumbres» mostraban una autodisciplina en el marco

\* Reglamento sobre el precio del pan. (N. de la t.)

13. Para esa compleja situación, véase C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge, 1932, eap. 4.

\*\* Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. (N. de la t.)

14. Carta adjunta de «Thomas Certain», en Skurray a H.O., 25 de marzo de 1812, H.O. 42.121.

15. J. Blackner, *History of Nottingham*, Nottingham, 1815, pp. 383-384.

de un modelo de comportamiento establecido por costumbre. Quizá la única vez en su vida que John Wesley elogió una acción tumultuosa fue cuando anotó en su diario las acciones de una muchedumbre en James' Town en Irlanda; la muchedumbre:

había estado en movimiento todo el día; pero su actividad sólo tenía que ver con los acaparadores del mercado, que habían comprado todo el cereal, por todas partes, para hacer morir de hambre a los pobres y cargar un barco danés que estaba en el muelle; pero la muchedumbre lo trajo todo al mercado y lo vendió al precio normal, dándole el dinero a los propietarios. Y esto lo hicieron con toda la calma y la compostura que se pueda imaginar, y sin atacar ni hacer daño a nadie.

En Honiton, en 1766, los encajeros fijaron los cereales según las condiciones de los granjeros, los llevaron ellos mismos al mercado, los vendieron y devolvieron el dinero e incluso los sacos a los granjeros.<sup>16</sup> Durante el mismo año, en el valle del Támesis, grandes grupos de trabajadores que se intitulaban a sí mismos «Los Reguladores» visitaban los pueblos y las ciudades (Abingdon, Newbury, Maidstone) e imponían un precio popular para todos los víveres. (La acción se inició con cuadrillas de hombres que trabajaban en la carretera del portazgo, que decían «con una sola Voz, Vamos todos a Newbury como un solo Hombre para Abaratar el pan».)<sup>17</sup> Un ejemplo de Halifax de 1783 repite el mismo modelo de intimidación popular y autodisciplina. La multitud reunida provenía de pueblos tejedores de fuera de la ciudad, y descendió en dirección al mercado con cierto tipo de orden (formados de «a dos») con un ex soldado y acuñador de moneda, Thomas Spencer, a la cabeza. Los negociantes de grano fueron asediados y obligados a vender avena a 30s. y trigo a 21s. la carga. Con posterioridad, cuando Spencer y un compañero amotinado fueron ejecutados, se llamó a un numeroso cuerpo del ejército por si se producía un intento de rescate; y el carro funerario subió el valle del Calder, hasta el pueblo natal de Spencer, por una carretera atestada por varios miles de acompañantes.<sup>18</sup>

16. Véase R. B. Rose, «18th Century Price-Riots, the French Revolution, and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, IV (1959), p. 435.

17. T. S., II, 3707.

18. H. Ling Roth, *The Yorkshire Coiners*, Halifax, 1906, p. 108.

Estos «motines» se consideraban a nivel popular como actos de justicia, y sus líderes se tenían como héroes. En la mayoría de los casos culminaban en la venta obligada de víveres al precio de costumbre o popular, de manera semejante a la *taxation populaire* francesa,<sup>19</sup> y los ingresos se daban a los propietarios. Por otra parte, requerían más preparación y organización de lo que parece a primera vista; a veces la «muchedumbre» controlaba el mercado durante varios días, a la espera de que bajaran los precios; a veces las acciones eran precedidas por octavillas escritas a mano (e impresas, en la década de 1790); a veces las mujeres controlaban la plaza del mercado, mientras partidas de hombres interceptaban grano en las carreteras, en los muelles, en los ríos; muy a menudo la señal para la acción la daba un hombre o una mujer que llevaba una hogaza en alto, decorada con cinta negra y con alguna consigna escrita. En septiembre de 1812, en Nottingham, empezó una acción con varias mujeres, «que clavaron una hogaza de medio penique en el extremo de una caña, después de haberla listado con almagre y haberle atado alrededor una tira de crespón negro, emblemática ... de "el hambre devastadora ataviada con el Hábito de penitencia"».<sup>20</sup>

El año culminante de esos «motines» fue 1795, un año de hambre europea o de extrema escasez, en el que la vieja tradición popular se endureció debido a la conciencia jacobina de una minoría. A medida que los precios se disparaban, la acción directa se extendía por todo el país. En Nottingham, las mujeres «fueron de una panadería a otra, fijaron su propio precio para las existencias que allí había y, dejando el dinero sobre la mesa, se las llevaron». El comandante de Gloucester escribió con inquietud: «Tengo mucha razón en temer la visita de los mineros del carbón que se encuentran en el Bosque del Deán y que han estado durante varios días yendo de pueblo en pueblo en los alrededores, y vendiendo la Harina, el Trigo y el Pan que pertenecía a los Molineros y Panaderos, a precios reducidos».

En Newcastle la multitud impuso la venta de mantequilla a 8d. la libra, el trigo a 12s. por *boll*,\* y las patatas a 5s. la carga, en presencia de las autoridades de la ciudad; no se cometió violencia alguna. En

19. Véase R. B. Rose, *op. cit.*

20. J. F. Sutton, *The Date-Book of Nottingham*, Nottingham, edición de 1880, p. 286.

\* Medida de capacidad para granos que en Escocia equivalía a 6 bushels, pero que en Inglaterra oscilaba entre 6 y 2 bushels. (*N. de la t.*)



Wisbech los «Banqueros» \* («una Pandilla de Hombres de lo más Terrible, cuyo número les hacía temibles») —grupos de trabajadores rurales empleados en la construcción de canales, trabajos de cercado, etc.— dirigieron un motín en el mercado, encabezado por un hombre con un pan de seis peniques clavado en un horcón. En Carlisle se averiguó el paradero de grano en un almacén, y su contenido, así como el cargamento de un barco, se llevaron al ayuntamiento y se vendieron a 18s. la carga. Por otro lado, en Cornualles, los «estañadores» pululaban por las tierras de labranza, imponiendo sus «Leyes del Máximo». <sup>21</sup>

Las acciones a esa escala (y hubo muchas más) son indicio de un modelo de comportamiento y convicción extraordinariamente arraigado. Además, eran tan generalizadas que el Consejo Privado (que estuvo muy preocupado por el problema del abastecimiento de grano, desde mayo a diciembre de 1795) apenas podía asegurar el transporte de provisiones de un condado al próximo. Surgió algo parecido a una guerra entre el campo y las ciudades. La población de los distritos rurales creía que su cereal sería enviado a las ciudades, mientras que a ellos se les dejaría morir de hambre. Los granjeros se negaban a mandar su grano al mercado, por miedo a que fuera vendido a precio popular. En los puertos, los barcos eran detenidos porque la gente pensaba que los agentes estaban enviando grano al extranjero. Los magistrados hacían la vista gorda ante las retenciones de grano en sus propios distritos. En Witney, «los Habitantes ... se apoderaron de algún Grano cuando iba a ser enviado fuera del País, lo devolvieron, y lo vendieron a bajo precio». En Cambridge fueron detenidas algunas cargas de trigo y se saldaron en la plaza del mercado. En el West Riding las muchedumbres detuvieron y confiscaron las barcazas del Calder y el Aire. En Burford, la población impidió que saliera de la ciudad una carga de cereal, y se vendió a 8s. el *bushel*; un magistrado temía que la población de Birmingham saliera resueltamente y atacara Burford. En Wells, «un buen

\* En inglés la palabra *banker* significa, a la vez, propietario de un negocio de banca y persona que trabaja en la construcción de bancales, márgenes y canales. (*N. de la t.*)

21. Nottingham: J. F. Sutton, *op. cit.*, p. 207; Gloucester, Wisbech y Carlisle: H.O. 42.35; Newcastle: E. Mackenzie, *Descriptive and Historical Account of Newcastle-upon-Tyne*, Newcastle, 1827, p. 72; Cornwall: Rowe, *op. cit.*, pp. 104-105, y, para acciones posteriores, pp. 142, 158-162, 181-184. Véase también W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-1797*, Nueva York, 1912, pp. 202-215.

número de Mujeres» impidió que los barcos de grano zarparan hacia Londres. <sup>22</sup>

Esas acciones populares estaban legitimadas por la vieja economía moral paternalista. Aunque la vieja legislación contra los acaparadores y los especuladores había sido revocada y abolida en gran parte hacia finales del siglo XVIII, se mantenía con un vigor que no había disminuido, tanto en la tradición popular como en la mentalidad de algunos paternalistas *tories*, entre los que se incluía nada menos que el *Lord Chief Justice* \* (Kenyon) quien en 1795 manifestó su opinión de que el acaparamiento y el acopio segufan siendo ofensas a la ley consuetudinaria. <sup>23</sup> En la mentalidad popular, esas ofensas abarcaban cualquier acción de fraude calculada para aumentar los precios de las provisiones, y en particular las actividades de los agentes comerciales, los molineros, los panaderos y todos los intermediarios. «Aquellos Crueles Villanos los Molineros, Panaderos, etc. Vendedores de Harina aumentan la Harina bajo Combinación hasta el precio que quieren con el propósito de crear un Hambre Artificial en una Tierra de abundancia»; así reza una octavilla de 1795, de Retford. «Los comerciantes de granos y el tipo de gente que llamamos especuladores y harineros que tienen el grano en sus manos y que lo retienen y lo Venden a los pobres al precio que quieren»; así reza una petición de algunos trabajadores de Leeds. <sup>24</sup> Se creía que los grandes molineros acaparaban el grano para aumentar su precio; en Birmingham, un gran molino harinero que era accionado con vapor fue atacado en Snow Hill, en 1795; mientras, en Londres, los grandes molinos harineros de Albión ardan por dos veces. En la primera ocasión, se rumoreó que era un incendio provocado, ya que se creía que los molinos practicaban formas de adulteración; las gentes actuaban como «espectadores complacidos», y «se imprimieron y se cantaron baladas de júbilo en el lugar». En la segunda ocasión (1811), «el populacho se alegró con el incendio». <sup>25</sup>

22. P.C.A. 56/8; H.O. 42.35/7.

\* Título de los jueces que presidían todos los tribunales de la magistratura real y de litigios consuetudinarios. (*N. de la t.*)

23. Los antiguos estatutos fueron revocados en 1772 y 1791, pero para la complicada situación que existía en la década de 1790, véase Fay, *op. cit.*, cap. 4, y D. G. Barnes, *History of the English Corn Laws*, 1930, cap. 5.

24. Fay, *op. cit.*, p. 44; Petición de Leeds al duque de Portland, 20 de julio de 1795, H.O. 42.35.

25. C. Gill, *History of Birmingham*, O.U.P., 1952, I, p. 128; R. Southey, *Letters from England*, segunda edición, 1808, III, pp. 179-181; *Alfred*, 25 de octubre de 1811.



Por tanto, los últimos años del siglo XVIII contemplaron un último esfuerzo desesperado, por parte de la población, por volver a imponer la vieja economía moral, en contra de la economía de mercado. En este intento recibieron algún apoyo de los anticuados *J.P.s.*, que amenazaban con perseguir a los acaparadores, estrechaban los controles sobre los mercados, o hacían públicas proclamas contra los acaparadores que compraban el grano en el campo, antes de segar.<sup>26</sup> La resolución de Speenhamland de 1795, de subvencionar los salarios en relación al precio del pan, se debe entender como surgida en este contexto; en la medida que la costumbre de la plaza del mercado estaba en disolución, los paternalistas intentaban revivirla en la escala de la beneficencia. Pero las viejas ideas tradicionales tardaron en morir. Entre 1795 y 1800, hubo procesamientos por acaparamiento aquí y allá; en 1800, se formaron diversas sociedades privadas de demandantes, que ofrecían recompensas a cambio de condenas; y los Tribunales Superiores confirmaron una importante condena por acaparamiento, para satisfacción evidente de lord Kenyon.<sup>27</sup> Pero este fue el último intento de hacer cumplir la vieja protección paternalista del consumidor. Después de eso, la crisis total de los controles tradicionales contribuyó en gran medida al rencor popular contra un Parlamento de propietarios proteccionistas y magnates comerciales partidarios del *laissez faire*.

Al estudiar esta única forma de acción de la «muchedumbre» hemos encontrado complejidades insospechadas, ya que detrás de cada forma de acción directa popular se encuentra alguna idea legitimadora de derecho. Por otra parte, la utilización de la «muchedumbre» en un sentido mucho más próximo a la definición del doctor Rudé («cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos») era una técnica

26. Véase, e.g., H.O. 42.35 para resoluciones de un comité de habitantes notables de Gloucester (26 de junio 1795), amenazando con procesos por acaparamiento y especulación; y fragmentos extraídos del *Blackburn Mail* (julio-septiembre 1795), en G. C. Miller, *Blackburn: The Evolution of a Cotton Town*, Blackburn, 1951, pp. 23, 60-63.

27. Véase Fay, *op. cit.*, p. 55; Barnes, *op. cit.*, pp. 81-83; J. Ashton, *The Dawn of the 19th Century in England*, 1906, pp. 240-241; W. Smart, *Economic Annals of the 19th Century*, 1910, I, pp. 5-6; Miller, *op. cit.*, pp. 94, 103; J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, Birmingham, 1868, II, pp. 101-102; y especialmente J. S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating, and Ingrossing*, 1800, pp. 209-215. El conde de Warwick, que propuso sin éxito una moción a la Cámara de los Lores que autorizara a los *J.P.s.* a fijar el precio del grano, declaró que «han habido no menos de 400 condenas por acaparamiento, especulación y monopolio» en los meses anteriores: *Parliamentary History*, XXXV, 1800, 839.

conocida en el siglo XVIII; y —lo que se señala menos veces— había sido empleada por la propia autoridad desde hacía mucho tiempo. Después de todo, el acuerdo de 1688 fue un compromiso y, para los beneficiarios, era importante intentar reafirmar su posición alentando la antipatía popular hacia los papistas (potenciales jacobitas) por una parte, y hacia los disidentes (potenciales *levellers*) por la otra. Una muchedumbre era un complemento muy útil para los magistrados en una nación que apenas estaba vigilada. John Wesley, en sus primeros años, y sus primeros predicadores, que lo hacían al aire libre, encontraron a menudo esas muchedumbres que actuaban con la autorización de un magistrado. Uno de los encuentros más violentos se produjo en Wednesbury y Walsall, en 1743. Según el relato de Wesley, la multitud era volátil y confusa como sus propias intenciones. Los «capitanes de la chusma» eran los «héroes de la ciudad»: pero los únicos que se identificaron fueron un «honrado carnicero» y uno «que boxeaba en los guirigays», que de pronto cambiaron de bando y se pusieron de parte de Wesley. El asunto se clarifica más cuando nos enteramos de que la muchedumbre estaba respaldada por los magistrados locales y por un párroco local que había sido ultrajado por los predicadores locales de Wesley («un albañil y luego un fontanero-vidriero»), quienes habían «enajenado las adhesiones» de los mineros del carbón a la Iglesia, y habían llamado «perros aburridos» a los curas. Ciertamente, según el relato de Wesley, «algunos de los señores ... amenazaron con despedir de su servicio a los mineros que no fueran e hicieran su parte».<sup>28</sup> El *Diario* de John Nelson nos proporciona una prueba desde Grimsby, lugar donde estaba el pastor de la Iglesia de Inglaterra quien «cogió a un hombre para que tocara el timbal de la ciudad por toda la ciudad, y fue delante del timbal, y reunió a toda la chusma que pudo, dándoles licor para que fuesen con él a luchar por la Iglesia». A la puerta de la casa donde Nelson estaba predicando estaba el párroco gritando a la muchedumbre: «¡Derribad la casa! ¡Derribad la casa!»

Pero, más importante que esas manifestaciones provincianas de sentimiento popular sobre determinados temas era la muchedumbre de Londres, cuya presencia se siente continuamente en la historia política del siglo XVIII, y que Wilkes sustrajo completamente al control de los representantes de la autoridad en la década de 1760. En cierto sen-

28. Wesley, *Journal*, *Everyman*, I, pp. 438-444, 455; *Some Papers giving an Account of the Rise and Progress of Methodism at Wednesbury*, 1744, p. 8.

tido, ésta era una muchedumbre de transición, en camino de convertirse en una multitud radical con conciencia de sí misma; la levadura de la disidencia y de la educación política estaba actuando, dándole a la población una predisposición a levantarse en defensa de las libertades populares, en oposición a la autoridad, y en «movimientos de protesta social, en los que es claramente visible ... el conflicto subyacente de los pobres contra los ricos ...». <sup>29</sup> Los tejedores de seda de Spitalfields y sus aprendices eran conocidos desde hacía tiempo por su turbulencia antiautoritaria; el doctor Rudé, en su estudio *Wilkes and Liberty*, señala ocasiones en las que el conflicto industrial se introduce inadvertidamente en la manifestación wilkita, y en las que las consignas de la multitud adquirieron un tono republicano o revolucionario: «¡Maldito el Rey, maldito el Gobierno y malditos los Jueces!» ... «¡Jamás se presentó una oportunidad más gloriosa que ésta para una revolución!». Durante casi una década, Londres y el sur parecían ser (en palabras de un crítico) «una gran confusión bajo el dominio de una muchedumbre indigente, ociosa y embriagada, sin guardianes, movida sólo por la palabra *Wilkes* ...». <sup>30</sup> Esos eran los seguidores que:

se manifestaron en St Georges Fields, en Hyde Park Corner, en la residencia del alcalde de Londres, en la plaza del Parlamento y en el palacio de St James; que gritaban o escribían «Wilkes y Libertad» en las calles de la *City*,\* Westminster y Southwark; que apedrearon al *sheriff* Harley y al verdugo habitual, en el Royal Exchange cuando intentaban quemar el número 45 de *The North Briton*; que rompieron las ventanas de Lord Bute y Lord Egremont y mancharon las botas del embajador austriaco; que pasearon la Bota y la Enagua por las calles de la *City*, y quemaron en efígie al coronel Luttrell, a Lord Sandwich y Lord Barrington frente a la Torre de Londres. Esos son los elementos a quienes los contemporáneos y más tarde los historiadores han denominado —ya fuese por indolencia, prejuicio o falta de un conocimiento más seguro— «la muchedumbre» ... <sup>31</sup>

También era la gente —hombres de oficio, criados, cargadores de carbón, marineros, artesanos y asalariados de todo tipo— la que se mos-

29. G. Rudé, *op. cit.*, p. 237.

30. G. Rudé, *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, pp. 50, 173.

\* Parte de Londres situada dentro de los límites antiguos de la ciudad. También se designa con este nombre el centro de negocios de Londres. (*N. de la t.*)

31. *Ibid.*, p. 181.

traba partidaria de Wilkes en las *hustings*\* y que le arrastraba triunfalmente por las calles cada vez que ganaba.

El doctor Rudé tiene razón en rescatar a la multitud de Londres de la acusación de ser simples gamberros y «elementos delictivos»; y la distinción que establece, entre los matones contratados reunidos para apoyar al candidato anti-Wilkes, Proctor, y el entusiasmo espontáneo de la mayoría partidaria de Wilkes, es importante. Sin embargo, al protestar contra el «prejuicio» de los historiadores, protesta demasiado. Porque la multitud de Londres, de las décadas de 1760 y 1770, apenas había empezado a desarrollar su propia organización o sus líderes; tenía poca teoría diferente de la de sus «dirigentes»; y en cierto sentido era manipulada y convocada por Wilkes para «actuar en beneficio de intereses externos»: los intereses de las gentes de oficio acaudaladas, los negociantes y fabricantes de la *City* que eran los seguidores de Wilkes más influyentes. El propio Wilkes fingía un cínico desprecio hacia los hurras de sus seguidores plebeyos: «¿Supone usted —cuentan que preguntó a su oponente, el coronel Luttrell, mientras miraban los tropesos entusiastas durante las *hustings*— que hay muchos necios o pillos entre la concurrencia?». Y la disfunción entre las aspiraciones libertarias de la multitud y la técnica de dirección de muchedumbres se subraya todavía más cuando recordamos que los negociantes y proveedores wilkitas alcanzaron puestos claves en el gobierno de la *City*, de modo que los londinenses que acosaron los carruajes y rompieron las ventanas de los grandes sabían —al igual que los mineros de Walsall— que estaban actuando bajo licencia. La multitud wilkita estaba, de hecho, en un punto intermedio en el proceso de emergencia de la conciencia política popular; mientras que su consigna más popular era «¡Libertad!», muchos de sus miembros eran sumamente volátiles y podrían, del mismo modo, girarse para atacar a los elementos «extraños» o romper las ventanas de los ciudadanos que no les iluminaban en las «ocasiones» patrióticas. <sup>32</sup>

\* Plataforma temporal en la que se presentaban los candidatos al Parlamento y se dirigían a los electores. (*N. de la t.*)

32. Para Proctor, véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, pp. 59-60. Puesto que el doctor Rudé es el primer pionero en este importante terreno, quizá sea ingrato indicar las deficiencias de su análisis. Pero debería observarse que no muestra interés alguno por la tradición disidente del Londres artesano; y muestra poco interés en las sociedades de debate de los clubes y las tabernas que serían focos intelectuales y de organización para la multitud; tampoco lo muestra por la política subterránea de los vendedores de baladas y los «charlatanes». Para una visión más detallada de la política plebeya en Londres, véase G. Rudé, «The London

Esto se revela con mucha claridad en los motines Gordon de 1780. Ahí vemos una agitación popular que pasó por tres fases. En la primera fase, la «multitud revolucionaria», bien organizada por la popular Asociación Protestante, marchó en buen orden detrás de las grandes pancartas para presentar al Parlamento una petición contra la libertad de culto católico. Quienes encabezaban la manifestación eran «la mejor clase de hombres de oficio ... bien vestidos, una clase de gente decente ... muy tranquila y ordenada y muy educada». Este era el Londres disidente, y entre ellos Gibbon describía a algunos «Puritanos» fanáticos, «tal como podrían haber sido en la época de Cromwell ... salidos de sus tumbas». La negativa, por parte de la Cámara de los Comunes, de debatir la petición —y las arengas de lord George Gordon— desembocaron en escenas de indignación que introdujeron la segunda fase. Esta fase puede describirse como una de espontaneidad permitida, que condujo a la violencia de la muchedumbre inspirada por «un deseo tentativo de ajustar cuentas con los ricos, aunque sólo fuera por un día»; algunos de la «mejor clase de hombres de oficio» desaparecieron, mientras que los oficiales, los aprendices y los criados —y algunos delincuentes— llenaban las calles.<sup>33</sup> El grito «Abajo el papa» había retumbado en la conciencia popular desde la Commonwealth y 1688; y sin duda hizo mella en muchos cuyas respuestas subpolíticas describía Defoe muchos años antes: «buenos chicos que darían hasta su última gota de sangre en contra del papado, y que no saben si éste es un hombre o un caballo». Los motines se dirigieron en primer lugar contra las capillas católicas y las casas de los católicos ricos, luego contra personalidades destacadas por lo que hace a la autoridad —incluyendo al *Lord Chief Justice*, Mansfield, y al arzobispo de York— que eran sos-

'Mob' of the Eighteenth Century», *Historical Journal*, ii (1959); Lucy S. Sutherland, *The City and the Opposition to Government, 1768-1774*, 1959, y «The City in Eighteenth-Century Politics», en *Essays presented to Sir Lewis Namier*, compilados por R. Pares y A. J. P. Taylor, 1956; y, para la vida de la taberna, M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, 1928, cap. 6.

33. Véase G. Rudé, «The Gordon Riots», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 1956, Serie Quinta, Vol. 6, y Christopher Hibbert, *King Mob*, 1958. El doctor Rudé pone menos énfasis que el señor Hibbert sobre el grado de implicación de delincuentes y prostitutas en las últimas fases de los motines; el doctor Rudé analiza una muestra de prisioneros (la mayoría de ellos asalariados) que fueron llevados ante los tribunales, y el señor Hibbert confía más en los relatos de los testigos oculares de los motines. Véase también J. P. de Castro, *The Gordon Riots*, Oxford, 1926.

pechosos de simpatizar con la libertad para los católicos, luego contra las prisiones —cuyos presos fueron puestos en libertad— y finalmente culminó en un ataque al mismo banco. Durante toda esta segunda fase continuó la sensación de una muchedumbre «permitida»: las autoridades wilkitas de la ciudad se distinguieron por su inactividad o su ausencia, en parte por miedo de suscitar el odio popular, en parte por una connivencia real con los desórdenes que reforzaban su influencia contra el rey y su gobierno. Sólo cuando empezó la tercera fase —el ataque al banco, por una parte, y las orgías indiscriminadas de borracheras, incendios provocados y raterismo por la otra— se retiró el «permiso»: el inactivo alcalde mandó por fin un mensaje desesperado al jefe supremo del ejército pidiendo «Caballería e Infantería para ayudar al poder civil» y el propio concejal Wilkes salió a repeler a la muchedumbre, en la escalinata del banco. La rapidez en sofocar los motines subraya la inactividad previa de las autoridades de la City.

Así, en este caso tenemos una mezcla, en cierto modo, de muchedumbre manipulada y multitud revolucionaria. Lord Georges Gordon había intentado imitar a Wilkes, pero no tenía nada del atrevimiento bien calculado de Wilkes, ni de su espléndido sentido del carácter popular. Desencadenó un proceso espontáneo de motín que, sin embargo, estuvo bajo la inmunidad de los concejales wilkitas de la City. Grupos de amotinados erigieron sus propios líderes temporales, que recordaban a Thomas Spencer, el acuñador de Halifax: James Jackson, un relojero que montaba un caballo de tiro y agitaba una bandera roja y negra, y Enoch Foster, un forzado de circo que divertía a la muchedumbre arrojando tablas del suelo a través de las ventanas de una casa de Whitechapel. Pero ese tipo de mezcla nunca se volvió a ver en una metrópolis. En 1780, la población de Londres, a pesar de sus excesos, estaba bajo la protección de los *whigs* libertarios, que la veían como un contrapeso a las pretensiones del Trono: Burke deploraba la utilización de los militares para dominar los motines, mientras Fox declaraba que «preferiría ser gobernado por una muchedumbre que por un ejército permanente». Pero después de la Revolución francesa ningún político *whig* se hubiera arriesgado, ningún concejal de la City hubiera tolerado, la intromisión de energías tan peligrosas; mientras los reformadores, por su parte, trabajaban para crear una opinión pública organizada y despreciaban la técnica de desatar a la muchedumbre. «Agilidad» fue el término que orgullosamente adoptaron radicales y carteristas del XIX, para sus pacíficas y bien dirigidas manifestaciones.

La última gran acción de una muchedumbre del siglo XVIII tuvo lugar en Birmingham, en 1791, y se desarrolló de una forma que debería hacernos ser especialmente cautelosos por lo que se refiere a las generalizaciones sobre la «multitud revolucionaria». <sup>34</sup> Birmingham era, posiblemente, el mayor centro de la disidencia de clase media; sus Vieja y Nueva Reuniones Unitaristas incluían a algunos de los patrones más importantes del distrito; los disidentes jugaban un papel tan importante en la vida económica, intelectual y corporativa de la ciudad que el grupo partidario de la «Iglesia y el Rey» hacía tiempo que venía sintiendo el rencor que proviene, no de la fuerza, sino del poder y el prestigio menguantes. El motivo aparente de los motines fue un banquete celebrado por los reformadores de clase media (disidentes la mayoría de ellos) el 14 de julio de 1791, para conmemorar la caída de la Bastilla. Aquella noche y durante los tres días siguientes la «tumultuosa, miserable, descarada, insolente, cínica, canalla, bulliciosa y estúpida muchedumbre de Birmingham» se desbocó en la ciudad y los alrededores, saqueando dos templos unitarios y uno baptista, quemando y desvalijando una veintena de casas y muchas tiendas de disidentes ricos (o supuestos simpatizantes), y sacando de la cárcel de la ciudad a los prisioneros. Aunque los disidentes fueron las principales víctimas (especialmente los que estaban asociados a la causa de la reforma) «nunca estuvo claro —comenta el señor Rose— si los disidentes ricos fueron atacados porque eran disidentes o porque eran ricos». Los gritos de los asaltantes iban desde «¡Iglesia y Rey!» hasta «¡Abajo el papa!».

En cuanto a la autenticidad del resentimiento popular contra algunos de los disidentes ricos, no puede haber duda alguna. (Por ejemplo, una de las víctimas, William Hutton, se había ganado una particular impopularidad en su cargo de comisario del Tribunal de Demandas de Birmingham, un tribunal para el cumplimiento del pago de pequeñas deudas.) Pero hay varias circunstancias especialmente sospechosas en los motines de Birmingham que recuerdan el trato que recibió John Wesley, casi cinco años antes, a manos de las muchedumbres de Walsall. En primer lugar, está la indudable complicidad de diversos magistrados *torios* destacados y del clero, que alentaron a los amotinados en un principio, les dirigieron a los templos, intervinieron con poco entusiasmo, se negaron a procesar a los infractores, e incluso es posible que

34. Para el relato que sigue me he basado ampliamente en el estudio definitivo hecho por R. B. Rose, «The Priestley Riots of 1791», *Past and Present* (noviembre, 1960), pp. 68-88.

indicaran objetivos «legítimos» para la violencia de la muchedumbre. En segundo lugar, está el reducido número de verdaderos amotinados que participaron en las acciones importantes. Aparte de los mineros y otras personas que provenían de pueblos circundantes y que se sumaron al saqueo del fin de semana, la muchedumbre indeseable casi nunca pasó de 250, mientras que los numerosos relatos hablan de la existencia de un núcleo implacable de 30 incendiarios que llevaron a cabo la mayor parte de los daños serios. En tercer lugar, está la prueba de que este núcleo implacable (que quizá ni siquiera estaba compuesto por hombres de la localidad) seguía un plan de campaña definido y estaba extraordinariamente aleccionado acerca de las filiaciones religiosas y políticas de los ciudadanos notables de Birmingham. La causa de los motines pudo ser el «fanatismo religioso» —según la acusación de Priestley— y, ciertamente, la celebración del Día de la Bastilla les sirvió como pretexto. Pero fue un estallido discriminatorio, con el permiso de una parte del poder establecido local, y se debería considerar «como un episodio en el que los señores rurales convocaron a la muchedumbre urbana para extraer los dientes disidentes a la agresiva y próspera burguesía de Birmingham». Al mismo tiempo fue «una explosión de odio de clase latente y violencia personal desencadenada por la coincidencia fortuita de viejos rencores religiosos y nuevos agravios sociales y políticos», <sup>35</sup> en la que las actuaciones de la muchedumbre fueron más allá de los límites previstos en el origen de su permisividad.

Pero es un grave error generalizar, a partir de los motines de Birmingham, en cuanto a la hostilidad general de los pobres de las ciudades hacia lo que era revolucionario en Francia, o las ideas «jacobinas». Como veremos, la bienvenida a los primeros momentos de la Revolución francesa provenía sobre todo de la clase media y los grupos disidentes. No fue hasta 1792 cuando estas ideas ganaron un amplio apoyo popular, principalmente por medio de *Los derechos del hombre* de Paine. Así, los motines contra Priestley se deben ver como el último tumulto hacia atrás de la muchedumbre de transición, antes de que la propaganda painita empezase en serio a formar una nueva conciencia democrática. Por supuesto, los motines continuaron durante muchos años después de 1792: ya fuera por cuestiones específicas —*Passages in the Life of a Radical* de Bamford empieza con una lista de los motines, en Bridport, Bideford, Bury, Newcastle, Glasgow, Ely, Preston,

35. R. B. Rose, *op. cit.*, p. 84.

Nottingham, Merthyr, Birmingham, Walsall, al final de las guerras napoleónicas— o (especialmente en Bristol, Merthyr, Nottingham y Derby en 1831 y en Birmingham en 1839) como puntos culminantes insurreccionales de la agitación radical. En los motines de Bristol encontramos de nuevo algunas de las características de los motines Gordon y Priestley: el saqueo del palacio del obispo y de la residencia del alcalde, la liberación de prisioneros de las cárceles, el asalto y el incendio de las casas y las tiendas de los ciudadanos impopulares. Pero las autoridades no pudieron encontrar conspiración alguna detrás de los amotinados; como máximo un alborotado tendero librepensador, Charles Davis, que iba de un lugar a otro agitando su sombrero en lo alto del paraguas, gritando «¡Derribemos las iglesias y reparemos las carreteras con ellas!», y a quien colgaron por sus esfuerzos en este sentido.<sup>36</sup> Los motines no tuvieron lugar bajo la consigna «¡Iglesia y Rey!», sino la de «¡Rey y Reforma!» y el rey sólo se asociaba al grito último porque se creía que era partidario de la reforma del sacerdocio. El objetivo principal no eran los disidentes, sino importantes eclesiásticos (muchos de los cuales eran propietarios de esclavos de las Indias Occidentales). Al mismo tiempo, los sentimientos democráticos que inspiraban a los amotinados no deberían conducirnos a conclusiones erróneas, confundiendo los motines de Bristol con una acción política revolucionaria consciente. Bristol en 1831 pone de manifiesto la persistencia de modelos de comportamiento antiguos, que miran hacia el pasado, lo mismo que Manchester en 1819 pone de manifiesto la emergencia de modelos de autodisciplina del nuevo movimiento obrero. La ignorancia y la superstición pasaron bruscamente desde una trayectoria legitimista a una radical; pero percibimos el olorillo de los motines Gordon y Priestley en las palabras de un amotinado de Bristol que tiraba al fuego una brazada de manuscritos y libros de la Biblioteca del Cabildo Catedralicio, declarando: «no podía haber reforma sin que se quemasen los libros».<sup>37</sup>

Las verdaderas *muchedumbres*, en el sentido de «cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos», son las muchedumbres

36. Otra característica parecida es la sensación de *licencia* que se dio a la multitud por parte de los magistrados que estaban «estupefactos de terror» y que se negaron a acompañar a las tropas; y por el humanitario jefe, teniente coronel Brereton, que cabalgó por entre la multitud que profería hurras por «el Rey y la Reforma». Véase «Un Ciudadano» [John Eagles], *The Bristol Riots*, Bristol, 1832.

37. Relato de testigos oculares en *Bristol Times* (30 de octubre de 1931).

favorables a la «Iglesia y el Rey», utilizadas desde 1792 en adelante para aterrorizar a los jacobinos ingleses.<sup>38</sup> Aunque esas muchedumbres a veces se dirigieran contra los ricos y los reformadores destacados— como en el caso de Thomas Walker de Manchester—, pertenecen a la tradición de los propietarios de las minas de Walsall y el párroco de Grimsby, y estaban tan sumamente organizadas por— y algunas veces pagados por— «intereses externos» que es difícil considerarlas indicativas de cualquier auténtico sentimiento popular independiente. Además, a pesar de que el clero y los *J.P.s.* concedían, en muchos lugares, una licencia completa a las muchedumbres antijacobinas, éstas pocas veces implicaban a más de un pequeño grupo de gamberros escogidos, y nunca hacían estallar la violencia popular a la escala de Birmingham en 1791. Hubo importantes centros urbanos— especialmente Sheffield y Norwich— en los que las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey» actuaron con un éxito muy limitado. También fue imposible utilizar esas muchedumbres, a cualquier escala, en Londres. La absolución de los prisioneros jacobinos en 1794 fue la señal del triunfo popular al mismo nivel de las celebraciones wilkitas. En 1795 la multitud de Londres era de carácter revolucionario y (a través de la Sociedad de Correspondencia de Londres) estaba descubriendo nuevas formas de organización y liderazgo. Quizá el encuentro crucial tuvo lugar en octubre de 1797, en el punto culminante de la represión antijacobina, cuando se produjo un intento instigado de destruir el establecimiento de Thomas Hardy, cuando éste se negó a iluminar con motivo de una victoria naval. El ataque fue rechazado por una guardia de 100 miembros de la SCL, «muchos de ellos irlandeses, armados con buenas cachiporras». Fue una victoria histórica; como recordaba uno de los «guardianes»: «Nunca estuve en una lucha tan larga y bien dirigida como la que hicieron aquella noche los que defendían la casa de Hardy». Los sentimientos de Hardy eran inequívocos, cuando recordaba los incidentes: «No me gusta el gobierno de una muchedumbre».<sup>39</sup> Y en los acontecimientos que ocurrieron 4 años más tarde podemos ver una irónica secuela. En 1801, Londres fue iluminada de nuevo, pero esta vez fue en honor a los preparativos de la paz que se habían firmado entre Gran Bretaña y Francia. En esta ocasión la muchedumbre desahogó sus sentimientos rompiendo todas las ventanas de

38. Véanse pp. 110 y siguientes, más adelante.

39. John Binns, *Recollections*, Filadelfia, 1854; Hardy, *op. cit.*, pp. 85-86.

la casa de un belicoso periodista antijacobino, que se negó a iluminar por la paz. Allí no había guardia popular, e incluso las autoridades de la City fueron lentas en enviar protección. El periodista era William Cobbett.<sup>40</sup>

#### 4. EL INGLÉS LIBRE POR NACIMIENTO

En 1797 los defensores de la casa de Hardy luchaban en un combate de retirada. En los años que siguieron, cuando era posible una invasión francesa, es indudable que los sentimientos patrióticos de la plebe amenazaron a los jacobinos supervivientes mediante el terrorismo de la muchedumbre. En Westminster, con su amplio derecho a voto, todavía en 1806 era posible derrotar a los radicales, desplegando los recursos del soborno y el clientelismo. Francis Place vio a criados del duque de Northumberland «con sus vistosas libreas, tirando trozos de pan y queso a la densa multitud de vagabundos»:

Ver a esos vagabundos cogiendo los pedazos, gritando, blasfemando, luchando e insultando de todas las formas posibles, tanto mujeres como hombres, todos los desgraciados de las plazas y los callejones de St Giles y Westminster, Porridge Islands y otros lugares miserables; ver a esa gente que representaban, tal como se decía, a los electores de Westminster, era, verdaderamente, el eslabón más bajo de la degradación ...

Se le dio cerveza a la multitud, se hundieron las tapaderas de los barriles a golpes y los «cargadores de carbón repartieron la cerveza con sus sombreros de larga cola y ala ancha ... , pero con la impaciencia de la muchedumbre, se volcaron los barriles y la cerveza afluyó a los desagües, desde donde algunos hacían esfuerzos por recogerla». Place miraba, horrorizado ante esa «vergonzosa escena». Pero al año siguiente (1807), Place y sus amigos organizaron un comité radical para las elecciones, que trabajó entre la población con tan buenos resultados que Westminster eligió a dos diputados radicales, sir Francis Burdett y lord Cochrane.<sup>1</sup> Y desde aquel momento en adelante, la tradición del «Lon-

1. Add. MSS. 27850 ss., 19-20; 27838 ss., 19-20; G. D. H. Cole y A. W. Filson, *British Working Class Movements*, 1951. pp. 79-80. Véase más adelante vol. 2, capítulo 13.

40. G. D. H. Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, p. 76. La guerra recomenzó, con pleno apoyo por parte de Cobbett, en mayo de 1803.



dres radical» es casi ininterrumpida. En 1810, Burdett pudo diseñar su táctica a imitación de la de Wilkes y hacerse con el apoyo de la plebe en su contienda con el gobierno. En los principales centros provinciales es cierto más o menos lo mismo, para 1812: «la muchedumbre —observaba el editor de un periódico de Sheffield— lo aborrece todo menos a un concienzudo reformador».<sup>2</sup> Cuando acabaron las guerras (1815), era imposible, en Londres o en el norte industrial o en las Midlands, utilizar a una muchedumbre favorable a la «Iglesia y el Rey» para aterrorizar a los radicales.

De vez en cuando, entre 1815 y 1850, los owenitas o los cartistas se quejaban de la indiferencia de la población. Pero, si no tomamos en consideración los tumultos habituales en las elecciones, en general es cierto que los reformadores estaban amparados por el apoyo de las comunidades obreras. En las épocas de elecciones, en las grandes ciudades, las votaciones a mano alzada realizadas en las *hustings*, que precedían a la elección, se decantaban abrumadoramente a favor del candidato más radical. Los reformadores dejaron de temer a «la muchedumbre», mientras que las autoridades se veían obligadas a construir cuarteles y a tomar precauciones contra «la multitud revolucionaria». Este es uno de esos hechos históricos tan importantes que fácilmente se pasa por alto, o se acepta sin poner en duda; y sin embargo, indica un cambio fundamental de acento en las actitudes inarticuladas y «subpolíticas» de las masas.

El cambio de acento se relaciona con las nociones populares de «independencia», patriotismo y el «derecho por nacimiento» del inglés. Los amotinados de los motines Gordon de 1780 y los amotinados en favor de la «Iglesia y el Rey» de Birmingham en 1791 tenían eso en común: creían estar defendiendo, de alguna forma confusa, la «Constitución» contra elementos extraños que amenazaban su «derecho por nacimiento». Se les había enseñado durante tanto tiempo que el acuerdo de 1688, encarnado en la Constitución del Rey, Lores y Comunes, era la garantía de la independencia y las libertades británicas, que se había creado el reflejo —Constitución es igual a libertad— del que los desaprensivos podían aprovecharse. Y sin embargo, es probable que los mismos amotinados que destruyeron la valiosa biblioteca y el laboratorio del doctor Priestley estuvieran orgullosos de verse a sí mismos como «ingleses libres por nacimiento». El patriotismo, el nacionalismo, e incluso

2. T. A. Ward, *Peeps into the Past*, ed. A. B. Bell, 1909, p. 192.

el fanatismo y la represión, todos estaban arropados por la retórica de la libertad. Incluso la Vieja Corrupción ensalzaba las libertades británicas; la libertad, y no el honor nacional o el poder, era la creación de los patricios, los demagogos y los radicales por un igual. En nombre de la libertad, Burke denunció y Paine defendió la Revolución francesa; en el inicio de las guerras francesas (1793), el patriotismo y la libertad entretenían a todos los poetastros:

Así los britanos defienden su antigua fama,  
Imponen su imperio sobre el mar,  
Y proclaman ante el envidioso mundo,  
Que todavía una nación es bravía y libre;

Resuelta a triunfar o a morir,  
Fiel a su REY, a SUS LEYES, a SU LIBERTAD.<sup>3</sup>

El miedo a la invasión dio lugar a un torrente de octavillas y baladas sobre esos temas, los cuales constituyen un ambiente apropiado para los pretenciosos y sonoros sonetos patrióticos de Wordsworth:

Es impensable que el torrente  
De la libertad británica, que, hacia el mar abierto  
Del elogio del mundo, desde la oscura antigüedad  
Ha manado, «con fastuosidad de aguas, se sometiese» ...\*

«Es impensable»: y sin embargo, en aquel mismo momento, la libertad de prensa, de reuniones públicas, de la organización de *trade unions*,\*\* de organizaciones políticas y de elección estaban, o bien rigurosamente limitadas o en suspenso. ¿En qué consistía, entonces, el consuetudinario «derecho por nacimiento» del inglés? «¡Protección de la propiedad! —respondía Mary Wollstonecraft—. He aquí ... la definición de la libertad inglesa».<sup>4</sup> No obstante, la retórica de la libertad

3. *Anti-Jacobin* (1 de enero de 1798). Thus Britons guard their ancient fame, / Assert their empire o'er the sea, / And to the envying world proclaim, / One nation still is brave and free / Resolv'd to conquer or to die, / True to their King, their Laws, their Liberty.

\* It is not to be thought of that the Flood / Of British freedom, which, to the open sea / Of the world's praise, from dark antiquity / Hath flowed, «with pomp of waters, unwithstood» ...

\*\* Denominación de los sindicatos obreros ingleses. (*N. de la t.*)

4. *A Vindication of the Rights of Men*, 1790, p. 23.



significa mucho más: en primer lugar, por supuesto, libertad respecto de la dominación extranjera. Y, dentro de este halo envolvente de auto-complacencia patriótica, había otras nociones menos definidas que la Vieja Corrupción se veía obligada a alabar y que no obstante resultarían ser peligrosas para ella a largo plazo. Libertad con respecto al absolutismo (la monarquía constitucional), inmunidad con respecto al arresto arbitrario, juicio por jurado, igualdad ante la ley, inmunidad del domicilio contra los allanamientos y los registros arbitrarios, cierta libertad de pensamiento limitada, de expresión y de conciencia, la participación delegada en la libertad (o en su apariencia) proporcionada por el derecho a la oposición parlamentaria y por las elecciones y los fúmulos electorales (aunque el pueblo no tenía derecho al voto, tenía el derecho a desfilar, vitorear y mofarse en las *hustings*), así como la libertad de viajar, negociar y vender su propio trabajo. Ninguna de esas libertades era insignificante; tomadas todas en conjunto, encarnaban y reflejaban un consenso moral en el que a veces participaba la autoridad, y que siempre estaba obligada a tener en cuenta.<sup>5</sup>

Por muy indefinida que sea una idea como la de «consenso moral», la cuestión de los límites más allá de los cuales el inglés no estaba dispuesto a ser «mandado», y los límites más allá de los cuales la autoridad no se atrevía a ir, es crucial para entender este período. La actitud del inglés medio no era tanto democrática, como antiabsolutista. Se consideraba a sí mismo como un individualista, con pocos derechos afirmativos, pero protegido por las leyes contra la intrusión del poder arbitrario. De forma más difusa, consideraba que la Gloriosa Revolución había proporcionado un precedente constitucional para el derecho al motín en resistencia a la opresión. Y ésta, en verdad, era la paradoja central del siglo XVIII, tanto en términos intelectuales como prácticos: el constitucionalismo era la «ilusión de la época». La teoría política, de los tradicionalistas y los reformadores por igual, quedó completamente paralizada dentro de los límites pseudoliberales establecidos por el acuerdo de 1688, por parte de Locke o de Blackstone. Para Locke, los objetivos principales del gobierno eran el mantenimiento de la paz civil, y la seguridad de la persona y la propiedad. Una teoría como ésta, adulterada por el egoísmo y el prejuicio, proveería a las clases propietarias de una sanción para el más sangriento código, que penalizara a los transgresores contra la propiedad; pero no disponía sanción algu-

5. Véase E. Halévy, *op. cit.*, I, pp. 193-212.

na para la autoridad *arbitraria*, que estorbara los derechos personales de propiedad y que no estuviera controlada por las disposiciones de la ley. De aquí la paradoja, que sorprendía a muchos observadores extranjeros, de un código penal sangriento junto con una administración e interpretación de las leyes *liberal* y, a veces, meticulosa. El siglo XVIII fue ciertamente un gran siglo para los teóricos constitucionales, los jueces y los abogados. El hombre pobre podía sentirse a menudo poco protegido cuando quedaba atrapado en las redes de la ley. Pero el sistema de jurado ofrecía una medida de protección, como descubrieron Hardy, Horne Tooke, Thelwall y Binns. Wilkes pudo desafiar al rey, al Parlamento y a la administración —y establecer nuevos e importantes precedentes— utilizando alternativamente los tribunales de justicia y la muchedumbre. No había *droit administratif*, ni derecho a la detención y al registro arbitrarios. Incluso en la década de 1790, cada intento de introducir un sistema de espionaje «continental», cada suspensión del hábeas corpus, cada intento de amañar los jurados, levantaba una ruidosa protesta más allá de las propias filas de los reformadores. Si alguien —teniendo presentes las historias de Tyburn y la represión— se siente inclinado a poner en duda el valor de esos límites, debería contrastar el proceso de Hardy y sus compañeros con el trato que recibieron Muir, Gerrald, Skirving y Palmer, en 1793-1794, en los tribunales escoceses.<sup>6</sup>

Este constitucionalismo tenía las respuestas menos articuladas del «inglés libre por nacimiento». Exigía pocos derechos salvo el de que le dejaran en paz. En el siglo XVIII no había otra institución más detestada que el *press-gang*. Se desconfiaba profundamente de un ejército permanente, y pocas de las medidas represivas adoptadas por Pitt crearon tanto descontento como la construcción de cuarteles cerca de las ciudades industriales. Los reformadores exigían el derecho a llevar armas en defensa propia. La profesión de soldado se consideraba deshonrosa. Escribía un folletista:

En las monarquías arbitrarias, en las que el Déspota que reina puede decirles a sus desdichados súbditos «Come paja», y ellos comen paja, no es extraño que se puedan reclutar ejércitos de Carniceros humanos,

6. Véase más adelante, pp. 124 y ss. Los hechos se tratan de manera completa en la erudita y animada obra de lord Cockburn *Examination of the Trials of Sedition ... in Scotland*, Edimburgo, 1888.

para destruir a sus criaturas amigas; pero, en un país como Gran Bretaña que al menos *pretende ser libre*, el que tantos miles de hombres deban renunciar expresamente a los privilegios y las bendiciones que corresponden a los Hombres Libres, y deban venderse voluntariamente a la *Esclavitud* más humillante y degradante, por la miserable paga de seis peniques al día, se convierte en una cuestión extremadamente sorprendente ...<sup>7</sup>

En agosto de 1794, las *crimping-houses* \* que se utilizaban para el reclutamiento militar en Holborn, la City, Clerkenwell y Shoreditch fueron atacadas y destruidas a lo largo de tres días de amotinamiento.<sup>8</sup> En el punto álgido de la agitación de los tejedores de punto en favor de una legislación proteccionista, en 1812, el secretario de la sección de Mansfield, cuando se enteró de que los representantes de los trabajadores proponían una cláusula que autorizara los poderes de inspección y registro en las casas de los fabricantes que fueran sospechosos de evadir las regulaciones propuestas, escribió alarmado: «si algún día se derriba este baluarte de que la casa de todo inglés sea su castillo, entonces se habrá roto para siempre aquella sólida barrera por la que muchos de nuestros antepasados se desangraron y en vano».<sup>9</sup> La resistencia a un cuerpo de policía eficaz continuó a lo largo del siglo XIX. Mientras que los reformadores estaban dispuestos a asentir en cuanto a que era necesaria una policía preventiva más eficaz, con más vigilantes y unas guardias nocturnas sobre la propiedad más fuertes, cualquier fuerza centralizada con mayores poderes se veía como: «un sistema de tiranía; un ejército organizado de espías e informadores, para la destrucción de toda libertad pública, y la perturbación de toda felicidad privada. Cualquier otro sistema de policía es la maldición del despotismo ...»<sup>10</sup>

El comité parlamentario de 1818 vio en las propuestas de Bentham para un Ministerio de policía, «un plan que convertiría a todos los cria-

7. Anónimo, *Letters on the Impolicy of a Standing Army in Time of Peace, and on the unconstitutional and illegal Measure of Barracks*, 1793. La *History of Standing Armies in England*, 1698, de John Trenchard se volvió a publicar en 1731, 1739, 1780 y en el jacobino *Philantropist*, 1795.

\* *Crimp* es el nombre que recibe un agente que procura marineros y soldados. (N. de la t.)

8. Véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, p. 14; S. Maccoby, *English Radicalism 1786-1832*, 1955, p. 91. Se decía que algunas prostitutas, conocidas como «perras de la horca», incitaban a los hombres a entrar en la casa, donde eran «reclutados» a la fuerza: véase H. M. Saunders, *The Crimps*, 1794.

9. *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, 1952, p. 152.

10. J. P. Smith, *An Account of a Successful Experiment*, 1812.

dos de todas las casas en espías de las acciones de sus señores, y a todas las clases de la sociedad en espías unas de otras». Los *tories* temían la anulación de los derechos restringidos y de fuero, y de los poderes de los *J.P.s* locales; los *whigs* temían un aumento de los poderes de la Corona o del gobierno; los radicales, como Burdett o Cartwright, preferían la idea de las asociaciones de ciudadanos voluntarios o las listas de tandas de cabezas de familia; el populacho radical hasta la época cartista veía en cualquier policía un mecanismo de opresión. Un consenso de opinión bastante sorprendente se resistió al establecimiento de «un tribunal supremo e irresistible, como el que en otros países se denomina el “Alto tribunal de policía”; un mecanismo ... inventado por el despotismo ...»<sup>11</sup>

Tenemos una curiosa combinación de actitud defensiva localista, teoría *whig*, y resistencia popular hostil hacia el aumento de los poderes o hacia cualquier autoridad centralizada. Tanto la *gentry* como el pueblo común protegían los derechos y las costumbres locales contra la usurpación del Estado; la hostilidad hacia «*the Thing*» y hacia los «Pachás» contribuyó mucho a la tensión *tory-radical* que se observa desde Cobbett hasta Oastler, y que alcanzó su punto álgido en la resistencia a la *Poor Law* \* de 1834. (Es irónico que los protagonistas principales del Estado, en su autoridad política y administrativa, fueran las clases medias utilitaristas, al otro lado de cuyo estandarte estatalista estaban inscritas las doctrinas del *laissez faire* económico.) Incluso en la cima de la represión de los jacobinos, a mediados de la década de 1790, se mantuvo la ficción de que la intimidación era obra de asociaciones «voluntarias» de ciudadanos «privados» (la Sociedad Antijacobina de los Reeves o la Sociedad de Wilberforce para la Supresión del Vicio); y se empleó la misma ficción en la persecución de Richard Carlile después de las guerras. Los subsidios que dio el Estado a la prensa «oficial» durante las guerras se administraron con sentido de culpa, y con muchas evasivas y desmentidos diplomáticos. El empleo de espías y de *agents provocateurs* después de las guerras fue la señal para un auténtico estallido de indignación en el que participaron muchos que eran rabiósamente opuestos al sufragio masculino adulto.

Además, no sólo la libertad con respecto a las intrusiones del Es-

11. *The Times* (31 de enero de 1823); véase Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 354-364.

\* «Ley de Pobres»: ley dirigida a controlar y regular a los pobres, así como a procurarles asistencia y trabajo. (N. de la t.)

tado era una fuente de auténtica exultación popular, también lo era la creencia en la igualdad de los ricos y los pobres ante la ley. Una publicación sensacionalista, como el *New Newgate Calendar: or Malefactor's Bloody Register*, reseñó con satisfacción varios precedentes del noble e influyente que fue llevado a Tyburn. Los analistas locales señalaban con aire satisfecho los casos como el del «tiránico malvado señor del señorío» de Leeds, que fue ejecutado en 1748 por haber matado a uno de sus arrendatarios en un arranque de mal genio. Los radicales podían fingir un cinismo bien fundado. Si la ley está abierta por un igual a los ricos y a los pobres, decía Horne Tooke, también lo está la taberna de Londres: «pero os darán una bienvenida muy triste a no ser que vengáis con dinero suficiente para pagar por divertirlos». <sup>12</sup> Pero incluso los jacobinos sostenían la convicción de que el imperio de la justicia era la herencia distintiva del «inglés libre por nacimiento», y que era su defensa contra el poder arbitrario. La Sociedad de Correspondencia de Londres, en un *Address* de 1793, intentó definir la diferencia de situación entre el plebeyo inglés y el plebeyo en la Francia prerrevolucionaria: «nuestras personas estaban protegidas por las leyes, mientras que sus vidas estaban a merced de todo individuo noble ... Nosotros éramos HOMBRES mientras que ellos eran ESCLAVOS.»

Esta ideología defensiva nutría, por supuesto, reclamaciones mucho más amplias de derechos positivos. Wilkes sabía perfectamente cómo tocar la cuerda sensible: el paladín que defendía sus derechos individuales se transformó imperceptiblemente en el ciudadano libre por nacimiento que desafiaba al rey y a los ministros y que reclamaba derechos para los cuales no existía precedente. En 1776 Wilkes llegó lo suficientemente lejos como para solicitar en la Cámara de los Comunes los derechos políticos de «el trabajador manual más humilde, el campesino más pobre y el jornalero», quien

tiene importantes derechos en cuanto a su libertad personal, la de su esposa e hijos, su propiedad por muy insignificante que sea, sus salarios ... que en muchos oficios y fábricas son regulados por el Parlamento ... Por lo tanto, se debería reservar alguna parte del poder de hacer aquellas leyes que les interesan profundamente ... incluso a ese inferior pero muy útil grupo de hombres ...

12. T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794, p. 87.

El argumento es todavía el mismo que el de Ireton (o Burke), pero los derechos de propiedad se interpretan en un sentido mucho más liberal; y Wilkes lo redondeaba con la tradicional apelación a la tradición y el precedente: «Sin una representación real de los comunes nuestra Constitución es esencialmente defectuosa ... y será inútil cualquier otro recurso para recobrar la prístina pureza de la forma de gobierno establecida por nuestros antepasados.»

«Prístina pureza», «nuestros antepasados» son frases clave; y durante 20 años los argumentos que se daban entre los reformadores versaron sobre sutiles interpretaciones de esos términos. ¿Qué modelo era puro y prístino, a qué antepasados debían referirse los reformadores? Para los padres fundadores de los Estados Unidos, que roturaban libres de las trabas del precedente, parecía suficiente encontrar determinadas verdades «evidentes». Pero al comandante John Cartwright (1740-1824), que publicó su folleto *Take Your Choice* en el mismo año de la declaración de independencia (1776), le parecía necesario reforzar su causa en defensa de los parlamentos anuales, los distritos electorales iguales, el pago a los diputados y el sufragio masculino adulto, con la referencia al precedente sajón. El «buen comandante canoso» (como llegó a ser conocido casi medio siglo después) definía, en fecha tan temprana como ésa, las principales demandas de los reformadores políticos avanzados, desde 1776 hasta los cartistas y más allá. <sup>13</sup> Y nunca se desvió de esas demandas. Incapaz de hacer componendas, excéntrico y valiente, el comandante prosiguió su firme camino, publicando cartas, llamamientos y folletos, desde su escaño en Boston, Lincs, sobreviviendo a pruebas, tumultos, discordias y represión. Fue él quien estuvo dispuesto a fundar, antes de que hubiesen finalizado las guerras napoleónicas, las primeras sociedades reformistas de una nueva era, los clubs Hampden, en aquellas regiones industriales del norte, donde su hermano clérigo había acelerado otros procesos de cambio con su invento del telar mecánico. Pero aunque los principios y las propuestas del comandante sobrevivieron su larga vida, sus argumentos no lo hicieron.

Podemos ver, en un momento, el porqué. (La respuesta, en dos palabras, es Tom Paine.) Pero deberíamos advertir, en primer lugar, que 20 años antes de la Revolución francesa se ponía en práctica una nue-

13. El comandante Cartwright también fue partidario del voto secreto, pero no del sexto punto de los cartistas, la abolición de los requisitos de propiedad para los miembros del Parlamento.

va dimensión que se añadía a los procedimientos aceptados de la Constitución. La prensa había establecido ya unos derechos indefinidos, independientes del rey, los lores y los comunes; y la agitación que rodeó el *North Briton* de Wilkes mostraba tanto la precariedad de esos derechos como la sensibilidad de un público amplio en su defensa. Pero la segunda mitad del siglo XVIII también contempla el surgimiento de la Plataforma; <sup>14</sup> el grupo de presión «extraparlamentario» que hacía campaña por unos objetivos más o menos limitados, movilizandó la opinión «de la calle» por medio de publicaciones, grandes mítines y peticiones. Se adoptaron diferentes métodos de plataforma y petición por parte de grupos tan variados como los partidarios de Wilkes, las asociaciones del condado de Wyvill, la Asociación Protestante (que figuraba en el inicio de los motines Gordon), los reformadores «económicos», la agitación antiesclavista, la campaña en favor de la revocación de los impedimentos que pesaban sobre los inconformistas. Aunque Wilberforce o Wyvill desearan limitar su agitación a los caballeros o a los campesinos propietarios, se establecieron los precedentes y el ejemplo fue contagioso. Se añadió una nueva pieza a la complicada maquinaria de la Constitución; Erskine y Wyvill, utilizando la conocida metáfora mecánica de los frenos y los equilibrios, <sup>15</sup> exigían «Regularidad de Reloj en los movimientos de la Población». El comandante John Cartwright iba más allá; cuanto más se fomentara la protesta, en favor de peticiones del más largo alcance, entre todo tipo de gente, mejor:

Siguiendo la máxima de enseñar a un joven arquero a disparar a la luna [le escribió a Wyvill] para que sea capaz de tirar su flecha suficientemente lejos con fines prácticos, siempre he pensado que una discusión libre sobre el principio del Sufragio Universal es el medio más apropiado para obtener cualquier Reforma por la cual merece totalmente la pena haber luchado.

Porque el comandante —aunque expresaba sus argumentos en los términos del precedente y la tradición— creía en los métodos de agitación entre «innumerables miembros». En los años de la represión, 1797-1799, el *squire* \* de Boston hizo pública una reconvencción a la

14. Utilizo aquí el término de Henry Jephson, cuyos dos volúmenes de historia de *The Platform*, 1892, son todavía el único estudio consecuente de esta institución.

15. Véase Asa Briggs, *The Age of Improvement*, 1959, pp. 88 y ss.

\* Señor rural, propietario de tierras; en especial se refiere al principal propietario de un pueblo o distrito. (*N. de la t.*)

cautela del reformador del norte de Yorkshire. «Sólo estoy un poco asustado de vuestra *Yeomanry*\* —le escribió a Wyvill— pero temo a vuestros *Gentlemen*. ... Por suerte para mí, hasta ahora todos los *gentlemen*, excepto uno, han estado en el *otro lado*. Por lo tanto, mis esfuerzos no se han visto mermados por sus consejos, y en todo momento he hablado claro»:

Siento como si nada que no sean fuertes cordiales y los estimulantes más poderosos, pudiera despertar al Pueblo a cualquier actitud vigorosa. ... A menos que nuestros llamamientos convengan a todas las inteligencias, y las verdades que damos a conocer se fijen en el corazón, no haremos nada. ... Si te vieras obligado, para hacer algún progreso, a proponer simples subterfugios que no satisficieran aquellos enérgicos llamamientos, confío en Dios para que seas rescatado de la situación por algún hombre resuelto que asista a tu reunión ... <sup>16</sup>

Así pues, argumentos constitucionales semejantes podían esconder profundas diferencias de tono y formas de propaganda. Pero todos los reformadores antes de Paine empezaban con «las corrupciones de la Constitución». Y su grado de radicalismo puede deducirse, en general, de los precedentes históricos que citan en sus escritos. Los Partidarios wilkitas, pero en su mayor parte aristócratas, de la Declaración de derechos (y sus sucesores: las «Asociaciones de la Revolución», 1788, y Los Amigos del Pueblo, 1792) se sentían satisfechos con hacer respetar el precedente del acuerdo de 1688. La avanzada Sociedad para la Información Constitucional, fundada en 1780, y cuyos folletos escritos por el doctor Jebb, Cartwright y Capel Lofft proporcionaron a Thomas Hardy su primera introducción a la teoría de la reforma, se extendía con amplitud —a la Carta Magna y más allá— en busca de precedentes, y se inspiraba tanto en el ejemplo anglosajón como en el norteamericano. <sup>17</sup> Y, después de la Revolución francesa, los teóricos de las sociedades populares incorporaron en gran parte los *tyhings*\*\*

\* Designa el conjunto de los campesinos o labradores libres de Inglaterra, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

16. C. Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 389-390, 399-400.

17. La Sociedad Constitucional estuvo inactiva durante los últimos años de la década de 1780, pero fue muy activa después de 1790, con Horne Tooke como miembro destacado.

\*\* Conjunto de diez personas. Cada miembro del grupo debía responder de la nueva conducta o de los daños causados por cualquier otro miembro del *tything*. (*N. de la t.*)

anglosajones es el Witenagemot\* y las leyendas del reinado de Alfredo. Para muchos jacobinos, la «prístina pureza» y «nuestros antepasados» se amoldaban a casi cualquier innovación constitucional para la cual se pudiera improvisar un precedente sajón. John Baxter, un platero de Shoreditch, líder de la SCL y compañero de prisión de Hardy durante los procesos por traición, encontró tiempo para publicar, en 1796, una *New and Impartial History of England* de 830 páginas, en la que el precedente sajón casi no se puede distinguir del estado natural, del buen salvaje, o del pacto social originario. «En sus orígenes —suponía Baxter— la Constitución debió ser libre.» La historia era la historia de su corrupción, «los britanos fueron dominados primero por los romanos, a continuación por los sajones, éstos de nuevo por los daneses y, finalmente, todos por los normandos ...» En cuanto a la Revolución de 1688, ésta «no hizo más que expulsar a un tirano y confirmar las leyes sajonas». Pero había muchas de esas leyes que todavía debían ser restablecidas; y, junto al sufragio masculino adulto, las que más importantes le parecían a John Baxter eran la ausencia de un ejército permanente y el derecho de cada ciudadano a ir armado. Había llegado al derecho del pueblo de desafiar la Constitución, mediante laboriosos argumentos constitucionales.

No obstante, como ha mostrado el señor Christopher Hill en su estudio de la teoría del «yugo normando», esas controversias constitucionales, elaboradas y a menudo engañosas, tenían una trascendencia real.<sup>18</sup> Incluso las formas de argumento anticuario esconden importantes diferencias de énfasis político. Desde el anónimo *Historical Essay on the English Constitution* (1771) hasta los primeros años de la década de 1790, los reformadores más avanzados estuvieron marcados por su afición a citar el ejemplo sajón. Mucho antes, Tom Paine había publicado su *Sentido común* (1776), cuyos argumentos apenas conducían al recurso del precedente:

Un bastardo francés que desembarca con un ejército de bandidos y se hace él mismo rey de Inglaterra, contra el consentimiento de los nativos, es, en términos llanos, un prototipo de canalla, muy miserable. En verdad, no había en él ninguna divinidad. ... La verdad simple y llana es que la antigüedad de la monarquía inglesa no resistiría una investigación.

\* Asamblea de los Witan, Consejo nacional de la época anglosajona. (N. de la t.)  
18. In *Democracy and the Labour Movement*, ed. de P. Saville, 1954, esp. pp. 42-54.

Pero esto se publicó en territorio norteamericano; y, como veremos, tal declaración iconoclasta sólo se conoció en Inglaterra, después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*: «Si la sucesión sigue la línea del Conquistador, la nación sigue en la línea de ser conquistada, y se debería rescatar a sí misma de este camino». Mientras tanto, la teoría del «Yugo Normando» daba signos de una asombrosa vitalidad; e incluso tuvo un resurgimiento en los círculos jacobinos, después de 1793, cuando Paine fue conducido al exilio y sus *Derechos del hombre* fueron prohibidos como libelo sedicioso.

En parte, esta era una cuestión de conveniencia. El proceso de Paine puso de manifiesto los límites de la libertad permitida dentro de las convenciones del constitucionalismo. Negar por completo el recurso a «nuestros antepasados» era altamente peligroso. Cuando Henry Yorke, el reformador de Sheffield, fue procesado en 1795, su defensa se basó en este punto: «En casi todas las intervenciones me esmeré en contradecir las doctrinas de Thomas Paine, que denegaban la existencia de nuestra constitución. ... Declaré continuamente lo contrario, que teníamos una buena constitución», «este magnánimo gobierno que proviene de nuestros padres sajones, y de la prodigiosa inteligencia del inmortal Alfredo». Incluso John Baxter, cuyos «Sajones» eran jacobinos y *sans-culottes* sin excepción, creía conveniente distanciarse él mismo de la total falta de respeto de Paine: «Aunque respetamos mucho las opiniones del señor Thomas Paine ... no podemos estar de acuerdo con él en que no tenemos constitución; su equivocación parece surgir de no haber llevado sus puntos de vista más allá de la conquista normanda.»

Pero era más que conveniencia. De acuerdo con la leyenda, el precedente sajón legitimaba una monarquía constitucional, un parlamento libre basado en el sufragio masculino adulto, y el imperio de la ley. Al presentarse como «Patriotas» y constitucionalistas, hombres como el comandante Cartwright y Baxter estaban intentando hacer suya la retórica de una época.<sup>19</sup> Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido común*, entonces los re-

19. Esta retórica aparece en lugares inverosímiles. Un programa de finales del siglo XVIII anuncia «esa Muy antigua, Leal, Nacional, Constitucional y Legítima Diversión: ACOSO DE TOROS CON PERROS». Las sociedades jacobinas provinciales se describían habitualmente, entre 1792 y 1796, como constitucionales o patrióticas. La viuda de John Telwall, cuando estaba compilando la vida de aquél, se esmeró en destacar que su marido era «descendiente de una familia sajona», mientras que Joseph Gerrald, cuando proponía el peligroso expediente de una Convención Nacional, citaba como precedentes las «asambleas de la población» de «nuestros antepasados sajones».

formadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuyas mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

Y sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque —incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter— implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la Iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. Una vez enredados en los argumentos constitucionales —incluso cuando éstos se utilizaban para promover las demandas de sufragio masculino adulto— los reformadores quedaban atrapados en las trivialidades poco sistemáticas de la renovación constitucional. Para que surgiera un movimiento plebeyo, era esencial escapar completamente a esas categorías y situar delante peticiones mucho más ampliamente democráticas. En los años que van desde 1770 a 1790, podemos observar una paradoja dialéctica gracias a la cual la retórica del constitucionalismo contribuyó a su propia destrucción o superación. Quienes, en el siglo XVIII, leían a Locke o los comentarios de Blackstone encontraban en ellos un agudo criticismo de los manejos de facción y de los intereses que había en la no reformada Cámara de los Comunes.<sup>20</sup> La primera reacción fue criticar la práctica del siglo XVIII a la luz de su propia teoría; la segunda reacción, más retardada, fue desacreditar la teoría en sí misma. Y en este punto, fue cuando Paine entró en escena, con *Los derechos del hombre*.

La Revolución francesa había sentado un precedente de un tipo más amplio: se había redactado una nueva Constitución, a la luz de la razón y a partir de unos principios básicos, que arrojaba «los exiguos, rancios, lúgubres métodos / De la costumbre, la ley y la sanción» a las sombras. Y no fue Paine, sino Burke, quien perpetró el primer y prin-

20. Erskine basó la defensa de Paine, en el proceso que se le hizo *in absentia*, en pasajes extraídos de Blackstone, mientras que el reformador de Sheffield, Yorke, leía fragmentos de Locke en las manifestaciones públicas. Estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794, p. 108.

cipal abandono de los fundamentos del argumento constitucional. El ejemplo francés por una parte, y los laboriosos reformadores que desenterraban el precedente anterior a 1688 o el precedente prenormando por la otra, habían convertido el viejo fundamento en insostenible. En sus *Reflections on the French Revolution* (1790) Burke reemplazó la autoridad del precedente por la de la sabiduría y la experiencia, y el respeto hacia la Constitución por el respeto hacia la tradición: aquella «asociación ... entre los que están vivos, los que están muertos y los que tienen que nacer». La teoría de los frenos y equilibrios sobre el ejercicio de poderes específicos se tradujo en la atrevida idea de frenos y equilibrios sobre las imperfecciones de la naturaleza del hombre:

La ciencia de la construcción de una *commonwealth* ... no es para enseñarla *a priori*. ... La naturaleza del hombre es intrincada; los propósitos de la sociedad son de la mayor complejidad posible, y por lo tanto ninguna simple disposición o instrucción del poder se puede adecuar ya sea a la naturaleza del hombre, o a la importancia de sus asuntos. ... Los derechos de los hombres en los gobiernos están ... a menudo en equilibrios entre las diferencias de provecho; en un término medio a veces entre el bien y el mal, y a veces entre el mal y el mal...

Los reformadores radicales «están tan enfrascados en sus teorías sobre los derechos del hombre, que han olvidado su naturaleza». «Debido a su impetuosa precipitación y a su desafío del proceso de la naturaleza, se han entregado a ciegas a todo intrigante y aventurero, a todo alquimista y empírico.»<sup>21</sup>

El argumento se deduce a partir de una naturaleza moral del hombre, en general; pero continuamente vislumbramos el hecho de que no era tanto la naturaleza moral de una aristocracia corrupta lo que alarmaba a Burke, como la naturaleza del populacho, «la cochina multitud». El gran sentido histórico de Burke le llevaba a suponer un «proceso de una naturaleza» tan compleja y dilatoria que cualquier innovación estaba llena de peligros ocultos; un proceso en el que el pueblo común no participara. Si Paine estaba equivocado al rechazar las advertencias de Burke (ya que sus *Derechos de hombre* fueron escritos en réplica a Burke), tenía razón al desenmascarar la inercia de los intereses de clase que subyacen en su espaciosa argumentación. El juicio académico ha

21. *Reflections on the French Revolution*, edición Everyman, pp. 58-59, 62, 166.



tratado a los dos hombres de forma extraña. Se ha exagerado la reputación de Burke como filósofo político, sobre todo en los últimos años. Se ha rechazado a Paine como un mero vulgarizador. En realidad, ninguno de los dos escritores era suficientemente sistemático para figurar como teórico político importante. Los dos eran ensayistas de talento, ambos son menos notables por lo que dicen que por el *tono* en que lo dicen. Paine carece de cualquier profundidad de lectura, de cualquier sentido de seguridad cultural, y le traiciona su carácter arrogante e impetuoso en pasajes escritos de una mediocridad que las mentes académicas siguen lamentando y hace que lo arrinconen con un solo vistazo. Pero la mentalidad popular recuerda a Burke, menos por su penetración que por su impertinencia del momento; «la cochina multitud», su traicionera frase que revelaba otro tipo de insensibilidad de la que Paine era incapaz. La mancha de Burke estropea la compostura de la fina cultura del siglo XVIII. En toda la airada producción popular de folletos que siguió, casi podría parecer que los temas se podían definir en cinco palabras: el epíteto de dos palabras de Burke por una parte, y el título de tres palabras de Paine por la otra. Con monótona invención los folletistas populares hicieron variaciones satíricas sobre el tema de Burke: *Despojos de Cerdo, Carne de Puerco, Hayucos y Bellotas: Recogidas por el Viejo Hubert, Política para el Pueblo: Salmagundi \* para los cochinos* (con la colaboración de «Hermano Gruñón», «Porculus» y *ad nauseam*) eran los títulos de los folletos y los periódicos. La pocilga, los porqueros, el tocino; y así prosigue. «Mientras vosotros estáis ... atracándoos en los comedores atestados de delicados despojos; nosotros, con nuestro numeroso séquito de *puercos*, nos dedicamos, desde que sale el sol hasta que se pone, a conseguir los medios de subsistencia, ... recogiendo unas pocas bellotas», así reza un *Address to Hon. Edmund Burke from de Swinish Multitude* (1793). Nunca otras palabras han irritado tanto al «inglés libre por nacimiento», ni le han hecho tan sensato en la respuesta.

Puesto que *Los derechos del hombre* es un texto básico del movimiento obrero inglés, debemos examinar sus argumentos y su tono de forma mucho más atenta.<sup>22</sup> Paine escribió en territorio inglés, pero lo

\* Comida compuesta de carne picada, anchoas, huevos, cebollas, con aceite y condimentos. (*N. de la t.*)

22. Paine volvió a Inglaterra en 1787 y estaba muy absorto en sus experimentos en torno a la construcción de puentes. La primera parte de *Los derechos del hombre* se publicó

hizo como un norteamericano con reputación internacional que había vivido durante cerca de quince años en el vigorizante ambiente del experimento y la actitud iconoclasta con respecto a la Constitución. «Quería saber —escribió en el prefacio a la segunda parte— de qué forma sería recibida una obra escrita en un estilo de pensamiento y de expresión distinto a lo que ha sido tradicional en Inglaterra.» Desde el principio rechazó el marco del argumento constitucional: «Lucho por los derechos de los vivos y contra el hecho de que sean legados y controlados y estipulados por la supuesta autoridad manuscrita de los muertos.» Burke deseaba «transmitir los derechos de la posteridad para siempre, sustentados en la autoridad de un enmohecido pergamino», mientras que Paine afirmaba que cada generación sucesiva tenía la capacidad de definir sus derechos y su forma de gobierno de nuevo.

En cuanto a la Constitución inglesa, no existía nada de eso. Como máximo, era un «sepulcro de precedentes», un tipo de «Papado Político»; y «el gobierno mediante el precedente, sin hacer ninguna consideración del principio del precedente, es uno de los sistemas más viles que se pueden establecer». Todos los gobiernos, excepto los de Francia y Norteamérica, derivaban su autoridad de la conquista y la superstición: sus fundamentos descansaban sobre «el poder arbitrario». Y Paine reservaba sus particulares impropiedades para el respeto supersticioso que iba unido a los medios por los que se aseguraba la continuación de este poder: el principio hereditario. «Una banda de criminales invade un país, y lo somete a contribuciones. Una vez establecido su poder de ese modo, el jefe de la banda se las ingenia para cambiarse el nombre de Ladrón por el de Monarca; y he aquí el origen de la Monarquía y los Reyes.» Por lo que se refiere al derecho de herencia, «heredar un Gobierno es heredar al Pueblo, como si fueran rebaños y piasas». «Los Reyes se suceden unos a otros, no como seres racionales, sino como animales. ... Ser un trabajador manual corriente y moliente requiere algún talento; pero ser un Rey sólo requiere la figura animal de un hombre: una especie de autómatas que respire»:

en 1791; la segunda parte en 1792. La biografía más reciente de Paine, A. O. Aldridge, *Man of Reason* (1960), es completa pero sencilla y añade poco a nuestro conocimiento acerca de la influencia de Paine en Inglaterra y de sus conexiones. Se debería leer junto con la animada pero partidista *Life* (1892) de Moncure D. Conway; o el breve retrato de H. N. Brailsford en *Shelley, Godwin and their Circle*.

No está muy lejano el momento en que Inglaterra se reirá de sí misma por enviar a buscar hombres a Holanda, Hanover, Zell o Brunswick, gastándose un millón al año, que no comprenden ni sus leyes, ni su lenguaje, ni su interés, y cuyas capacidades apenas les hubieran facultado para el cargo de guardias de una parroquia.

«¿Para qué mantener entonces a esos hombres?», preguntaba.

Chambelanes, Pensionistas, Señores de la Alcoba, Señores de la Cocina, Señores de lo Necesario y el Señor sabe de cuántas cosas más; todos ellos pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como suman sus salarios, pagados a costa del país; pero si le pregunto al labrador, al fabricante, al negociante, al hombre de oficio ... al trabajador corriente, de qué le sirve la monarquía, no me puede dar respuesta. Si le pregunto qué es la monarquía, cree que es algo parecido a una sinecúra.

El sistema hereditario, en general, estaba condenado al mismo desprecio: «un gobernante hereditario es tan absurdo como un autor hereditario».

Todo esto era (y algo tiene del temerario aire de) blasfemia. Paine encontró incluso que la sagrada declaración de derechos era «una declaración de males \* y una ofensa». No se trata de que Paine fuera el primer hombre que pensaba de ese modo: muchos ingleses del siglo XVIII debieron tener privadamente esas ideas. Él fue el primero que se atrevió a expresarse con tal irreverencia; y con un libro destruyó tabúes centenarios. Pero Paine hizo mucho más que eso. En primer lugar, apuntaba hacia una teoría del Estado y del poder de clase, aunque de forma confusa y ambigua. En *El sentido común* había seguido a Locke en su consideración del gobierno como un «mal necesario». En la década de 1790, las ambigüedades de Locke parecen dividirse en dos partes, una Burke y la otra Paine. Donde Burke da por sentado el gobierno y examina su funcionamiento a la luz de la experiencia y la tradición, Paine habla como representante de los gobernados y da por supuesto que la autoridad de gobierno deriva de la conquista y el poder heredado en el seno de una sociedad dividida en clases. Las clases se definen de una forma tosca: «hay dos clases distintas de hombres en la

\* Juego de palabras con el término *right*, que en inglés significa «derecho» y «bien», y el término *wrong* que significa «mal». (N. de la t.)

nación, los que pagan impuestos, y los que reciben y viven de los impuestos»; y en cuanto a la Constitución, es buena para: «cortesanos, chambelanes, pensionistas, borough-holders \* y los líderes de los Partidos ... ; pero es una mala Constitución para, al menos, noventa y nueve de las cien partes de la nación».

De ahí también, la guerra entre los propietarios y los no propietarios: «cuando los ricos despojan a los pobres de sus derechos, esto se convierte en un ejemplo para que los pobres despojen a los ricos de su propiedad». <sup>23</sup> Con este argumento el gobierno aparece como el parasitismo de la corte: los impuestos son una forma de robo, para los pensionistas y para las guerras de conquista, mientras «la totalidad del Gobierno Civil la lleva a cabo el Pueblo de toda ciudad y región, por medio de los funcionarios de las parroquias, los magistrados, las *quarterly sessions*, \*\* los jurados y el *assize*, \*\*\* sin dificultad en comparación con lo que se llama el Gobierno». Así que —en este punto— estamos cerca de una teoría del anarquismo. Lo que se necesita no es tanto la reforma como la abolición del gobierno: «en el instante en que el Gobierno formal es abolido, la sociedad empieza a actuar».

Por otra parte, la «sociedad», al actuar a través de un sistema representativo como gobierno, abría nuevas posibilidades que, de pronto, se encendieron en la mente de Paine mientras escribía el crucial capítulo cinco de la segunda parte de *Los derechos del hombre*. Aquí, después de ensalzar el comercio y la empresa industrial, darle de tortas a la dominación colonial (y —más adelante— proponer el arbitrio internacional en lugar de la guerra), asestarle unos golpes al código penal («barbaridad legal»), denunciar las cartas de privilegios exclusivos, las corporaciones y los monopolios y quejarse contra la carga de la fiscalidad, vino a detenerse un momento en los pecados de la aristocracia terrateniente:

¿Por qué ... el señor Burke habla de esta Cámara de los Pares como el pilar del interés de la tierra? Si este pilar se hundiera en la tierra, con-

\* Perceptores de rentas urbanas. (N. de la t.)

<sup>23</sup> Estos últimos tres párrafos están tomados de: Paine, *Letter Addressed to the Addressers*, 1792, pp. 19, 26, 69. Todos los demás son de *Los derechos del hombre*.

\*\* Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada que actuaban trimestralmente. (N. de la t.)

\*\*\* Sesiones que se realizan periódicamente en cada condado de Inglaterra, con el objetivo de administrar justicia civil y criminal, a las que asisten jueces que actúan por comisión especial. (N. de la t.)

tinuarían los mismos bienes raíces, y el mismo arado, siembra y siega seguirían existiendo. La Aristocracia no son los labradores que trabajan la tierra ... sino los meros consumidores de la renta ...

Y esto le condujo a propuestas poco detalladas, de más largo alcance, para recortar los costes del gobierno, el ejército y la armada; perdonar los impuestos y las contribuciones a los pobres; establecer un tributo supletorio mediante un impuesto gradual sobre la renta (elevándolo a 20 chelines por libra a partir de las 23.000 libras); y dar el dinero aumentado o ahorrado, en cantidades para mitigar la situación de los pobres. Propuso subsidios familiares: fondos públicos para permitir la educación general de todos los niños; pensiones de vejez, «no como una cuestión de distinción y favor, sino de derecho» (porque a los receptores sólo se les devolvería una parte de lo que ellos habían aportado a través de los impuestos); un subsidio de natalidad, un subsidio para parejas recién casadas, un subsidio para los funerales de los indigentes; y la construcción, en Londres, de casas de huéspedes combinadas con talleres para asistir a los inmigrantes y a los desempleados:

Con el funcionamiento de este plan, las leyes de pobres, esos instrumentos de tortura civil, serán reemplazadas. ... Los pobres agonizantes no serán arrastrados de un lugar a otro para morir, como represalia de una parroquia sobre otra. Las viudas tendrán una manutención para sus hijos ... y los hijos no serán ya considerados como un aumento de las desgracias de sus padres. ... El número de pequeños delitos, consecuencia de la desgracia y la pobreza, se reducirá. Los pobres, al igual que los ricos, estarán interesados en dar apoyo al Gobierno, y la causa y el temor a los motines y tumultos dejará de existir. Tú, que estás cómodamente sentado y te consuelas en la abundancia, ... ¿has pensado en estas cosas?

Este es Paine en sus mejores momentos. El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte —y en especial las secciones como éstas— la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la Commonwealth» whig y el radicalismo de los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante esas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. Por muy engañosos que fueran algunos de los cálculos financieros de Paine, las propuestas die-

ron un nuevo carácter constructivo al conjunto de la agitación reformista. Si el comandante Cartwright formuló las demandas específicas en favor del sufragio masculino adulto, que iban a constituir la base de un centenar de años de agitación (y Mary Wollstonecraft, con sus *Right of Women*, inició una era de lucha para el segundo sexo, incluso más larga), Paine, en este capítulo, sentaba las bases para la legislación social del siglo XX.

Pocas de las ideas de Paine eran originales, excepto quizá las de este capítulo «social». «Los hombres que se entregan a su poderoso Genio de la forma en que lo hace Paine, no son Investigadores»; el comentario es de William Blake. Lo que Paine dio al pueblo inglés fue una nueva retórica del igualitarismo radical, que conectaba con las más profundas reacciones del «inglés libre por nacimiento» y que impregnaba las actitudes subpolíticas de los obreros urbanos. Cobbett no fue un verdadero painita, y Owen y los socialistas primitivos aportaron una línea completamente nueva; pero la tradición de Paine recorre con fuerza el periodismo popular del siglo XIX: Wooler, Carlile, Hetherington, Watson, Lovett, Holyoake, Reynolds, Bradlaugh. En la década de 1880 sufre un enérgico reto, pero la tradición y la retórica todavía están vivas en Blatchford y en el llamamiento popular de Lloyd George. Casi podemos decir que Paine estableció un nuevo marco dentro del cual estuvo confinado el radicalismo durante cerca de cien años, tan claro y tan bien definido como el constitucionalismo al que reemplazaba.

¿Cuál era este marco? Ya lo hemos visto, el desprecio por los principios monárquicos y hereditarios:

Desapruebo los gobiernos monárquicos y aristocráticos, por muy reformados que estén. Las distinciones hereditarias y el orden privilegiado de toda especie ... necesariamente debe contrarrestar el progreso del perfeccionamiento humano. De ahí se deduce que no me cuento entre los admiradores de la Constitución británica.

Las palabras resultan ser de Wordsworth, en 1793. Y también son de Wordsworth las retrospectivas líneas que reviven, más que cualquier otro, el optimismo de aquellos años revolucionarios, cuando —caminando con Beaupuy— se encontró a una «hambrienta» muchacha campesina:

... y mi amigo ante la visión  
Dijo con inquietud: «Es contra eso»

Contra lo que luchamos», yo, como él, creía  
 Que se extendía un espíritu benigno  
 Al que nada se podría resistir, aquella miseria  
 Absoluta, en poco tiempo  
 Desaparecería, para que viésemos la tierra  
 Libre de cercas en su deseo de recompensar  
 A las sumisas, humildes criaturas del trabajo,  
 Aniquiladas para siempre las instituciones  
 Que legitimaban la exclusión, la ostentación vacía  
 Abolidos el Estado materialista y el poder cruel,  
 Ya fuese por edicto de uno o de unos pocos;  
 Y finalmente, como culminación de todo,  
 Que viésemos al pueblo detentando un gran poder  
 Para poder disponer sus propias leyes; y por consiguiente  
 tuviésemos mejores días  
 Para toda la humanidad. \*

Un optimismo que Wordsworth iba a perder al cabo de poco, pero al que el radicalismo se adhería con tenacidad, basándolo en premisas que Paine no se había detenido a examinar: una fe ilimitada en las instituciones representativas; en el poder de la razón; en (palabras de Paine) «una suma de buen sentido que yace en un estado latente» entre el pueblo llano; y en la creencia de que «el Hombre, si no fuera corrompido por los Gobiernos, es, por naturaleza, el amigo del Hombre, y esta naturaleza humana no es perversa en sí misma». Y todo eso expresado en un tono intransigente, impetuoso e incluso presuntuoso, con el recelo del hombre autodidacta hacia la tradición y las instituciones de estudio («se sabía de memoria todos sus propios escritos y no sabía nada más», fue el comentario de uno de los conocidos de Paine), y una tendencia a esquivar los problemas teóricos complejos con un poco de empirismo y un llamamiento al «Sentido Común».

Tanto la fortaleza como las debilidades de este optimismo se repro-

\* ... and at the sight my friend / In agitation said, 'Tis against that / That we are fighting, / I with him believed / That a benignant spirit was abroad / Which might not be withstood, / That poverty / Abject as this would in a little time / Be found no more, that we should see the earth / Unthwarted in her wish to recompense / The meek, the lowly, patient child of toil, / All institutes for ever blotted out / That legalised exclusion, empty pomp / Abolished, sensual state and cruel power, / Whether by edict of the one or few; / And finally, as sum and crown of all, / Should see the people having a strong hand / In framing their own laws; whence better days / To all mankind.

dujeron una y otra vez en el radicalismo de la clase obrera del siglo XIX. Pero los escritos de Paine no iban dirigidos en especial a la población obrera, como algo distinto de los labradores, los hombres de oficio y los profesionales. La suya era una doctrina adecuada para la agitación entre «innumerables miembros»; pero no ponía en cuestión ni los derechos de propiedad de los ricos, ni las doctrinas del *laissez faire*. Sus propias relaciones se daban, muy claramente, con hombres de las clases no representadas de fabricantes y comerciantes; con hombres como Thomas Walker y Holcroft; con la Sociedad Constitucional más que con la SCL. Sus propuestas de un impuesto gradual sobre la renta anticipan ideas de más largo alcance sobre redistribución de la propiedad; pero iban dirigidas a la aristocracia de grandes propietarios, de la que le disgustaba el principio hereditario junto con la costumbre de la primogenitura. En términos de democracia política deseaba igualar todas las distinciones y privilegios heredados, pero no contemplaba la igualación económica. En la esfera política, todo hombre debe tener iguales derechos como ciudadano; en la esfera económica, debe continuar siendo patrono o empleado, y el Estado no debería interferir ni en el capital, ni en los salarios. Los derechos del hombre y La riqueza de las naciones deberían complementarse y nutrirse uno a otra. Y también en eso, la tradición principal del radicalismo obrero del siglo XIX tomó su carácter de Paine. Hubo épocas, en los momentos álgidos de los owenitas y los cartistas, en que otras tradiciones llegaron a ser dominantes. Pero después de cada recaída, el sustrato de los supuestos painistas quedaba intacto. La aristocracia era el objetivo principal, su propiedad podía ser amenazada —incluso por lo que se refiere a la nacionalización de la tierra y al impuesto único de Henry George— y sus rentas consideradas como exacción feudal de la época del «bastardo francés» y sus «bandidos armados»; pero —por muy fuerte que fuera la lucha de los *trade unionists* contra sus patronos— el capital industrial se consideraba como el fruto de una empresa y, por consiguiente, fuera del alcance de la intervención política. Hasta la década de 1880, por lo general, el radicalismo obrero permaneció paralizado dentro de este marco.

Otro elemento que Paine aportó a la tradición del siglo XIX: el verdadero painita —Carlile o James Watson o Holyoake— era también un librepensador. «Mi religión es hacer el bien», escribió Paine en Los derechos del hombre, y dejó aquí la cuestión. Pero se consideraba a sí mismo como el paladín de esos derechos contra «la era de la ficción y

la superstición política, y de la astucia y el misterio»; y era natural que completase su trabajo con *La edad de la razón*, una serie ininterrumpida de improperios contra la religión del Estado y toda suerte de triquiñuelas de los curas. Paine escribió, no como un ateo, sino como un deísta; la primera parte, escrita en Francia en 1793 bajo la sombra de la guillotina, veía pruebas de la existencia de un Dios en el acto de la creación y en el mismo universo, y apelaba a la razón como opuesta al misterio, el milagro o la profecía. En 1795, el libro fue publicado en Inglaterra por Daniel Isaac Eaton, quien sufrió no menos de siete procesos, y hacia 1812, 15 meses de prisión y 3 años de destierro, por sus actividades como impresor. A pesar de las descaradas provocaciones de su tono, *La edad de la razón* contenía pocas cosas que pudieran sorprender a los deístas del siglo XVIII o a los unitaristas avanzados. Lo nuevo era el público popular al que atraía Paine, y la gran autoridad de su nombre. La segunda parte, publicada en 1796 (también por el valiente Eaton),<sup>24</sup> era un ataque a la ética del Antiguo Testamento y la veracidad del Nuevo, un atropellado ensayo de criticismo bíblico: «He ... recorrido la Biblia, como un hombre recorrería un bosque con una hacha a su espalda y cortarían árboles. Ahí están, y los curas, si quieren, los pueden volver a plantar. Quizá, podrán clavarlos en el suelo, pero nunca conseguirán hacerlos crecer.»

Hay que decir que existen otros usos para los bosques. Blake reconocía la fuerza y la acometida de los argumentos de Paine, parafraseándolos en su propia taquigrafía inimitable:

Que la Biblia es un completo Engaño del Estado, y aunque el pueblo lo vio siempre, nunca pudo quitárselo de encima. Otro argumento es que todos los Comentaristas de la Biblia son unos Bellacos Falsos e Intrigantes, que con la esperanza de tener una vida mejor adoptan la religión del Estado ... Podría nombrar a un centenar de ellos.

Pero Paine era incapaz de leer cualquier parte de la Biblia como (en palabras de Blake) «un Poema de imposibilidades verosímiles». Para muchos de los seguidores ingleses de Paine, durante los años de la represión, *La edad de la razón* era «una espada enviada para dividir». Algunos jacobinos que seguían perteneciendo a las iglesias disidentes

24. Eaton publicó una «Tercera Parte» en 1811, y fue sentenciado en 1812, a la edad de 60 años, a otros 18 meses de prisión y a la picota. T. S. Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 927 y ss.

o metodistas se sintieron enojados tanto con el libro de Paine, como con la oportunidad que daba a sus enemigos de montar un renovado ataque contra los «ateos» y los «republicanos». Las autoridades, por su parte, consideraron que la última ofensa de Paine superaba todos los ultrajes previos; había cogido los períodos moderados de los cómodos pastores unitaristas y el escepticismo de Gibbon, los había traducido a un torpe inglés polémico, y los había lanzado a los humildes. Ridiculizaba la autoridad de la Biblia con argumentos que podía entender un minero o una muchacha campesina:

... la persona a la que llaman Jesucristo, engendrada, dicen, por un espíritu, al que denominan santo, en el cuerpo de una mujer comprometida en matrimonio y casada más adelante, y a la que llaman virgen, 700 años después de que esta absurda historia fuera contada ... ¿Creería alguien a cualquier muchacha con un hijo que, hoy en día, dijera que ella había sido fecundada con un hijo por un espíritu, y que un ángel se lo había anunciado?

Quando consideramos las bárbaras y perniciosas supersticiones que inculcaban en esa época las iglesias y las escuelas dominicales,<sup>25</sup> podemos darnos cuenta del efecto liberador que los escritos de Paine tuvieron en muchos espíritus. Ayudaba a los hombres a luchar, libres de la capa de respeto religioso que reforzaba el respeto debido al magistrado y al patrono, y lanzó a muchos artesanos del siglo XIX por un camino de fuerte independencia intelectual e investigación. Pero también debemos recordar las limitaciones de la «razón» de Paine; tenía una facilidad y una falta de recursos imaginativos en el hacer que recuerdan una de las constricciones de Blake en la «visión única». En el Libro del Eclesiastés, Paine sólo podía ver «la reflexión solitaria de un libertino maltrecho ... que, evocando escenas de las que ya no puede disfrutar, exclama, ¡*Todo es vanidad!* Una gran parte de la metáfora y de los sentimientos es oscura...».

*La edad de la razón* no fue la única fuente del pensamiento libre del siglo XIX. Se divulgaron otros muchos tratados y traducciones (compendios de Voltaire, D'Holbach, Rousseau) en los círculos jacobinos, en la década de 1790, de los cuales el más influyente fue *Ruins of Empire* de Volney. Era éste un libro más profundo e imaginativo que el

25. Véase más adelante, cap. II.

de Paine, un original estudio comparativo sobre religión. Además, la alegoría de Volney sobre la evolución de las triquiñuelas de los curas se hacía corresponder con la alegoría del desarrollo del despotismo político; en su conclusión ofrecía un mensaje más general de tolerancia e internacionalismo que Paine. A diferencia de *Political Justice* de William Godwin, cuya influencia se redujo a un pequeño círculo sumamente culto,<sup>26</sup> *Ruins* de Volney se publicó en forma de libro de bolsillo barato y estuvo en las bibliotecas de muchos artesanos durante el siglo XIX. Su capítulo quince, la visión de una «Nueva Era», se divulgó con frecuencia como un folleto. En él, el narrador ve a una nación civilizada decidida a dividirse en dos grupos: los que «mediante trabajos útiles contribuyen al mantenimiento y conservación de la sociedad», por una parte, y sus enemigos por la otra. La abrumadora mayoría se encuentra en el primer grupo: «trabajadores, artesanos, hombres de oficio y toda profesión útil a la sociedad». El segundo era «un pequeño grupo, una fracción sin valor»; «nadie, sino curas, cortesanos, contables públicos, jefes de tropas, en resumen, los representantes civiles, militares o religiosos del gobierno». Entre los dos grupos tiene lugar un diálogo:

PUEBLO: ... ¿Qué trabajo realizáis en la sociedad?

CLASE PRIVILEGIADA: Ninguno, nosotros no estamos hechos para trabajar.

PUEBLO: Entonces, ¿cómo habéis adquirido vuestra riqueza?

CLASE PRIVILEGIADA: Preocupándonos de gobernaros.

PUEBLO: ¡Gobernarnos! ... Nosotros trabajamos y vosotros disfrutáis; nosotros producimos y vosotros derrocháis; la riqueza mana de nosotros y vosotros la absorbéis. Hombres privilegiados, clase separada del pueblo, formad una nación aparte y gobernaros vosotros mismos.

Unos pocos de la clase privilegiada se unen al pueblo (continúa la visión), pero los demás intentan intimidar al pueblo con tropas. Sin embargo, los soldados tiran sus armas al suelo y dicen: «Somos parte del pueblo.» A continuación, la clase privilegiada intenta engañar al pueblo con los curas, pero éstos son rechazados: «Curas y cortesanos, vuestros servicios son demasiado caros; en lo sucesivo tomaremos vues-

26. El anarquismo filosófico de Godwin sólo llegó a un público obrero después de las guerras; y entonces lo hizo, principalmente, a través de las notas a *Queen Mab* de Shelley, en las ediciones no autorizadas de Richard Carlile.

tros asuntos en nuestras manos.» Por un curioso efecto de traducción, los puntos de vista de Volney parecen más radicales en inglés que en francés. La noción del Estado u orden aristocrático parasitario se expone como la «clase» más generalizada de ricos y ociosos. De ahí arrancaría la sociología del radicalismo de posguerra, que dividía la sociedad entre las «Clases Productivas» o «Útiles» por un lado, y los cortesanos, los detentadores de prebendas, los poseedores de fondos, los especuladores y los parasitarios intermediarios por el otro.<sup>27</sup>

Sin embargo, Volney fue una influencia algo posterior. Paine dominó el radicalismo popular de los primeros años de la década de 1790. Es cierto que su torpe mentalidad polémica dio una estrechez de miras al movimiento que (con la euforia más sofisticada de Godwin) fue agriamente caricaturizado por los reformadores desencantados, cuando se pasó de la Convención revolucionaria francesa al bonapartismo, por la vía del terror. La crítica y la caricatura, expresadas con los genios combinados de Burke, Wordsworth y Coleridge, han dominado las opiniones de muchos estudiosos contemporáneos expuestos, ellos mismos, a experiencias similares de desencanto revolucionario durante los pasados 25 años.

Ciertamente, entre algunos de los discípulos de Godwin y de Paine, había una actitud mesiánica, de selección estelar, que les hacía proclives a la aceptación de ideas superficiales (y a la larga vulgares) de la perfectibilidad humana:

¡Oh, Paine! junto a Dios, cuán infinitamente están millones de seres en deuda contigo por el pequeño residuo de sus libertades ... Alejandro, Césares, Fernandos, Capetos, Federicos, Josés y Zarinás han ... luchado ferozmente para esclavizar a la humanidad; pero te estaba reservado ... ondear los estandartes celestiales de los derechos del hombre, sobre las tambaleantes bastillas de Europa; romper los grilletes del despotismo de los tobillos de millones de seres, y destruir aquellos yugos de opresión ... preparados para los cuellos de más millones de seres aún por nacer.<sup>28</sup>

Siempre se encuentran actitudes como ésta en períodos de entusiasmo revolucionario. Pero si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más

27. Véase especialmente la discusión de Wade y el *Gorgon*, más adelante, vol. 2, pp. 382 y ss.

28. Ciudadano Randol, de Ostende, *A Political Catechism of Man*, 1795, p. 8.



simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío». Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a «la muchedumbre» (en palabras de Paine) de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte de la libertad*».

Esto no significa desechar las acusaciones contra algunos jacobinos ingleses, de ideas doctrinarias y experimentalismo moral frívolo, cuya expresión más notable se encuentra en el libro III de *Excursion* de Wordsworth. Estos han sido, a menudo, los vicios de la «izquierda». Paine tenía poco sentido histórico, su visión de la naturaleza humana era superficial, y el suyo es un tipo de optimismo («No creo que la Monarquía y la Aristocracia se mantengan por siete años más en cualquiera de los países ilustrados de Europa») que la mentalidad del siglo XX encuentra pesado. Pero en nuestra época, la reacción contra la interpretación *whig* o marxista de la historia ha sido tan grande, que algunos estudiosos han propagado una inversión ridícula de los papeles históricos: los perseguidos se ven como precursores de la opresión, y los opresores como víctimas de la persecución. Y por ello, nos hemos visto obligados a reexaminar esas verdades elementales. Fue Paine quien depositó su fe en la libre actuación de la opinión en la «sociedad abierta»: «hoy no se le puede decir a la humanidad que no debe pensar o que no debe leer»; también fue Paine quien vio que en los debates constitucionales del siglo XVIII «la nación siempre estaba excluida del tema». Incluyendo a la nación en el tema, estaba obligado a poner en marcha unas fuerzas que no podía ni controlar ni prever. En eso consiste la democracia.

## 5. PLANTAR EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

Debemos ahora volver a Thomas Hardy y sus compañeros, que se reunieron en La Campana, en la calle Exeter, en enero de 1792. Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera, de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. Los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, en Inglaterra como un destello que se refleja de la toma de la Bastilla.<sup>1</sup> Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés —las tradiciones disidentes y libertarias— se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.<sup>2</sup>

El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo.

1. Para las sociedades populares, véase G. S. Vench, *The Genesis of Parliamentary Reform*, 1913; W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-97*, Nueva York, 1912. y P. A. Brown, *The French revolution in English History*, 1918. Véase también J. Deschamps, *Les Iles Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949; H. Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por J. Saville, 1954; W. A. L. Seaman, «British Democratic Societies in the French Revolution», tesis doctoral no publicada, Londres, 1754.

2. Por supuesto, también fue una agitación, si cabe más intensa, en favor de la independencia de Irlanda y la democracia en Escocia. Véase H. W. Meikle, *Scotland and the French Revolution*, Glasgow, 1912; R. B. Madden, *The United Irishmen*, 1842-1846.

Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine. Una vía para acercarnos a estos acontecimientos son algunas impresiones del norte de Inglaterra en la segunda mitad de 1792. En verano, el ministro de la Guerra consideró que la situación era suficientemente seria como para enviar de viaje al lugarteniente del general ayudante para que averiguase la disposición de las tropas y su fiabilidad en un momento de emergencia. En Sheffield «encontré que las doctrinas sediciosas de Paine y la gente facciosa, que intentan perturbar la paz del país, se habían extendido hasta un punto, mucho más allá de lo que imaginaba». En Sheffield vio un «centro de todas sus maquinaciones sediciosas»: 2.500 «de los trabajadores manuales más bajos» estaban inscritos en la principal asociación partidaria de la reforma (la Sociedad Constitucional): «Ahí leían y comentaban las publicaciones más agresivas, así como su correspondencia no sólo con las sociedades que dependían de ella, en las ciudades y los pueblos vecinos, sino con aquellos que estaban ... en otras partes del reino...»<sup>3</sup>

En el otoño y el invierno de 1792, Wilberforce (el diputado por Yorkshire) recibió noticias alarmantes de varios corresponsales. Wyvill le escribió acerca de «la actitud del pueblo bajo en el condado de Durham»:

Una cantidad considerable de gente ha manifestado descontento hacia la Constitución, en Bernard Castle, y se han escrito en la plaza del mercado\* las palabras, «Abajo el rey», «Libertad» e «Igualdad». Durante los últimos disturbios entre los marineros en Shields y Sunderland, éstos se dirigieron al general Lambton de este modo: «¿Ha leído usted esta pequeña obra de Tom Paine?» «No.» «Pues léala; a nosotros nos gusta mucho. Usted tiene una gran hacienda, general; pronto la dividiremos entre nosotros.»<sup>4</sup>

En noviembre un corresponsal escribía directamente a Pitt, desde North Shields, describiendo las huelgas y los motines de los marineros («P.S. Es espantoso narrarlo, en este momento la muchedumbre está condu-

3. Citado en Aspinall, *The Early English Trade Unions*, 1949, pp. 4-5.

\* En el original: *market-cross*. En Inglaterra se acostumbraba erigir cruces en los lugares de reunión y, por excelencia, en el mercado. Luego estas palabras han pasado a designar el mercado. (*N. de la t.*)

4. R. I. y S. Wilberforce. *Life of William Wilberforce*, 1838, II, p. 2.

ciendo a algunos marineros y oficiales, que se han mostrado renuentes a atenerse a su modo de proceder, desnudos a través de la ciudad»), en términos que rayan en el pánico:

Cuando miro alrededor y veo este país cubierto de miles de Mineros, Marineros, Carreteros y otros trabajadores, formidables compañeros profundamente impresionados con las doctrinas de la igualdad y en la actualidad compuestos de una materia tan inflamable que la más mínima chispa lo convertirá en una llamarada, no puedo dejar de pensar que la debilidad de los Magistrados es muy censurable.<sup>5</sup>

Un hombre importante le escribió a Wilberforce desde Leeds acerca de «la dañina obra de Paine ... comprimida en un folleto de seis peniques, y vendida y distribuida con profusión. ... La puedes ver en las casas de los oficiales aprestadores de paños. Los soldados están conchabados por todas partes». «El estado del país ... parece muy crítico», anotó Wilberforce en su diario. E informó a su corresponsal de Leeds: «Estoy pensando en proponerle al arzobispo de Canterbury ... que fije un día de ayuno y humillación.» Pero desde Leeds llegaron mejores noticias: una muchedumbre leal había desfilado por las calles,

llevando una imagen de Tom Paine en lo alto de un palo, con una cuerda alrededor del cuello sostenida por un hombre que estaba detrás y que continuamente azotaba la efigie con un zurriago de carretero. Al final la imagen se quemó en la plaza del mercado, mientras la campana del mercado doblaba lentamente. ... En todos los rostros había una sonrisa ... «Dios salve al rey» resonaba en las calles...<sup>6</sup>

Sin embargo, las calles de Sheffield presenciaron escenas de un carácter muy diferente. Se convocaron manifestaciones a finales de noviembre para celebrar las victorias de los ejércitos franceses en Valmy; y el *Sheffield Register*, un periódico semanal que daba apoyo a los reformadores, informó de ellas (30 de noviembre de 1792). Una procesión de cinco o seis mil personas llevó a través de las calles un buey asado desuartizado, entre disparos de artillería. En la procesión había:

5. De Powditch a Pitt, 3 de noviembre de 1792, H.O. 42.22.

6. Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 1-5.

una caricatura que representaba a *Britannia*;\* Burke cabalgando sobre un cerdo; y una figura, cuya parte superior era el retrato del Ministro Escocés,<sup>7</sup> y la parte inferior la de un Asno ... el estandarte de la Libertad yacía roto en el suelo, en él estaba escrito «La Verdad es Mentira»; el Sol salía detrás de una Nube y el Ángel de la Paz extendía con una mano hacia abajo los «Derechos del Hombre» y tendía la otra para levantar a *Britannia*.

«Jamás había visto un grupo de villanos tan decidido y enérgico», subrayó un observador hostil.

Hay algo poco habitual en ello: mineros, marineros, aprestadores de paños, cuchilleros; no eran sólo los tejedores y los trabajadores de Wapping y Spitalfields, cuyas pintorescas y ruidosas manifestaciones habían salido en apoyo de Wilkes, sino obreros de pueblos y ciudades de todo el país que exigían derechos *generales* para ellos. Fue esto —y no el Terror francés— lo que provocó el pánico entre las clases propietarias.

Lo podemos ver si nos fijamos más atentamente en los acontecimientos que rodearon la publicación de *Los derechos del hombre*. Las primeras sociedades populares no se formaron hasta más de dos años después de la toma de la Bastilla. Entre las clases medias y altas había una buena disposición para acoger los primeros acontecimientos de la Revolución; incluso los tradicionalistas argüían que Francia se estaba alineando tardíamente con las ideas británicas de la «Constitución mixta». Los disidentes —y particularmente el doctor Price— fueron de los primeros en aprovechar el ejemplo francés, trazando analogías con Gran Bretaña y derivando de la Gloriosa Revolución el derecho a pedir cuentas a su propio «juez supremo». La agitación en favor de la revocación de los impedimentos contra los disidentes (las *Test and Corporation Acts*) alcanzó su punto álgido en el invierno de 1789-1790; y en el clima de grandes pasiones que creó esta campaña (y el rechazo de la Revocación) se formaron las primeras Sociedades Constitucionales provinciales de los reformadores, a la vez que los primeros clubs de partidarios de la «Iglesia y el Rey», de sus aristocráticos oponentes. Las *Reflections* de Burke (en las que se criticaba al doctor Price) fueron el primer signo importante de una reacción general, que precedió a la pro-

\* Nombre de la personificación de Gran Bretaña en una mujer. (*N. de la t.*)

7. Henry Dundas, ministro del Interior.

clamación de la república francesa y al primer terror contra los contrarrevolucionarios. En verdad, Burke sorprendió a muchos reformadores circunstanciales (entre los que se habían contado Pitt y el propio Burke durante un tiempo) e incluso a los tradicionalistas, debido a la vehemencia de sus argumentos. Como hemos visto, los motines de Birmingham favorables a la «Iglesia y al Rey», del verano de 1791, apenas pertenecen a la era «revolucionaria francesa». Aunque el pretexto para los motines fue un banquete para celebrar el aniversario de la caída de la Bastilla, tanto la propaganda de los jacobinos como la de los antijacobinos apenas si había penetrado en el pueblo. Desde mayo de 1792 hacia adelante, las manifestaciones antijacobinas como las que describe Wilberforce en Leeds estuvieron mejor organizadas, compuestas más a menudo por personas desmoralizadas y esbirros y dirigidas de forma más abierta a la intimidación de los reformadores plebeyos.

Sin embargo, los motines de Birmingham suponen un momento de transición.<sup>8</sup> La evidente complicidad y satisfacción de las autoridades indignaron y fortalecieron a los reformadores que, en otras muchas partes del país, habían celebrado la caída de la Bastilla sin que se les importunara. También sirvieron, de forma aviesa, como un anuncio de sus actividades, en un momento en que la primera parte de *Los derechos del hombre* estaba aumentando su popularidad. Algunos magistrados de Lancashire detectaron un «malhumor general» al que los sucesos de Birmingham habían contribuido, y lo relacionaban con «un espíritu de conspiración muy generalizado entre todo tipo de trabajadores y artesanos que se encuentran en un estado de descontento en relación a todo control legal».<sup>9</sup> Quizá como réplica a los sucesos de Birmingham, en agosto, en Londres, Horne Tooke, anterior lugarteniente de Wilkes, presidió una «Reunión Exclusiva de los AMIGOS DE LA PAZ UNIVERSAL y la LIBERTAD» en la taberna La Casa de Paja, en la que se hizo público un Comunicado y Declaración, en forma de cuartillas impresas, que señalaba en términos directos la importancia del ejemplo francés para Gran Bretaña.

El paso se acelera cuando, en el invierno de 1791-1792, se fundan

8. Tienen un significado adicional, porque inhiben el desarrollo ulterior del movimiento radical en Birmingham. Si no hubiese sido por los motines, Birmingham —con sus numerosos pequeños menestrales y artesanos— se podría haber convertido en un centro jacobino dirigente, junto con Norwich y Sheffield.

9. Aspinall, *op. cit.*, p. 1.

varias de las sociedades reformistas, en las provincias y en Londres. En febrero de 1792 se publicó la segunda parte de *Los derechos del hombre*, con su decisivo capítulo «social». En marzo se reorganizó la Sociedad Constitucional,<sup>10</sup> con Horne Tooke como espíritu dirigente, que iba a actuar como enérgico mediador entre las diferentes secciones de los reformadores. En abril varios pares *whigs* y parlamentarios fundaron una selecta «Sociedad de Amigos del Pueblo», uno de cuyos objetivos era contrarrestar el extremismo inconstitucional de Paine, y cuya principal aportación positiva fue la publicación del informe de una comisión que había investigado, con meticulosidad fabiana, el estado de la representación parlamentaria, la corrupción y el favoritismo. En mayo se hizo pública una proclama real contra las publicaciones sediciosas, dirigida en particular contra Paine. Aquel verano los ejércitos austroprusianos invadieron Francia; el rey y la reina fueron detenidos; y se inició el primer terror contra los partidarios del *ancien régime*. La Convención se reunió en septiembre, y se proclamó el primer año de la República. En noviembre John Reeves fundó su asociación antijacobina; en diciembre Paine fue proscrito (en su ausencia) y se condenaron *Los derechos del hombre* como libelo sedicioso. En enero de 1793 Luis fue ejecutado, y en febrero empezó la guerra entre Inglaterra y Francia.

Los acontecimientos, ensartados equivocadamente de ese modo, pueden ser engañosos. Lo que es notable es el muy drástico cambio que tuvo lugar en los 12 meses que van entre febrero de 1792 y febrero de 1793. Al principio de aquel año, Pitt esperaba, con toda confianza, «quince años» de paz. Más de 6 meses después, todavía tenía esperanzas de beneficiarse de la confusión de Francia, mientras mantenía la neutralidad inglesa. La proclama de mayo de 1792 significó la primera alarma seria de parte del gobierno por lo que se refiere a la propaganda painita; pero éste todavía se consideraba un tema puramente doméstico. Tres factores alteraron la situación. Primero, la rápida radicalización de la Revolución francesa después de las matanzas de septiembre. Segundo, la amenaza directa a los intereses ingleses y al equilibrio diplomático en Europa que representaba el fervor expansio-

10. Es decir, la Sociedad de Londres (o nacional) para la Información Constitucional, que no tenía ramas provinciales. Las Sociedades Constitucionales (como las de Sheffield, Manchester y Derby) mantenían correspondencia con Londres —y a menudo con la SCL— así como con la SIC— pero su fundación y su dirección eran independientes.

nista de la nueva República. Tercero, los peligrosos signos de confluencia entre el optimismo revolucionario en Francia y el creciente movimiento jacobino en casa. En noviembre de 1792, la Convención había hecho público su famoso decreto de «fraternidad y ayuda» a todos los pueblos; más tarde, en el mismo mes, delegaciones fraternas de Londres y Escocia asistieron a la Convención, y un diputado (Grégoire) saludó a la nueva república que pronto surgiría a las orillas del Támesis. Paine, en su exilio francés, fue elegido diputado por el Pas de Calais. Hacia diciembre se confirmó la política expansionista de los vacilantes girondinos, en Saboya, Renania, Niza y Bélgica; y se gritaba el eslogan «Guerra a los *châteaux*; paz en las casas de los campesinos». Las ocasiones reales para la guerra (la ejecución de Luis y el control del Escalda) concluyeron los 12 meses que habían transformado a Pitt, de primer ministro del asentamiento económico, la paz y la reforma paulatina, en el arquitecto diplomático de la contrarrevolución europea.<sup>11</sup> Y esta no fue la transformación de un hombre, sino la de una clase: la de los patricios así como la de la *bourgeoisie* comercial e industrial, que habían puesto en Pitt su esperanza de racionalización económica y reforma política prudente.

De estos factores, generalmente se subestima el tercero: la profundidad y la intensidad de la agitación democrática en Inglaterra. El pánico y la ofensiva contrarrevolucionaria de los propietarios comenzó, en Inglaterra, algunos meses antes de que se produjeran, en Francia, la detención del rey y las matanzas de septiembre; y cuando esto último tuvo lugar, todos los órganos de la autoridad de aquí utilizaron todos los medios para dar publicidad a los sufrimientos de las víctimas de la guillotina, y de los émigrés franceses, no sólo a partir de un sentimiento de conmoción, sino también —y, quizá, en primer lugar— como un medio de contrarrestar la propaganda jacobina inglesa.

Porque el éxito de la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue, verdaderamente, fenomenal. La estimación (que se hacía en un folleto de 1793) de que las ventas alcanzaron un total de 200.000 ejemplares en aquel año ha sido ampliamente aceptada; y esto en una población de diez millones.<sup>12</sup> La segunda parte llegó rápidamente a una

11. Véase G. Lefebvre, *The French Revolution*, 1962, pp. 274-283. (Hay trad. cast.: 1789: *Revolución Francesa*, Laia, Barcelona, 1974<sup>2</sup>)

12. Las *Reflections* de Burke se vendían a 3s., y durante los dos primeros años se vendieron 30.000 ejemplares de las mismas. La primera parte de *Los derechos del hombre* tam-

sexta edición, patrocinada por la Sociedad Constitucional y sociedades locales. Hannah More lamentaba que «los amigos de la insurrección, la infidelidad y el vicio, llevarán tan lejos sus esfuerzos como para cargar asnos con sus perniciosos folletos y los repartieran no sólo por las casas de los campesinos y las carreteras, sino por las minas y los pozos de carbón».<sup>13</sup> En Sheffield se decía que «todos los cuchilleros» tenían un ejemplar. En Newcastle (Stafforshire) se decía que las publicaciones de Paine estaban «casi en todas las manos», y particularmente en las de los oficiales alfareros: «más de las Dos Terceras partes de este populoso Vecindario están maduras para una Revuelta, especialmente la clase más baja de Habitantes».<sup>14</sup> El libro de Paine se encontraba en las minas de estaño de Cornualles, en los pueblos de Mendip, en las Highlands de Escocia y, un poco más tarde, en la mayor parte de Irlanda. «Las partes Septentrionales de Gales —lamentaba un corresponsal— están infestadas de predicadores Metodistas itinerantes que disertan largamente sobre los Derechos del Hombre y atacan al Gobierno Regio.»<sup>15</sup> «El libro —escribió un corresponsal inglés— se ha vuelto tan corriente hoy en día en este País como Robinson Crusoe y *Pilgrim's Progress*».<sup>16</sup>

En el proceso *in absentia* de Paine, el fiscal de la corona se quejaba de que *Los derechos del hombre* se «pone en manos de sujetos de todo tipo, incluso se envuelven con él los confites de los niños». Dundas explicó que la proclama real de mayo de 1792 estaba justificada «cuando grandes grupos de hombres en importantes ciudades industria-

---

bién costaba 3s., y se vendieron 50.000 ejemplares en 1791. Hacia 1802, Paine declaraba que las dos partes habían alcanzado una tirada de 400.000 o 500.000 ejemplares —y en 1809, se declaraban 1.500.000— pero eso incluye las enormes ventas en Irlanda así como las traducciones europeas. Me inclino a aceptar la estimación de una venta de 200.000 ejemplares en Inglaterra, Gales y Escocia (teniendo en cuenta las dos partes, y también las ediciones abreviadas que publicaron los clubs locales) de 1791 a 1793, aunque R. D. Altick nos advierte de que «ni una sola obra de ninguna literatura ... se ha acercado jamás a esa tirada». Véase *The English Common Reader*, 1957, pp. 69-73.

13. W. Roberts, *Memoirs of ... Mrs. Hannah More*, 1834, II, pp. 424-425.

14. J. Massey, 22 de noviembre de 1792, H.O. 42.22; F. Knight, *The Strange Case of Thomas Walker*, 1957, p. 117.

15. «Memorandum on Clubs», octubre 1792, en H.O. 42.22. Para el jacobinismo en Gales, véase D. Davies, *The Influence of the French Revolution on Welsh Life and Literature*. Camarthen, 1926, y M. P. Jones, «John Jones of Gian-y-Gors», *Trans. Cymmrodorian Society* (1909-1910).

16. Benjamin Vaughan, 30 de noviembre de 1792, H.O. 42.22.

les abrazaban y hacían circular doctrinas de tendencia tan perniciosa». Se afirmó con claridad que el bajo precio de las ediciones abreviadas agravaba el delito. La proclama se corroboró mediante reuniones cuidadosamente patrocinadas, por todo el país. Los magistrados locales y el clero promovieron la elaboración de comunicados leales que condenaran a Paine y se formaron sociedades de la *gentry* «para mantener inviolable la GLORIOSA CONSTITUCIÓN DE LA VIEJA INGLATERRA». Se imprimieron 20.000 ejemplares de un panfleto difamatorio atacando a Paine, que fueron subvencionados a través del fondo del Servicio Secreto.<sup>17</sup> Paine replicó a este montaje para atacarle, con una provocativa *Letter Addressed to the Addressers* en la que también la emprendió con los aristocráticos Amigos del Pueblo y ridiculizó el uso de peticiones como medio de reforma:

Considero que la reforma del Parlamento, mediante la solicitud al Parlamento ... es un asunto inútil y gastado, acerca del cual la nación está cansada. ... El derecho, y el ejercicio de este derecho, pertenece sólo a la nación, y el medio apropiado es una convención nacional, elegida para ese fin por todo el pueblo.<sup>18</sup>

Esta forma de hablar, con un rey bajo arresto al otro lado del canal como consecuencia de una Convención Nacional, era revolucionaria. Pero antes de que se publicase la *Letter*, el propio Paine había cruzado el canal para evitar la detención. Sus últimas palabras fueron una carta, dirigida al fiscal general, desde «París, 11 de noviembre del primer año de la República», para ser leída en su proceso. Una sentencia contra él (decía) significaría lo mismo que una sentencia contra «el Hombre de la Luna»: en realidad, significaría una sentencia contra los derechos del pueblo de Inglaterra.

Señor, las cosas se están poniendo demasiado serias para jugar con procesos judiciales. ... Los terribles ejemplos que han tenido lugar aquí, con hombres que hace menos de un año se sentían tan seguros como cualquiera de los que procesan, ya sean Jueces, Jurados o el Fiscal de la Corona lo puede estar en Inglaterra, deberían tener algún peso en su

17. En el invierno de 1792-1793; véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 152-153.

18. Paine, *loc. cit.*, p. 56. Eaton, que publicó la *Letter*, fue procesado, pero (en esta ocasión) absuelto por un amistoso jurado.

situación. Que el gobierno de Inglaterra es de una gran, si no la mayor, perfección en el fraude y la corrupción que siempre existió desde que se crearon los gobiernos, es algo que no puede serle desconocido. ... ¿Es posible que usted, o puedo creer ... que la capacidad de un hombre como el señor Guelp, o cualquiera de sus libertinos hijos, sea necesario para el gobierno de una nación ...? <sup>19</sup>

Pero incluso antes de que Paine adoptara un tono tan agresivo, sus escritos habían servido de piedra de toque para distinguir los diversos acentos entre los reformadores. Los aristocráticos Amigos del Püeblo se esmeraban en asegurar su lealtad hacia el acuerdo de 1688, en separarse de cualquier idea de Convención Nacional, y del «ambiguo lenguaje de engaño», de Paine, «que ... tiende a estimular un espíritu de innovación del que ningún saber es capaz de prever el efecto y ninguna habilidad puede dirigir el curso» (mayo de 1792).<sup>20</sup> Christopher Wyvill, el caballero reformador del Yorkshire, publicó *A Defence of Dr. Price* (1791) contra Burke, en la que aprovechaba la ocasión para deplorar los «dañinos efectos» de la obra de Paine, porque contribuían a «incitar a las clases más bajas del Pueblo hacia actos de violencia e injusticia». <sup>21</sup> Después de la publicación de la segunda parte de *Los derechos del hombre*, el tono de Wyvill se endureció. En su correspondencia a escala nacional con reformadores moderados ejercía su considerable influencia para instarles a crear una contra-agitación que aminorase el efecto de los «inoportunos y ... perniciosos consejos del señor Paine». En abril de 1792, urgía a la Sociedad Constitucional de Londres para que se separase del «partido popular»: «Como el señor Paine ... basa sus propuestas en ofrecer pensiones a los Pobres que deben ser extraídas de la riqueza superflua de los Ricos, pensé que la tendencia extremadamente peligrosa de esas doctrinas inmorales exigía una oposición ...»

Sin duda alguna lo que produjo mayor alarma en Wyvill fue el agudo espíritu de antagonismo de clase cristalizado por la vinculación que hacía Paine de las demandas políticas con las económicas. «Es desafortunado para la causa pública —escribió a un caballero de Sheffield en

19. Publicada íntegramente en *Proceedings on the Trial ... against Thomas Paine*, 1793, de Joseph Gurney.

20. Wyvill, *Political Papers*, III, Apéndice, pp. 154-155.

21. *Ibid.*, III, Apéndice pp. 67-68. Debe decirse en favor de Wyvill que se opuso a cualquier procesamiento de Paine.

mayo de 1792— que el señor Paine optara por este terreno inconstitucional, y haya formado un partido en favor de la República entre las clases más bajas del pueblo, ofreciéndoles la perspectiva de saquear a los ricos.»<sup>22</sup>

En la Sociedad Constitucional de Londres (de la que el propio Paine era miembro), los painitas eran más numerosos que los partidarios de Wyvill. La Sociedad había dado oficialmente la bienvenida a la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que, al mismo tiempo, aprobaba una resolución general confirmando su apoyo a la Constitución mixta (marzo y mayo de 1791). Durante el resto del año los moderados perdieron terreno ante el inflexible comandante Cartwright, el oportunista pero emprendedor Horne Tooke, el procurador jacobino John Frost y el círculo más cercano a Paine. «¡Oye! ¡por la Nueva Jerusalén! ¡el milenio! y por que la paz y la eterna beatitud estén en el alma de Thomas Paine», le escribió el dramaturgo Thomas Holcroft extáticamente a Godwin. En la reorganización de la Sociedad, a principios de la primavera de 1792, los partidarios de Paine obtuvieron un control incontestable. La segunda parte de *Los derechos del hombre* fue oficialmente bienvenida —y en particular las propuestas «sociales»— y la Sociedad inició una política de agitación mucho más enérgica. Tooke y Frost ayudaron a Hardy a promover la Sociedad de Correspondencia; se empezó a mantener correspondencia con sociedades provinciales y (en mayo de 1792) con el Club Jacobino de París; se publicaron octavillas, folletos y ediciones baratas de Paine; la Sociedad abrió una suscripción pública para la defensa de Paine, mientras que en noviembre y diciembre de 1792 John Frost fue a París como delegado de la Sociedad, donde asistió al proceso del rey. Las simpatías painitas de la SCL y de las sociedades provinciales de Manchester, Norwich y Sheffield se declararon de igual modo. Thomas Cooper, un joven comerciante y unitarista de Bolton, y un propagandista muy capaz, fue dominado por el entusiasmo cuando apareció la segunda parte: «Me ha entusiasmado más que nunca desde el punto de vista político. Rebosa buen sentido por todas partes ... intensificado además con una abundancia de material difamatorio. Lo considero una auténtica joya de libro ... Burke no tiene nada que hacer para siempre jamás».<sup>23</sup>

Así pues, 1792 fue el *annus mirabilis* de Tom Paine. En 12 meses

22. *Ibid.*, V, pp. 1, 23-24, 51.

23. Citado en Knight, *op. cit.*, pp. 63-64.



su nombre se convirtió en una palabra familiar. Había pocos lugares en las Islas Británicas a los que su libro no hubiese llegado. Sirvió de piedra de toque al dividir a los caballeros reformadores y los patricios whigs de una minoría de industriales y profesionales radicales que buscaban una alianza con los trabajadores y los artesanos, aprobaban las propuestas sociales y económicas de Paine y tenían la vista puesta en dirección a una república. La decisión de Pitt, aplazada durante mucho tiempo, de procesar a Paine señaló el inicio de la era de la represión. La proscripción de Paine (y la prohibición de *Los derechos del hombre*) estuvo precedida y acompañada por un esfuerzo continuado, por parte de la autoridad, de enfrentarse con los reformadores. «Ahora que lo hemos puesto en marcha —escribió Paine a Walker en el verano de 1792— debemos seguir con las publicaciones baratas. Esto confunde a la *gentry* de la corte más que cualquier otra cosa, porque es un terreno al que no están acostumbrados». <sup>24</sup> Pero la «*gentry* de la corte» montó su propia ofensiva de publicaciones; y estimuló su propia «regularidad de reloj» en los movimientos de sus seguidores. La Asociación para la Protección de la Propiedad contra los Republicanos y los *Levellers* de Reeves consolidó y reforzó numerosas sociedades de magistrados y de la *gentry*, que ya estaban formadas, sólo en réplica a las sociedades populares. En el invierno de 1792-1793, éstas intentaron reavivar e inflamar la técnica de la violencia de la muchedumbre, que tan efectiva había sido en Birmingham el año anterior. En diciembre de 1792, una muchedumbre embriagada fue dirigida, intencionadamente, contra los establecimientos de Thomas Walker en Manchester; éste y sus partidarios se defendieron con éxito disparando al aire. «Se utilizaron las mismas estrategias que en una elección impugnada —escribió Walker—. Se reunieron grupos en distintas tabernas, y desde allí desfilaron por las calles encabezados por un violinista y llevando un tablero en el que estaba escrito IGLESIA y REY.» <sup>25</sup>

Las manifestaciones contra Tom Paine del tipo de las de «Guy Fawkes», en la misma línea de la que se le contaba a Wilberforce desde Leeds, se fomentaron por todo el país. En el pequeño municipio tejedor de Ripponden, situado en los Peninos, un próspero abogado anotó en su diario del 7 de enero de 1793, que había pagado 10 s. 6 d. a al-

24. Blanchard Jerrold, *The Original*, 1874, p. 41.

25. Walker, *op. cit.*, p. 55. Véase también el excelente relato que se hace en Knight, *op. cit.*, y A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 419 y siguientes.

guna gente «que paseó la efigie de Tom Paine y disparó contra ella». <sup>26</sup> El propietario de un molino de Heckmondwike se hizo pasar por Paine y se exhibió leyendo *Los derechos del hombre* por las minas de carbón; su máscara se trasladó a un muñeco de paja que fue arrastrado por todo el pueblo y «ejecutado». Cerca de Littletown se rompió a trozos una imagen de madera de Paine con un mazo, con tal vigor que sangraron las manos del verdugo. <sup>27</sup> En diciembre de 1792:

La efigie de Thomas Paine fue transportada en un trineo, con gran solemnidad, desde el castillo de Lincoln hasta la horca, y luego colgada, en medio de una gran multitud de espectadores. Después de estar colgada el tiempo acostumbrado, fue llevada a la colina del castillo y allí colgada en un palo que se había plantado con ese fin. Por la tarde se hizo un gran fuego debajo de la efigie, que ... quedó reducida a cenizas, en medio de las aclamaciones de varios centenares de personas acompañadas por una gran banda de música que tocaba *Dios Salve al Rey* ...

Se formaron secciones de la Asociación de Reeves incluso en las pequeñas ciudades de mercado de Brigg y Caistor; entre sus muchos objetivos se hallaba (para citar a la Sociedad de Caistor) el de realizar un esfuerzo de «Vigilancia y Actividad para descubrir y llevar ante la Justicia a todas las personas que, mediante la publicación o la distribución de Periódicos o Escritos sediciosos, o entrando a formar parte de Asociaciones ilegales o Conspiraciones, pudieran intentar perturbar la Paz pública ...» <sup>28</sup>

Si la distribución de *Los derechos del hombre* fue a escala nacional, también lo fue la promoción de sociedades antijacobinas. Por lo tanto, apenas el impulso revolucionario había empezado a reunir fuerzas en Inglaterra, cuando fue sometido a un asalto contrarrevolucionario respaldado por los recursos de la autoridad establecida. «A partir de entonces», ha señalado Georges Lefebvre,

siempre que el pueblo se agitaba, los líderes de toda Europa coincidían en que se le debía devolver a la cordura, como establecía la tradición. El mismo éxito de la Revolución francesa provocó un proceso, fuera de

26. J. H. Priestley, «John Howarth, Lawyer», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1949.

27. Frank Peel, *Spenn Valley: Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 307-308.

28. *Stamford Mercury* (8 de diciembre de 1792, 11 de enero de 1793). Estoy en deuda con el señor Rex Russell por esta referencia.

sus fronteras, exactamente contrario a la serie sucesos que habían asegurado su victoria en Francia.<sup>29</sup>

Pero esas manifestaciones de lealtad cuidadosamente alentadas, por muy populares que el soborno momentáneo y la permisividad las pudieran hacer, tenían un creciente aspecto artificial. Cada hoguera que se hacía con la efigie de Paine servía, de una manera involuntaria, para encender las diferencias entre la Constitución de la *gentry* y los derechos del pueblo. Las acciones favorables a la «Iglesia y al Rey» encarnan cada vez menos el ciego *pogrom* del prejuicio contra un grupo foráneo y más una escaramuza en una guerra civil política. Thomas Walker repudiaba la muchedumbre que le había atacado, como «miserables instrumentos de una facción sin escrúpulos». «Todo ... seguirá tranquilo si se deja actuar al pueblo por sí mismo; o mejor dicho, la Muchedumbre, como el pueblo, en mi opinión, está con nosotros.»<sup>30</sup>

¿Hasta qué punto tenía razón Walker? De todas las preguntas, ésta es la más difícil de responder. Y nos podemos dirigir una vez más a una breve narración de los sucesos de los 2 años que siguen.

Después de cada gran cambio en la actitud popular, tiene lugar, por lo común, un endurecimiento y una contracción. Y esto se reforzó durante los primeros meses de 1793 por tres causas: la ejecución del rey francés, el inicio de la guerra y el comienzo de la persecución legal de los reformadores. Entre estos últimos estaban: un pastor disidente, el reverendo William Winterbotham, encarcelado durante 4 años por un sermón que apenas fue más lejos de los puntos de vista acerca de la responsabilidad del soberano, que ya había popularizado el doctor Price; y John Frost, el procurador, condenado a la picota y a 18 meses de encarcelamiento, en realidad, por actuar como delegado inglés en la Convención francesa, pero bajo el pretexto de haber dicho, en un café de Marylebone: «Estoy a favor de la igualdad ... Por esta razón, ¡abajo los reyes!» Un impresor llamado Holt estuvo en prisión durante 4 años, en Newark, por reeditar uno de los primeros comunicados de la Sociedad Constitucional. En Leicester, el librero Richard Phillips, que publicaba el pro-reformista *Leicester Herald*, fue encarcelado durante 18 meses, al parecer por vender *Los derechos del hombre*. Y muchos hombres humildes fueron hostigados de múltiples formas. Las autoridades

29. Lefebvre, *op. cit.*, p. 187.

30. Knight, *op. cit.*, pp. 101-105.

se esforzaron, con gran éxito, por apostar espías en las sociedades populares. Ya en el otoño de 1792, 186 taberneros de Manchester habían firmado una declaración en la que se negaba el uso de sus salas a «cualquier CLUB o sociedades ... que sean proclives a poner en práctica lo que tan ardiente y devotamente desean aquellos INFERNALES, a saber, la DESTRUCCIÓN-DE ESTE PAÍS». Se fue a visitar a los que habían dejado de firmar y se les advirtió que sus licencias no serían renovadas. Se situaron vistosos carteles sobre los mostradores, «AQUÍ NO SE ADMITEN JACOBINOS». «Los Enemigos de la Reforma que hay en esta Ciudad —escribía el secretario de la Sociedad para la Reforma de Manchester a la SCL— están empleando todos sus poderes para paralizar el noble espíritu de la Libertad ...»<sup>31</sup>

Las mismas formas de intimidación cuasi-legales se emplearon en Londres, donde las secciones de la SCL fueron hostigadas de taberna en taberna. «Se puso rápidamente en pie una caza oficial de la herejía, en casi todas las ciudades desde Portsmouth hasta Newcastle y desde Swansea hasta Chelmsford.»<sup>32</sup> En Ipswich, los magistrados disolvieron un «Club de Discusión» que se reunía en una cervecería, y que «se componía de una Gente muy Inferior»; en Wiltshire, se despidió a un maestro por «expresiones traidoras»; en pueblos de Northamptonshire tuvo lugar un puerta a puerta para solicitar lealtad. Se nombraron delegados en varios distritos para visitar las librerías y procesar a cualquiera que se le encontrara vendiendo *Los derechos del hombre*; por fin, se encarceló a un cartelero analfabeto por colgar carteles favorables a la reforma.

Tampoco los acontecimientos externos facilitaron el trabajo de los jacobinos ingleses. No existe la menor duda de que la guerra contra Francia, impopular desde un principio, reactivó la antigua tradición de sentimiento anti-galo entre la población. Cada nueva ejecución, relatada con abundantes detalles —las matanzas de septiembre, el rey, María Antonieta—, se añadía a esos sentimientos. En septiembre de 1793,

31. T. S. 11.3510 A(3); A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 7-8. Para acciones similares contra los taberneros de Leicester, véase A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, Leicester, 1954, p. 71. Para los procesamientos provinciales véase R. Phillips, *Original Papers Published in the Leicester Herald &c.*, Cárcel de Leicester, 1793; *Account of the Trial of Alexander Whyte*, Baker, Newcastle, 1793; Daniel Holt, *Vindication of the Conduct and Principles of the Printer of the Newark Herald*, Newark, 1794.

32. P. A. Brown, *op. cit.*, p. 85.

también los amigos de Paine, los girondinos, fueron expulsados de la Convención, y sus líderes enviados a la guillotina; mientras que el propio Paine fue encarcelado en el Luxemburgo, la última semana de 1793. Esas experiencias provocaron la primera fase de un desencanto profundo en una generación intelectual que había identificado sus ideas con la causa de Francia, de una forma demasiado fervorosa y utópica. Nunca se volvió a recuperar la unidad que había en 1792 entre los reformadores intelectuales y plebeyos.

En 1794, la fiebre de la guerra se intensificó. Se formaron cuerpos de voluntarios; se hicieron suscripciones públicas; las ferias tradicionales se volvieron ocasiones propicias para las demostraciones militares. El gobierno aumentó las subvenciones a, y la influencia sobre, la prensa diaria; se multiplicaron los panfletos populares antijacobinos. En Exeter circuló una octavilla:

... en cuanto a los que no les gusta... la CONSTITUCIÓN actual, dejemos que reciban su merecido, es decir, un DOGAL y una HORCA, y luego que los quemen, no en efigie, como lo fue PAINE, sino en persona. Ante lo cual, cualquier corazón leal dirá Amén.

En Birmingham, un procaz folletista antijacobino, «Job Nott», se dirigía a los reformadores: «Largaos ... pensad sólo en la Nueva Horca ... podéis constar en el Almanaque de Newgate ... la deportación quizá os reforme ... merecéis ser ensalzados en grado sumo ... ¿Nunca visteis la Nueva Horca?».

En las parroquias de Londres donde la influencia de la Asociación de Reeves era la más fuerte, se hicieron investigaciones puerta a puerta; en el barrio de St Anne se llevaba un registro con «el aspecto, la edad, el empleo, etc., de los huéspedes y los extranjeros»; en St James se hizo un llamamiento a todos los habitantes para que denunciasen por «falta de civismo» a todas las gobernantas que no obligasen a sus criados, trabajadores y aprendices a firmar una declaración de lealtad hacia la Constitución, tampoco se le daba trabajo a ningún hombre de oficio que no hubiese sido acreditado por los agentes de Reeves, y a los taberneros que no diesen información sobre «personas sospechosas» se les negaba la licencia. Los miembros del Comité de Reeves hicieron colectas de chalecos de franela para las tropas, como una forma complementaria de atestiguar su lealtad; y de la colecta de chalecos pasaron a la de «mitones, calzones, gorras, camisas, pelucas galesas, me-

dias, zapatos, pantalones, botas, sábanas, sobretodos, capotes, zamaras, mantas ...».<sup>33</sup>

La existencia, en época de guerra, de una caza de herejes de esas proporciones no *demuestra* la existencia generalizada de la herejía. En esos momentos la «lealtad» siempre supone la existencia de la «traición», aunque sólo sea para darse importancia a sí misma. Y sin embargo, las efusiones de los folletos, los sermones y los ataques a determinados jacobinos en lugares remotos indican algo más que una «fiebre de guerra» o una culpabilidad e intranquilidad por parte de las clases propietarias. En abril de 1794, una pandilla de brutos armados con porras, a su paso por Middleton camino de Royton, aterrorizaron al joven Samuel Bamford con sus maldiciones y roturas de cristales dedicadas a los «painitas». En Royton destrozaron la taberna llamada El Jinete Ligero, en la que los reformadores estaban reunidos, y apalearon a toda la concurrencia. Mientras tanto, los jueces se negaron a abandonar su casa, que estaba a pocos metros de la escena del tumulto, y el párroco, situado en un pequeño montículo, les señalaba fugitivos a los rufianes: «¡Ahí va uno, ... es un jacobino; y aquel es otro!»<sup>34</sup> Parece que las autoridades percibieran alguna mudanza en la opinión de las masas, alguna alteración subterránea en su actitud; no tan grande como para convertir a la nación inglesa en painita y jacobina, pero suficiente para que estuviese dispuesta a hospedar y a tolerar a los sediciosos. Algún hecho insignificante podía bastar para poner en llamas toda aquella «materia inflamable». Se debía vigilar e intimidar a los reformadores, se debía aislar y rodear de sospecha a las sociedades, se debían permitir y estimular los prejuicios del ignorante. En particular, los objetivos de la intimidación eran los profesionales con acceso a las imprentas, las librerías, el púlpito o la tribuna, que tenían contacto con los reformadores plebeyos.

Podemos encontrar una confirmación de esa mudanza en las actitudes de lo inarticulado —o en la configuración de la sensibilidad de los pobres— en un lugar inesperado. Los años 1793 y 1794 contemplaron una súbita emergencia de las fantasías milenaristas, en una escala que desde el siglo XVII había sido desconocida. En lugar de la «Nueva Je-

33. Varios de los ejemplos de este párrafo están extraídos de un folleto anónimo: *Peace and Reform; against War and Corruption*, 1794. Para las publicaciones antijacobinas (incluyendo a Job Nott) véase también R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, 1955, pp. 41-51; M. J. Jones, *Hannah More*, Cambridge, 1952, cap. 6.

34. Bamford, *Early Days*, edición de 1893, pp. 55-56.

rusalén» de Holcroft, que era un concepto racional, y el «Jerusalén» de Blake, que era una imagen visionaria (aunque debía al antecedente milenarista más de lo que han advertido los críticos), los pobres y los crédulos encontraron un profeta más apropiado en Richard Brothers, un capitán de marina retirado con media paga. A principios de 1794, se publicó su *Revealed Knowledge of the Prophecies and Times*. Sus profecías combinaban un gran conocimiento en cuanto a las intenciones del Todopoderoso, con la parafernalia habitual del Libro de la Revelación, y se expresaban en un lenguaje que combinaba la «materia inflamable» de la disidencia de los pobres, con la de una era revolucionaria:

Todas las naciones han apurado el vino de la ira de la fornicación de Babilonia, y los reyes de la tierra han incurrido en fornicación con ella, y los comerciantes de la tierra se han hecho ricos gracias a la abundancia de sus exquisiteces ...

Entre sus visiones se encontraba la de «un amplio río que corría a través de Londres, teñido de sangre humana». Una de sus predicciones, que Londres sería destruido en una fecha determinada, coincidió por casualidad con una tempestad de truenos de una fuerza excepcional; John Binns, en su camino hacia una reunión de la SCL, se refugió en una cervecería en la que (para su diversión y sorpresa) se encontró a la gente esperando la consumación de todas las cosas.<sup>35</sup> Un poco después Brothers declaró que Londres había sido perdonada sólo gracias a su intervención en el último minuto; y puesto que poseía, evidentemente, tal influencia con el Todopoderoso, sus seguidores se doblaron de golpe.

Se publicó —no está claro si con su autorización o sin ella— un folleto de ocho páginas de *La Profecía de Brothers de todos los Extraordinarios y Maravillosos Sucesos que ocurrirán ... pronosticando la Caída del Papa; una Revolución en España, Portugal y Alemania; la Muerte de Ciertas Personas Importantes de este y otros Países. Así como una terrible Hambruna, Peste y Terremoto. ...* En Inglaterra habría «pena y gran dolor, junto con una alegría indecible»; «los orgullosos y altaneros serán humillados, incluso hasta el polvo; pero los virtuosos y los pobres florecerán sobre las ruinas de los malvados; los Palacios serán ... y las Casas de los campesinos serán ...» Y en

35. Binns, *op. cit.*, pp. 47-48.

cuanto al Hambre, la Peste y el Terremoto, se debían entender como una metáfora:

El Hambre destruirá sólo a las Orugas de España y ... La Peste acabará con las Langostas que devoran la cosecha de la Laboriosidad; y el Terremoto engullirá al monstruoso *Leviatán*, con todo su séquito. De todo esto se alegrarán los pobres, los honrados, los virtuosos y los patriotas.

«Francia debe sangrar de nuevo, pero no manará sangre contaminada.» «Italia arrojará al Anticristo de su trono...» Turquía y Rusia se sumirán en una guerra que acabará con la destrucción de la Corte Otomana, la Religión Mahometana, el Imperio Ruso y la Iglesia Griega. Cuando finalicen estos signos de misericordia, habrá una era de hermandad universal. «Todo será como un solo pueblo, y de un solo espíritu, ... el Cristiano, el Turco, y el Pagano ya no se distinguirán el uno del otro»:

Ha llegado el momento, y ahora está cayendo la prostituta de Babilonia, y caerá para no levantarse más. Salid, pues, vosotros Hijos de la Luz Eterna, y enseñad a los Hijos de la Ignorancia y la Oscuridad ...

Entonces no habrá más guerra, ni escasez, ni crueldad; todo será paz, abundancia y virtud.

La influencia de Brothers puede haber sido mucho mayor de lo que se ha supuesto.<sup>36</sup> Algunas de sus vagas predicciones no podían, aparentemente, dejar de cumplirse, y la victoria de los ejércitos ingleses las devolvió a la memoria. Los miembros de la SCL solían visitarle: quizá incluso le incitaban. Un miembro del Parlamento estuvo dispuesto (como habitualmente ocurre) a testificar con respecto a la autenticidad de los poderes proféticos de Brothers; William Sharp, el famoso grabador y reformador político, se convirtió en discípulo suyo. El Consejo Privado le tomaba bastante en serio como para detenerle, en marzo de 1795, y asegurar su confinamiento en un manicomio durante los años siguientes. Sus seguidores, como George Turner de Leeds, siguieron agitando para que le dejaran libre (amenazando con la destrucción de

36. Véase Cecil Roth, *The Nephew of the Almighty*, 1933; G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, cap. 4; R. Southey, *Letters from England by Don Manuel Álvarez*, 1808, 2ª edición, III, pp. 223 y siguiente.

la Babilonia inglesa si el profeta continuaba confinado), hasta el cambio de siglo; y de ese modo prepararon el camino para el culto, incluso mayor, de Joanna Southcott.<sup>37</sup> Se desarrollaron escuelas proféticas rivales y se hizo mucha manipulación por medio del Libro de la Revelación; mientras, los pastores metodistas y baptistas intentaban extirpar esta nueva herejía. En 1798, un «Verdadero predicador baptista» luchaba con su grey, que se encontraba entre los pobres de Norwich, Wisbech y Liverpool, administrando golpe a golpe la Revelación, distanciándoles de un encuentro tan concreto con Lucifer y haciéndoles volver al peregrinaje del espíritu:

El espíritu de Cristo no se inclina a confraternizar con la humanidad en una situación de trato mundano o político. Llama a individuos del mundo y les considera sólo como extranjeros y peregrinos en la tierra. Del mismo modo que ... un viajero, que se apresura en dirección a su esposa y su familia en la distancia, donde centra toda su felicidad, podría interferir en las regulaciones internas de cada ciudad y pueblo por los que pasa; debería entrometerse un cristiano como aquel en la constitución ...

Y con respecto al milenio, estaba situado resueltamente en el mundo, cuando: «El altivo y el humilde, el opresor y el oprimido serán reducidos a un mismo nivel. El caprichoso tirano y sus indigentes vasallos; el par rico, y el pobre abandonado, recibirán una sentencia equitativa e imparcial ...»<sup>38</sup>

El espíritu milenarista que hizo acto de presencia en Wisbech y Liverpool denotaba una inquietud, que la autoridad menospreció como «el espíritu de innovación», un indefinido optimismo social de los crédulos que era afín a las aspiraciones revolucionarias de los más sofisticados «Está próximo el momento, a pesar de todo, —había escrito Burns—, en que todo el mundo, el hombre con el hombre/serán hermanos.» \* «El Hombre No Puede Existir Sino Gracias a la Hermandad», se hizo eco Blake; y en sus propios «libros proféticos» y su hermosa visión de Jerusalén, subyace el mismo espíritu:

37. G. Turner, *A Call to All the World*, Leeds, 1800. Para Joanna Southcott, véase más adelante, pp. 426-439.

38. S. Fisher, *Unity and Equality in the Kingdom of God*, Norwich, 1798; *The Christian's Monitor*, Wisbech, 1798.

\* It's comin' yet, for a'that, when man to man, the world o'er, Shall brithers be for a'that.

En mis cambios cada tierra se mueve  
y mi patria va a cada tierra,  
mutuamente edificaremos Jerusalén,  
corazón a corazón y mano en mano.\*

El espíritu, ya sea en su forma visionaria o supersticiosa, es una curiosa paradoja del advenimiento de «La Era de la Razón». Pero en cuanto a la capacidad de modificar actitudes y nutrir nuevas aspiraciones, quizá fue una influencia tan perdurable como los argumentos de Tom Paine.

Tal vez el hecho de que las sociedades populares sobrevivieran a los golpes y a la caza de brujas de los primeros meses de 1793 sea un testimonio de la clase de entusiasmo que se despertó en 1792. Donde las sociedades estaban bien consolidadas en 1792, mantuvieron la mayor parte de su terreno e incluso mejoraron su organización; eso fue cierto para Londres, Sheffield y Norwich, y posiblemente para Derby y Nottingham. Muchas sociedades sufrieron alguna disminución en la afiliación, y el abandono de muchos de sus influyentes partidarios de la clase media. Manchester (con Thomas Walker en espera de juicio por alta traición, por haber defendido sus locales contra la muchedumbre) se debilitó mucho, mientras que la Sociedad Constitucional de Leicester se disolvió cuando Phillips fue encarcelado. Pero en ambos centros continuaron existiendo sociedades más plebeyas, después de que hubiesen caído los respetables grupos matrices. (En Manchester el terreno era compartido por la Sociedad Constitucional de Walker y las Sociedades Reformistas y Patrióticas, de las que se afirmaba estaban compuestas por «trabajadores manuales de la clase más baja».)<sup>39</sup>

Sheffield, la sociedad más fuerte, que había registrado cerca de 2.000 socios en 1792, parece haberse visto muy poco afectada. En abril aprobó una serie de resoluciones condenando abiertamente la guerra. En mayo registró cerca de 10.000 firmas recogidas para una petición nacional en favor del sufragio masculino adulto. Norwich, antiguo ba-

\*. In my Exchanges every Land/Shall wolk, & mine in every Land/Mutual shall build Jerusalem, /Both heart in heart & hand in hand.

39. Memorandum en T. S. 11.3035. Entre los que estaban acusados junto con Walker había artesanos de estas sociedades: William Paul, teñidor de papel; James Cheetham, sombrerero; Oliver Pearsall, tejedor; véase J. Gurney, *The Whole Proceedings on the Trial ... of T. Walker and Others*, 1794. Apéndice. pp. 122-126.

luarte de la disidencia, con profusión de pequeños maestros y artesanos con una fuerte tradición de independencia, pudo incluso sobrepasar a Sheffield como principal centro del jacobinismo, aunque los documentos del movimiento son incompletos. En agosto de 1792, cuando la Sociedad de Norwich para la Revolución costeó una edición barata de *Los derechos del hombre*, declaraba tener 48 clubs asociados. Hacia octubre declaraba que los «hermanos asociados» no eran menos de 2.000.<sup>40</sup> En marzo de 1793 seguía siendo el centro de una constelación de pequeños clubs, que tenía «entre 30 y 40 sociedades independientes —en la ciudad— junto con otras muchas en los pueblos rurales».<sup>41</sup> Pero el tono de una carta que enviaron a la SCL sugiere que se habían encontrado dificultades:

... cuando pensamos cuánto sudor y trabajo y hambre para sostenerlo, sólo podemos estar convencidos de que existe un plan entre los propietarios de la tierra y los comerciantes para mantener al pueblo en vasallaje; porque ellos devoran al pueblo como comen pan; ... la influencia de la aristocracia y la jerarquía se está volviendo muy alarmante, porque han absorbido y han engullido al pueblo; pero se extiende un rumor desde el sur, y es terrible para los tiranos ...<sup>42</sup>

La situación en Londres es más difícil de determinar. La Sociedad Constitucional parece haberse reducido gravemente después del principio de la guerra; hasta el otoño de 1793 sus actividades fueron escasamente más allá de la aprobación de mociones formales. También la SCL encontró grandes dificultades. En los últimos meses de 1792 había declarado una afiliación de varios miles. En enero de 1793 (según un espía que estaba en el proceso de Hardy) se tomaron medidas para subvencionar el alquiler de las salas de reunión de las secciones de Spitalfields y Moorfields, que, aunque pobres, eran «tan numerosas como todas las demás secciones juntas». Pero resultó necesario reformar la sección de Moorfields en septiembre, junto con otra que «parecía muy violenta ... del Paseo del patizambo en el Grove». La SCL sólo consiguió reunir 6.000 firmas para la petición nacional, a pesar de la energía invertida por el comité: Joseph Gerrald recogió 200 firmas y huellas digitales de los reclusos (por deudas) de la prisión del Tribunal

40. T.S. 11.3510 A (3).

41. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, p. 140.

42. *Ibid.*, p. 150. Donde dice «el Sur», léase «Francia».

Real.<sup>43</sup> El 30 de mayo de 1793 (de acuerdo con el espía) «el señor Hardy propuso que la sociedad se disolviera durante 3 meses. Se rechazó la proposición». «Hemos hecho frente a los locales y al subsidio de los clubs», escribía Hardy, con más confianza, a una nueva Sociedad Constitucional de Leeds, en julio: «Se nos ha injuriado en el senado, calumniado en público, perseguido en privado y expulsado de las tabernas, y a pesar de todo seguimos reuniéndonos todos en gran número ... y nuestra doctrina sigue ganando numerosos prosélitos ...»<sup>44</sup>

La confianza no estaba fuera de lugar, ya que en verano se dio un definitivo restablecimiento de la correspondencia provincial —con viejas sociedades que se reavivaban o con sociedades formadas de nuevo— para la cual la SCL, más que la Sociedad Constitucional, hacía las funciones de un centro. Una sociedad de Birmingham, que se había formado en los últimos meses de 1792, extendió sus actividades con prudencia a principios del verano y recibió una especial bienvenida: «vuestro crecimiento numérico pronto acabará con el estigma que ha recaído sobre vuestra ciudad debido al comportamiento injustificable de una muchedumbre favorable a la Iglesia y al Rey». Desde Leeds, una nueva sociedad formada por «un grupo de pobres Trabajadores manuales» solicitó poder ser admitida en «fraternización» con la Sociedad Constitucional de Londres:

La Tiranía Aristocrática y la Ignorancia Democrática parecen extenderse e intimidar, hasta un Punto tan Asombroso, en la Ciudad de Leeds, que en General se nos contempla más como Monstruos que como amigos del Pueblo, y creo que durante estos últimos seis meses la parte más Ignorante del Pueblo (debido a las insinuaciones de la Aristocracia y de los curas) ha esperado que cayésemos sobre ellos y les destruyésemos. ... Somos un total de cerca de doscientos y constantemente aumentamos ...

En julio, nuevas sociedades, de Hertfordshire y Tewkesbury, escribieron a la SCL. «Vuestro compañero ciudadano, y Colaborador en la gloriosa causa de la libertad», que así firmaba el secretario de Tewkesbury, describía como:

43. El relato de un informador [en T.S. 11.3510 A (3)] enumera 29 secciones, en abril de 1793, de las cuales por lo menos 16 estaban activamente comprometidas en la recogida de firmas.

44. *Report from the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 152, 154; un estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794, pp. 142, 144; F. Knight, *op. cit.*, p. 134.



La quema de la Efigie de Thomas Paine, junto con las *benditas consecuencias* de la guerra presente, han hecho más bien a la causa que los argumentos más trascendentes; es asombroso el aumento de los amigos de la libertad, y el espíritu de investigación que se ha extendido por las calles; excepto alguna mujer vieja, todo el mundo habla de política.

En agosto, la SCL renovó la correspondencia con las sociedades de Derby, Stockport, Manchester, Nottingham y Coventry —les pidió que «propusieran un modo más seguro de transmisión de las cartas que el servicio de correos»— y tenía algunos planes (aplazados por el momento) de pedirles que adoptaran el mismo nombre y formaran una «Sociedad Universal». Los libros de actas de la Sociedad muestran unas reuniones muy concurridas y bien dirigidas, la formación de nuevas secciones y una afluencia de nuevos miembros a las viejas.<sup>45</sup>

Las sociedades populares habían resistido su primera tormenta. Pero de ella salieron con significativos cambios de acento y tono. El nombre de Paine quedó relegado a un segundo plano, y su abierto tono republicano dejó paso a un énfasis renovado sobre la recuperación de la «pureza» de la Constitución. (En junio de 1793, la SCL llegó hasta el punto de definirlo en términos del acuerdo de 1688.) Pero, aunque estas modificaciones se hacían necesarias debido a la intención evidente de las autoridades de procesar cualquier retórica que fuese más allá de estos límites, en otros aspectos la persecución condujo a una radicalización de las sociedades. En primer lugar, ahora el paso no lo marcaba Londres, sino Escocia, Sheffield, Norwich. En segundo lugar, aunque unos pocos apasionados miembros de las profesiones compartieran la dirección junto con artesanos como Hardy y Baxter en Londres —Joseph Gerrald, Maurice Margarot, John Thelwall—, la gran mayoría de los reformadores organizados en sociedades, en 1793, eran artesanos, asalariados, pequeños menestrales y hombres de oficio. Y dos temas nuevos se subrayan con gran insistencia: las injusticias económicas y las soluciones sociales; y la imitación del ejemplo francés en cuanto a formas de organización y de procedimiento.

Thomas Hardy, a juzgar por sus libros de notas, era un organizador capaz y concienzudo, un honroso ejemplo para la multitud de secretarios voluntarios que le iba a seguir. Según Binns «vestía con sen-

cillez, hablaba francamente sin adoptar nunca un aire pretencioso». Maurice Margarot, un presidente de la SCL, era hijo de un comerciante de vinos. Había pasado gran parte de su infancia en Portugal y Suiza (donde cursó estudios en la Universidad de Ginebra), y a veces se le llamaba el «francés». Era enérgico y atrevido, pero estaba gravemente afectado por el defecto característico de los jacobinos ingleses: la infatuación.<sup>46</sup> Joseph Gerrald y John Thelwall estaban más cerca que cualquier otro de poseer el temple de líderes y teóricos nacionales. Gerrald, brillante alumno del doctor Samuel Parr, llamado el «Whig Johnson» y decano de la erudición del West Country, era un acérrimo partidario de la peligrosa propuesta de Paine: la convocatoria de una Convención Nacional de los reformadores ingleses.<sup>47</sup> Fue esta amenaza, de un acuerdo general de los reformadores, y la de una alianza entre los reformadores ingleses y escoceses y los Irlandeses Unidos —amenaza todavía más seria y creciente— lo que resolvió al gobierno para actuar.

El dilema de las autoridades surgió de la paradoja del constitucionalismo. Aunque había legislación suficiente para que los magistrados locales impusieran condenas sumarias, los fiscales de la corona estaban poco dispuestos a aconsejar mayores procesamientos. La ley de sedición era poco definida y el fiscal general se veía en la situación de elegir entre la espantosa acusación de alta traición o la acusación menor de libelo sedicioso. Pero la ley sobre el libelo de Fox, que convertía al jurado en juez, tanto del asunto como del hecho, entró a formar parte del código penal durante los moderados primeros meses de 1792. Quizá este fue el mayor servicio de Fox al pueblo llano, que se aprobó en la última hora, antes de que el rumbo girara hacia la represión.<sup>48</sup> Así, en Inglaterra, el gobierno se enfrentó con una serie de obstáculos: una ley poco definida, el sistema de jurado (que por dos veces humilló a la

46. Apuntes en D.N.B.; Binns, *op. cit.*, p. 42; M. Roe, «Maurice Margarot: A Radical in Two Hemispheres», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXXI, 1958, p. 68.

47. Véase Joseph Gerrald, *A Convention the only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, pp. 111 y siguientes, y Henry Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por Saville, 1954, pp. 117-118. Para Thelwall, véase más adelante, pp. 161-165.

48. La tercera lectura del proyecto de ley se aprobó el 21 de mayo de 1792, en la Cámara de los Lores, el mismo día que se hizo pública la proclama contra los escritos sediciosos. El presidente de la Cámara de los Lores, lord Thurlow, pronosticó «la confusión y la destrucción de la ley de Inglaterra».

45. *Report from the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 148-157; Actas de la SCL, Ad. MSS. 27812.

autoridad, al absolver a Daniel Eaton y a Thomas Walker en 1794), una oposición foxita poco numerosa, pero brillante, entre cuyos componentes estaba el gran abogado Thomas Erskine (que condujo la defensa en diversos procesos), una opinión pública saturada de retórica constitucionalista y dispuesta a salir prestamente en defensa ante cualquier caso de usurpación de las libertades individuales.

Pero la ley escocesa era distinta. Ahí los jueces eran parciales o dóciles, los jurados se podían escoger impunemente. Además, ahí los «Amigos del pueblo» escoceses habían hecho una Convención Nacional en diciembre de 1792. Los procesos que se hicieron en Escocia, en 1793-1794, no sólo estaban dirigidos a las activas sociedades jacobinas escocesas, también lo estaban a las sociedades que había en Inglaterra. El primer golpe se asestó en agosto de 1793, cuando Thomas Muir, el líder escocés más dotado, fue condenado a 14 años de deportación, después de una escandalosa parodia de proceso. Braxfield, el secretario del juez, se comportó de forma más virulenta que la acusación: «Vamos, señor Horner, vamos, ayúdenos a colgar a uno de esos condenados sinvergüenzas», le susurró a un miembro del jurado que pasaba por detrás del tribunal. En su acusación ante el jurado, presentó como un agravante el talento de Muir y el hecho de que hiciese propaganda entre «campesinos ignorantes, y entre las clases más bajas, haciendo que interrumpiesen su trabajo»: «El señor Muir debería haber sabido que a aquella chusma no se le podía prestar atención. ¿Qué derecho tienen a la representación? ... Un gobierno ... debería ser exactamente igual que una corporación; y en este país se compone de los intereses de la tierra, sólo ellos tienen derecho a ser representados.» Una sola cosa, hizo saber al jurado, no requiere «prueba alguna»: «la Constitución inglesa es la mejor que jamás existió desde la creación del mundo, y no es posible mejorarla». Sus doctos colegas, jueces, asintieron en todo, uno de ellos —lord Swinton— opinaba que el delito de sedición comprendía «todo tipo de delito, asesinato, robo, rapiña, incendio. ... Si se tuviera que buscar el castigo adecuado al delito, no se encontraría en nuestras leyes, ahora que por fortuna se ha abolido la tortura».<sup>49</sup> En septiembre siguió un segundo golpe: el reverendo T. F. Palmer, un pastor unitarista inglés y miembro de la junta del Queen's College de Cambridge, que entonces ejercía su ministerio en Dundee,

49. Lord Cockburn, *op. cit.*, I, pp. 175 y siguientes. Véase también Meikle, *op. cit.*, cap. 6; *The Life and Trial of Thomas Muir*, Rutherglen, 1919.

fue procesado en Perth. Su «delito» era el de inducir a la lectura de Paine y pertenecer a los Amigos de la Libertad de Dundee, que se describía como una sociedad de «viles tejedores y trabajadores manuales». Un tribunal de cocodrilos lloró copiosamente mientras le condenaba al «más leve castigo» de 7 años de deportación en Botany Bay.

Los profesionales con talento, que habían sido incondicionales en su voluntad de cooperar con los reformadores plebeyos, recibieron un castigo ejemplar. Ambos soportaron sus procesos con gran firmeza y dignidad. Y los reformadores escoceses, sobre cuyas cabezas se cerrián ahora esas sentencias, no se dejaron intimidar. Les parecía que una mayor unidad con las sociedades inglesas les proporcionaría alguna protección, e impulsaron una primera Convención Nacional. Hardy, Margarot y Gerrald estuvieron de acuerdo y se convocó una convención que se reuniría en Edimburgo, en un plazo de menos de tres semanas. La SCL nombró como delegados a Margarot y a Gerrald, y se les confirmó el nombramiento en el primer acto público, en Hackney, el 24 de octubre de 1793. Asistieron varios miles de seguidores junto con los curiosos atraídos por los rumores de que los jacobinos franceses habían desembarcado, o de que «Tom Paine había venido para plantar el árbol de la libertad». Las actas registran fielmente los gastos que se aprobaron para los delegados (10 libras para el billete de ida y vuelta y 4 libras para gastos durante el viaje, más 9 libras para los gastos diarios en Edimburgo), durante las siguientes semanas la sociedad sufrió fuertes presiones para recoger esos «fondos». Pero hubo suficiente dinero como para enviar a los delegados a las antípodas.

La invitación se conoció con insuficiente antelación para que las sociedades provinciales pudiesen recoger el dinero necesario para enviar delegados. Sheffield fue la única excepción. El primero de noviembre, esta sociedad mandó una irónica carta a la Sociedad Constitucional de Londres criticándola por su inactividad:

Las medidas últimamente adoptadas en el reino hermano, medidas tan opuestas a ... una Constitución libre, como el fuego y el agua ... han sido contempladas, hasta ahora, con un grado de apatía tal por parte de las grandes asociaciones del reino, a los que nosotros, pequeños grupos del país, admiramos como ejemplos, ya que ellas se intitulan patrióticas, como «La Sociedad para la Información Constitucional de Londres», «Los Amigos del Pueblo», ... que por aquí casi empezamos a pensar que ya es el momento de cortar aquellos brotes de libertad ... para que no

queden expuestos al peligro de arruinarse debido a aquellas aletargantes heladas ...

Nombraba como delegado en Edimburgo a M. C. Brown, un «actor» convertido en procurador, que también fue designado para representar a la sociedad en Leeds. Las sociedades de Norwich autorizaron a Margarot para representarla y le ayudaron con «fondos». Hay una nueva nota de desesperación en el aire, a la que contribuyeron los veredictos escoceses, la victoria francesa en Valenciennes, el aumento de los precios y del desempleo y el auténtico atrevimiento de convocar una convención. La sociedad de Birmingham lamentaba su incapacidad para enviar un delegado,

como consecuencia de la guerra del señor Pitt a la humanidad, que casi ha aniquilado completamente el comercio en esta ciudad, y ha conducido a muchos de nuestros mejores miembros y trabajadores manuales al otro lado del Atlántico. ... Sin embargo, sobre todo ... ha tendido a reducir sumamente el orgullo, a mitigar la malicia y a confundir muchas de las estratagemas de los enemigos de la reforma ... y ha conquistado muchos prosélitos para la causa de la libertad.

También Sheffield sentía los efectos de la guerra:

Tenemos muchos miles de socios, pero como una gran mayoría de ellos son trabajadores, la guerra, que ha privado de *todo* empleo a muchos de ellos y, a casi todos, de la *mitad* de sus ingresos, nos ha mutilado más que a cualquier otra ciudad en el reino.<sup>50</sup>

Margarot y Gerrald sabían perfectamente el peligro que corrían. Estaban llevando «provisiones» de solidaridad moral a sus camaradas escoceses que, si se les negaban en este momento, hubieran tenido como resultado la desmoralización de los movimientos escocés e inglés. Y estaban desafiando al tribunal de Braxfield a tratar a un inglés como había tratado a Muir y a Palmer. Las provisiones apenas llegaron a tiempo. La convención de Edimburgo se había reunido brevemente, a finales de octubre, y se había disuelto en ausencia de los delegados ingleses. A su llegada se volvió a convocar precipitadamente, con mayor fuerza que antes, y Margarot, Gerrald y el secretario escocés, Skir-

50. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 160-165.

ving, controlaron los procedimientos. Se reunió durante las dos últimas semanas de noviembre y la primera de diciembre de 1793, en que fue disuelta y sus principales dirigentes fueron detenidos. (Antes de eso, Margarot y Gerrald habían pedido más fondos a Hardy, que les permitiesen visitar las principales sociedades escocesas: «ninguna excusa puede ser válida para hacernos volver, a no ser que esté basada en el *miedo*; y debemos recordarle que es nuestro problema, no el suyo».) Los procedimientos de la Convención fueron moderados, aunque un tanto histriónicos; pero determinadas circunstancias le dieron un color más revolucionario, el hecho mismo de que la Convención se reuniera, la presencia de observadores de Irlandeses Unidos, y las formas de procedimiento y discurso al estilo francés (aunque el término «ciudadano» hacía mucho tiempo que se utilizaba en Sheffield) que retoñaban en el clima pro-galo de Edimburgo. Las actas se dataron, «Primer Año de la Convención Británica», y se aprobó una resolución (cuyos términos fueron puestos a discusión en los juicios subsiguientes) que autorizaba la convocatoria de una primera convención de emergencia en un lugar secreto, en caso de que se suspendiese el hábeas corpus o se introdujese legislación contra los reformadores.<sup>51</sup>

Siguieron los juicios, del tipo de los de Muir y Palmer. Skirving y Margarot salieron airoso; se les condenó a catorce años de deportación. «Señores míos, sé que lo que estos dos días se ha hecho volverá a ser juzgado; ese es mi consuelo y mi esperanza», dijo Skirving cuando abandonaba el tribunal. A Margarot, que fue acompañado al juicio por una procesión que sostenía un «árbol de la libertad» en forma de M sobre su cabeza, se le fue la mano y se mostró demasiado anhelante de la corona del martirio. Pero recusó a Braxfield, con gran audacia, por haberse jactado, en una cena anterior al proceso, de que él hubiese hecho azotar a los reformadores antes de deportarlos, y que «la muchedumbre sería lo mejor para verter un poco de sangre». Según el recuerdo de lord Cockburn (que le había visto de pequeño), era «una pequeña y oscura criatura, vestida de negro, con medias de seda y botones de metal blanco, algo parecido a la idea que uno se hace de un francés canijo, un ser de lo más insolente e irritante».<sup>52</sup>

51. De acuerdo con el proceso, en el caso de que se diesen otras circunstancias, incluido el desembarco de tropas francesas en Gran Bretaña. Véase también «A Member», *Account ... of the British Convention*, 1794, pp. 24, 34, 45; Meikle, *op. cit.*, cap. 7.

52. Cockburn, *op. cit.*, II, p. 25. El exceso de histriónismo en el carácter de Margarot parece confirmarse en su historia subsiguiente. Escribió una carta muy indiscreta a Nor-

Joseph Gerrald obtuvo la libertad bajo fianza, volvió a Londres para informar a la SCL y a liquidar sus asuntos, y regresó para afrontar el proceso, en marzo de 1794. No tenía necesidad de hacerlo; sus compañeros y amigos le pidieron que hiciera caso omiso de su libertad bajo fianza. Su naturaleza se había debilitado a causa de la enfermedad, cuando estuvo en las Indias Occidentales en la década de 1780, y la deportación suponía probablemente una sentencia de muerte, como así ocurrió. Pero él argumentaba que su «honor estaba en juego», no ante los tribunales escoceses, sino ante los hombres más humildes que «se han puesto en peligros similares debido a la influencia de mis propios argumentos». Sólo brindó una provocación al rechazar empolvarse el cabello a la moda «legitimista» y comparecer ante el tribunal «con el cabello sin empolvar, que le caía libremente por detrás; el cuello casi desnudo, y la camisa con un cuello amplio doblado. Este era el vestido francés de la época». Por lo demás, en opinión de lord Cockburn, «jamás los modales y el tono de un acusado contrastaron de forma más sombría con los de sus jueces». <sup>53</sup> Cuando Gerrald insistió en que Jesucristo había sido, él mismo, un reformador, Braxfield les comentó a sus compañeros jueces, riendo entre dientes: «Le sirvió de mucho, le colgaron.» Gerrald, que tenía preparación legal, siguió el ejemplo de otros reformadores al dirigir su propia defensa. Sin apartarse ni una sílaba de las demandas de los reformadores, se inspiró ampliamente en Hooker, Locke y Blackstone al argumentar el derecho a la agitación en favor de la reforma. Fue un proceso constitucionalista que puso al descubierto la retórica del constitucionalismo:

La palabra ¡Constitución, Constitución! se hace resonar en nuestros oídos con una perseverancia incansante. Ese es el *talismán* que los enemigos de la reforma sostienen sobre las cabezas de los crédulos y los simples; y, al igual que hechiceros viejos y perversos, cuando ya les han atrapado en el hechizo, se aprovechan de la somnolencia que produce su engaño. Pero escuchar a los chambelanes y a los pensionistas hablar

wich, mientras estaba a la espera de ser deportado a las galeras, en Spithead: «Se rumorea ... que se han hecho a la mar 70 veleros franceses; si es cierto ... el resultado probablemente será una incursión. Por Dios, mis estimados amigos, no bajéis la guardia. ...» (10 de marzo de 1794), *Committee of Secrecy*, p. 81. Riñó con sus compañeros de prisión cuando salió, y alrededor de su nombre aleteó la sospecha. Fue la única víctima que volvió —en 1810— y entonces se reincorporó en parte a la política radical, hasta su muerte en 1815. Véase M. Roe. «Maurice Margarot», *op. cit.*

53. Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 41-43.

de una Constitución, cuando el conjunto de sus vidas es una violación constante de sus principios, es como un monje que predicase el aumento de población ... <sup>54</sup>

«Cuando se ve al señor Gerrald ... haciendo discursos como el que ustedes han oído hoy —observó Braxfield en su “acusación” ante el jurado— le considero como un miembro de la sociedad muy peligroso, porque me atrevería a decir que tiene suficiente elocuencia como para persuadir al pueblo de que se levante en armas.» «¡Oh, señor! ¡Señor! —interpuso el acusado— ésta es una forma muy deshonesta de dirigirse a un jurado. ...»

A Gerrald le cayeron 14 años. Él y Skirving fallecieron menos de un año después de su llegada a Nueva Gales del Sur. <sup>55</sup> Braxfield y los misterios de la «ley escocesa» se han hecho demasiado famosos, en manos de los historiadores ingleses, por esos veredictos. Eran veredictos tanto del gobierno inglés como de la judicatura escocesa. Pitt, Dundas, Loughborough, Thurlow se cuidaron de defender cada punto y cada coma de los procesos, en los debates parlamentarios subsiguientes. Dundas pensaba que los jueces habían mostrado, al conceder la sentencia, una «prudencia digna de confianza»; Pitt, tratando de eludir un ataque más perjudicial por parte de Fox, pensaba que los jueces hubiesen sido «sumamente culpables» si *no* hubiesen utilizado sus poderes facultativos para castigar a «aquellos atrevidos delincuentes» y silenciar «doctrinas tan peligrosas para el país». (Los reformadores se esmeraban en señalar que esas doctrinas, en apariencia, diferían muy poco de las que Pitt había defendido en la década de 1780.) Y Wilberforce «ridiculizó que la idea de humanidad pudiese aplicarse al señor Palmer, aunque él no se había leído el proceso»; «declaró, con cargo a su responsabilidad, que no concebía el que la sentencia se debiera suspender». <sup>56</sup>

La persecución, como sabemos, es un arma de dos filos. En la década siguiente, cuando se hacía referencia a los años anteriores, no se hablaba de la época de Braxfield, sino —como De Quincey— de la

54. *Trial of Joseph Gerrald*, Edimburgo, 1794, pp. 197-198, 241. Gerrald pudo haber ejercido en los Tribunales de Pensilvania, en la década de 1780; véase *Trial of Gerrald*, Glasgow, 1835, p. 4.

55. Gerrald estuvo retenido durante más de un año en Newgate y otras prisiones de Londres, y hay algunas razones para suponer que se le ofreció el perdón a cambio de que renunciara a sus principios.

56. Una vez más, se encuentra un resumen brillante de los debates en Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 133-149.

«época de Gerrald». La imagen de Tom Paine, al otro lado del mar, conspirando junto con los enemigos del rey, podía inspirar miedo u odio. Pero la imagen de un hombre enfermo, que regresaba voluntariamente a hacer frente a ese tipo de «juicio», no podía inspirar nada parecido. Además, de manera curiosa, el prejuicio nacional ayudó a la causa de los reformadores. La culpabilidad que sentía el moderado «inglés libre por nacimiento» quedaba aliviada por el pensamiento de que tales cosas podían ocurrir en Escocia, pero no «aquí». El repentino cambio de opinión entre los ingleses «decentes y respetables» se hace patente con la tercera absolución de Eaton (febrero de 1794) y la absolución de Thomas Walker en abril. Fue lo suficientemente fuerte como para refrenar los sentimientos opuestos de horror que había creado el Terror de Robespierre. Gerrald y sus compañeros, con su ejemplo, contribuyeron materialmente a salvar las vidas de Hardy, Tooke y Thelwall. Con su sacrificio, ayudaron a que Inglaterra se salvase de un Terror Blanco.

El ejemplo de las víctimas escocesas, en vez de intimidar, fortaleció a las sociedades inglesas. Cuando John Frost (que había sido encarcelado el año anterior) fue puesto en libertad, el 19 de diciembre de 1793, habiendo sufrido un colapso, se le condujo triunfalmente por las calles de Londres y la multitud se detuvo ante la casa del príncipe de Gales para mofarse. John Thelwall, que había reemplazado a Gerrald como teórico más capacitado de la SCL, inició una serie de conferencias para recoger fondos para la defensa de los prisioneros. El 17 de enero de 1794, Gerrald (que era miembro de las dos sociedades y que en aquel momento estaba en libertad bajo fianza) asistió a una reunión de la Sociedad Constitucional, que había sido devuelta a la actividad; le eligieron por aclamación para presidir la reunión y aprobaron la resolución de «oponerse a la tiranía con los mismos medios con los que ésta se ejerce». «La rebelión contra los Tiranos —había recordado una vez Gerrald a los reformadores ingleses— es Obediencia a Dios.» Tres días más tarde, la Taberna del Globo estaba tan atestada durante una reunión general de la SCL, que el suelo cedió. Se propuso una nueva Convención británica, que esta vez tendría lugar en territorio inglés. El ciudadano John Martin, desde la presidencia, presentó una provocativa alocución:

Nos encontramos ante un problema. Debemos escoger ahora mismo, o la libertad, o la esclavitud para nosotros y para la posteridad. ¿Vais

a esperar hasta que se construyan CUARTELES en todas las poblaciones, y hasta que los de Hesse y Hanover, *subvencionados*, nos dominen?

Cuatro días más tarde, la Sociedad Constitucional acordó que «la Sociedad de Correspondencia de Londres había merecido que el país la tratase bien», y encargaron que se imprimiesen y se distribuyesen 40.000 ejemplares de su Comunicado. El efecto del comunicado fue infundir ánimo a las sociedades provinciales. Al recibirla, escribía el secretario de Bristol, «reuní, aquella misma tarde, a tantos amigos como buenamente pude; leímos, nos azoramos, adquirimos valentía ... vuestra segunda epístola ha avivado nuestro ánimo, vivificado nuestro patriotismo ... y todavía más, en la actualidad hemos aumentado considerablemente de número».<sup>57</sup>

Llegaron cartas de otras sociedades inactivas. Desde Newcastle (silenciosa durante mucho tiempo) llegó la noticia de que existían diversas «sociedades», que «se reúnen cada semana, y sólo admiten a los amigos que se conocen; y no han adoptado ningún nombre, sino el de grupos de lectura de periódicos». Es evidente que existían —o se reanimaban— otras muchas sociedades que no tenían correspondencia formal con la de Londres, como la sociedad de Royton o la sociedad de Halifax que se presentó por primera vez en abril de 1794, excusándose por el hecho de «haber adoptado, hasta ahora, la mayor prudencia y circunspección» en sus procedimientos: «Queremos que el público en general sepa que en esta ciudad y parroquia existen bastantes personas que se oponen violentamente ... a toda discusión libre. ... Su rabia se vería indeciblemente satisfecha, si viesen a uno de los partidarios de la Libertad de esta ciudad, multado, puesto en la picota o encarcelado ... ». Durante el mismo mes, se hizo un acto público al aire libre en Halifax «al que asistieron muchos amigos de Leeds, Wakefield, Huddersfiel, Bradford y la vecindad adyacente»; se aprobaron planes para una reunión general de delegados (en Bristol) y una Convención Nacional. En Leicester, se reunían diversos clubs y se hacían «charlas democráticas» en tabernas. En Londres, la SCL y la Sociedad Consti-

57. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185 y siguientes; Joseph Gerrald, *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, p. 59; *The Address published by the LCS ... 20 January 1794*. John Martin escribió a Margarot en la cárcel municipal de Edimburgo (22 de enero de 1794): «La Sociedad está aumentando rápidamente tanto en ánimos como en número, y los ricos están empezando a estar entre nosotros y a sentarse con placer entre los hombres honrados con mandil de cuero.» T.S. 11.3510 (B).

tucional habían formado un comité conjunto para convocar una Convención, aunque la última deseara encontrar algún otro nombre. En abril, se hizo un acto público al aire libre en Chalk Farm, en el que intervinieron Thelwall y otros; se acordó que cualquier nuevo intento «de violar aquellas leyes que todavía quedan ... se debería considerar que disolvía el pacto entre la Nación Inglesa y sus Gobernantes». <sup>58</sup>

Esta era la cosecha, no sólo de la persecución, sino también del aumento de los precios y de la penuria económica. Existen algunas pruebas de que la agitación se estaba introduciendo en las partes más pobres del East End. Mientras que el mitin de Hackney, en octubre, había sido una novedad, Francis Place recordaba que al acto de Chalk Farm había asistido una «inmensa multitud ... con personas de todo tipo: hombres y mujeres ... en el mayor orden que jamás presencié ... aunque recibieron muchos insultos y provocaciones por parte de los enviados de Bow Street y diversos agentes de policía, espías e informadores del Gobierno ... se comportaron como hombres *inteligentes y racionales*». <sup>59</sup> También en abril, en Sheffield se hizo una reunión pública de seis ó siete mil personas (los reformadores declararon 12.000) para protestar contra las sentencias escocesas; la presidencia la ocupó un caballero muy joven, elocuente e inseguro de Derby, Henry Yorke, que auguraba con placer el momento en que «la imponente voz de todo el pueblo les aconsejaría a los 558 caballeros de St Stephen's Chapel que se preocupasen de sus propios asuntos». «Por la noche, tipos borrachos» asaltaron las casas de los reformadores de Sheffield, y Davison, el secretario de la sociedad, concibió un plan para proporcionar «a los patriotas un número de chuzos, que sea suficiente para hacerles temibles». En los procesos posteriores de Hardy y Yorke, a esto se le concedió un gran peso. La acusación lo presentaba como prueba de intento insurreccional; los testimonios de la defensa negaban el hecho o declaraban que la intención última era la autodefensa ante los desalmados partidarios de la «Iglesia y el Rey». De hecho, probablemente, podían encontrarse ambas intenciones en las sociedades. En Edimburgo, un co-

58. *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185-189; *An Account of a Meeting of the Constitutional Society of Halifax*, Halifax, 1794; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 111-117; A. Temple Patterson, *op. cit.*, p. 74.

59. Ad. MSS. 27814. Estos mítines ayudaron a establecer un precedente importante, puesto que la convocatoria de mítines públicos por parte de plebeyos sin autoridad —y sin la intención específica de hacer alguna petición al Parlamento— era de dudosa legalidad; véase Jephson, *op. cit.*, I. p. 277.

mité fragmentario que subsistía desde la Convención británica todavía se reunía en secreto y había pasado a ser controlado por un anterior espía del gobierno, Robert Watt. Se fabricaron unas pocas puntas de chuzo y hachas de combate, y Watt, en una confesión agónica, declaró que se había convertido a la causa de la reforma, y que estaba planeando insurrecciones simultáneas en Edimburgo, Dublín y Londres. Cualesquiera que fuesen los motivos de Watt, una veintena de tejedores y artesanos escoceses se vieron profundamente implicados en sus intrigas. <sup>60</sup>

Esas fueron las circunstancias que precedieron el ataque repentino de Pitt a las sociedades, en mayo de 1794. Fueron detenidos los líderes de la Sociedad Constitucional de Londres y de la SCL, sus papeles fueron confiscados y el Parlamento nombró un comité de materia reservada para que los examinase. <sup>61</sup> Se suspendió el hábeas corpus. En Norwich, Isaac Saint y otros miembros del comité fueron detenidos. En Sheffield (cuyo delegado a la convención de Edimburgo, M. C. Browne, todavía estaba en espera de juicio) fueron prendidos Henry Yorke y algunos miembros del comité. Richard Davison, secretario de la sociedad, escapó a la detención, y el editor del *Sheffield Register*, Joseph Gales, también fue encausado por conspiración (en junio), pero huyó a América. Inmediatamente después de estas detenciones se lanzó a la opinión pública contra las sociedades, mediante «revelaciones» de conspiración en la Cámara, y rumores de complots insurreccionales y conexiones entre las sociedades y los franceses. Vendedores de baladas y volantines corrieron por las calles con hojas encabezadas así «¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN!» Se colgaron carteles por toda la ciudad. Fue durante la celebración de la victoria naval del «Glorioso Primero de Junio» cuando una muchedumbre atacó la casa de la señora Hardy; y un periódico de Londres se mofaba de que «la mujer murió atormentada por las visiones de su querido Tommy siendo colgado, destripado y descuartizado». Algunos clubes, alarmados, se disolvieron, mientras aquellos que se mantenían estaban ocupados recogiendo fondos para los familiares de los prisioneros. (Algunos miembros de la SCL fueron demandados cuando intentaban hacer una colecta para la defensa

60. *Trial of Hardy*, *passim*; *Trial of Henry Yorke*, 1795, pp. 26, 80-81; *Trial of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 353; Meikle, *op. cit.*, pp. 150-153, *The Life and Character of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 76.

61. Para las circunstancias de la detención de los reformadores de Londres, véase arriba, pp. 3-5.



de los prisioneros.) *The Times* publicó un simulacro burlesco de información de una revolución inglesa, en la que se retrataba a los prisioneros disfrutando de un poder sanguinario.<sup>62</sup> En Lincolnshire «se pagó a los cantores de baladas, y éstos se apostaban al final de las calles para cantar la caída de los jacobinos ...». Entre la gente de buen tono, incluso el silencio acerca del tema de los juicios despertaba sospechas.<sup>63</sup> En Nottingham tuvo lugar un acoso de jacobinos, promovido por los partidarios de la «Iglesia y el Rey», de excepcional violencia. Al igual que el año anterior, las casas de los reformadores fueron «abiertas por la fuerza y las personas arrastradas, se les pusieron dogales alrededor del cuello y se les arrojó al arroyo fangoso situado al lado de la ciudad». Un comité legitimista les pagó a los «navegantes»\* que estaban abriendo un nuevo canal, para que atacasen a los jacobinos, a quienes el comandante se negó a proteger.<sup>64</sup> Más o menos en esta época, en Failsworth, un destacado jacobino fue «atado a la silla de montar del caballo de un dragón, mientras el populacho, enloquecido y fanático, le clavaba alfileres en las piernas».<sup>65</sup>

Sin embargo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba lejos de disolverse. Se creó un comité ejecutivo secreto de nueve, cuyos miembros más activos eran Richard Hodgson, un sombrerero, John Bone, un librero, y el «ciudadano Groves». Según un memorándum oficial, que quizá influyó en la decisión de actuar de Pitt, la SCL había estado incorporando adeptos de forma intensa, durante toda la primavera. No sólo contaba con 48 secciones en mayo de 1794, sino que además de los hombres de oficio y los artesanos «últimamente ha aparecido entre ellos un nuevo tipo de personas, a saber: varias Personas que proceden de los Mozos de Cuerda Ribereños y Dependientes de los Almacenes de la City y algunos Criados de los Caballeros». Cincuenta irlandeses se unieron en grupo a una sección, a la vez que se establecían

62. (James Parkinson). *A Vindication of the LCS*, 1795, pp. 1-6; *The Times* (5 de septiembre de 1794).

63. W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 222.

\* *Navigators* (navegantes) es el nombre que recibían los trabajadores empleados en la construcción de canales, y por extensión todos quienes hacían trabajos similares de excavación. (*N. de la t.*)

64. F. D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright*, 1826, I, p. 312; Blackner, *op. cit.*, pp. 396-401; Sutton, *op. cit.*, pp. 193-199.

65. B. Brierley, *Failsworth, My Native Village*, Oldham, 1895, p. 14.

secciones en Woolwich y Deptford.<sup>66</sup> Después de las detenciones de Hardy, Thelwall y los demás líderes, Hodgson, Bone y el «ciudadano Groves» pudieron reunir a la mayor parte de los nuevos inscritos. En julio se informó de que «18 secciones, presas del pánico, no se reunían», y de que se habían enviado delegados para revitalizarlas; pero las 30 secciones restantes seguían funcionando. De hecho, el resultado de la persecución fue acentuar más el proceso de radicalización en el seno de la Sociedad. Si bien en agosto algunas secciones se habían «dormido», y algunos miembros se habían apartado de otros, como consecuencia (observó un informador) «actualmente, la Sociedad está compuesta, principalmente, por los atrevidos y los desesperados». Antes, el lenguaje de las reuniones se había mantenido en los límites de la reforma parlamentaria: «Ahora se afirma abiertamente la intención de derrocar al Gobierno del País». En otoño, cuando el sobresalto de las detenciones desapareció, se produjo un nuevo cambio en la actitud popular. Mejoró el trato de los prisioneros, y Hardy observó que, en Newgate, los delincuentes comunes empezaban a tratar con respeto a los reformadores. Place recordaba: «Las violentas medidas del gobierno asustaban a muchos.»

Sin embargo, muchas personas, entre las que yo me contaba, consideraban que hacerse miembros en aquel momento era loable y era el cumplimiento de un deber. ... Esto mejoró el carácter de la Sociedad, ya que la mayor parte de aquellos que ingresaban eran hombres de carácter decidido, hombres inteligentes y juiciosos, a los que no se podía hacer cambiar fácilmente de idea.<sup>67</sup>

En el ínterin, la ejecutiva secreta de la Sociedad atravesó sus propios problemas. Tenía dificultades para encontrar «formas y medios adecuados para una comunicación segura» para sus cartas a los clubs

66. Memorándum con respecto a las Sociedades de Correspondencia, especialmente en el «Eastern end de la Ciudad y en la City», 6 de mayo de 1794, en T.S. 11.3510 A (3). Según éste, Sheffield, Bristol y Norwich declararon un crecimiento similar en el mismo período.

67. G. Wallas, *Life of Place*, p. 21. El manuscrito de Place, «History», debe tratarse con alguna reserva. Escrito muchos años después de los hechos, cuando era un tibio reformador benthamita, en parte es una justificación personal, en la que los «hombres inteligentes y juiciosos» (es decir, Francis Place) son ensalzados, y los menos moderados son denigrados. Las conferencias de Thelwall se describen como «declaración de carácter vago» que «contenía todos los prejuicios vulgares del momento»; un breve examen del *The Tribune* pondrá de manifiesto el sesgo de esta opinión.

provinciales. En agosto, hubiesen apresado a su miembro más capacitado, el ciudadano Hodgson, bajo una orden de prisión por alta traición, si los agentes de Bow Street no hubieran «capturado a una persona equivocada», lo que (cuando se informó a los miembros de la ejecutiva que quedaban) «provocó grandes risas». Después de eso, sólo pudo comunicarse con su ejecutiva mediante cartas que encabezaba: «En el *Camino*.» El 3 de septiembre, los agentes de Bow Street entraron bruscamente en la ejecutiva y detuvieron al secretario en funciones. El «ciudadano Groves» desafió su autoridad, y luego condujo a los demás a una taberna para hacer una colecta para la familia del detenido. Pero al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento más notable. Un portavoz de Hardy acusó a Groves de ser un espía del gobierno, y éste se defendió en un proceso formal ante el pleno del Comité General de la Sociedad. Su discurso fue conmovedor, aunque un poco exagerado, por su sinceridad. Presentó muchas pruebas de su lealtad, así como testigos de su talante jacobino. Fue absuelto de modo triunfal.

Pero el «ciudadano Groves» era, de hecho, un espía; uno de los más capaces de la larga hilera que va desde Oliver hasta los años del cartismo y más allá. Después de cada reunión o ejecutiva secreta, se recibían sus informes completos para que Pitt, Dundas o el procurador del tesoro los examinasen detenidamente. Sólo gracias a su habilidad particular podemos describir de algún modo los hechos de aquellos meses.<sup>68</sup>

El proceso de Hardy tuvo lugar el 25 de octubre de 1794, en la Old Bailey.\* La acusación era de alta traición. Y quizá para acentuar lo terrible de la acusación, 10 días antes, Robert Watt —el auténtico conspirador y tal vez «agente doble»— había sido decapitado en Edimburgo. Tanto el público como el jurado sabían que a los prisioneros les iba la vida en el juicio. (El único hombre de la sala de justicia que se negaba a reconocer la gravedad de los procesos era John Horne Tooke, que combinaba la afectación de fastidio con el talento irreverente, a la verdadera manera de Wilkes. Cuando le preguntaron si sería juzgado

68. Tanto las actas de la «ejecutiva secreta» como los informes de Groves se conservan en T.S. 11.3510 A (3). Los informes de Groves abarcan desde mayo hasta mediados de octubre de 1794; no he podido descubrir por qué se terminan, quizás a pesar de su absolución formal se perdió la confianza en él después de su «juicio». Para tener un ejemplo de su perspicaz información, véase más adelante, p. 160. Sobre la cuestión de los espías, más en general, véase más adelante, vol. 2, pp. 57 y siguientes.

\* Sede del Tribunal Central para asuntos criminales, en Londres. (*N. de la t.*)

«Por Dios y su Patria», «miró al tribunal durante algunos segundos con un aire significativo que pocos hombres son capaces de adoptar, y sacudiendo la cabeza contestó con énfasis "*Sería* juzgado por Dios y mi patria, *pero ... !*"») A medida que lentamente avanzaba el juicio, durante 8 días, los indicios de «conspiración» peligrosa parecían más y más despreciables, y los interrogatorios caprichosos, incluso brutales, de Erskine a los testigos de la acusación los hacían aparecer todavía más endeble de lo que eran. En Hardy, el público encontró, una vez más, una de aquellas imágenes de independencia que encantaban al inglés libre por nacimiento: un plebeyo firme y juicioso que desafiaba el poder del Estado. Las circunstancias de la muerte de la señora Hardy le atrayeron mayores simpatías. El nerviosismo aumentó: en provincias se detenía a los viajeros y a las sillas de posta por las carreteras y se les preguntaban noticias; la víspera del día en que se debía conocer el veredicto, se rumoreó que Hardy había sido absuelto; se desengancharon los caballos del carruaje de Erskine y fue arrastrado triunfalmene por las calles. El último día —mientras el jurado se retiró a deliberar durante tres horas— las calles cercanas a la Old Bailey se vieron atestadas por una alborotada multitud: un veredicto de «culpable» sin duda hubiese provocado un motín. Un delegado de la Sociedad Patriótica de Norwich, llamado Davey, estaba en Londres para seguir los juicios. Al conocer la noticia de la absolución, volvió en silla de posta hacia Norwich, viajó toda la noche, y llegó el domingo por la mañana a la hora del servicio divino. Fue directamente al templo baptista de St Paul, cuyo pastor, Mark Wilks, era un reformador apasionado; uno de los pastores baptistas al viejo estilo, que combinaba una ocupación (como granjero) con su ministerio no retribuido. Cuando Davey entró, Wilks estaba en el púlpito, se interrumpió para preguntar: «¿Cuáles son las noticias, hermano?» «¡Inocente!» «Entonces, cantemos, "Alabado sea Dios del que provienen todas las bendiciones"».

El gobierno persistió con el caso contra Horne Tooke. Pero el proceso fue una fuente de humillación todavía mayor. La defensa hizo comparecer al primer ministro, Pitt, y se vio obligado a admitir que había asistido a las reuniones del condado de Wyvill, en favor de la reforma. La absolución de Tooke fue seguida por un último esfuerzo, en diciembre, para asegurar una sentencia contra Thelwall. Pero el resultado fue inevitable. Quizá no del todo. Thelwall, que tenía un carácter un tanto exagerado, se había dedicado, mientras estaba en Newgate, a escribir poemas sobre el tema de Hampden, Sidney y la Tiranía:

En la nociva lobreguez del calabozo  
 El patriota, a pesar de todo, con el corazón impávido.  
 Puede adoptar un aspecto alegre  
 —Y sonreír— ¡sabiendo que la virtud le bendice!<sup>69</sup>

Cuando se acercaba su juicio fue presa del deseo de pronunciar una arenga ante el jurado. «Me ahorcarán si no lo hago», le dijo a Erskine. «Le ahorcarán si lo hace» fue la respuesta de Erskine. Al absolver a Thelwall, se retiraron las acusaciones contra los restantes prisioneros.

Podría esperarse encontrar un ingreso inmediato de miembros a las sociedades. Pero es difícil desenmarañar los acontecimientos del año siguiente. En primer lugar, la mayor parte de las sociedades provinciales se habían disuelto durante el verano de 1794, o las demás continuaban en formas «clandestinas» que han dejado pocas pistas. (El Comité de Materia Reservada había anunciado de forma bastante clara el peligro de la correspondencia, y los juicios habían revelado el empleo generalizado de espías del gobierno.) En Sheffield la sociedad permanecía paralizada, puesto que Yorke todavía seguía en prisión: su juicio no tuvo lugar hasta julio de 1795, y fue condenado a 2 años de cárcel por conspiración. Además, estos procesos sólo eran excepciones. En las provincias los magistrados tenían considerables poderes de jurisdicción sumaria, y los reformadores humildes no podían esperar que Erskine fuera a defenderles.<sup>70</sup>

Por lo demás, todavía tenían que pagarse los costes de la defensa. (En Norwich, donde todavía había ciudadanos influyentes que apoyaban a la Sociedad Patriótica, Mark Wilks predicó una serie de sermones jacobinos en la capilla de St Paul, en abril de 1795, para sufragar los gastos de los juicios.) Si bien las absoluciones habían evitado un terror generalizado —Hardy fue informado, de buena tinta, de que se habían preparado por lo menos 800 órdenes de detención contra reforma-

69. J. Thelwall, *Poems Written in Close Confinement in the Tower and Newgate ...*, 1795, p. 9. (Within the Dungeon's noxious gloom / The Patriot still, with dauntless breast, / The cheerful aspect can assume - / And smile - in conscious Virtue blest!)

70. Por ejemplo, James Hindley de Leeds fue sentenciado, en 1794, a 2 años de prisión por vender escritos sediciosos. En 1794, detuvieron a George Bown, pero le dejaron en libertad después de varios meses, sin haberle hecho juicio. En Sheffield, James Montgomery, que intentaba continuar el trabajo de Joseph Gales publicando el más moderado *Iris*, fue encarcelado dos veces (durante 3 y 6 meses) en 1795. No se ha llevado a cabo una investigación sistemática en cuanto al alcance de esos procesamientos provinciales.

dores (y se habían firmado realmente 300), que se iban a cumplir inmediatamente en caso de que se obtuviese un veredicto contra él—, no obstante, los juicios revelaron lo lejos que estaba dispuesto a ir el gobierno. Y las absoluciones condujeron a los publicistas del orden establecido al punto de la incoherencia. Burke, que había participado en la preparación del informe del Comité de Materia Reservada, y que ahora estaba en posesión de una pensión de 4.000 libras al año, se convirtió, después de 1794, en el intelectual análogo a James Reeves. Consideraba que una quinta parte del electorado y casi todos los que no tenían derecho a voto eran «jacobinos puros; completamente incapaces de enmienda; objetos de eterna vigilancia». Daba por supuesto que los hombres absueltos eran «asesinos», e insistía en que los males del cuerpo político exigían «los terrores decisivos del cauterio y la cuchilla».<sup>71</sup>

En segundo lugar, algunos de entre los líderes de los reformadores habían tenido suficiente. La Sociedad Constitucional jamás resucitó, y Horne Tooke se retiró de los asuntos públicos, hasta la elección de 1796. Hardy estaba muy preocupado con sus propios asuntos, después de la muerte de su esposa, y no volvió a tomar una parte activa en la SCL. Y la sociedad en Londres estaba ahora desgarrada por la discordia. Pasaron semanas discutiendo acaloradamente si la sociedad debía tener una nueva constitución; una parte argumentaba que *toda* constitución era un impedimento a la democracia directa, y la otra argüía que con una disciplina interna más estricta podría hacerse frente a la persecución. (Incluso la utilización casual de las palabras nuestros «líderes», en una carta, acarreó una alarma democrática dentro de la sociedad.) En una confusión de personalismos, se separaron dos secciones para formar nuevas sociedades. John Bone se convirtió en secretario de la Sociedad para la Reforma de Londres, que mantenía relaciones amistosas con el grupo matriz. Parece que John Baxter inició la otra separación, una Sociedad de Amigos de la Libertad que se especializó en declaraciones libertarias grandilocuentes. Descrito por un espía como «un hombre de aspecto humilde ... de cara delgada, con el cabello negro recogido en una cola, americana marrón oscuro, chaleco color tabaco, cerca de los cuarenta», Baxter parece que fue partidario de to-

71. Hardy, *Memoir*, pp. 42-43; Mark Wilks, *Athaliah: or the Tocsin Sounded*, Norwich, 1795; Thelwall, *The Rights of Nature*, 1796, Letter, I, pp. 40, 56-57; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821, pp. 78-79; E. Burke, *Two Letters addressed to a Member of the Present Parliament, &c.*, 1796.

mar medidas más energéticas y él mismo pronunciaba conferencias sobre *Resistencia a la Opresión*: «Mientras todo el Poder del Estado se confíe a los Hombres Proprietarios de Tierras, puede decirse verdaderamente, que tienen en sus manos los resortes de la VIDA y de la MUERTE». Thomas Spence, que había sido profesor en Newcastle, estaba ganando partidarios con «un nuevo *Los derechos del hombre* ... que va más allá del de Paine». La tierra de la aristocracia debe ser expropiada y las nuevas cooperativas de Spence deben ocupar su lugar, «¿Pensáis que la Humanidad disfrutará alguna vez de un grado de Libertad y Felicidad admisible, mediante una Reforma Parlamentaria, si permitimos que los Terratenientes continúen existiendo? ... Una Convención o un Parlamento del Pueblo estaría eternamente en guerra con la Aristocracia». <sup>72</sup>

Esas tensiones eran de esperar. En fecha tan temprana como octubre de 1793, ya se recoge en las actas de la SCL una moción de una sección que reclamaba la expulsión de las personas que propagaban principios igualitarios. Como el coste de la vida aumentaba —y como la sociedad hacía progresos en el este y el sur de Londres— la cuestión «social» se situó más y más en primer plano. Un folleto característico de 1794 apoyaba, como medidas de la reforma, una reducción de los impuestos y del *excise*\*, reforma de las *Poor Laws* y las *Game Laws*\*\*<sup>73</sup>, fin de las limitaciones a las *trade unions*, trabajo para los desempleados, y acabar con el *press-gang* y la obligación que pesaba sobre los taberneros de alojar a las tropas.<sup>73</sup> Tales demandas podían obtener una aceptación universal dentro de la sociedad, mientras que los puntos de vista más extremos de Spence y de Baxter no lo podían. Pero está claro que la sociedad también estaba dividida en cuanto a las tácticas. Como ejemplo de las dos tendencias se pueden tomar a dos recién llegados al liderazgo de Londres. El mismo Place, con sus serios modales, su gran capacidad organizativa, su aplicación intelectual y su experiencia en la organización de *trade unions*, se situaba en la tradición

72. *The Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4, 20-21, 26, 42-43; Hardy, *Memoir, passim*; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 142, 151; J. Baxter, *Resistance to Oppression*, 1795; Anónimo [T. Spence], *The End of Oppression*, 1795. Para Spence, véase más adelante, pp. 165-167.

\* Véase nota de traducción en el capítulo 3, p. 50. (*N. de la t.*)

\*\* Leyes de caza. (*N. de la t.*)

73. Anónimo [James Parkinson], *Revolutions without Bloodshed*, 1794. Este admirable ejemplo de las demandas jacobinas moderadas, declaradas con firmeza, se encuentra impreso en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 48-52.

de Hardy. Durante el verano de 1795 fue a menudo presidente de la reunión semanal del Comité General, y, según su propio relato, consideraba que la misión principal de la sociedad era proporcionar educación política a los obreros:

Estaba convencido de que los Ministros seguirían hasta llevar al gobierno a una parálisis; es decir hasta que no lo pudiesen mantener por más tiempo. Me parecía que la única oportunidad de que el pueblo tuviese o pudiese tener un gobierno bueno y barato residía en que se le enseñaran las ventajas de la representación ... de forma que siempre que la actuación de los Ministros produjese una crisis, estuviesen capacitados para dar apoyo a los más apropiados para establecer una forma de gobierno sencilla y barata. Por lo tanto aconsejé que la sociedad procediese de la forma más silenciosa y reservada que fuese posible.

Eso es demasiado imprudente: «un gobierno sencillo y barato» es una frase de la última jerga benthamita de Place, mientras que la sociedad, en 1795, quería el fin de la represión y el sufragio masculino adulto, en razón de la libertad y la igualdad. Pero probablemente Place es preciso al decir, en fecha tan temprana como 1795, que consideraba que el papel de los reformadores obreros era *complementario* al de los reformadores de clase media y aristócratas, en el Parlamento. Los obreros no podían esperar hacer la reforma por y para ellos, sino que debían apoyar a otros que tenían «más probabilidades» de obtener concesiones. En un sentido, éste era un compromiso táctico previsor; pero esto suponía favorecer una crisis —esperando, quizá, un desajuste financiero, motines de subsistencia y tumultos entre el populacho— más que hacer una política de *precipitar* la crisis mediante la agitación popular. Es la política de aquellos hombres de oficio o artesanos, con amor propio, que preferían tender un puente hacia la clase media, que tratar de salvar el abismo que había entre ellos y los pobres levantiscos. Como tal, representa una renuncia a la agitación entre «innumerables miembros», aunque al mismo tiempo incorpora las fuerzas de la autodidaxia y la organización concienzuda.<sup>74</sup>

La otra tendencia la representa John Binns, un joven perteneciente a una familia de gentes de oficio de Dublín, que trabajaba como fontanero en Londres. También se incorporó a la SCL en 1794 y accedió

74. G. Wallas, *op. cit.*, pp. 24-25.

rápida a la presidencia de comités y actos públicos. Formaba parte de la mayoría de miembros que sostenían que, inmediatamente después de las absoluciones, la sociedad debía propagar más ampliamente su mensaje, y debía organizar grandes manifestaciones públicas, de modo que el gobierno «se viera obligado a conceder una reforma». Y la reforma en favor de la que luchaba era, en realidad, una reforma mediante una revolución; aunque la reforma era el objetivo declarado (anotó en sus *Recollections*) «los deseos y las esperanzas de muchos de los miembros influyentes [de la sociedad] les conducían al derrocamiento de la monarquía y al establecimiento de una república».<sup>75</sup>

Hacia marzo de 1795, la sociedad había quedado reducida, como resultado de las secesiones, sólo a 17 secciones.<sup>76</sup> Más grave todavía, la correspondencia provincial había disminuido, de manera que el movimiento carecía de un centro nacional. John Thelwall también dimitió, aparentemente porque (tal como él mismo explicaba) era mejor para él colaborar como conferenciante y propagandista independiente, pero más probablemente lo hizo porque estaba cansado de las disensiones. No obstante, después de las secesiones la sociedad parecía más unida y su actividad se reanimó. En contra de los argumentos de Place —de que los mítines públicos desencadenarían una persecución renovada y la suspensión del hábeas corpus— la política de Gale Jones y Binns, favorable a la agitación en la más amplia escala, resultó victoriosa en un referéndum de todas las secciones de Londres. Como resultado de ello, se hizo un gran mitin en St George's Field a finales de junio, en apoyo del sufragio masculino adulto y los parlamentos anuales. Verdaderamente, fue la mayor manifestación pública en favor de la reforma que se había hecho nunca en Londres, incluso si reducimos la cifra de 100.000 asistentes que declaraba la SCL. Presidió el ciudadano John Gale Jones e hizo un discurso cuyo lenguaje rimbombante está lejos de las reminiscencias benthamitas de Place:

Somos Britanos, ¿y no es la libertad nuestro derecho por nacimiento? ... Traed vuestros látigos y potros de tortura, vosotros ministros de

75. Binns, *op. cit.*, p. 45.

76. En el invierno de 1794-1795, hubo otra alarma de «traición», tres miembros de la Sociedad —Smith, Higgins y Lemaître— fueron acusados de organizar un complot para asesinar al rey, con un dardo envenenado disparado con una escopeta de aire comprimido. La acusación había surgido de un informador rencoroso, y los acusados fueron puestos en libertad sin juicio; véase J. Smith, *The Conspirators Exposed*, 1795; P. T. Lemaître, *Narrative of Arrest*, 1795; P.C.A. 35/6.

la venganza. Levantad vuestros patibulos. ... ¡Erigid cuarteles en todas las calles, y bastillas en todas las esquinas! Perseguid y desterrad a todos los individuos inocentes; pero no triunfaréis. ... La sangre sagrada del Patriotismo, que gotea del hacha acerada, traerá consigo las semillas nacientes de la Libertad ...

Con todo, los manifestantes, tambaleándose bajo esas variopintas metáforas sanguinarias, se comportaron pacífica y ordenadamente, y se dispersaron con tranquilidad.<sup>77</sup>

Desde este momento hasta el final del año, la sociedad creció con rapidez. Rompió el círculo, bastante reducido, de artesanos y hombres de oficio, y ganó un apoyo creciente entre la población asalariada. En junio se declararon 400 nuevos miembros, entre 700 y 800 en julio; las 17 secciones de marzo habían pasado a ser 41 a finales de julio y 70 u 80 hacia octubre. Entretanto, las dos sociedades que se habían separado también prosperaron. Aparecieron grupos de discusión colaboradores y clubs de lectura. El deísmo y el librepensamiento ganaron terreno, hasta el punto de que, al año siguiente, Gale Jones escribía como cosa evidente, «Aunque no profeso el cristianismo ...». La sociedad acuñó monedas y medallas de recuerdo, para celebrar las absoluciones de 1794 y para otras ocasiones. Thelwall reunía con regularidad a un público de algunos centenares en sus conferencias, que tenían lugar dos veces por semana, y no pudo resistir jactarse de ello en las cartas que escribía a su esposa:

Durante dos noches he tenido casi seiscientas personas. ... Dos conferencias, en particular, han sacudido los cimientos de la corrupción hasta que cada piedra del podrido edificio ha temblado. Cada frase saltaba de pecho en pecho con un contagio eléctrico, y los propios aristócratas —muchos de los cuales vinieron en tropel a escucharme— se veían a menudo obligados ... a unirse a las aclamaciones.

Además, alrededor de las sociedades crecieron otros grupos y clubs de taberna con un nuevo estrépito de retórica republicana. Un tal «ciudadano Lee» (que a veces es descrito como un metodista) publicó, desde el «Árbol Británico de la Libertad, n.º 98 Berwick-Street, Soho», una serie de folletos incendiarios y provocativos, entre cuyos títulos se in-

77. *Correspondence of LCS*, 1795, pp. 4-5 *et passim*; *Tribune* (20 de junio de 1795); Ad. MSS. 27808; Anónimo, *History of Two Acts*, pp. 91 y siguientes.

cluían *King Killing*, *The Reign of the English Robespierre*, y *The Happy Reign of George the Last*. Ponía el acento (al igual que Spence) en las «asociaciones parroquiales y de pueblo», y también era uno de los pocos jacobinos ingleses que hacía referencia a la guillotina en términos de una cálida aprobación. Probablemente fue su producción de libros de cuentos, historias jacobinas, y de hojas sueltas, lo que inspiró a Hannah More a contraatacar con su Almacén de Folletos Económicos, aunque D. I. Eaton y varias de las sociedades provinciales también se dedicaron al negocio del folleto barato.<sup>78</sup>

Después de junio de 1795, también se reavivó la correspondencia provincial. En agosto se hizo un mitin al aire libre en Sheffield; el presidente había sido enviado expresamente desde Londres. Se declaró una asistencia de 10.000 personas.<sup>79</sup> Pero, por lo demás, Norwich era, con mucho, el centro provincial más imponente. En septiembre había 19 secciones activas de la Sociedad Patriótica y, además de los tejedores, zapateros, artesanos y tenderos que componían la sociedad, todavía tenía el apoyo cauteloso de las familias patricias de comerciantes, los Gurney y los Taylor. Al mismo tiempo, Norwich tenía un grupo de profesionales con grandes facultades, que publicaron, durante 1795, un periódico —*The Cabinet*— que quizá fue la más interesante de las publicaciones intelectuales cuasi-jacobinas del período. Sus artículos abarcaban desde el análisis concienzudo de los asuntos europeos y la dirección de la guerra, a través de las efusiones poéticas, hasta las disquisiciones sobre Maquiavelo, Rousseau, los derechos de la mujer y el socialismo godwiniano. A pesar de los muy diversos grados de énfasis, Norwich mostraba un notable consenso de sentimiento antigubernamental, que iba desde las capillas baptistas a los ambiciosos *philosophes* de *The Cabinet*, desde la «Divisa de los Tejedores» (cuartel general de la Sociedad Patriótica) a la casa de Gurney, desde el foxita Coke de Holkham a los trabajadores de los pueblos cercanos a la ciudad.<sup>80</sup> La organización se extendía desde Norwich a Yarmouth, Lynn, Wisbech y Lowestoft. Un movimiento similar surgía en las ciudades de Medway, Chatham, Rochester, Maidstone, que se extendía desde los

78. *Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 4-5, 29, 35; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour ...*, 1796, p. 3; Mrs. Thelwall, *Life of John Thelwall*, 1837, p. 367.

79. *Proceedings of the Public Meeting on Crooke's Moor at Sheffield*, Sheffield, 1795.

80. *Correspondence*, op. cit., pp. 27-28, 63-64; *Cabinet* (Norwich, 1795), 3 volúmenes; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821.

médicos y los profesionales a los artesanos de los muelles. Nottingham presenció un resurgimiento (una vez más) con cierto tipo de alianza entre los industriales y los calceteros. Y la *Correspondence* de la SCL, que se ha publicado, muestra síntomas de actividad en Leeds, Bradford, Birmingham, Leominster, Whitchurch (Salop), Melbourne (cerca de Derby), Sunbury (Middlesex). High Wycombe, Truro y Portsmouth.

«Un nuevo maestro está trabajando entre las masas: LA ESCASEZ», estas son palabras del historiador de Manchester, Prentice. 1795 fue un año de crisis, tanto en Francia como en Inglaterra. El invierno excepcionalmente duro de 1794-1795, los desajustes de la guerra, la pérdida de las cosechas, todo ello disparó los precios de las subsistencias. Mayo de 1795 es la famosa fecha de la decisión de Speenhamland, que regulaba la liberalización de los salarios en relación con el precio del pan. El precio del trigo alcanzó niveles insostenibles: 108s. el cuarto\* en Londres, 160s. en Leicester, mientras que en algunos lugares era imposible obtenerlo. Durante el estallido sin precedentes de motines de subsistencias que barrió el país en verano y otoño, en diversas ocasiones la milicia se puso de parte de los amotinados.<sup>81</sup> Había signos de descontento en el ejército; Irlanda se aproximaba a la rebelión; los industriales de Norwich, Manchester y el West Riding hacían peticiones en favor de la paz. John Thelwall dedicó varias de sus conferencias más convincentes al tema de la escasez. En el Norwich jacobino (según él declaró) por lo menos 25.000 trabajadores están pidiendo ayuda; los tipos de interés que pagaban los pobres habían alcanzado los 12 o 13s. la libra. La gran industria sedera de Spitalfields, se lamentaba, estaba abandonada:

Incluso en mi corto recuerdo, los niños descalzos harapientos eran muy escasos en esa parte de la ciudad. ... Recuerdo la época ... en que un hombre que trabajase de manera regular en los campos tenía generalmente, junto al lugar donde ejercía su profesión, una pequeña casa de verano y una estrecha parcela de jardín en las afueras de la ciudad, donde pasaba su *Lunes*, haciendo volar sus palomas o cultivando sus tu-

\* Un cuarto (*quarter*) tiene 28 libras de peso, corresponde a 12.7 kg, aproximadamente una arroba. (*N. de la t.*)

81. Para los motines de 1795, véase lo escrito anteriormente, pp. 57-59. Véase también el *Morning Post* del 20 de mayo de 1795, que informa del «motín» en Oakhampton (Devon), cuando la milicia del Staffordshire «toda ... como un solo hombre se unió al Pueblo»; T. S. 11.3431; Hammond, *Town Labourer*, edición de 1920, pp. 85-86; Maccoby, op. cit., p. 90; J. H. Rose, *William Pitt and the Great War*, 1911, pp. 282-288.



lipanes. Pero hoy en día esos jardines están en decadencia. La pequeña casa veraniega y el recreo de los lunes no existen; y encontraréis a los pobres tejedores y a sus familias amontonados en horribles, inmundas e insalubres habitaciones, desprovistos de las más mínimas comodidades, e incluso de lo mínimo indispensable para vivir.

He aquí una imagen de la desaparición de la vieja Inglaterra que —incluso más que el tema de los «pueblos abandonados» (que Thelwall también tocaba)— removía profundos focos de emoción en las memorias de los oficiales y artesanos jacobinos.<sup>82</sup>

El 26 de octubre de 1795, la SCL convocó un nuevo gran acto público, en Copenhagen Fields, Islington, que fue presidido por el ciudadano John Binns (de 22 años). «Un proceder imprudente», desde el punto de vista de Place, que se negó a tomar parte oficial en el mitin. Thelwall fue uno de los disertadores principales y utilizó sus grandes poderes de oratoria para mantener a la multitud en una actitud pacífica. En este momento abrigaba un proyecto de «toda la nación ... organizada en una gran Asociación, o Sociedad de Correspondencia, desde las Orcadas hasta el Támesis, desde los acantilados de Dover hasta el Land's End»; y en la reunión se aprobó una resolución de enviar representantes a las principales ciudades de todo el reino. (El propio Thelwall se volvió a incorporar a la sociedad en noviembre.) No puede desecharse la información de que asistieron entre 100.000 y 150.000 personas.<sup>83</sup> A pesar de que se utilizaron tres plataformas o tribunas, «ni la mitad de los espectadores se pudo acercar lo suficiente para oír una sola palabra». En esta ocasión, se dirigió una «protesta» al rey: «¿Cómo es posible que, en medio de una aparente abundancia, nos veamos forzados de ese modo a pasar hambre? ¿Por qué si trabajamos y nos afanamos, debemos consumirnos en la miseria y en la escasez? ... *La Corrupción parlamentaria* ... devora como un torbellino espumoso el fruto de todos nuestros esfuerzos.» «Predominó la mayor armonía, regularidad y buen orden —afirma el anónimo historiador de las Dos Leyes— fue un día *consagrado a la libertad.*»<sup>84</sup>

82. *Tribune*, XXIX (23 de septiembre de 1795).

83. Place, que en general tendía a reducir las afirmaciones retóricas, y que escribía (en 1824) al margen de una amplia experiencia de agitación política, simplemente diría que 150.000 «eran quizás una exageración».

84. LCS, *Account of the Proceedings of a Meeting ... 26 October 1795*; Add. MSS. 27808; J. Thelwall, *An Appeal to Popular Opinion against Kidnapping and Murder*, 1796, p. 8; Thelwall, *Life*, pp. 379 y siguientes; *The History of Two Acts*, pp. 97 y siguientes.

Tres días más tarde, hubo un día —que si bien no estuvo consagrado a la libertad— con toda seguridad, infundió miedo a la autoridad. El rey, que iba con gran pompa a inaugurar el Parlamento, fue abucheado, silbado y su carruaje apedreado: «¡Muera Pitt!», «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo el rey!», «¡Abajo Pitt!», «¡Paz!». Quizá 200.000 londinenses atestaron las calles. Algunos blandían pequeñas hogazas, decoradas con un crespón negro, ensartadas en palos. Un baratillero que vendía «*Los derechos del hombre por un penique*» fue detenido, rescatado y llevado en hombros de forma triunfal. La ventana del carruaje del rey se rompió, probablemente de una pedrada, pero se cuenta que cuando llegó a la Cámara de los Lores dijo con voz entrecortada: «¡Dios mío, me han disparado!»<sup>85</sup> Al día siguiente, cuando el rey se empeñó en ir al teatro, se despejaron las calles y fue protegido por 100 hombres a pie, 200 a caballo y 500 policías.

La Sociedad de Correspondencia de Londres declinó toda responsabilidad. Pero podía haber tenido algo que ver con aquella manifestación, y en cualquier caso no podía pretender controlar la cólera de sus seguidores. (La tarde posterior a los tumultos, en una taberna, un miembro de la sociedad alardeaba ante John Binns de haberse encarado al carruaje y haber intentado asaltar al rey.) En cualquier caso, la respuesta de las autoridades fue inmediata. Se hizo pública una proclama contra las reuniones sediciosas y seguidamente Pitt introdujo las Dos Leyes. Por la primera de ellas se convertía en un delito de traición el incitar al pueblo, ya fuese de palabra o por escrito, al odio o desacato al rey, la Constitución o el gobierno. Por la segunda, no se podía hacer ninguna reunión de más de 50 personas, sin notificarlo a un magistrado que tenía amplios poderes para prohibir discursos, detener oradores y disolver reuniones. Y todavía se añadió un delito capital más al código penal: el incumplimiento de las órdenes de un magistrado se podía castigar con la muerte. Una cláusula especial, dirigida a Thelwall en particular, permitía que las salas de conferencias de los reformadores se cerraran como «casas de alborotos».

El intervalo entre la introducción de esta ley (10 de noviembre) y la recepción de su aprobación real (18 de diciembre) fue el último, y el mayor, período de agitación popular. La pequeña oposición foxita luchó en cada etapa de su aprobación, y por primera y última vez hizo campaña en el país junto con las sociedades populares. La SCL con-

85. Anónimo, *Truth and Treason! or a Narrative of the Royal Procession*, 1795.

vocó una manifestación de emergencia el 12 de noviembre (esta vez se declararon 200.000 personas),<sup>86</sup> en Copenhagen Fields: «al mitin, como es habitual en estas ocasiones —recordaba Place— asistieron hombres, mujeres y niños». Pero ni la ocasión del mitin, ni la práctica de llevar niños eran «habituales»; y lo último es una indicación del propósito pacífico, que se convirtió en algo tradicional en el movimiento obrero posterior. En diciembre, en Marylebone Fields, la sociedad hizo una gran manifestación final, de la que existe un relato en el diario de Joseph Farington. Entre los oradores de las varias «tribunas» estaban William Frend, Thelwall y John Gale Jones. Jones, el «endomingado» cirujano, con una «afección paralítica» que le provocaba «una contracción convulsiva casi constante de la cabeza, los hombros y los brazos», tenía sin embargo «una voz excelente; fuerte, clara e inconfundible ...». Su intervención incluyó la amenaza de que Pitt sería conducido a una «ejecución pública»: «No hubo ningún tumulto, ni se ofendió a nadie que no levantase las manos o no se uniera a los aplausos.»<sup>87</sup>

Se hicieron grandes manifestaciones en todo el resto del país, casi todas en contra de las leyes. «Si dimitiera, mi cabeza rodaría en 6 meses», dijo Pitt. El mayor contratiempo se produjo en el Yorkshire. Wilberforce, uno de los diputados del condado, había trabajado en privado con Pitt en «el proyecto de ley de sedición; lo había mejorado ampliándolo». (Se había cuidado de defender su reputación de «independencia» oponiéndose a una cláusula en la Cámara.) Mientras tanto, en el Yorkshire, Christopher Wyvill, fiel a sus principios moderados, solicitó un mitin en el condado para protestar e hizo público un llamamiento, con cuatro días de anticipación —un viernes—, a todos los campesinos propietarios del West Riding para que asistieran el siguiente martes en York: «Acudid desde vuestros telares, vosotros pañeros honrados e industrioses; dejad por un día el trabajo de vuestros campos, vosotros *yeomen*\* tenaces e independientes: acudid con el espíritu de vuestros antepasados ...». Wilberforce, cuando iba de camino a la iglesia en Londres («Permítaseme recordar el carácter peculiar de un Cristiano; solemnidad en la Cámara, buen humor, amabilidad y sosiego,

86. De hecho, un *Account* publicado por la SCL declaraba «por encima de 300.000» britanos.

87. *The Farington Diary*, editado por J. Greig, 1922, I, pp. 118-119.

\* Campesinos o labradores libres, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la t.*)

con una secreta alerta y seriedad oculta», había anotado en su diario pocos días antes), fue detenido por un mensaje urgente del Yorkshire. Salvando sin dificultad sus escrúpulos con respecto a viajar en domingo, se dirigió a ver a Pitt. Pitt le dijo que debía asistir al mitin del condado. Pero el carruaje de Wilberforce no estaba dispuesto. «El mío está a punto —dijo Pitt— váyase en él.» («Si descubren de quién es el carruaje en el que habéis viajado —dijo alguien del grupo— correréis el riesgo de que os asesinen.») Wilberforce hizo la «marcha forzada» hacia el norte con el coche que Pitt le había prestado. Todo el condado parecía entrar a raudales en York, los pañeros, o «*Billy-men*», lo hacían cabalgando en sus caballos de carga. Cuando Wilberforce llegó a York, el mitin, que ya había empezado, tenía un carácter duramente contrario al gobierno. Se dirigió «a la mayor reunión de caballeros y campesinos propietarios que jamás se había congregado en el Yorkshire» con una elocuencia «nunca superada», insuflando «energía y vigor a las abatidas almas de tímidos legitimistas». La gran reputación de independencia y filantropía cristiana de Wilberforce venció sobre los *yeomen* y los pañeros del West Riding. La reunión se dividió: mientras la gran mayoría de los 4.000 campesinos propietarios daba apoyo a la alocución de Wilberforce en favor del rey y la Constitución, «aqueel tipo loco, el coronel Thornton, se levantó vestido de uniforme», y se dirigió a la «chusma de York ... hablando en favor de los jacobinos. ... Les dijo que muchos de los soldados estaban dispuestos a unirse a ellos cada vez que se sublevasen». Thornton terminó «despojándose de su uniforme ante la chusma», que le llevó triunfalmente en hombros hasta el Guildhall.<sup>88</sup>

Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la di-

88. Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 112-113; Wyvill, *Political Papers*, V, *passim*.

sidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también eso fue consecuencia de las Dos Leyes, y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por un igual.

Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el hábeas corpus estuvo suspendido durante 8 años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo.<sup>89</sup> Por supuesto, este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place (1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».<sup>90</sup>

En todo caso, las leyes triunfaron. En un primer momento la SCL arriesgó una política de desaffo: se enviaron delegados a las provincias con la esperanza de reconstruir una organización nacional. Se envió a John Binns a Portsmouth, el principal apostadero naval, pero se le hizo volver cuando el comité de Londres tuvo noticia de que era seguido y vigilado y podía ser detenido. John Gale Jones viajó por las ciudades de Kent —Rochester, Chatham, Maidstone, Gillingham, Gravesend—; en Rochester encontró una sociedad que contaba con nueve secciones, en Chatham, cuando alguien del público preguntó si la reunión no sobrepasaría los 50 autorizados por la ley, «otro le rogó airadamente que se fuera para contribuir con su ausencia a la disminución». Se enteró de que los estibadores de Chatham se habían negado a firmar un comunicado dirigido al rey, en apoyo a las leyes, y en su lugar, habían firmado una petición de protesta. La atención que la sociedad dedicaba a esos apostaderos navales arroja una duda sobre la resuelta negativa (varios años más tarde) de Place acerca de que algunos miembros veían con buenos ojos «la formación de una República con la ayuda de Francia». Esas visitas a los estibadores pueden ser uno de entre los varios

89. Entre los manuscritos de Place se encuentra una «Narrative of John Oxlade», miembro de la SCL apresado en mayo de 1798; en el documento se estima que durante los años cumbre (1798-1800) fueron encarcelados sin juicio, cerca de cuarenta miembros de la SCL, y cerca de treinta y cinco de los Ingleses Unidos. Véase también «Lists of Suspects» en P.C.A. 158.

90. Wallas, *op. cit.*, p. 25.

hilos que unían a los jacobinos con los amotinados navales de Spithead y el Nore, en 1797.<sup>91</sup>

Luego, Jones y Binns fueron a Birmingham como representantes, allí les detuvieron mientras intervenían en un mitin, el 11 de marzo de 1796. Los juzgaron por separado, Jones fue encarcelado en 1797, pero Binns consiguió la absolución. (El doctor Samuel Parr, el viejo maestro de Gerrald, contribuyó materialmente al veredicto, sentándose directamente frente al jurado durante todo el juicio, frunciendo feroz e incrédulamente el ceño durante las pruebas de la acusación, y asintiendo benignamente a cada uno de los puntos que señalaba la defensa.) Mientras tanto, Thelwall, después de continuar sus conferencias bajo el disfraz de «Historia de Roma», se quedó sin salas de conferencias y fue obligado a cerrar la publicación de *The Tribune*. Recorrió East Anglia pronunciando una serie de 22 conferencias en Norwich; pero en Yarmouth él y su público fueron brutalmente agredidos por 90 marineros armados con chafarotes y cachiporras, a quienes se había enviado, desde una fragata atracada en el puerto, con este propósito. La Sociedad de Londres, con sus líderes ausentes o detenidos, y con una correspondencia sólo superficial con las provincias, se volvió contra sí misma y entró en una fase de disensiones y desintegración.<sup>92</sup>

La disensión no dejó de ser creativa. Surgió, en parte, de temas religiosos, o antirreligiosos. Esos hombres se habían opuesto al Estado; ahora, muchos de ellos ansiaban oponer sus mentes a la religión del Estado. Place intervino en la publicación de una edición barata de *La edad de la razón*. El apoyo que una mayoría del comité de la sociedad dio a este proyecto motivó secesiones por parte de las personas religiosas.<sup>93</sup> Un jacobino «renegado», William Hamilton Reid, publicó un relato de la sociedad durante estos años, que lleva la marca de la autenticidad. Recomendar a los hombres como «un buen Demócrata y

91. John Binns, *op. cit.*, pp. 63-64; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour through Rochester, Chatham, Maidstone, Gravesend*..., 1796, pp. 27, 81; Wallas, *op. cit.*, pp. 27-28.

92. Binns, *op. cit.*, *passim*; Thelwall, *Narrative of the late Atrocious Proceedings at Yarmouth*, 1796; C. Cestre, *John Thelwall*, 1906, pp. 127-129.

93. James Powell, otro espía que consiguió ser elegido para el Comité General (y, de vez en cuando, a la ejecutiva) en 1795-1796, informó de que en septiembre de 1795 «se leyó una carta de un numeroso grupo de metodistas, que pertenecían a la Sociedad, pidiendo la expulsión de los Ateos & Deístas de la Sociedad». Cuando esta resolución fue rechazada, se separaron para formar «Los Amigos de la Libertad Religiosa & Civil». Powell creía que les seguirían seis secciones enteras y varios centenares de personas individuales. P.C.A. 38.

Deísta» o «no es Cristiano» se convirtió en algo normal, al escoger a los delegados de las secciones para el comité general. Los clubs y los grupos de lectura, perseguidos de taberna en taberna, tenían una existencia fugitiva. Se creó una sociedad de debate en el Dragón Verde en Cripplegate, en 1795, y se mudó sucesivamente a Finsbury Square, Fetter Lane, la Divisa del Explorador en Little Britain, de allí a dos tabernas de Moorfields, y por fin, en 1798, a Hoxton «más allá de los límites de los agentes de policía de la ciudad»; hasta el último día las reuniones estuvieron abarrotadas. Una empresa más ambiciosa fue la inauguración de un Templo de la Razón en la primavera de 1796, en la sala de subastas de Nichol, en Whitecross Street. Sus miembros aprovisionaron y construyeron una biblioteca. No prosperó, pero preparó el terreno en el que, una generación más tarde, arraigarían los owenitas.<sup>94</sup>

Antes de acabar la narración, podemos hacer una pausa, hacer inventario de las sociedades, y examinar qué tipo de grupos eran. Podemos tomar como ejemplos las sociedades de Sheffield y Londres, puesto que eran las más fuertes y se conocen muchas cosas acerca de ellas.

La Sociedad de Sheffield se creó, al igual que la SCL, a partir de una reunión de «cinco o seis trabajadores manuales ... para hablar del altísimo precio de las subsistencias». Creció con tal rapidez que hacia enero de 1792 comprendía ocho sociedades «que se reunían cada una en un local diferente, todas la misma tarde». «No se admite a nadie sin carnet ... y se mantiene un perfecto buen orden continuamente.» Las sociedades se reunían cada 15 días, la reunión general, «a la que asistían algunos cientos», lo hacía mensualmente. Había 1.400 suscriptores (a 6d.) para la edición de un folleto de la primera parte de *Los derechos del hombre*, que se «leía con avidez en muchos de los talleres de Sheffield». En marzo de 1792, después de 4 meses de existencia, la sociedad declaró cerca de 2.000 afiliados. En mayo se adoptó un nuevo sistema de organización:

a saber, dividiéndolos en pequeños grupos o reuniones de diez personas cada una, y que esos diez escojan a un representante: Diez de esos delegados constituyen otra reunión, y así sucesivamente ... hasta que, al fin, queden reducidos a un número apropiado para constituir el Comité o Gran Consejo.

94. W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of this Metropolis*, 1800, pp. 5, 9-12, 22-23.

Esas secciones se describían, a la manera sajona, como *tythings*. Desde el principio, la *gentry* local se alarmó ante una sociedad que estaba compuesta por «personas del orden más bajo», pero las informaciones de personas independientes, con buena disposición hacia una reforma moderada, ponían el acento, en esos primeros meses, en el comportamiento juicioso y ordenado de sus miembros. Un corresponsal trataba de tranquilizar a Wyvill, en mayo de 1792, diciéndole que estaba compuesta de «personas de buen carácter ... hombres de inteligencia sólida, con la mente abierta a la información». Había unos pocos cuáqueros (aunque no reconocidos por el grupo) y «varios metodistas»:

Una de las Reuniones, en la que accidentalmente se produjo la presencia de una persona, se desarrollaba con orden y regularidad, empezó con la lectura de actas por parte del Presidente ... y más adelante varios miembros, uno detrás de otro, leyeron pasajes seleccionados ... para la instrucción de la Reunión, todos ellos en favor de la Libertad y las Reformas pacíficas ...<sup>95</sup>

De todas las sociedades, Sheffield era, en los años 1792-1794, la más puntual y cuidadosa con la correspondencia. (Como era técnicamente ilegal formar una sociedad nacional, la correspondencia —junto con la admisión formal, a la afiliación honoraria, de miembros de unas sociedades a otras— fue el medio gracias al cual se mantuvo la asociación nacional.) Aunque, como hemos visto, sus miembros tenían una marcada preferencia hacia el talento teatral en el estrado —M. C. Brown y Henry Yorke— sus propios dirigentes eran todos oficiales o artesanos de las industrias de Sheffield. Sheffield era una ciudad de pequeños menestrales y de artesanos altamente cualificados y relativamente bien pagados; y (como se lamentaba el lugarteniente del general ayudante) «sin poder civil». En 1792, los dos magistrados vivían fuera de la ciudad, uno a una distancia de 14 millas del otro «que había hecho algunos esfuerzos durante los motines del año anterior, en relación con algunos cercados, vio parte de su propiedad quemada por el populacho,

95. Fitzwilliam Papers (Sheffield Reference Library), F. 44 (a); Wyvill, *Political Papers*, V, pp. 43-50; H. McLachlan, *Letters of Theophilus Lindsay*, 1920, p. 132; *A Complete Refutation of the Malevolent Charges Exhibited against the Friends of Reform in and about Sheffield*, Sheffield, 1793; *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 85, 116, 119; W. A. L. Seaman, «Reform Politics at Sheffield», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, VII, pp. 215 y siguientes.

y desde entonces ha estado muy por delante de los demás. Así pues, era el centro ideal para la agitación jacobina, con poca influencia aristocrática, muchos obreros cualificados e instruidos, y una tradición de independencia democrática. Entre los pocos profesionales, había varios con buena disposición; entre los primeros miembros se encontraba un «médico cuáquero», y dos pastores disidentes que aportaron pruebas para la defensa, en el juicio de Yorke; mientras que algunos acomodados maestros cuchilleros eran reformadores. Aunque destacaban en cuanto a organización, los cuchilleros de Sheffield no parecen haber encontrado ningún orador notable entre sus propias filas. Pero los testimonios que provenían de su comité, en los juicios de Hardy y Yorke, son impresionantes por su solidaridad y su negativa a ser intimidados o burlados en los interrogatorios. Un testigo del juicio de Hardy definía cuál era el objetivo de la sociedad:

Ilustrar al pueblo, mostrar al pueblo la razón, el fundamento de todos sus sufrimientos; cuando un hombre trabaja duramente treinta o cuarenta horas al día, durante toda la semana, y no puede mantener a su familia; eso es lo que yo entiendo, mostrar al pueblo el fundamento de eso; por qué no pueden hacerlo.

«No he venido a repasar la lección, sino a decir la verdad», protestó otro cuando le repreguntaron durante el juicio de Yorke. Es posible que algunos de ellos pensarán en la rebelión armada, durante la depresión (y la represión) de 1793-1794. Eran verdaderamente intransigentes en su oposición a la guerra, y fueron los primeros en acudir a dar apoyo a Palmer y Muir.

Sheffield tenía una ventaja excepcional, un editor y director de periódico competente, Joseph Gales, quien tenía un periódico semanal, el *Sheffield Register*, que daba apoyo a la sociedad. (También se publicó durante un tiempo en Sheffield un diario más intelectual *The Patriot*.) Fundado en 1787, alcanzó la elevada circulación, para aquella época, de 2.000 ejemplares semanales en 1794. El espíritu «democrático» del momento afectaba tanto a la política como a las costumbres: los «demócratas» reformaron la indumentaria, en vez de cabalgar paseaban a pie por el campo, abolieron todos los títulos formales, incluyendo los de «señor» o «esquire», y —si eran jacobinos— llevaban el

96. Aspinall, *op. cit.*, pp. 4-5.

pelo corto. Del mismo modo, los periódicos democráticos de las provincias —el *Sheffield Register*, el *Manchester Herald*, el *Cambridge Intelligencer* (editado por Benjamin Flower, un reformador unitarista) y el *Leicester Herald*— establecieron nuevos modelos en el periodismo provincial, abandonando el recorta y pega que se hacía copiando la prensa de Londres, y presentando artículos de fondo originales. La actitud, de la que Gales fue pionero, se expresaba también en el primer número del *Manchester Herald* (31 de marzo de 1792): «Dejaremos poco espacio a los artículos que tengan como fin el *buen tono*; para las informaciones sobre los Vestidos de la Corte o las Intrigas Cortesanas; de Partidas de Caza, Guateques o Tertulias, que sólo interesan a las Mariposas de la Sociedad ...». El periódico de Gales, su librería y su imprenta de folletos eran una parte integrante del movimiento de Sheffield.<sup>97</sup>

La sociedad de Sheffield se basó desde sus comienzos en «la clase inferior de Fabricantes & Obreros» de la industria cuchillera.<sup>98</sup> (Aunque se menciona la propaganda en los pueblos de los alrededores, en ningún puesto de cualquier tipo de comité figura minero o trabajador rural alguno.) La afiliación de la sociedad de Londres era, por supuesto, mucho más diversificada. Sus miembros provenían de muchas otras sociedades, de la tradición del Coachmaker's Hall y de la «Sociedad para el Debate Libre» (en la que Thelwall hizo su aprendizaje) o de las sociedades posteriores de «descreídos» que describe Reid. La SCL era, con mucho, la más fuerte de todas, pero muchos grupos siguieron estando siempre en su periferia.

La sociedad estaba organizada en «secciones», cada una de las cuales debía tener unos 30 miembros, y debía formar una nueva cuando alcanzaba de los 45 a los 60. Al Comité General, que era semanal, asistía un delegado de cada sección (a la vez que un subdelegado que no podía votar); las secciones podían destituir a su delegado y tenían el derecho a ser consultadas acerca de las cuestiones de principio. Los cuidados libros de actas revelan un vivo intercambio entre el comité y las secciones, de modo que continuamente surgían propuestas de parte de los afiliados, que vigilaban celosamente los poderes del comité. Por otra parte, el miedo a los espías, después de 1794, llevó a que se delega-

97. Véase Donald Read, *Press and People*, 1861, pp. 69-73; también F. Knight, *op. cit.*, p. 72, y J. Taylor, «The Sheffield Constitutional Society», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, V, 1939.

98. Fitzwilliam Papers, F. 44 (a).

sen poderes considerables a una ejecutiva, o comité de correspondencia del Comité General, que se componía de unas cinco personas.<sup>99</sup>

Es sumamente difícil ofrecer una estimación precisa de la afiliación de la sociedad. El punto más alto se alcanzó en otoño de 1792, la primavera de 1794 y (probablemente el más alto de todos) los últimos 6 meses de 1795. La propia sociedad hizo declaraciones abultadas, a veces muchísimos miles, mientras que los historiadores han hecho estimaciones que parecen, con mucho, demasiado modestas. (A menudo se indica que la afiliación nunca sobrepasó la cifra de 2.000, la cual, existen buenas razones para suponerlo, fue sobrepasada tanto en Sheffield como en Norwich.) El hecho de que dos miembros dirigentes del comité de 1795-1796 se contradigan totalmente en sus recuerdos no facilita la situación. Francis Place, que fue presidente coyuntural del Comité General, decía que en el verano de 1795 había 70 secciones y 2.000 afiliados que realmente *se reuniesen* semanalmente. John Binns entra en más detalles. Los ingresos de la sociedad (en su relato) fueron durante un tiempo superiores a 50 libras por semana; a 1*d.* por semana, esto hubiese requerido «la asistencia regular de 12.000 miembros». Puesto que muchos miembros raramente cotizaban, o sólo asistían ocasionalmente, Binns sugiere un *promedio* global de miembros que asistían, de 18.000 a 20.000, «la gran mayoría ... tenderos, artesanos, trabajadores manuales y obreros». Cuando fue presidente coyuntural del Comité General (en 1795-1796) el promedio de asistencia de delegados y subdelegados de secciones, a la sala de conferencias de Thelwall, en Beaufort's Buildings, era de 160 a 180.

Ambos relatos se escribieron algunas décadas después de los acontecimientos. La descripción de Place es más fiable, pero está sesgada por un deseo de debilitar el papel de los «agitadores» en la sociedad. El sesgo de Binns va en la dirección de dar un color romántico a su juventud jacobina. Uno de los problemas es estimar el número de miembros de cada sección. La norma de que las secciones debían subdividirse cuando llegaran a tener 45 miembros no se siguió durante los primeros años. Los registros que quedan de algunas secciones, de los años 1792-1794, muestran extremos que van desde 17 miembros a 170,

99. Para una información más completa véase H. Collins, *op. cit.*, p. 110, y para una investigación minuciosa sobre los procedimientos, véase la tesis del doctor Seaman, que no está publicada. Las normas cambiaron en varias ocasiones, la descripción que se ha hecho se basa ampliamente en las impresiones que se han obtenido a partir de los libros de actas de los primeros dos o tres años.

mientras que Hardy, en sus moderadas y reservadas respuestas ante el Consejo Privado (1794), declaraba que su propia sección tenía 600 miembros. Pero sólo 50 o 60 de esos miembros *se reunían* realmente cada semana; proporción de falta de asistencia de los afiliados que no es extraña en un movimiento popular. Margarot declaró en la Convención británica (diciembre de 1793) que la sociedad tenía de 12.000 a 13.000 miembros: exageración casi segura. En mayo de 1794, un espía bien informado (probablemente el «ciudadano Groves») informó: «Ellos mismos dicen que suman más de 18.000 ... pero eso parece completamente increíble». En esta época (informaba) los ingresos de la sociedad, que eran de 280 libras por barrio, supondrían (a 13*d.* por cada miembro de cada barrio) una afiliación solvente de 5.500. En otoño de 1795, otro espía (Powell) informó con regularidad acerca de las relaciones semanales de nuevos miembros y asistencia de los mismos a las reuniones de las secciones. Éstas muestran que aunque la estimación de Place, de algo menos de 2.000 asistentes semanales regulares, es correcta, este número debe haber aparecido varias veces en los libros de la sociedad. A finales de 1795 (informó Powell) «se ha hecho un Estado General de la Sociedad a partir de los Libros de las Secciones, parece que efectivamente hay más de 10.000 registrados». Pero Powell consideraba que éste era un «recuento falso» porque incluía a muchos que habían dejado de asistir después de 1794, así como «muchos que inscriben sus nombres, pagan los 13*d.* y nunca más vuelven a ir a la Sociedad». De este modo, Place y Binns se sitúan más cerca el uno del otro. Pitt podía ser muchas cosas, pero no era un tonto; difícilmente hubiera sancionado impopulares procesos por traición y las Dos Leyes por miedo a un grupo que nunca hubiese tenido más de 2.000 miembros. Lo que parece creíble, para principios de 1794 y finales de 1795, es una afiliación activa de, al menos, aquel número, una afiliación solvente de 5.000 y un registro de afiliación de más de 10.000.<sup>100</sup>

Los asuntos y las finanzas de la sociedad se llevaban con gran puntualidad y una rigurosa atención al principio democrático. En la crucial reunión de octubre, en la que se nombró a Margarot y a Gerrald

100. Los registros de las secciones y los informes de Powell se encuentran en P.C.A. 38: «Examinations before the Privy Council», T. S. 11.3509; Grove en T. S. 11.3510 (A); el relato de Place, Add. MSS 27808; Binns, *Recollections*, pp. 45-46; un miembro, *Account of the British Convention*, p. 40; *Correspondence of the LCS*, 1795, pp. 29, 35. Entre junio y noviembre de 1795, ingresaron 2.600 miembros.



para asistir a la Convención Británica (1793), se rechazó a un delegado que se ofreció a asistir voluntariamente *sin recompensa* (es decir, a su costa), con el argumento de que esto era «contrario a los principios de nuestra sociedad». Eso —en un momento en que la sociedad estaba escasa de fondos— se hizo para subrayar el principio de pago por los servicios prestados, para impedir el control de sus asuntos, por parte de hombres que tenían medios y tiempo libre. Por otra parte, recordaba Binns, «mientras fui su representante, y viajaba por sus asuntos, pagaron mis gastos con liberalidad». <sup>101</sup>

Las descripciones del trabajo de las secciones son variadas. Place, que estaba muy interesado en exponer un sólido certificado constitucional, puso el mayor acento en las actividades educativas: su SCL no era en absoluto la de Pitt, era una precoz Asociación Educativa de los Trabajadores. Su sección se reunía en una casa privada: «Me reunía con gran número de hombres observadores, inteligentes y honrados ... Teníamos un libro de cuotas ... Hacíamos las reuniones los Domingos por la tarde ... lecturas, conversaciones y discusiones.»

El modo de proceder habitual en esas reuniones era éste. El presidente (cada hombre era presidente de forma rotativa) leía un fragmento de algún libro ... y acto seguido se invitaba a las personas presentes a hacer comentarios, tantos como quisieran, pero sin levantarse. Luego se leía otro fragmento y se hacía una segunda invitación en la que se esperaba que dijeran algo los que todavía no habían intervenido. Luego había una discusión general.

«Los efectos morales de la Sociedad eran verdaderamente muy grandes. Inducía a los hombres a leer libros en lugar de pasar el tiempo en las tabernas. Les enseñaba a pensar, a respetarse a sí mismos y a desear educar a sus hijos. Les elevaba en su propia opinión.» <sup>102</sup>

Todo esto está muy bien, es un espléndido relato de los primeros estadios de la autodidaxia de una clase; y, conteniendo una parte importante de verdad, sólo es parcialmente cierto. Pero no podemos dejar de tener presente que Place también posaba con James Mill para que le hiciera su retrato, como el Tío Tom del hombre blanco. Los informes

101. Actas de la SCL, Add. MSS. 27812; Binns, *op. cit.*, p. 36.

102. Add. MSS. 27808; G. Wallas, *op. cit.*, p. 22; R. Birley, *The English Jacobins*, 1924, Apéndice II, p. 5.

contemporáneos de algunos espías tienen un toque de animación que a Place se le ha pasado por alto. «Casi todo el mundo habla —decía un mozo de cuerda de Londres— y siempre hay un gran ruido, hasta que se levanta el delegado. La gente es muy escandalosa y no atenderá, entonces se levanta el delegado e intenta suavizarles.» Además, sabemos que las secciones no *siempre* se reunían los domingos en casas particulares: muchas secciones, de los distritos más pobres, eran hostigadas de taberna en taberna. Y la descripción de W. H. Reid de las reuniones del club, a finales de la década de 1790 —con «canciones en las que el clero era el objeto permanente de las injurias», «pipas y tabaco», «las mesas cubiertas de publicaciones de un penique, dos peniques y tres peniques»—, parece tan creíble como (y no incompatible con) la descripción de Place. <sup>103</sup>

Con respecto a la composición social de la sociedad no puede haber duda. Era, por encima de todo, una sociedad de artesanos. Los registros de las secciones que nos han quedado muestran tejedores de seda, relojeros, cordobaneros, ebanistas, carpinteros sastres. El registro de una sección de 98 miembros presenta 9 relojeros, 8 tejedores, 8 sastres, 6 ebanistas, 5 zapateros, 4 cordobaneros, 3 carpinteros, tintoreros y peluqueros, 2 comerciantes, pasamaneros, carniceros, calceteros, tallistas, albañiles, cortadores, pantaloneros, constructores de cujas, cedores de porcelana, y un papelerero, sombrerero, panadero, tapicero, cerrajero, trabajador del alambre, músico, cirujano, fundidor, vidriero, hojalatero, charolista, librero, grabador, mercero, almacenista y trabajador, y los demás que no están clasificados. <sup>104</sup> Si bien varios de los propagandistas más activos de la sociedad, como Gale Jones y Thelwall, eran médicos y periodistas, la mayor parte de los hombres que pertenecían al comité eran artesanos u hombres de oficio: Ashley era zapatero, Baxter, oficial de platero, Binns, fontanero, John Bone, librero en Holborn, Alexander Galloway, un constructor matemático de máquinas (para convertirse más tarde en el principal empresario de ingeniería de Londres), Thomas Evans, pintor de estampados y (más tarde) constructor de abrazaderas patentadas, Richard Hodgson, maestro sombrerero, John Lovett, peluquero, Luffman, orfebre, Oxlade, maes-

103. P. A. Brown, *op. cit.*, p. 73; Reid, *op. cit.*, p. 8. El relato de Place puede describir a los artesanos y los hombres de oficio del centro de Londres, el otro relato las secciones del este y el sur.

104. P.C.A. 38.

tro encuadernador, mientras otros pueden identificarse como zapateros, panaderos, torneros, libreros y sastres. En junio de 1794, el «ciudadano Groves» les dio a sus patronos un informe revelador de la composición social de la sociedad:

Hay algunos con el aspecto decente de los hombres de oficio que poseen facultades notables, pero no cultivadas, y aunque son audaces, sin embargo, son prudentes. Los delegados que responden a esa descripción son pocos. Hay otros que por su apariencia pertenecen a un orden inferior, sin duda son oficiales, que aunque parecen no tener talento y no decir nada, se muestran resueltos ... y siempre votan a favor de todas las mociones que llevan consigo algo de osadía. El último grupo ... que es el más numeroso, se compone del orden más bajo de la sociedad; pocos son los que alguna vez tienen un aspecto decente, algunos de ellos van sucios y andrajosos, y otros tienen un aspecto de pillos tan lamentable, que se requiere cierto dominio sobre ese innato orgullo que todo hombre bien educado debe poseer, incluso para sentarse en su compañía; y he visto, en una *Oyer & Terminer*\* que tuvo lugar en la Old Bailey, cómo se dejaba en libertad, mediante un anuncio público al final de la Sesión, a tipos mucho más decentes, por falta de acusación. Estos tienen un aspecto muy violento & parecen dispuestos a aprobar cualquier cosa que tienda a la Confusión & a la Anarquía.<sup>105</sup>

Estos jacobinos ingleses eran más numerosos, y se parecían con mayor exactitud al *menu peuple* que hizo la Revolución francesa de lo que se ha reconocido. Verdaderamente, se parecen menos a los jacobinos que a los *sans-culottes* de las «secciones» de París, cuyo apasionado igualitarismo sostuvo la guerra revolucionaria de la dictadura de Robespierre, de 1793-1794.<sup>106</sup> Sin embargo, sus baluartes no se encontraban en las nuevas ciudades fabriles, sino entre los artesanos urbanos con una tradición intelectual más larga: en la vieja ciudad industrial de Norwich, que todavía no había perdido su supremacía en la industria del estambre ante el West Riding; en Spitalfields, donde la industria sedera, con sus aprendices famosos por su turbulencia, estaba sufriendo la competencia de los algodones del Lancashire; y en Sheffield, don-

\* Comisión autorizada para oír y decidir en las acusaciones de traición y felonía. (*N. de la t.*)

105. T.S. 11.3510 A (3).

106. Cf. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, París, 1958, Libro II, y la valiosa discusión de las bases sociales de los *sectionnaires* en R. Cobb, «The People in the French Revolution», *Past and Present*, XV (abril 1959).

de muchos oficiales cuchilleros estaban a medio camino de ser pequeños menestrales. Exactamente igual que en París, en el Año II, se destacaban los zapateros. Estos artesanos llevaron las doctrinas de Paine hasta el extremo: democracia absoluta, oposición completa a la monarquía y a la aristocracia, al Estado y a los impuestos. En las épocas de entusiasmo, eran el centro invariable de un movimiento que obtenía su apoyo de miles de pequeños tenderos, de impresores y libreros, médicos, maestros, grabadores, pequeños menestrales y clérigos disidentes, en un extremo; y de mozos, cargadores de carbón, obreros, soldados y marineros, en el otro.

El movimiento sólo produjo dos teóricos importantes, y ellos revelan las tensiones que había en su seno. John Thelwall, hijo de un mercero de seda, fue el más importante; tenía un pie en el mundo de Wordsworth y de Coleridge y el otro en el mundo de los tejedores de Spitalfields. Después del declinar del movimiento, se hizo habitual el despreciar al «pobre Thelwall»; a principios del siglo XIX, era una figura de lo patético: vano, obsesionado por una sensación de persecución que no era injustificada, ganándose la vida como maestro de la elocución. También tuvo la desgracia de ser un poeta mediocre, pecado que, aunque cada día se comete a nuestro alrededor, los historiadores y los críticos no pueden perdonar. Cuando De Quincey, que había sido educado «en un horror frenético al jacobinismo ... y en la adoración del nombre de Pitt», aludía a las «pobres rimbombancias vacías de hombres como Thelwall», estaba simplemente expresando la opinión corriente entre los intelectuales radicales de la siguiente generación. Esta opinión le ha perseguido hasta nuestros días.

Pero era necesario algo más que una rimbombancia vacía para seguir hacia adelante como líder destacado de los jacobinos, en el desenlace de los juicios de Gerrald y Margarot; para enfrentarse a un proceso por alta traición; y para seguir (como no hicieron Tooke y Hardy) hasta —y más allá— de la época de las Dos Leyes. Para hacerlo, quizá era necesario poseer algo del temperamento de un actor; el defecto de los jacobinos ingleses fue la teatralidad, y de vez en cuando aparecen ridículos en su exageración. Pero aquella era una época de retórica, y la retórica de un *parvenu* forzosamente tiene que ser menos sosegada que la de un Burke. Y las expresiones floridas de las Tribunas de la Libertad (que realmente eran tribunas de auténtica libertad) seguro pueden ser perdonadas, si servían para darles ánimo. Además, en la prensa políticamente comprometida, entre 1793 y 1795, Thelwall era

a la vez valiente y sensato. Durante el año 1793, libró una batalla pública con las autoridades de Londres para conseguir el derecho a dar conferencias y a hacer debates: después de ser llevado de sala en sala, finalmente consiguió (con la ayuda de un comité de valedores) los locales de Beaufort Buildings que eran utilizados como centro para dar sus conferencias y para las actividades generales de la sociedad en los años 1794 y 1795.<sup>107</sup> Cuando detuvieron a Hardy, reanimó inmediatamente la sociedad. Cuando asistían espías a sus conferencias, volvía las tornas conferenciando sobre el sistema de espionaje; cuando se hacía algún intento de provocar un tumulto, conseguía que el público saliese de la sala con tranquilidad. Modificaba los acuerdos inmoderados y estaba alerta ante las provocaciones. Tenía un gran dominio sobre las multitudes, y se cuenta que cuando en la manifestación final contra las Dos Leyes se empezó a alzar el grito «Soldados, soldados!», convirtió la ola de pánico en una ola de solidaridad, recomendando la doctrina de fraternización con las tropas, que tenía la sociedad.

En 1795 y 1796, sus conferencias y sus escritos son mucho más profundos y consecuentes que los de cualquier otro jacobino en activo. Definió con claridad una valoración inglesa de los sucesos que transcurrían en Francia:

Lo que me satisface de la Revolución francesa es lo siguiente: que se ha defendido y propagado como un principio de esa Revolución el que los viejos abusos no se han convertido en virtudes gracias a su antigüedad ... que el hombre tiene unos derechos que ninguna ley o costumbre puede alienar ... que el pensamiento debería ser libre ... que los seres con intelecto tienen el derecho a usar sus intelectos ... que un orden de la sociedad, aunque durante muchos años haya sido culpable de saqueo, no tiene derecho a robar y a oprimir a las demás partes de la comunidad. ... Estos son los principios que admiro y que me llevan, pese a todos sus excesos, a alegrarme de la Revolución francesa.

Durante el Terror de Robespierre se alzó para declarar que «los excesos y las violencias de Francia no habían sido el resultado de las nuevas doctrinas de la Revolución, sino de los viejos acicates de venganza, corrupción y recelo a que daban lugar las crueldades sistemáticas del viejo despotismo». Su apoyo no lo identificaba ni con los ineficaces girondinos ni con la Montaña, y criticaba «la imbecilidad del par-

107. Véase C. Cestre, *op. cit.*, pp. 74 y siguientes.

tido filosófico y la ferocidad del enérgico partido». Pero a la muerte de Robespierre pronunció de inmediato una conferencia «sobre una semejanza de los caracteres de Pitt y Robespierre»:

*Robespierre* oprimió injustamente a los ricos, de modo que pudo basar su popularidad entre los pobres. *Pitt* ha desatendido y, con sus guerras e impuestos consiguientes, ha oprimido a los pobres, para asegurar su popularidad entre los ricos. ... *Robespierre* estableció una Constitución libre, y tiranizó oponiéndose directamente a ella. *Pitt* elogia otra Constitución libre, y pisotea todas sus disposiciones.<sup>108</sup>

También esto requería valentía.

Sus conferencias, pronunciadas dos veces por semana, que se publicaron en *The Tribune*, combinan la educación política con el comentario de los hechos, de una forma que nos hace pensar en Cobbett. Manifestaba un generoso espíritu de internacionalismo al encrespar a su público con la descripción de la represión contra la lucha de Polonia en favor de la independencia nacional, bajo Kosciuszko. Su radicalismo, en general, quedaba reducido al área que Paine había definido; pero ponía el acento, mucho más que Paine, en las cuestiones sociales y económicas. Se hacía eco de la demanda del artesano de ganarse la vida de manera independiente, mediante un trabajo moderado; denunciaba la legislación que penalizaba a «los pobres oficiales que se asocian ... mientras los ricos industriales, los contratistas, los monopolistas ... se pueden asociar a su gusto».<sup>109</sup> Rechazaba las ideas «igualadoras» y criticaba, como «especulativos» y remotos, los proyectos de nacionalización de la tierra o de pantisocracia. Defendía al industrial independiente que podía hacerse a sí mismo «con el sudor de su frente». Pero «la producción era una burla, si no iba acompañada de una distribución justa. ... Si la propiedad estuviese bien distribuida, sería suficiente poca cantidad de trabajo para cubrir las necesidades y las comodidades». Los enemigos de la distribución justa eran «el monopolio de la tierra» y los cercados, y la «acumulación de capital». Amplió *Los derechos del hombre* a *The Rights of Nature*:

108. *Tribune* (25 de abril, 23 de mayo de 1795); C. Cestre, *op. cit.*, p. 173.

109. Aunque las *Combination Acts* no se aprobaron hasta 1799, éstas sólo reforzaron la legislación existente contra las *trade unions*.

Afirmo que *todo* hombre, y *toda* mujer, y *todo* niño, debería obtener, en la distribución general de los frutos del trabajo, algo más que comida y harapos, y una miserable hamaca con una pobre manta para cubrirla; y eso, sin tener que trabajar doce o catorce horas al día ... desde los seis años hasta los sesenta. Tienen derecho, un derecho sagrado e inviolable ... a alguna comodidad y disfrute ... a algún tiempo libre aceptable para tales discusiones, y a algunos medios o a una información que les permita llegar a una comprensión de sus *derechos* ...

Estos «derechos» incluían «un derecho a la parte del producto ... proporcional a los beneficios del patrón», y el derecho a la educación a través del cual los hijos de los obreros pudiesen acceder a la «posición social más elevada». Y, entre multitud de otras ideas y propuestas, que formaban parte de la corriente política de la clase obrera del siglo XIX (puesto que *The Tribune* y *The Rights of Nature* todavía se encontraban en la biblioteca de los radicales del siglo XIX), Thelwall intentó trazar la ascendencia de la jornada laboral de 8 horas como la «norma» tradicional del trabajador.

Podemos afirmar que Thelwall ofreció una ideología coherente al artesano. Su revisión más detenida de *The Rights of Nature* radicó en el análisis del «Origen y Distribución de la Propiedad» y el «Sistema Feudal». Aunque, como Paine, se detuvo antes de llegar a la crítica de la acumulación privada de capital *per se*, pretendió limitar la actuación del «monopolio» y la explotación «comercial», intentando pintar una sociedad ideal de pequeños propietarios de tierra, pequeños comerciantes y artesanos, y de trabajadores cuyas condiciones y horas de trabajo, salud y vejez estuviesen protegidas.<sup>110</sup>

Thelwall llevó el jacobinismo a las orillas del socialismo, también lo llevó a las orillas de lo revolucionario. Ahí el dilema no estaba en su mente, sino en su situación: fue el dilema de todos los reformadores radicales hasta la época del cartismo y más allá. ¿Cómo iban a llevar a cabo sus objetivos aquellos que no tenían representación, si además sus organizaciones se enfrentaban a la persecución y a la represión? Cómo lo denominaban los cartistas, ¿fuerza «moral» o «física»? Thelwall rechazaba la política de gradualismo educativo de Place, como el auxiliar de las clases medias. Aceptaba una agitación ilimitada, pero re-

110. *Tribune*, 3 volúmenes, *passim*; Cestre, *op. cit.*, pp. 175 y siguientes; J. Thelwall, *The Rights of Nature*, 1796. Cartas I y II.

chazaba el procedimiento extremo de la organización revolucionaria clandestina. Esta situación difícil era la que le iba a enfrentar (a él y a reformadores posteriores) a la elección entre la retórica provocativa y la capitulación. Este dilema se iba a repetir, una y otra vez, entre 1792 y 1848. El jacobino o el cartista, que insinuaban la amenaza de los números abrumadores, pero que refrenaban la preparación revolucionaria real, siempre estaban expuestos, en cualquier momento crítico, tanto a la pérdida de la confianza por parte de sus propios seguidores como al ridículo por parte de sus oponentes.

Está claro que algunos miembros de la SCL estaban preparados para ir más allá. No hace falta decir que una gran parte de la información acerca de los grupos implicados en la acción ilegal quedará siempre en la oscuridad, pues ellos mismos se cuidaron de comprometerse poco en el papel. Pero los revolucionarios de la SCL se encuentran, de alguna manera, continuamente conectados con el nombre de Thomas Spence. Spence, un pobre maestro de Newcastle (donde había desarrollado sus teorías de nacionalización de la tierra en fecha tan temprana como 1775), fue a Londres en diciembre de 1792. Le detuvieron por lo menos una vez por vender *Los derechos del hombre*, pero fue absuelto. Publicó y vendió folletos, primero en una tienda de Chancery Lane, luego en el número 8 de Little Turnstile, más tarde en el número 9 de Oxford Street y por fin en un carretón de mano en el que también vendía *saloop* (infusión de sasafrás). Según recuerdo de Place, «no medía más de metro y medio, era muy honrado, sencillo, resuelto, amaba a la humanidad y creía firmemente que llegaría un tiempo en que los hombres serían virtuosos, sabios y felices. Tenía una falta de sentido práctico para con las cosas mundanas que es difícil de imaginar». Durante toda la década de 1790, fue una fuente de octavillas, escritos en las paredes, hojas impresas y un periódico, *Pig's Mear* (1793-1796). Entre mayo y diciembre de 1794, estuvo encarcelado bajo la suspensión del *hábeas corpus*. Entre 1795 y 1797 complementó sus ventas de folletos tratando también con las monedas de recuerdo de los jacobinos. Fue encarcelado de nuevo en 1801. Cuando le dejaron en libertad, la sociedad de Spence continuó siendo un centro de agitación hasta, y más allá de, su muerte en 1814.

Es fácil que se vea a Spence, con sus periféricas panaceas y su alfabeto fonético (en el que publicó un relato de su propio proceso de 1801) como poco más que un chiflado. Pero existen algunas pruebas incompletas, que se presentaron al juicio por alta traición de 1794, acer-

ca de armas y entrenamientos militares conectados con su tienda; mientras que en las últimas etapas de la SCL algunos de los miembros dirigentes, incluyendo a Thomas Evans y Alexander Galloway, eran indudables spenceanos. Spence adoptó los argumentos de Paine contra la aristocracia hereditaria y los condujo a su conclusión: «debemos destruir, no sólo el señorío personal y hereditario, sino su causa, que es la Propiedad Privada de la Tierra»:

Estando adecuadamente preparada la opinión pública, mediante la lectura de mis pequeños tratados ... un pequeño Contingente de Parroquias sólo tienen que declarar que la tierra es suya y formar una convención de Delegados Parroquiales. Otras Parroquias vecinas ... seguirían el ejemplo, y mandarían también a sus Delegados y de este modo surgiría instantáneamente una bella y poderosa Nueva República en su plenitud. Pasando de ese modo, en un momento, el poder y los recursos de la Guerra a manos del Pueblo ... sus Tiranos se volverían débiles e inofensivos ... Y al ser privados de sus Rentas y de las Tierras que las producían, su Poder no volvería a crecer para permitirles derrocar nuestro Templo de la Libertad.

No está claro si Spence estuvo directamente implicado en la conspiración insurreccional (como algo distinto de la incitación general). Pero verdaderamente creía en los métodos de la clandestinidad; la prensa secreta, el pasquín anónimo, el pavimento de carboncillo, el club de la taberna, quizá el motín de subsistencia. En su juicio se describía a sí mismo como «el desinteresado abogado de la descendencia desheredada de Adán». Su propaganda tenía pocas probabilidades de ganar un séquito masivo en los centros urbanos, y parece que nunca alcanzó los distritos rurales. Pero uno de sus seguidores, Thomas Evans, fue el primero en dar al socialismo agrario de Spence una aplicación más general. En su *Christian Polity the Salvation of the Empire*, publicado al final de las guerras, pedía: «Toda la tierra, las aguas, las minas, las casas y toda la propiedad feudal estable, debe volver al pueblo ... y ser administrada en común, como la de la iglesia». El acento todavía está en «feudal», como opuesto a riqueza comercial o industrial. Pero la definición de clase es más clara que cualquiera de las que ofrece Paine:

Primero, establece la propiedad, los dominios nacionales, del pueblo sobre unos fundamentos equitativos y justos, y este acuerdo lo solucionará todo ... y producirá una reforma realmente radical en todas

las cosas; todos los intentos de reformar sin hacer eso *no son sino otras tantas vías de acceso a la auténtica ruina* ... que no alterará las relaciones de las clases de la sociedad.

El escrito de Evans pertenece, en realidad, a los años posteriores a la guerra. Pero él fue uno de los últimos secretarios de la SCL y esto nos recuerda la importancia de los spenceanos como la única agrupación jacobina inglesa que consiguió mantener una continuidad ininterrumpida a través de las guerras. Y hay otra tradición particularmente vinculada a esa agrupación. *Los derechos de la mujer* y la causa de la liberación sexual fueron defendidos, en su mayor parte, en un pequeño grupo intelectual: Mary Wollstonecraft, Godwin, Blake (y, más tarde, Shelley). Spence fue el único de los propagandistas jacobinos que dirigió sus escritos a las propias mujeres trabajadoras. *The Rights of Infants; or, the Imprescriptible RIGHT of MOTHERS to such share of the Elements as is sufficient to enable them to suckle and bring up their Young* es el título de una crítica a *Agrarian Justice* de Paine, publicada en forma de diálogo entre una mujer y un aristócrata. Puesto que las mujeres han descubierto que sus maridos son «lamentablemente negligentes e ineptos por lo que se refiere a sus propios derechos —se hace decir a la mujer— nosotras las mujeres vamos a ocuparnos directamente de los asuntos». Y en un folleto posterior, Spence defendía el derecho del pueblo común a obtener un divorcio fácil:

Este tema se comprende con tal emotividad en este país, que en el caso de que hubiese una Revolución ... parece que las Cadenas del Hímen estarían entre las primeras que se romperían, y los asuntos de la vida de la familia serían traspasados a Cupido, que aunque sea un poco caprichoso, no es un Dios tan parecido a un severo carcelero.

«¿Qué significado tienen las Reformas de Gobierno o la Enmienda de los Agravios Públicos, si el público no puede enmendar sus agravios domésticos?»<sup>111</sup>

111. Materiales sobre la vida de Spence que se encuentran en la Place Collection, Add. MSS. 27808; O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, 1927; A. W. Waters, *Trial of Spence in 1801, &c.*, Leamington Spa, 1917; A. Davenport, *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*, 1836; T. Spence, *Pig's Meat: The Rights of Infants*, 1797. *The Restorer of Society to its Natural State*. 1801. Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 124-128; T. Evans, *Christian Polity the Salvation of the Empire*, 1816, pp. 14, 33, y *Life of Spence*, Manchester, 1821.

Después de las Dos Leyes, Place escribió: «Algunos pensaban que era peligroso, otros que era inútil, reunirse de nuevo ... Todo el asunto empezó a deteriorarse con rapidez ... Después de que sus miembros disminuyeran, los trabajos de la Sociedad aumentaron». Delegaciones del Comité General tuvieron que visitar secciones inactivas o indolentes: «recuerdo haber tenido que visitar, de ese modo, hasta tres secciones en una tarde, y haber tenido que arengarlas a todas por su descuido ... La correspondencia con el resto del país era también muy considerable».<sup>112</sup>

La propia sociedad se sentía rodeada de espías: si Thelwall iba a una marisquería, o a una tienda *à la mode* donde servían ternera (decía Binns), «presumiría de que la mitad de los compartimientos de la sala estaban ocupados por espías del Gobierno». «No ocurre nada —escribió un grabador amigo y colega de Blake, George Cumberland—, salvo que *Gran Bretaña* cuelga a los irlandeses, persigue a los cimarrones, alimenta la Vendée y practica el comercio de carne humana». Sólo tenía que entrar en un café y pedir el desayuno, para que «algún hombre desconocido, pero bien vestido, se sentara en el lado opuesto de mi compartimiento».<sup>113</sup> Thelwall, después de haber sufrido el ataque de los marineros en Yarmouth, continuó su gira de conferencias. De nuevo le atacaron «marineros, sicarios armados y los torpes dragones» (y se le negó protección por parte de los magistrados) en actos públicos en Lynn, Wisbech, Derby, Stockport y Ashby-de-la-Zouch. Durante 15 días se convirtió en director del *Derby Courier*, pero fue obligado a dejar el empleo.

Al fin había llegado al límite. Los «artesanos, tenderos, pastores disidentes, profesores» que le alojaban durante su gira por East Anglia y el norte recibían intimidaciones por todos lados. En 1797, el pánico a la invasión era creciente, se formaron asociaciones armadas leales y cuerpos de voluntarios que servían tanto contra la conspiración interna como contra los franceses.<sup>114</sup> Thelwall había empezado a mantener

112. Add. MSS. 27808. En verano de 1796 Place dimitió de la ejecutiva, en marzo de 1797 del Comité General, y en junio de 1797 de la sociedad. Los informes de Powell (P.C. A.38) muestran que la entrada de nuevos miembros casi se paralizó después de la aprobación de las Dos Leyes: 16 secciones dejaron de reunirse en enero de 1796, 1.094 miembros todavía se reunían con regularidad en las secciones en febrero, 826 en marzo, 626 en mayo, 459 en junio, y sólo 209 en noviembre. Place fue todavía nombrado secretario auxiliar en diciembre de 1796.

113. Binns, *op. cit.*, p. 44; D. V. Erdman, *op. cit.*, p. 272.

114. En febrero de 1797, los franceses realmente hicieron un pequeño desembarco cer-

correspondencia con el joven Coleridge, en 1796, que había dirigido el *Watchman* de Bristol, y a quien le gustaba su *Rights of Nature*. «Es intrépido, elocuente y honrado... —le escribía Coleridge a un amigo en 1797— Si llegase el día de la oscuridad y la tempestad, es muy probable que la influencia de Thelwall sobre las clases bajas fuese grande». Pero en el verano de 1797, los ánimos de Thelwall estaban bajos; visitó a Coleridge en Stowey, en julio, paseó con él y con Wordsworth por el campo, y envidió su paz:

... sería agradable  
Con intercambio bondadoso de ayuda mutua  
Cavar nuevas pequeñas parcelas de jardín, en tanto que  
Fluye la amable conversación, suspendiendo con frecuencia el  
brazo  
Y la pala medio hincada, mientras uno expone con vehemencia  
Y el otro escucha, sopesando cada palabra cargada de significado,  
Y meditando la respuesta adecuada ...\*

Era el año de la germinación de *Lyrical Ballads*, y también los poetas eran objeto de atención por parte de un espía del gobierno, que informó acerca de su emocionante conversación con el jacobino: «un pequeño hombre resuelto, con el cabello oscuro recortado y que vestía un sombrero blanco». Thelwall decidió renunciar a la vida pública:

¡Ah! dejadme, pues, lejos de las escenas de contienda  
De la vida pública (donde la voz admonitoria de la Razón  
Ya no se oye, y la trompeta de la Verdad  
Resuena, pero incita a la pandilla de canallas del poder  
Y actos del más disparatado desorden y de sangre).  
¡Ah! dejadme, lejos en algún vallejuelo remoto,  
Construir mi humilde refugio; podría ser muy feliz,  
¡Mi Samuel! cerca del tuyo, de modo que a menudo pudiese

ca de Fishguard, en la costa del Pembrokeshire: véase E. H. S. Jones, *The Last Invasion of Britain*, Cardiff, 1950.

\* ... it would be sweet / With kindly interchange of mutual aid / To delve our little garden plots, the while / Sweet converse flow'd, suspending oft the arm / And half-driven spade, while, eager, one propounds / And listens one, weighing each pregnant words, / And pondering fit reply...



Disfrutar de tu amable conversación, ¡el más querido de los amigos!\*

Pero Coleridge se estaba cansando del «triunfo de la Verdad», y preparaba la irrupción de su propia «estridente trompeta de la sedición». Su respuesta a Thelwall fue amigable, pero firme: «actualmente creo que su retiro comportaría pocas ventajas y muchos perjuicios».<sup>115</sup>

Mientras tanto la SCL, con Binns y Jones en espera de juicio, se negó a rendirse. En las elecciones generales de 1796, se hizo una alianza informal entre los *wigh* y los radicales en Westminster, donde Fox, en las *hustings*, declaró: «En la Historia Inglesa jamás existió uno [gobierno] más detestable ... Este Gobierno ha destruido más seres humanos en sus guerras extranjeras que Luis XIV; y ha atentado contra la vida de más hombres inocentes que Enrique VIII». Y a lo largo de los siguientes 10 años la oposición foxita fue (cosa incomprensible para los historiadores de la Namier School), junto con el sistema de jurado, la última defensa de las libertades inglesas. El propio Fox ganó en Westminster sin dificultad; y uno de los que Burke consideraba «asesino», Horne Tooke, obtuvo cerca de 3.000 votos.<sup>116</sup> En Norwich, el patrio cuáquero, Bartley Gurney, se presentó, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, frente al ministro de la guerra, Windham. Al igual que en Westminster, había un amplio derecho a voto y consiguió una mayoría entre los ciudadanos residentes, pero fue arrollado por los votantes foráneos importados de Londres. En opinión de Thelwall, los «ciudadanos trabajadores» hubieran vencido si Gurney no hubiese sido un inútil candidato absentista, que incluso dejó de aparecer en las *hustings*. En Nottingham, el doctor Crompton, con el apoyo jacobino, obtuvo un número de votos respetable.<sup>117</sup>

El derrumbamiento llegó a finales de 1796. En otoño de aquel año

\* Ah! let me then, far from the strifeful scenes / Of public life (where Reason's warning voice / Is heard no longer, and the trump of Truth / Who blows but wakes The Ruffian Crew of Power / To deeds of maddest anarchy and blood). / Ah! let me, far in some sequester'd dell, / Build my low cot; most happy might it prove, / My Samuel! near to thine, that I might oft / Share thy sweet converse, best-belov'd of friends!

115. J. Thelwall, *Poems Chiefly written in Retirement*, Hereford, 1801, pp. XXX, 129; Cestre, *op. cit.*, p. 142 y siguientes; H.O. 42.41; E. Blunden (comp.), *Coleridge Studies*, 1934.

116. C. J. Fox, 5.160, sir A. Gardner, 4.814 (elegido). John Horne Tooke, 2.819 (no elegido).

117. Thelwall, *The Rights of Nature*, Carta I, pp. 25-29. Norwich: hon. H. Hobart, 1.622, W. Windham, 1.159 (elegido). Bartlett Gurney, 1.076 (no elegido). Nottingham: lord Carrington, 1.211, D. P. Coke, 1.070 (elegido). Doctor Crompton, 560 (no elegido).

la sociedad todavía tenía fuerza suficiente para publicar un importante *Moral and Political Magazine*, aunque Place advertía prudentemente que eso agotaría las finanzas, y parece que utilizó ampliamente a Thelwall para las cuestiones intelectuales. En enero de 1797, todavía pagaban cuota 18 secciones de la sociedad, aunque en el mismo mes el secretario, John Bone (que se había vuelto a incorporar desde la Sociedad Reformadora), hizo pública una circular impresa para todos los miembros reprochándoles su falta de asistencia. En verano, la sociedad inició la larga tradición de la propaganda política en las calles, tomando el ejemplo de los predicadores disidentes y metodistas, que lo hacían al aire libre: cada domingo hablaban cerca de la City Road y en Islington, Hoxton, Hackney, Hornsey, Bethnal Green, combinando la propaganda jacobina con la defensa del deísmo y el ateísmo. También empezaron (dice Reid) una penetración sistemática en las sociedades de socorro mutuo; un progreso de gran importancia para la historia del tradeunionismo durante los años de ilegalidad. En julio de 1797, intentaron desafiar las Dos Leyes convocando un acto público en St. Pancras: asistió una multitud considerable que fue dispersada por los magistrados, y seis miembros de la tribuna (incluido Binns) fueron detenidos. Todavía continuaba la correspondencia provincial; en julio la Sociedad Patriótica de Norwich escribía: «Continuamos firmes en nuestro Puesto ... mejor preparados para conseguir un éxito Público que para abandonar ...» Pero intercambiar cartas era más difícil: se dieron cinco direcciones nuevas, de tenderos cuyo correo tenía pocas probabilidades de resultar sospechoso, y «pensamos que también deberíamos cambiar la dirección de vez en cuando, como hemos dicho antes». Después de las detenciones de julio, el spenceano Thomas Evans se convirtió en secretario; en noviembre, una reunión del Comité General hizo pública una declaración que denunciaba a las «personas vacilantes» que extienden la opinión de que las asociaciones populares son infructuosas; prometía la continuación de la SCL hasta el más remoto límite, pero sólo estaba firmada por siete personas.<sup>118</sup>

Pero existen algunas pruebas de que en la SCL había al menos dos sectores, en aquel momento; uno que intentaba tener una existencia casi legal (y que todavía publicaba abiertamente sus procedimientos), otro que estaba comprometido en la organización ilegal. Algunas personas

118. *Moral and Political Magazine of the LCS*, (noviembre de 1796); P.C. A.38; H.O. 65.1; LCS Libro de cartas, Add. MSS. 27815; Reid, *op. cit.*, pp. 17-20.

—John Binns, su hermano, Benjamin, y John Bone— probablemente pertenecían a ambos. Los historiadores se han burlado de las pruebas de la actividad clandestina, y sin embargo, en las circunstancias de 1796-1801, hubiese sido más sorprendente que este fenómeno no hubiese tenido lugar. Después de todo, los obreros no eran ajenos a esas formas de actuación; había correos que transmitían regularmente los asuntos ilícitos de las *trade unions*, por entre todas las zonas de Inglaterra. Y aunque las autoridades manipulaban los papeles y los presentaban de forma selectiva y sensacionalista, no hay pruebas que indiquen que esos documentos, como los que se presentaban en el *Informe del Comité de Materia Reservada* en 1799, eran falsificaciones.

La «clandestinidad» jacobina nos llevaría a la colonia de ingleses emigrados en París, a la insurrección de los tejedores escoceses (Tranent, 1797), y sobre todo a las relaciones entre los jacobinos ingleses y los Irlandeses Unidos, cuya rebelión latente se convirtió en guerra abierta en 1798. (Pero los mayores presagios revolucionarios para Inglaterra fueron los amotinamientos de la marina en Spithead y el Nore, en abril y mayo de 1797. No hay duda de que las detestables condiciones en cuanto a comida, paga y disciplina precipitaron los amotinamientos, pero también existen pruebas de instigación jacobina.) Entre los amotinados había miembros de la Sociedad de Correspondencia; el propio Richard Parker, almirante, contra su voluntad, de la «República Flotante» del Nore, es un ejemplo del papel de los «hombres de cuota» educados, que llevaron a la flota el lenguaje de *Los derechos del hombre*, y alguna experiencia en la organización de comités. La presencia de 11.500 marineros irlandeses y 4.000 infantes de marina también irlandeses añadió otro ingrediente revolucionario. «Malditos sean mis ojos si entiendo vuestra jerga y vuestras largas Proclamas», escribió un amotinado a los «Señores Comisarios de la Junta del Almirantazgo».

pero resumiendo, dadnos lo que nos Corresponde de Inmediato y no se hable más de ello, hasta que vayamos en busca de los Canallas, los Enemigos de nuestro País.

Este puede haber sido el lenguaje de la mayoría. Pero durante una crítica semana, cuando el Támesis estuvo bloqueado, entre los amotinados se hablaba de llevarse la flota a Francia (hacia donde, por cierto, zarparon varios barcos desesperados). Lo que es notable acerca de la

conducta de los marineros no es ni su «lealtad fundamental» ni su jacobinismo, sino la «naturaleza irracional y estrafalaria» de sus cambios de actitud. Contra esa naturaleza volátil, advertía Richard Parker a sus amigos, en un último testamento:

Recordad, no os entrometáis en las clases bajas, porque son cobardes, egoístas y desagradecidas; la menor tontería les intimidará, y a aquel a quién en un momento han alabado como su Cabecilla, le mandarán a la horca sin escrúpulo alguno. Yo mismo os hago estas observaciones con dolor, pero ... lo sé por experiencia, y muy pronto seré el ejemplo de ello.

Pero al mismo tiempo declaró que moría «como un Mártir por la causa de la Humanidad».<sup>119</sup>

Esos grandes amotinamientos, y la rebelión irlandesa del año siguiente, fueron por supuesto sucesos de significación universal, y muestran cuán precario era el asidero del *ancien régime* inglés. Que la armada inglesa —el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia revolucionaria y su mayor rival— proclamase que «por fin se ha restablecido la Era de la Razón» era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenían pocas ideas políticas claras, éste fue un asunto circunscrito a las galletas del barco y los atrasos en la paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de la minoría con conciencia política. Pero a la vez, la actitud que la SCL adoptó con respecto a los amotinados es problemática. Existen pruebas de que algunos marineros asistían a sus reuniones jacobinas en Chatham y Portsmouth, y que miembros individuales de la SCL contactaron con los delegados del barco e incluso arengaron a grupos de amotinados. Se supone que un indefinido «caballero que vestía de negro» estuvo en contacto con Parker y sus compañeros; y éste pudo ser el doctor Watson que en aquel momento estaba, en verdad, trabajando en favor de una invasión france-

119. G. E. Manwaring y B. Dobrée, *The Floating Republic*, edición de Penguin, en especial pp. 200, 246, 265-268. Este relato flojea en cuanto a las pruebas de la influencia jacobina en la armada; esto se estudia de forma mucho más minuciosa en C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, 1913.

sa, pero que (según una declaración posterior) no fue reconocido por la SCL.<sup>120</sup>

Los amotinamientos agudizaron al máximo el conflicto de los miembros de la SCL, entre las simpatías republicanas y las lealtades nacionales. Más o menos hacia esta época puede distinguirse un partido progallo y revolucionario (del que formaban parte muchos emigrantes irlandeses), de los reformadores de mentalidad constitucionalista, muchos de los cuales se estaban desmoronando (como Place). En junio de 1797, poco después del amotinamiento, fue detenido un tal Henry Fellowes cuando distribuía octavillas entre las tropas. Era un emisario de la sociedad de Londres. En una carta dirigida a John Bone, en Londres, se informaba de que, en la sociedad activa de Maidstone, había dos secciones (con una asistencia de 60 personas), y se pedían más octavillas (en particular para los soldados irlandeses), así como ejemplares de la «Declaración de Bonaparte» y el *Agrarian Justice* de Paine. A continuación de estos sucesos, se aprobaron dos leyes adicionales que imponían la pena de muerte por juramentos ilícitos y por intentos de apartar a las fuerzas armadas de su lealtad.<sup>121</sup> Inmediatamente después se detuvo a un tal Richard Fuller y se le condenó a muerte por dirigir un discurso incendiario a un miembro de la guardia de Coldstream.

La propia sociedad de Londres adoptó una constitución nueva, mejor adaptada a la organización clandestina y a impedir la infiltración de espías. Al lado de eso, un comité secreto se reunía en la bodega del mesón de Furnival, en Holborn. Este era, con bastantes posibilidades, un centro de los Ingleses Unidos, una organización que era, en lo fundamental, auxiliar de los Irlandeses Unidos; en verdad, en Inglaterra las dos aparecen como prácticamente indistinguibles. Sus comunicaciones tenían lugar de palabra o con lenguaje cifrado, sus emisarios tenían santo y seña y signos:

... extendías tu mano izquierda para estrecharla con su mano izquierda, luego apretaban el primer nudillo del dedo índice, con el pulgar, y

120. C. Gill, *op. cit.*, pp. 301, 319, 327, 339 y siguientes y Apéndice A; y, para Watson, declaración de Henry Hastings en P.C. A. 152, y artículo en *D.N.B.* Las sensacionales historias en cuanto a una conspiración secreta, en toda Europa, del iluminismo y la francmasonería jacobina parece que tienen fundamento por lo que se refiere a Inglaterra, aunque pueden tener alguna relación con los sucesos en Irlanda; véase Abbé Barruel, *Memoirs Illustrating the History of Jacobinism*, trad. y notas por Ho. R. Clifford, 1798, IV, pp. 529 s.

121. Esta ley contra los juramentos ilegales fue la que se utilizó contra los luditas y los «mártires de Tolpuddle».

si él hacía lo mismo con el tuyo, tenías una señal inequívoca; uno decía Unidad y el otro respondía Verdad; uno decía Libertad y el otro decía Muerte ...

En Londres, John Binns, Benjamin Binns y el coronel Despard estaban entre los iniciados. Un informador relató, acerca de una de las secciones que se reunía en el Gallo y Neptuno en Well Close Square, que «principalmente asistían Cargadores de Carbón». Si bien en el Támesis su fuerza se encontraba entre los trabajadores irlandeses, también se decía que en Liverpool y Manchester tenían por lo menos 50 secciones, con otras secciones adicionales en las poblaciones de tejedores del sudeste de Lancashire.<sup>122</sup> En Manchester se obtuvo algún éxito al penetrar en la armada, donde se tomó juramento a algunos miembros de los dragones ligeros:

Con la plena Asistencia de Dios. Yo n.n. juro no obedecer al Coronel, sino al ... pueblo. No a los oficiales, sino al Comité de Ingleses Unidos ... y ayudar con las armas tanto como esté en mi poder a establecer un Gobierno Republicano en este País y en otros y ayudar a los franceses a su Desembarco para liberar a este País.

(El acento irlandés se traiciona incluso en la ortografía.)\* Pero aunque la organización secreta sin duda se extendía más allá de las filas de los irlandeses, parece que en la primavera de 1798 había diferencias de puntos de vista entre los conspiradores. Por una parte los jacobinos nativos parecen haber continuado su trabajo bajo diferentes disfraces. Los «Amigos de la Libertad» de Rochdale y de Royton (verano de 1797) parecían estar vinculados a un centro de Manchester que se llamaba el «Instituto para la Divulgación del Conocimiento entre la Población Obrera de Manchester y sus Alrededores». En Bolton (febrero de 1798) un espía consiguió obtener la admisión (mediante un juramento) en los Ingleses Unidos; el líder local «recomendaba crear un Club de Lectu-

122. Un acusado interrogado en mayo de 1798 declaró que la sociedad de Manchester «había disminuido mucho —en 1796— debido a una pelea entre los Caballeros que a ella pertenecían & los trabajadores Manuales de la Sociedad». Parece que los trabajadores manuales pasaron a formar secciones de los Ingleses Unidos, 29 secciones de las cuales constan en otra declaración, en H.O. 42.45.

\* No tenía sentido mantener una ortografía incorrecta ya que no es significativa para el castellano. (*N. de la t.*)

ra como algo útil para conseguir Prosélitos». En Thornley, en febrero de 1798, un sacerdote irlandés fue abordado por un compatriota y francmasón (un «Caballero Templario») que alardeó de que los Ingleses Unidos eran 20.000 en Manchester: «como yo era un *Santo Padre*» (les escribió a las autoridades) el hombre creyó que podía confesar sus secretos. «Parece —escribió un clérigo de Bolton al duque de Portland en el mismo mes— que no están completamente de acuerdo en cuanto a sus deseos de intervención francesa; algunos dicen que ellos mismos pueden resolver sus asuntos ...»<sup>123</sup>

En el invierno de 1797-1798, un sacerdote irlandés, el padre O'Coigly, anduvo entre Lancashire, Irlanda y Francia, bajo el nombre de «Capitán Jones». A principios de 1798 fue a Londres, y John Binns estaba intentando encontrar un contrabandista en uno de los puertos de Kent para que llevase a O'Coigly y a Arthur O'Connor a Francia, cuando los tres hombres fueron detenidos. A O'Coigly se le encontró un papel en el que se trataba sobre la posible recepción de los franceses en Inglaterra, en caso de que se produjese una invasión. Aunque los ingleses tenían muchos motivos de queja, también les preocupaba que los franceses pudiesen reducir a Inglaterra a ser una provincia. Por lo tanto se les aconsejó a los franceses que, al desembarcar, hiciesen pública una proclama que incluyese lo siguiente: 1. que las Islas Británicas formarían «repúblicas diferenciadas»; 2. que cada una debía escoger su propia forma de gobierno; 3. que todos los que se unieran a los invasores recibirían armas; 4. que no se impondrían más impuestos que los necesarios para sufragar los gastos de la invasión; 5. que Francia limitaría sus adquisiciones a barcos y posesiones ultramarinas que los aliados le hubiesen quitado. O'Coigly, que se negó, con gran heroísmo, a revelar quienes eran sus compañeros, fue ejecutado. Binns, que tenía una gran suerte en la vida, fue absuelto del cargo de alta traición, y —antes de que se pudiese presentar otra acusación menor— se refugió con un nombre supuesto en los «condados de Derby y Nottingham, donde tenía muchos amigos».<sup>124</sup>

La solidaridad con la rebelión irlandesa no se limitaba a los irlandeses como Binns. El 30 de enero de 1798, la SCL publicó un Comu-

123. *Report of Committee of Secrecy, 1799, passim*; diversas fuentes en T.S. 11.333 y 4406; P.C. A.152, A. 158, A.161; H.O. 42.43/6.

24. *Committee of Secrecy, 1799, passim*; T.S. 11.333; P.C. A.152; Binns, *op. cit.*, caps. 4 al 6.

nicado a la Nación Irlandesa, firmado por R. T. Crossfield, presidente, y Thomas Evans, secretario:

GENEROSA Y GALLARDA NACIÓN:

Que el presente Comunicado os convenza de cuán sinceramente nos solidarizamos con todos vuestros sufrimientos ... Que las Naciones ... aprendan que las «actuales circunstancias» han sido el lema del Despotismo de todas las Épocas y todos los Países; y que cuando un Pueblo permita a su Gobierno violar una vez los genuinos Principios de la Libertad, se practicará Usurpación sobre Usurpación; el Mal crecerá sobre el Mal; la Violación seguirá a la Violación, y el Poder engendrará Poder, hasta que las libertades de todos quedarán sometidas a un dominio despótico ...

Es un comunicado conmovedor, que rescata a los ingleses de la acusación de complicidad total en la represión irlandesa, y que incluía un llamamiento a los soldados ingleses que estaban en Irlanda, para que se negasen a actuar como «Agentes de la esclavización de Irlanda». Y que hacía decorosa la «intervención pública» de la sociedad. Evans y los miembros supervivientes del comité de la SCL fueron acorralados en abril de 1798, durante una acalorada discusión acerca de qué tipo de acción debían llevar a cabo en el caso de que se produjese una invasión francesa. Thomas Evans era de la opinión de que el gobierno francés había traicionado la causa revolucionaria, y parecía estar «más deseoso de establecer un extenso despotismo militar, que de propagar los principios republicanos». Por lo tanto, él proponía a la sociedad que sus miembros se uniesen a los voluntarios. El doctor Crossfield estaba de acuerdo con sus críticas, pero afirmaba que la SCL no podía defender lo malo ante lo peor. Los agentes de Bow Street acabaron la discusión.<sup>125</sup>

El día anterior, habían sido atrapados el coronel Despard y tres miembros de los Ingleses Unidos. Desde luego, pueden considerarse exagerados los informes alarmistas que dio el Comité de Materia Reservada en 1799, por lo que se refiere a la fuerza de esta organización:

Casi todas las sociedades repartidas por toda Inglaterra, que solían mantener correspondencia con la Sociedad de Correspondencia de Lon-

125. Véase H. Collins, *op. cit.*, p. 132; R. Hodgson, *Proceedings of General Committee of LCS, Newgate, 1798; Committee of Secrecy, 1799*, Apéndice, pp. 70-73; H. C. Davis, *op. cit.*, pp. 92-93.

dres habían ... adoptado el mismo plan de formar sociedades de Ingleses Unidos ... y la destructiva influencia de la que procedían todavía se extendió más allá con la fundación de clubs, entre las clases más bajas de la comunidad ... en los que se cantan canciones, se hacen brindis y se utiliza un lenguaje de la índole más sediciosa.

Pero al mismo tiempo, no hay razón para que los historiadores hayan aceptado, sin ponerla en duda, la versión de Place, según la cual la sociedad de Ingleses Unidos había nacido muerta y nunca había tenido más de una docena de miembros.<sup>126</sup> Place se había opuesto, desde hacía mucho tiempo, no sólo a la organización ilegal, sino a cualquier forma de agitación abierta, y había favorecido una política de moderación educativa. Se había apartado de la sociedad en 1797, y a buen seguro no disfrutaba de la intimidad de los conspiradores. Por lo que se refiere a su existencia en el Lancashire, hay pruebas contundentes; y entre los papeles del procurador del Tesoro y el Consejo Privado hay relatos de algunos informadores sobre las actividades de varias secciones de Londres. Dos espías declaraban pertenecer a un Comité General, con delegados de ramas dispersas en Shoreditch, Hoxton, Bethnal Green; algunos delegados recibían instrucción militar (septiembre de 1798) en Epping Forest; había un grupo muy concurrido que se llamaba «Hijos de la Libertad».<sup>127</sup> «Afortunadamente no tenemos Líder», declaraba el «Comunicado del Comité Secreto de Inglaterra dirigido al Directorio Ejecutivo de Francia» que se le encontró a O'Coigly:

Unos pocos de los opulentos se han declarado, desde luego, Amigos de la Democracia, mediante Discursos, pero no han actuado, se han considerado a sí mismos como algo distinto del Pueblo, y el Pueblo, a su vez, considerará las Declaraciones en Favor suyo como algo injusto y frívolo. ...

Hoy, sólo esperamos con impaciencia para ver al Héroe de Italia, y a los valientes Veteranos de la gran Nación. Miríadas saludarán su Llegada con Gritos de Alegría ...<sup>128</sup>

La realidad se presentaría de forma compleja. Por un lado, las «mi-

126. Add. MSS. 35142 y siguientes, 62-66. Es posible que el relato de Place haya ganado aceptación porque una organización clandestina, por su propia naturaleza, casi no deja papeles tras suyo y, por lo tanto, no tiene realidad existencial para el historiador.

127. Informes de John Tunbridge y Gent, P.C. A.144.

128. *Report of Committee of Secrecy*, 1799, p. 74.

riadas», lejos de adoptar la actitud que declaraba el «Comité Secreto de Inglaterra», hacia 1798 se vieron envueltas en la ola de sentimiento patriótico levantada por la expectativa de una invasión francesa. En verdad, el Movimiento de Voluntarios de esos años pudo no alarmar a los franceses, pero era una fuerza auxiliar poderosa para los otros recursos de la Iglesia y el Estado, en la represión de los jacobinos del país.<sup>129</sup> Probablemente Place tiene razón al decir que en los círculos extremistas de Londres había, en aquel momento, algunos conspiradores congénitos que vivían en un mundo de fantasías paranoicas de taberna, que tenían pocos contactos verdaderos, y cuyos comunicados (si en Francia se les hubiese dado crédito) habrían sido completamente engañosos. Uno de esos hombres era (parece) el doctor Richard Watson, un antiguo miembro de la SCL y a quien ya hemos observado como asociado de algún modo con los amotinamientos de la marina. En 1797, fue detenido por pasar información a Francia por la vía de Hamburgo. Puesto en libertad en 1799, «le Citoyen Watson» envió un memorial al Directorio francés, en el que se describía a sí mismo como «Presidente del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Correspondencia de Londres, Miembro de la Unión Británica y Representante de las Asociaciones de Bath Bristol, etc.». Al huir hacia Francia empezó a dirigirse a la nación inglesa en el mismo tono grandilocuente.<sup>130</sup>

Pero otros conspiradores eran más serios, como iba a atestiguar el coronel Despard en el cadalso, en 1803.<sup>131</sup> Hacia 1797, está claro que algunos de los jacobinos más extremos habían llegado a perder la esperanza con respecto a la agitación constitucional. Desde este momento en adelante, durante más de veinte años, hubo un pequeño grupo de demócratas londinenses (spenceanos o republicanos) que no veían otra esperanza que la de un *coup d'état*, ayudado quizá por armas francesas, en el que alguna acción violenta alentara a la «muchedumbre» de Londres a levantarse en su apoyo. Esta es la tradición que heredaron Arthur Thistlewood y otro doctor Watson, en 1816. A finales de la década de 1790, algunos del grupo, incluyendo a Richard Hodgson y a John Ashley (zapatero y anterior secretario de la SCL), se refugiaron en

129. Véase J. R. Western, «The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801», *English Hist. Rev.* (1956), p. 603; y para las deficiencias de los voluntarios, *The Town Labourer*, pp. 87-89.

130. Diversos documentos en P.C. A.152; Meikle, *op. cit.*, pp. 171, 191-192; *Clef du Cabinet des Souverains*, 2 de frimario, y VII; *D.N.B.*

131. Para Despard, véase más adelante, vol. 2, pp. 41-47.

Francia, donde todavía permanecían en 1817. El retorno de dos miembros de este grupo a Londres, durante este año, fue suficiente para motivar un informe alarmista al propio lord Sidmouth.<sup>132</sup>

Así, las conspiraciones jacobinas existían. Y éstos eran bastante serios como para arriesgar sus vidas y soportar la cárcel y el exilio. Pero el tipo de conspiración que hacían tenía una cierta estridencia y un ardor republicano abstracto que no iba con los tiempos. Además, con la ejecución de O'Coigly, el fracaso de la rebelión irlandesa, y la detención de los dirigentes en Londres y en Manchester, la conspiración dejó de tener una existencia *nacional*. En las provincias, donde existía alguna organización clandestina, o bien se marchitaba en el aislamiento, o echaba un nuevo tipo de raíces en su propio contexto industrial. En 1799, se introdujo una legislación especial que «prohibía y suprimía por completo», citándolas por su nombre, la SCL y los Ingleses Unidos. Incluso el infatigable conspirador, John Binns, creyó que no había esperanzas para una nueva organización nacional, e intentó iniciar un pacto de no agresión con el Consejo Privado, aunque eso sólo tuvo como resultado que tuviese que cumplir condena como su invitado en la cárcel de Gloucester. Cuando le detuvieron estaba en posesión de un billete que quizá era una de las últimas «coberturas» de la vieja SCL: «Dar entrada para la Temporada a la Escuela de Elocuencia».<sup>133</sup>

Hacia 1799, casi todos los viejos dirigentes estaban en la cárcel o en el exilio; entre los prisioneros se encontraban: Evans, Hodgson, Bone, Binns, Galloway, Despard y John Baxter. Su espectáculo en prisión dejaba mucho que desear, si se compara con el de Wilkes 30 años antes. Thomas Evans, según su propio relato, «fue trasladado a la Bastilla, y allí confinado muchos meses en una celda, con el acomodo de una ciénaga de paja, una manta y una alfombrilla; no le dejaron tener libros, pluma, tinta, papel, vela y durante mucho tiempo tampoco le facilitaron fuego». Su casa fue incautada por los magistrados de Bow Street y su esposa y su hijo encerrados. Estuvo preso durante 2 años y 11 meses. El trato de los prisioneros por parte del gobernador Aris en Colbath Fields provocó un escándalo, en la denuncia del cual sir Francis Burdett tuvo una parte destacada. El hecho de que la campaña en beneficio de los prisioneros le hiciese ganar una popularidad sólo comparable con la que había disfrutado Wilkes demuestra la inclinación

132. G. Sangster a Sidmouth, 13 de abril de 1817, H.O. 42.163.

133. P.C. A.152; Binns, *op. cit.*, pp. 140-141.

libertaria de la multitud de Londres. Durante años, el lema más popular de Londres fue: «¡Burdett, y Abajo la Bastilla!». Uno de los prisioneros a los que ayudó a conseguir la libertad fue el coronel Edmund Despard. La historia del radicalismo del siglo XIX empieza con esos dos hombres.<sup>134</sup>

¿Cuál es el precio de la experiencia? ¿La compran a cambio de una canción?

¿O compran la sabiduría a cambio de una danza en la calle? No, se compra al precio

De todo lo que tiene el hombre, su casa, su esposa, sus hijos.

La sabiduría se vende en el desierto mercado donde nadie va a comprar. Y en el campo yermo, donde el campesino ara en vano para obtener pan.\*

Así lo expresaba William Blake al escribir *Vala, or the Four Zoas* en 1796-1797. A medida que la corriente jacobina iba por canales más clandestinos, sus propias profecías se volvieron más misteriosas y particulares. A lo largo de los años en que siguieron los encarcelamientos: Kyd Wake, un encuadernador de Gosport, fue condenado, a finales de 1796, a 5 años de trabajos forzados, y a la picota por decir: «Abajo Jorge, abajo la guerra» (el mismo Blake escapó por poco de una acusación como ésta, en 1803); encarcelaron a Johnson, el librero y amigo de Godwin; se hicieron procesos por sedición en Lancashire y Lincolnshire; se encarceló a un cestero de Somerset por decir «Deseo que los franceses tengan suerte».<sup>135</sup> El duque de Portland, en el Ministerio del Interior, dio instrucciones de que se cerraran las sociedades de las tabernas, y de que se entregasen al correccional a los pequeños que vendían las hojas de Spence a 1/2d.<sup>136</sup> En Hackney, el excéntrico erudito en lenguas clásicas, Gilbert Wakefield, levantó la vista de sus libros y dio la opinión de que las clases trabajadoras tenían poco que perder con una invasión francesa: «Dentro del área de tres millas alrededor de la casa donde estoy escribiendo estas páginas, hay

134. T. Evans, *Christian Polity*, p. iv; *Reasoner* (26 de marzo de 1808); «Narrative of John Oxlade», Add. MSS. 27809; P.C. A.161.

\* What is the price of Experience? do men buy it for a song? / Or wisdom for a dance in the street? No, it is bought with the price / Of all that a man hath, his house, his wife, his children. / Wisdom is sold in the desolate market where none come to buy, / And in the wither'd field, where the farmer plows for bread in vain.

135. T.S. H.5390.

136. H.O. 119.1; H.O. 65.1.



una cantidad mucho mayor de seres humanos miserables, que mueren de hambre ... que en cualquier otra porción de tierra igual, en toda la zona habitable del globo terrestre». <sup>137</sup> Ni su amistad con Fox, ni su propia erudición le salvaron de la prisión. «La Bestia y la Prostituta gobiernan sin control», anotó Blake en la portada de *Apology for the Bible* del obispo Watson: «Defender la Biblia en este año de 1798, le costaría la vida a un hombre.» Ciertamente, Kyd Wake murió en prisión, mientras que Wakefield sólo fue puesto en libertad cuando estaba a punto de morir.

{ La persecución acabó con los últimos intelectuales jacobinos, además de los artesanos y los trabajadores. En Francia, como le parecía a Wordsworth, }

... todo estaba silenciado por las cadenas de hierro  
Del dominio militar. Los propósitos mudables,  
Las diversas funciones y los elevados atributos  
De la acción civil, sometidos a un poder  
Formal, y detestable, y vil.

{ En Inglaterra reinaba un miedo terrible al cambio; }  
Los débiles eran alabados, recompensados y promovidos;  
E, impulsado por un justo desdén,  
Una vez más, me encerré en mí mismo.\*

Ahí empezó, para una generación intelectual, el modelo de desencanto revolucionario que prefigura los modelos más burdos de nuestro siglo. Perdidas sus fantasías pantisocráticas, los arrepentidos acusaban a los jacobinos de sus propias locuras intelectuales. En el verano de 1797, andando con Thelwall por los Quantocks, los poetas llegaron a un pequeño valle apartado. «Ciudadano John —dijo Coleridge—, este es un buen lugar para hablar de traición.» «No, Ciudadano Samuel —respondió Thelwall—, es más bien un lugar para olvidar que exista alguna necesidad de traición.» La anécdota prefigura el descenso hacia la «apostasía» política; muy rastrera en Southey, muy compleja en Coleridge, muy dolorosa e interrogativa en Wordsworth. «Me gustaría

137. G. Wakefield, *Reply to the Bishop of Llandaff*, 1798, p. 36.

\* ... all was quieted by iron bonds / Of military sway. The shifting aims, / The varied functions and high attributes / Of civil action, yielded to a power / Formal, and odious, and contemptible, / -In Britain ruled a panic dread of change; / The weak were praised, rewarded, and advanced; / And, from the impulse of a just disdain, / Once more did I retire into myself.

que escribieses un poema en verso puro —le escribió Coleridge a Wordsworth, en 1799— dirigido a quienes, como consecuencia del fracaso completo de la Revolución francesa, han abandonado todas las esperanzas de mejora de la humanidad, y se están hundiendo en un egoísmo casi epicúreo, disfrazándolo bajo los suaves títulos de apego doméstico y desprecio hacia los *philosophes* visionarios ...» Por esta época Thelwall se había retirado a una granja aislada en South Wales. (Al llegar allí quedó sorprendido al descubrir que un espía lo vigilaba. ¿O era su manía persecutoria?) Allí, Wordsworth le hizo su última visita; y fue en estos parajes desolados donde describió al Solitario de *The Excursion*, reflexionando sobre los errores de aquellos años del milenio. <sup>138</sup>

En el otro extremo, tenemos a los obreros, desorganizados y perseguidos, sin una dirección a nivel nacional, luchando para mantener algún tipo de organización ilegal. Su difícil situación queda muy bien expresada en una carta dirigida a la SCL por una sociedad de Leeds, escrita en nombre de un centenar de miembros, en octubre de 1797:

Somos principalmente Obreros Manuales como pocos de los hombres de oficio de aquí que son amigos de nuestra causa tienen Fortaleza suficiente para darse a conocer públicamente como la influencia Aristocrática es tan grande que tienen todo el comercio en sus manos de este modo tienen el Poder de arruinar a cualquier hombre de oficio que denuncie la Vileza de un Sistema Corrupto. Aquí había una excelente Sociedad hace unos tres años, pero desde que los arbitrarios procesamientos de nuestros Jueces actuaron de una forma tan terrible sobre nuestros Amigos en general que sus espíritus se han hundido bajo el Estandarte de la Moderación y la llama Sagrada que ardía en sus Pechos casi se extinguió ...

Ningún tabernero se atreve a albergarles, y necesitan carnets de socios «con urgencia» «porque no hay ningún impresor en la ciudad que se atreva a hacer algo para nosotros». <sup>139</sup>

138. Thelwall, a diferencia del Solitario, siguió en la política radical. Durante las guerras subsistió como profesor de elocución, y reapareció en una plataforma radical en Westminster, en noviembre de 1818, «para el gran asombro de la Compañía, —observó el *Gorgon*— como un resucitado» (21 de noviembre de 1818). Después editó el *Champion*, se preocupó de seguir adelante con las sociedades, y tomó parte en la agitación de la *Reform Bill* de 1831-1832. Pero no estaba a tono con el nuevo movimiento, y su trabajo careció de la primera originalidad y provocación.

139. LCS libro de cartas. Add. MSS. 27815.

Es una equivocación considerar esto como el fin, porque también era un comienzo. En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra. Es cierto que el impulso revolucionario fue ahogado en sus albores, y la primera consecuencia fueron la amargura y la desesperación. El terror contrarrevolucionario de las clases dominantes se manifestó en todos los aspectos de la vida social; en actitudes hacia el tradeunionismo, hacia la educación del pueblo, hacia sus diversiones y sus modales, hacia sus publicaciones y sus asociaciones, y hacia sus derechos políticos. Y el reflejo de la desesperación entre el pueblo común se puede ver, durante los años de la guerra, en el quiliasmo trastocado de los partidarios de Joanna Southcott, y en el nuevo resurgimiento del metodismo. En las décadas posteriores a 1795 hubo un profundo alejamiento entre clases en Inglaterra, y la población obrera se vio empujada a una situación de *apartheid* cuyos efectos —en los detalles de discriminación social y educativa— pueden percibirse hasta nuestros días. Inglaterra se diferenció de otras naciones europeas en lo siguiente: que la pleamar del sentimiento contrarrevolucionario y la disciplina coincidieron con la pleamar de la Revolución industrial: a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización industrial, los derechos políticos y sociales retrocedían. La alianza «natural» entre la impaciente burguesía industrial de ideas radicales y un proletariado en configuración se rompió tan pronto como se formó. El fermento que se dio entre los industriales y los ricos negociantes disidentes pertenece, en lo fundamental, a los años 1791 y 1792; el momento culminante del «descontento» entre los artesanos y los asalariados de Londres, Norwich y Sheffield —ya fuese a causa de la agitación jacobina o a causa del hambre— pertenece a 1795. Coinciden sólo durante unos pocos meses de 1792; y después de las matanzas de septiembre, todos los industriales, excepto una pequeña minoría, habían sido ahuyentados de la causa de la reforma. Si en Inglaterra no hubo revolución en la década de 1790, no fue debido al metodismo, sino a que la alianza que hubiese tenido suficiente fuerza para hacerla se desintegró; después de 1792 no hubieron girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos. Si hombres como Wedgwood, Boulton y Wilkinson hubiesen actuado junto con hombres como Hardy, Place y Binns —y si la pequeña *gentry* de Wyvill se hubiese unido a ellos— Pitt (o Fox) se hubiesen visto obligados a conceder una amplia implantación de la

reforma. Pero la Revolución francesa *consolidó* la Vieja Corrupción al unir a los terratenientes y a los industriales en un pánico común; y las sociedades populares eran demasiado débiles y demasiado inexpertas para llevar a cabo una revolución o una reforma por sí mismas.<sup>140</sup>

Algo de eso percibió Thelwall cuando visitó Sheffield, en 1796. Se alegró de la inteligencia y la conciencia política de la «*sansculotterie*» de Sheffield. «Pero es un cuerpo sin cabeza. Por desgracia no tiene ningún líder.» Aunque varias personas «con propiedad e influencia considerables ... *piensan* como ellos», ninguna tiene el valor de colaborar:

Si por lo menos tres o cuatro personas con influencia de prestigio y de dinero de este lugar, condujesen a esos honrados, inteligentes fabricantes y su causa, completa y públicamente (como personas de ese tipo ... lo han hecho en Norwich), en Sheffield, como en Norwich, la pequeña tiranía de la persecución provincial desaparecería dentro de poco ...<sup>141</sup>

Este no era un signo de apostasía jacobina por parte de Thelwall. En 1796, se enfrentó a un dilema real: por una parte, el paternalismo reformista, que cuando —como en el caso de Gurney en Norwich— lo había visto poner en práctica le disgustaba; por otra, la exposición de los reformadores plebeyos a la represalia, en una escala que estaba destruyendo al movimiento o conduciéndolo a la clandestinidad.

Además, el movimiento tenía gran necesidad de los recursos intelectuales de aquellos hombres de la clase media educada, algunos de los cuales se encontraban muy desolados por el desencanto revolucionario. El movimiento había perdido prematuramente, debido a la emigración forzosa y voluntaria, a dos de sus propagandistas y organizadores más capacitados, Gerrald y Cooper.<sup>142</sup> No podría sobrevivir siempre basándose en *Los derechos del hombre*, y la

140. Para estudios sobre las conexiones entre los reformadores y los intereses industriales a principios de la década de 1790, véase E. Robinson, «An English Jacobin: James Watt», *Camb. Hist. Journal*, XI (1953-1955), p. 351; W. H. Chaloner, «Dr. Joseph Priestley, John Wilkinson, and the French Revolution», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 5th Series, VIII (1958), p. 25.

141. Thelwall, *The Rights of Nature*, Carta I, p. 20.

142. Dos de sus folletos más convincentes fueron *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, de Gerrald, y T. Cooper, *Reply to Mr. Burke's Invective against Mr. Cooper and Mr. Watt*, Manchester, 1792. Para la emigración de Cooper a Norteamérica, véase D. Malone, *The Public Life of Thomas Cooper*, New Haven, 1926.

imitación de las formas francesas, o en las togas romanas y las blusas sajonas. Pero en su momento culminante, en 1795, el movimiento apenas tenía 4 años de desarrollo; su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición, con partidarios ausentes y con un Robespierre que interrumpía las floridas épocas de sus discursos con la tétrica guillotina. Las conferencias de Thelwall se planeaban sin descanso, para un público que siempre contaba con uno de los informadores de Su Majestad. Su mejor obra (de forma significativa) no se realizó hasta la relativa calma de 1796, cuando el movimiento empezaba a desintegrarse. Apenas sorprende que los jacobinos ingleses fueran culpables de falta de madurez y fueran víctimas de su inexperiencia, y que muchos de sus oradores parecieran ridículos debido a sus exageradas actitudes.

Hasta aquí, podría parecer, que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron su origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento; apenas habían finalizado las guerras antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos librepensadores», transferida por hombres como Benjamin Flower y William Frend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox.<sup>143</sup> Está la tradición de Place, y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas (algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patronos), que reaparecieron en la elección de Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett, y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

Estas tradiciones se encarnan, no sólo en ideas, sino en personas. Aunque algunos jacobinos se retiraron y otros —John Gales, Thomas Cooper, el «ciudadano Lee», John Binns, Daniel Isaac Eaton y muchos otros— emigraron a América,<sup>144</sup> otros estaban alerta a todas las

143. Véase F. E. Mineka, *The Dissidence of Dissent*, 1944.

144. Eaton fue el único de éstos que volvió. Véase más adelante, vol. 2, p. 189. También había una pequeña colonia de jacobinos ingleses *émigrés* en París, entre los que estaban Sampson Perry, Ashley, Goldsmith, el doctor Maxwell y John Stones, que publicaron *Argus*, contrario a Pitt, y la mayor parte de ellos tuvieron una profunda desilusión con el bona-

oportunidades de volver a iniciar la propaganda. John Gale Jones y John Frost fueron miembros, durante las guerras, de clubs de debate de Londres, donde influyeron a una generación radical más joven; y Jones siguió siendo una persona destacada en los círculos del Londres radical, hasta la década de 1820.<sup>145</sup> Y en muchos centros provinciales se puede dar testimonio de la misma continuidad. Pocos centros pueden hacer ostentación de un historial tan largo como el de George Bown de Leicester, que en 1792 fue secretario de su Sociedad Constitucional, en 1794 fue detenido, y todavía en 1848 escribía como defensor del cartismo partidario de la «fuerza física».<sup>146</sup> Pero en muchas ciudades seguían reuniéndose hombres de oficios y artesanos, contrarios a las guerras, que pensaban del mismo modo. El gran grabador, Thomas Bewick, recuerda el «grupo» de partidarios incondicionales de las libertades de la humanidad, que se reunió en Newcastle en la Campana Azul, el Unicornio y el gabinete de lectura. Aquellos eran «hombres juiciosos e influyentes», «hombres de oficio distinguidos», «empleados de banca, artesanos y apoderados». Entre los que se relacionaban particularmente con Bewick había un zapatero, un constructor, un fundidor, un hojalatero, un editor, un maestro de esgrima, un caballero radical y varios actores. Les unía a todos la condena de la guerra y sus consecuencias sociales:

Los navieros que nadaban en la riqueza, la *gentry* que giraba alrededor del fausto aristocrático, todos ellos olvidaban cuál solía ser su actitud y su comportamiento, bondadoso y amable, hacia los que pertenecían a condiciones más humildes; y parecían mirarlos, demasiado a menudo, como si fuesen bazofia. También cambió la naturaleza de los granjeros. Se comportaban como si fuesen caballeros, de forma muy torpe, y en aquel momento no podían beber otra cosa que no fuese vino. ... Cuando esos presuntuosos caballeros salían del mercado, estaban dispuestos a pasar por encima de todo lo que encontrasen ... por el camino; pero eso no era nada comparado con el orgullo y la locura que se posesionaba de sus cabezas vacías o llenas de humos, cuando iban

partismo. Véase S. Perry, *Argus*, 1796, p. 257; J. G. Alger, *Englishmen in the French Revolution*, 1889.

145. Entre los que estuvieron influidos por Gale Jones y John Frost estaba el homónimo de Frost, el antiguo alcalde de Newport, que dirigió la insurrección cartista de 1839 en Gales; véase D. Williams, *John Frost*, Cardiff, 1939, pp. 13-14.

146. A. T. Patterson, *op. cit.*, pp. 70, 74; J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs, 1959, p. 132; G. Bown, *Physical Force*, Leicester, 1848.

vestidos de escarlata ... y se les llamaba la «caballería de la *yeomanry*».  
... No ocurría lo mismo con los laboriosos trabajadores. Sus privaciones eran grandes ...<sup>147</sup>

Si bien entre los pequeños menestrales, los empleados y los hombres de oficio había hostilidad hacia la *gentry* y los grandes labradores, y solidaridad con el «trabajador industrial» (y esta es una característica muy importante de la conciencia radical, que permanecerá por lo menos 50 años después de 1795), sin embargo, se sentían intimidados, como los hombres de oficio de Leeds, por la «influencia aristocrática». Incluso Bewick, con su valor puritano, tenía cuidado durante las guerras de relacionarse sólo con aquellos que podían «dar ejemplo de conducta decorosa a los que tenían una actitud más violenta», y cuya indignación con «las atrocidades políticas de la época» se mantenía «dentro de unos límites». De aquí que los jacobinos plebeyos estuviesen aislados y se viesen obligados a replegarse sobre sí mismos y a descubrir medios de organización independiente cuasilegal o clandestina. (En el Newcastle de Bewick, se formaron durante las guerras muchísimas sociedades de socorro mutuo que tenían su sede en las tabernas, muchas de las cuales eran sin duda coberturas de la actividad de las *trade unions*, en las que antiguos jacobinos contribuían al «caluroso debate y al violento lenguaje» de las reuniones de club.)<sup>148</sup> Aislados de las otras clases, los trabajadores manuales radicales, los artesanos y los obreros, forzosamente, tenían que fomentar tradiciones y formas de organización propias. De modo que, en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts*\* (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions*.<sup>149</sup>

147. T. Bewick, *A. Memoir*, compilado por M. Weekley, Cresset, 1961, pp. 146-148, 153.

148. Véase más adelante, pp. 465-469.

\* Leyes dirigidas contra la libre asociación. Fueron derogadas en 1824. (*N. de la t.*)

149. Véase más adelante, vol. 2, pp. 66-67.

Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el tradeunionismo. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción: «*No he olvidado el Reino del Terror en Inglaterra; ahí tenéis el origen de mis inclinaciones políticas*», escribió Ebenezer Elliott, el «Rimador de las *Corn-Laws*», cuyo padre era administrativo en una herrería cercana a Sheffield, y a costa del cual se divertía de vez en cuando la *yeomanry* haciendo recular los caballos a través de sus ventanas».<sup>150</sup>

La historia de la agitación en favor de la reforma, entre los años 1792 y 1796, fue la historia (en términos generales) de la simultánea ausencia de reformadores de la clase media y el rápido movimiento «hacia la izquierda» de los radicales plebeyos. La experiencia marcó la conciencia popular durante 50 años, y durante este tiempo la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares se les denomina, correctamente, jacobinos. Algunos de sus líderes, entre los que se incluía Thelwall, estaban deseosos de aceptar el término:

Asumo el término *Jacobinismo* sin dudar: 1. Porque nuestros enemigos nos lo han impuesto como un estigma ... 2. Porque aunque condeno la ferocidad sanguinaria de los últimos Jacobinos en Francia, sin embargo, sus principios ... son los que más se parecen a mis ideas de la razón y la naturaleza del hombre, de todas las que conozco ... Utilizo el término Jacobinismo simplemente para indicar *un sistema de reforma amplio y global, que no pretende basarse en las autoridades y los principios de la tradición Gótica*.<sup>151</sup>

La peculiaridad de su jacobinismo se encontraba en el acento que pone sobre la *égalité*. «*Equality*» es un término demasiado negativo (en las connotaciones inglesas habituales) para aplicarlo a las penetrantes y constructivas doctrinas, con respecto a la eliminación de todas las dis-

150. Citado en *Poor Man's Guardian* (17 de noviembre de 1832), y añade (referente a la memoria del Terror) «esto es válido en miles de ejemplos junto al del señor Elliott».

151. J. Thelwall, *Rights of Nature*. 1796. II. p. 32.

tinciones de rango, que informaban sus procedimientos. El movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad. Pero la propia existencia de sus organizaciones, y la protección de sus fondos, requería la promoción de un cuadro de dirigentes experimentados, así como un cierto respeto o exagerada lealtad hacia su liderazgo, lo cual resultó ser una fuente de formas y controles burocráticos. Los jacobinos ingleses de la década de 1790 iniciaron tradiciones muy distintas. Había un prurito en la *égalité*, frente a los atropellos en las formas cometidos en el siglo XVIII, que se mostraba por ejemplo cuando lord Daer, jacobino, se sentaba con los artesanos y los tejedores como el simple «ciudadano Daer». Pero la creencia de que «un hombre es un hombre, para todo» encontraba expresión en otras formas, que pueden recordarse como una crítica según las prácticas de nuestros días. Todos los ciudadanos de un comité debían tomar parte en alguna de las tareas, la presidencia de los comités era a menudo rotativa, se vigilaban las pretensiones de los líderes, los procedimientos se basaban en la meditada creencia de que todos los hombres eran capaces de razonar y de desarrollar sus habilidades, y de que la referencia y las distinciones de rango eran una ofensa a la dignidad humana. Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX.

No hace falta subrayar la importancia evidente de otros aspectos de la tradición jacobina: la tradición de la autodidaxia y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas; la tradición del republicanismo consciente; y sobre todo, la tradición del internacionalismo. Es extraordinario que una agitación tan breve difundiera sus ideas por tantos rincones de Inglaterra.<sup>152</sup> Quizá la consecuencia más profunda del jacobinismo inglés, aunque es la más difícil de definir, fuera el derrumbe de los tabúes acerca de la agitación entre «innumerables miembros». Dondequiera que subsistiesen ideas jacobinas, y dondequiera que se apreciaran los ejemplares escondidos de *Los derechos del hombre*, las personas no estaban dispuestas a esperar por más tiempo el ejem-

152. W. A. L. Seaman, *op. cit.*, p. 20, da pruebas de sociedades en más de cien lugares en Inglaterra y Escocia.

plo de un Wilkes o un Wyvill antes de empezar una agitación democrática. A lo largo de los años de la guerra hubo muchos Thomas Hardy en cada ciudad y en cada pueblo por toda Inglaterra, con un arcón o una estantería llena de libros radicales, ofreciendo su tiempo, intercambiando palabras en la taberna, el templo, la herrería, la zapatería, esperando el momento para volver a actuar. Y el movimiento que esperaban no pertenecía a los caballeros, los industriales o los contribuyentes; era suyo.

En una fecha tan tardía como 1849, un astuto escritor satírico del Yorkshire publicó una pieza corta sobre un cierto «político del pueblo» que daba la sensación de autenticidad. Es, típicamente, un zapatero remendón, un hombre viejo y el sabio de su población industrial:

Tiene una biblioteca de la que se enorgullece. Es una colección de libros extraña. ... Están la *Pearl of Great Price* y *Twopenny Trash* de Cobbett. El *Pilgrim's Progress* ... y *The Go-a-head Journal*, *The Wrongs of Labour* y *Los derechos del hombre*. *La historia de la Revolución francesa* y *Holy War* de Bunyan ... *La edad de la razón* y una Biblia anticuada.

Es, «por supuesto, un gran admirador de Bonaparte». «Su viejo corazón se caldea como un cuarto\* de cerveza caliente con especias, cuando tiene noticia de una revolución que ha triunfado: un trono derribado, reyes que se van, y príncipes diseminados por el extranjero. Entonces piensa que los sueños de su juventud están a punto de cumplirse.» Se permite hacer grandes metáforas sobre «el sol de la libertad» que se alza sobre la «atmósfera horizontal», y afirma tener conocimiento acerca de los acontecimientos de Rusia.

Recuerda el día en que apenas se atrevía a andar por las calles. Puede decir cómo le abuchearon, apedrearón y despreciaron ... y la gente le dijo que podía dar gracias de que no le quemasen vivo alguna noche, junto con la efigie de Tom Paine ... Sorprende a los más jóvenes cuando les habla de una época en que no había Hábeas Corpus ... y el Fiscal de la Corona iba por todo el país como un león rabioso. ... Habla de un hombre que dijo ... que el rey había nacido desnudo, y por consiguiente fue deportado por sedición ...<sup>153</sup>

\* Cuarto de galón = 1,136 litros. (*N. de la t.*)

153. E. Sloane, *Essays, Tales and Sketches*, 1849, pp. 61 y siguientes.

La revolución que había soñado nunca ocurrió, pero sin embargo hubo revolución de una clase. Fueron los legitimistas, se lamentaba James Watt el joven en 1793, los que —espoleando a la muchedumbre contra los reformadores— se habían «entrometido» en «las clases más bajas del pueblo»:

Poco se les ocurre pensar lo peligroso que es permitir que el pueblo conozca su poder y tampoco piensan que llegará el día en que maldecirán el absurdo grito de Iglesia y Rey, y verán cómo sus propias armas se vuelven contra ellos.<sup>154</sup>

Después del año 1795, que casi fue de hambruna, puede percibirse el cambio en muchísimos lugares. En Nottingham, donde los jacobinos habían sido derrotados en 1794, tenían suficiente fuerza para enfrentarse y vencer a sus oponentes en combate abierto, durante las elecciones de 1796.<sup>155</sup> «En casi todas las entradas a esta ciudad —escribió un legitimista escandalizado en 1798— hay un poste con un cartel clavado, en el que se lee “Todos los Vagabundos serán apresados y castigados como dicta la ley”. Ahora, sobre la palabra “Vagabundos” se ha pintado la palabra “Tiranos”, y nadie da un paso para sacarlo.»<sup>156</sup> «Durante mucho tiempo hemos procurado descubrirnos como hombres, — declaraban los amotinados de la armada en 1797—, ahora hemos descubierto que lo somos. Seremos tratados como tales.»<sup>157</sup>

En 1812, Scott, viendo a su alrededor con consternación el poder del tradeunionismo escocés y del ludismo en Inglaterra, le escribió a Southey: «El país está sembrado de minas bajo nuestros pies». Fue Pitt quien condujo a los «mineros» a la clandestinidad. Apenas se encontraban hombres como nuestro «Político del Pueblo» en las poblaciones de 1789. Las ideas jacobinas introducidas en las poblaciones de tejedores, las tiendas de los tejedores de punto de Nottingham, los cultivadores del Yorkshire y los hilanderos de Lancashire se propagaron en todos los momentos de subida de precios y de privaciones. No fue Pitt, sino John Thelwall, quien tuvo la última palabra. «Necesariamente se desarrollará una especie de espíritu socrático dondequiera que se reúnan grandes grupos de hombres»:

154. Véase E. Robison, *op. cit.*, p. 355.

155. J. F. Sutton, *Date-book of Nottingham*, 1880, p. 212.

156. J. W. Cartwright al duque de Portland, 19 de junio de 1798, H.O. 42.43.

157. C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, p. 300.

... el monopolio y la terrible acumulación de capital en pocas manos ... lleva consigo, en su propia atrocidad, las semillas del remedio ... Cualquier cosa que agrupe a los hombres ... aunque puede dar lugar a vicios, favorece la difusión del conocimiento y, a la larga, promueve la libertad humana. Por lo tanto, todo gran taller e industria es una especie de sociedad política, que ninguna ley del Parlamento puede acallar y ningún magistrado puede disolver.<sup>158</sup>

158. Thelwall, *Rights of Nature*, I, pp. 21, 24.